

PUBLICACIONES
DEL
INSTITUTO GENERAL FRANCO
PARA LA INVESTIGACION HISPANO-ARABE

SERIE 6.^a

TRABAJOS DE TODO ORDEN PARA SERVIR A LA HISTORIA DE
LAS RELACIONES ENTRE ESPAÑA Y LOS PAISES MUSULMANES
N.º 3

LA CORPORACION DE LOS POETAS
EN LA
ESPAÑA MUSULMANA



Por el R. P. **Dom. Rafael**
Alcocer Martínez, (†)
Monje Benedictino.

IMP. IMPERIO 1940

LA CORPORACION DE LOS POETAS
EN LA
ESPAÑA MUSULMANA

PUBLICACIONES
DEL
INSTITUTO GENERAL FRANCO
PARA LA INVESTIGACION HISPANO-ARABE

SERIE 6.^a

TRABAJOS DE TODO ORDEN PARA SERVIR A LA HISTORIA DE
LAS RELACIONES ENTRE ESPAÑA Y LOS PAISES MUSULMANES
N.º 3

LA CORPORACION DE LOS POETAS
EN LA
ESPAÑA MUSULMANA



Por el R. P. **Dom. Rafael
Alcocer Martínez**, (†)
Monje Benedictino.

IMP. IMPERIO 1940

INSTITUTO GEOGRÁFICO NACIONAL

ESTADÍSTICA DE LA INDUSTRIA Y COMERCIO

INDUSTRIA Y COMERCIO

INDUSTRIA Y COMERCIO

INDUSTRIA Y COMERCIO

INDUSTRIA Y COMERCIO

INDUSTRIA Y COMERCIO

INDUSTRIA Y COMERCIO

INDUSTRIA Y COMERCIO

INDUSTRIA Y COMERCIO

INDUSTRIA Y COMERCIO

INDUSTRIA Y COMERCIO

INDUSTRIA Y COMERCIO

INDUSTRIA Y COMERCIO

INDUSTRIA Y COMERCIO

INDUSTRIA Y COMERCIO

INDUSTRIA Y COMERCIO

INDUSTRIA Y COMERCIO

INDUSTRIA Y COMERCIO

INDUSTRIA Y COMERCIO

INDUSTRIA Y COMERCIO



NOTAS PRELIMINARES

El R. P. Dom. Rafael Alcocer Martínez, monje benedictino del Priorato de Nuestra Señora de Monserrat, Abadía de Silos, asesinado por las hordas rojas en Madrid el 5 de Octubre de 1936, había nacido en Madrid el 22 de Octubre de 1889. Cursó los estudios de Bachillerato en el Colegio de los Escolapios de Monforte, continuándolos en el Instituto de Orense y terminándolos en el de Toledo.

Estudió en la Universidad Central Filosofía y Letras (Sección de Ciencias Históricas) terminándolos el 8 de Septiembre de 1909 cuando aun no había cumplido los 20 años. Al año siguiente profesó en el Real Monasterio de Silos. En Mayo de 1911, pasó como soldado a Ceuta donde debía cumplir sus deberes militares; allí se matriculó en la Academia de Arabe el estudio de cuya lengua siguió con el mayor entusiasmo y aprovechamiento obteniendo dos primeros premios. Estos estudios habían de marcar más tarde su preferencia por la investigación hispano-arabe.

Desde su regreso a España, la vida del Padre Alcocer está íntegramente consagrada al estudio; fruto del mismo y de su ejemplar laboriosidad, fueron sus libros, sus predicaciones, sus conferencias. Entre aquellos figuran: *Santo Domingo de Silos*, *La Domus Semini del Silense*, *Vida de Santa Teresa de Jesús*, y *Despojos de Amor*. Había fundado también la *Biblioteca Pax* — que llegó a publicar diez y seis volúmenes y que reflejaba el espíritu selecto de su director. La publicación hizo concebir muy fundadas esperanzas en momentos en los que la ciencia española estaba tan necesitada de verdadera y firme orientación; en la *Biblioteca*, publicó el P. Alcocer los estudios siguientes: *Iniciación de la Liturgia*, *Año Litúrgico*, *La misa* y *El Gran Gelmírez*.

Sus trabajos en la prensa merecieron también los más sinceros elogios, su colaboración en las páginas extraordinarias del *El Debate*, otro magnífico esfuerzo para proyectar luz en el caos cultural de España alcanzaron mucho renombre. Asimismo colaboró en los trabajos de la *Enciclopedia Espasa*.

Como orador sagrado se distinguió por la profundidad del concepto, solidez de su formación y estilo elocuente. Como conferenciante llevó su conocimientos a numerosos Centros oficiales y privados de España.

* * *

Por todo ello por la exaltación de su fé, por su amor a la orden benedictina, el P. Rafael Alcocer, O. S. B., había alcanzado en Julio de 1936, un sólido prestigio y era considerado como una valiosa realidad en el campo de la auténtica cultura española.

Por todas esas causas, el P. Alcocer tuvo que ocultarse al sorprenderle en Madrid el Glorioso Alzamiento Nacional y al fracasar el intento generoso de los que allí lo acometieron.

Por ser un religioso y por ser un artífice destacado del autentico movimiento cultural español, el P. Alcocer habría de ser objeto de las iras desencadenadas del populacho. Logra ocultarse en los sótanos de una librería de la calle Alberto Aguilera y allí permanece dos meses.

Pero un día comenta un éxito de las tropas nacionales y el comentario, acogido con singular contento por los que sufren la tiranía roja cae en el círculo del espionaje enemigo. Van los milicianos a librería y creyendo que el cura autor del comentario es el dueño del establecimiento intentan detenerlo; el P. Alcocer se interpone diciendo: «el cura soy yo». Lo mira la horda con recelo; un miliciano le interroga dudando de su afirmación; «¿Quien eres?», le pregunta, el Padre Alcocer, todo serenidad y grandeza de espíritu, le contesta serenamente: «¡Un monje benedictino!»

Con esa frase expresa cuanto debía expresar; toda la grandeza de su confesión de fé, toda la certeza de que no precisa decir más para sufrir el martirio. El 5 de Octubre de 1936 lo fusilaron los rojos; en la ficha de su enterramiento aparece su rostro lleno de serenidad; su mano derecha se alza a la altura del pecho en actitud de bendecir a sus asesinos.

* * *

El P. Alcocer sentía especial predilección por los estudios hispano-árabes; su conocimiento de la lengua le permitía efectuar trabajos sobre textos originales y de una manera continuada se adentraba en el rico tesoro Bibliográfico de los manuscritos ára-

bes del Escorial. Fruto de esos trabajos fueron multitud de notas y fichas, etc., de los que desgraciadamente, muy pocas han podido salvarse. También «*Literatura hispano-árabiga*», en cinco volúmenes, que tenía terminado antes del movimiento nacional y que desgraciadamente se considera perdida; no obstante continúan las gestiones para encontrarla. La obra había sido censurada y autorizada por el Abad de Santo Domingo de Silos Padre Luciano Serrano.

El trabajo que hoy publica el *Instituto General Franco para la investigación hispano-árabe*, *La Corporación de los poetas en la España Musulmana*, bajo cuyo título dá a conocer la vida bohemia de los poetas árabes españoles, estaba terminado y en disposición de publicarse al iniciarse el Glorioso Alzamiento Nacional; fragmentariamente lo había dado a conocer en conferencias dadas en diversos centros de España. Para su autor este trabajo no tenía el desarrollo ni la importancia de la *Literatura hispano-árabiga*, en la que había puesto tantos conocimientos y desvelos.

Nosotros, al publicarlo, huimos deliberadamente de cuanto pueda significar su crítica o su valorización en el cuadro de la cultura hispano-árabe. Nuestro propósito es de otro orden y se mueve en plano más alto; nos sentimos orgullosos de recoger con amor estas cuartillas y darlas, por la imprenta, al conocimiento de cuantos se interesan por estos estudios y de cuantos sabían de los méritos del P. Alcocer, mártir de nuestro glorioso movimiento. En la esencias más puras de ese movimiento queremos buscar para la ciencia española un concepto profundo de continuidad en labores que pertenecen a varias generaciones, queremos también hacer realidad, más allá de su pasión y muerte, el sueño de un investigador español que murió asesinado por los que con su ignorancia y sus pasiones hundían a la Patria en el abismo. Querramos así alimentar el puro manantial de la tradición que garantiza la continuidad del progreso cultural de España.

Sería pues, absolutamente inútil, todo intento de profundizar en el trabajo del Padre Rafael Alcocer, toda hipótesis sobre el carácter más o menos definitivo de su estudio. Ya su esfuerzo está, por obra del *Instituto General Franco*, al alcance del estudioso, ya que podrá continuarse con el mismo amor con que él lo acometió y ya podrá darse en un aspecto limitado pero que tiene ambición de ejemplaridad, sentido de continuidad a los es-

tudios hipanos-árabes tan trabajosamente alimentados a través de varios siglos de nuestra historia.

Que al continuarlos sepamos hacernos dignos del autor de *La Corporación de los Poetas en la España Musulmana*, de ese Padre Rafael Alcocer que lleno de sabiduría y ansioso de laborar fecundamente por la cultura española, cifraba sus títulos en ser: *un monje benedictino* y oponía a los fusiles fratricidas de una horda sin Dios y ayuna de toda ambición de cultura, un rostro iluminado de serenidad y una mano a la altura del pecho bendiciendo a sus verdugos y pidiendo a Dios perdón para los que no saben lo que se hacen. Con ese espíritu, la obra es inmortal.

Tomás García Figueras.

PROLOGO

Invitado en cierta ocasión por una Universidad española para dar en ella alguna conferencia sobre literatura hispano árabe, no pude negarme. Temía el esfuerzo que había de hacer para preparar en plazo brevísimo el estudio de un tema interesante; temía el fracaso. Pero, ya digo, el recuerdo de mis tiempos universitarios en la Central, el cariño a la Universidad, aunque aquella no fuera precisamente la mía, y también otras circunstancias calificadas, me rindieron a aceptar un honor que consideraba muy comprometido. Pero, Señor—me decía—¿de qué les voy a hablar a esos muchachos? ¿de qué tratar que les instruya un poco y no les aburra demasiado?

Desde mi celda, en la paz estremecida de Silos, miraba el lomo empinado de la montaña vecina; recreaba la vista, la detenía en la ermita aquella del Camino, en el nogal opulento —¡buen año aquél para los nogales!— y sonreía en mí el recuerdo de recientes lecturas de varios textos árabes..... ¡Qué gentecilla aquella! Hablo de los poetas. Su vivir improvisado, un poco maleante, siempre al asalto, tenía en la mayor parte de ellos un desgaire profundamente bohemio. ¡Bohemios!..... ¿Tratar de la bohemia literaria entre los musulmanes españoles?

No hay duda: el tema, así enunciado podía atraer la atención, algo curiosa y extrañada, hacia unos asuntos que, de esta manera, perdían un poco el aire adusto de toda especialización. Una consideración primera me detenía: y es que no solo hay una austeridad de las cosas si no también austeridad de los nombres, y asociar mi título de monje al estudio de una cierta bohemia podía tener el aire de una profanación. El aire nada más, pues el nombrecito ese de bohemio sugiere en este caso mucho más de lo que encierra en realidad, en el fondo se trata únicamente de estudiar los poetas de la España musulmana, aunque el asunto es simplemente literario creía y creo servir por modo indirecto con mi trabajo aquella causa emocionada, íntima, que me obliga a trabajar. Por eso entonces me decidí a exponer someramente y como en esquema lo que ahora es objeto de la obra dilatada y trabajosa que inicio con este primer tomo.

He cambiado ya el título; no anuncio en la portada el estudio de la bohemia literaria entre los musulmanes españoles, sino el estudio de la «Corporación de los poetas». Asunto nada más que de palabras, pues en el fondo queda lo mismo..... (*)

(*) Desgraciadamente, las cuartillas del prólogo nos han llegado incompletas. Las líneas que se reproducen reflejan, sin embargo, con claridad el pensamiento del P. Alcocer.

INDICE

La Corporación de los poetas en la España musulmana

Págs.

Capítulo I

Condiciones de ambiente para la bohemia entre los musulmanes de España

I	Antecedentes	3
II	Causas generales próximas que la fomentan	6
1	Afición a los viajes	6
2	Condiciones económicas de la producción literaria	51

Capítulo II

Tipos de bohemia

I	Designación del tipo	77
II	Notas del tipo	85
1	Ser pobre	86
2	Ser poeta	86
3	Beber vino	98
III	Tipos afines	114
IV	Algunos ejemplares de bohemios	115

Capítulo III

Práctica de la bohemia

I	Procedimientos diversos de explotación económica ..	129
1	Procedimiento cortesano	130
2	Procedimiento «editorial»	138

	<u>Págs.</u>
II La corporación oficial de los poetas.....	148
1 Antecedentes	148
2 Régimen de la corporación.....	158
3 La Academia sevillana de poetas.....	169
III Etica de la «Chaiza».....	178
1 Planteamiento de la cuestión	178
2 Las «chaizas» de los príncipes	184
3 La defensa de los poetas.....	187

CAPITULO I

Condiciones de ambiente para la bohemia entre los musulmanes de España

I-ANTECEDENTES

La bohemia. Principio generador. Los clanes clásicos, Fecundación del vivir bohemio. Hervor de vida intelectual entre los musulmanes españoles. Existencia entre ellos de una bohemia literaria.

II-CAUSAS GENERALES PROXIMAS QUE LA FOMENTAN

1 AFICION A LOS VIAJES

1 El hecho: Abundancia de magrebinos en Oriente. Opinión en que se les tenía. Conducta de Saladino. Un moro español y un aguador de Bagdad.

2 Motivos de estos viajes: a) *Lucro:* Magrebinos en el campamento de Arce. En la Meca. En Damasco. b) *Milicia:* Almoravides en Siria. Represalias de los cruzados contra los magrebinos. Escuadra de magrebinos en Arce. Hazaña en el Mar Rojo. Relato de Benchobáir. c) *Peregrinación:* El precepto. Su extensión. Doctrina de Abenarabí. ¿Estaban dispensados circunstancialmente los moros españoles? Manera de hacer el viaje. Duración. En la Meca. Regreso. d) *Estudio:* La frecuentación de maestros orientales. Reservas de Abenjaldún. Conducta de los musulmanes españoles. Ejemplos elocuentes. A caza de *ichazas*. El doctorado de Benchobáir. Duración de los viajes de estudio. Consejo de Benelarabí. Viaje de Benmoavia. e) *Inquietud andariega:* Pasión por los viajes. Como la cantaban los poetas. El acicate de lo maravilloso. Los libros de «cosmografía». Lo que cuenta Abuhámid el Granadino. Sus andanzas. Influencia de esta clase de obras.

3 Facilidades para los viajes. Los viajes por mar. Coste del viaje a Oriente. Los poetas en viaje. Ayudas para los peregrinos. Penalidades. Socorros a los magrebinos en Alejandría. Itinerario de la peregrinación en Egipto. Su regreso por el Irac. Dispersión por motivos de estudio. Facilidades para los estudiantes magrebinos. Las *madrazas* acogedoras. Favor de los particulares: un caso típico. Facilidades de vida para los ascetas. Cenobitas, ermitaños y giróvagos. El «viajar en pobre».

2 CONDICIONES ECONOMICAS DE LA PRODUCCION LITERARIA

Imposibilidad de lucrarse directamente de las producciones científicas. Beneficios indirectos. Retribución por la enseñanza. Opiniones y doctrina. Claudicaciones en la práctica. Los notarios. Condición favorable para los poetas. Como se lucran de su producción mediante la *chaiza*. La *chaiza*. El caso de Benezzecac. Con-

ducta de los poetas. Los poetas profesionales. Consecuencias de convertirse en profesional de los versos. Los hermanos Abubéquer y Abdelaziz Benelabana. Benmáhmel. El poeta profesional y la bohemia. Errusaifi: examen de su caso y su conversión.

3 EL MECENAZGO

Los protectores de literatos. Consignaciones de particulares en favor de los poetas: Munificencia de los príncipes con los poetas. Un intencionado doctrinero de la generosidad. Benabderrabih. Su propósito. Comparación de su doctrina con la de otros autores: El Balaní, Xihabeddin, Benelmaneini, Ettenuji y Benabdelbar. Doctrina de Benabderrabih, cuestión previa: ventajas de las riquezas. La generosidad; excelencias. Necesidad de mostrarse generosos. Ejemplos para príncipes. Como aprovecharon esta enseñanza los sultanes españoles.

CAPITULO I

1 Antecedentes

Decía Murger, el gran soñador de la vida bohemia, que esta flotante forma de vivir tenía antepasados en todas las épocas artísticas y literarias. Y no hacía ningún descubrimiento. Por poco que sea propicio el ambiente en una sociedad cualquiera, surge enseguida el tipo del bohemio como una floración espontánea; y enferma también, porque, después de todo, la bohemia no es más que el residuo de una fermentación inacabada.

Y quizás no sea eso; pero lo que resulta cierto es que aparece bajo todos los cielos, en todas las épocas, y siempre y en todas las partes con las mismas características profundas, por obedecer a un mismo principio generador que se da en todas las latitudes.

Los poetas decadentes de la antigua Roma que se asociaban en largas cofradías para explotar organizadas, robustamente, a los nuevos ricos; los retóricos, gramáticos, pintores y geómetras que llegaban de Grecia con un capacho de higos y ciruelas; los filósofos, filosofastros y sofistas griegos que expulsó de Roma Domiciano sin consideración al noble Epicteto; los autores famélicos de que hablan nuestros clásicos con risa bonachona; todos estos troteros y corsarios de las artes y las letras, aunque tan distanciados los unos de los otros por la raza, el tiempo y el ambiente cultural, son todos hijos de un mismo clima, y tienen todos una misma fisonomía moral.

Realmente es enorme el esfuerzo que hace la naturaleza por fingir la variedad; pero lo hace con una monotonía de recursos y de estilo inaguantable. Todos los hombres, diferentes, desde luego; pero esa vastísima diversidad se reduce en lo físico a ligeros retoques en unos cuantos centenares de tipos; y dentro de cada raza, a unas pocas docenas. Esto basta, claro está, para la diversificación física. Más lo curioso es que esa reducción por semejanza a unos cuantos tipos dentro de cada grupo étnico, expresa también una proximidad de orden psíquico. Un ejemplo de fácil comprobación, un caso que podemos observar en la calle: ¿dos individuos se parecen, tienen una estructura física, unos rasgos faciales semejantes? pues es muy seguro que la expresión de la semejanza psíquica aparezca al instante: usarán la misma clase

de sombreros, tendrán un gesto gemelo. Y lo raro es que esta paridad no procede de la necesidad de utilizar por el mismo procedimiento unos mismos recursos, no; precisamente lo más interesantes el engaño de ciertos individuos que, siendo parecidos en el tipo y en el rostro, coinciden también en usar, por ejemplo, aquella clase y forma de sombreros que menos les favorecen. El sentido del gusto en estos individuos es tan parejo que hasta se desvía y se equivoca acorde al llegar al mismo punto.

Y no es, claro está, que, por una nota de determinismo físico, maligno y enconado, se vean necesitados a usar la misma prenda, si no por falta de la posible reacción contra las insinuaciones de la tendencia, es decir, por pereza. Los movimientos del espíritu puedan escapar siempre al rigorismo acaparador y magistral del determinismo mecánico; pero, al hacerlo, alcanzan una victoria, y toda victoria supone un esfuerzo.

Ahora bien, cuando los bohemios pregonan la excelencia de su vivir como reacción contra los prejuicios y conveniencias que menosprecian por vulgares, por burgueses; cuando cantan en todos los tonos y en todas las lenguas el triunfo de su vida sacudida y libre, se equivocan grandemente. Arquiloco de Paros, Abudolama, Benhani, Picandón, Reculaire. . . . todos dicen lo mismo en este punto, pero al decirlo no hacen más que ponerse el mismo sombrero, y también por pereza, por haberse rendido al mismo fracaso.

Cerca de nosotros en el tiempo, los dos clanes históricos y típicos de la bohemia, los que dan el tipo clásico, el de Murger y el de Gautier, lo mismo el grupo de los vencidos que el de los que triunfan relativamente expresan los dos lo que puede considerarse no ya como fuerte característica del vivir bohemio, sino como su causa: el fracaso, y, de ordinario, un doble fracaso. En el grupo de Teófilo Gautier es el fracaso del hombre, el quebrantamiento de la voluntad en lucha con la disciplina; en el grupo de Murger es el fracaso del hombre y del artista. El rompimiento de la voluntad es pobreza y desorden; el fracaso del artista es desden por los valores que no alcanza, y como forma aguda de ese desden, la rebeldía.

La mayoría, la inmensa mayoría de los bohemios tornarían a esa vida ordenada que llaman burguesa si consiguieran triunfar. El mismo Teófilo Gautier pensaba a veces en su corazón lo que hubiera podido ser su obra y su vida conducidas de otra manera, y entonces se ponía triste, triste a su modo: *ça me melancolifie*.

Así, si quisiéramos decidir *a priori* si entre los musulmanes de nuestra España se dió el tipo del bohemio, nos bastaría considerar cual es el principio generador de la bohemia para estar por la afirmativa; luego, claro está, de examinar las condiciones de ambiente de aquella sociedad. Porque, natural-

mente, ese fracaso de la voluntad que es pobreza y desorden y que se encuentran a mano en todas partes, tiene que especificarse después, y se especifica de mil maneras, muy inferiores, de ordinario, al tipo del bohemio. Después de todo, para criar a éste se necesita un terreno de calidad, una sociedad lo suficientemente culta para producir literatos; y aún más que esto, un ambiente en que los valores intelectuales se hallen como en fermentación.

De una manera muy amplia, y con las alteraciones producidas por la intervención recia y múltiple de otros muchos factores, puede afirmarse que en una sociedad cualquiera el vivir de bohemia se fecunda y multiplica de manera malsana, no sólo por los valores de aquél estado de cultura, si no, principalísimamente, por la aceleración del movimiento que lo rige. Con independencia de su dirección hacia el apogeo o la decadencia, y de la distancia respecto a éstos términos, la densidad de la vida bohemia está en razón directa de la aceleración interna, es decir, de la inquietud intelectual de un pueblo; y de la inquietud política, también. Esa fermentación de algunos pueblos en ciertos momentos de su historia, ese movimiento intelectual y político, al remover más agitadamente y con más bríos todos los fondos sociales, dispersa también en mayor número puñados de vidas, en parábolas rotas, excéntricas.

Es curioso observar que, en todos los pueblos, en medio de sus grandes agitaciones, coincide la aparición y aumento de los aventureros - que también, a su modo, son bohemios - y la de los bohemios literarios; los primeros representan un elemento de carácter épico; los otros hubieran podido quizás desear el ser aventureros - y lo son de las letras, - pero, aunque no lo quieran, su temperamento es puro lirismo, lo mismo que su vida, y el lirismo vivido es la bohemia.

Ahora bien: una de las características más nobles del pueblo musulmán en la edad media fué precisamente este hervor de vida intelectual del que dió abundosas muestras; un hervor un poquito atropellado, fácilmente contentadizo, en ocasiones, pero muy dilatado y de aliento muy sostenido.

Se ha dicho que la cultura árabe es poco original, poco profunda en sus valores esenciales. Y cierto es que, a veces, en las producciones árabes sus formas particularísimas, vertidas con extraños cambiantes de luz del oriente dan falsamente una impresión primera de originalidad, aunque sólo es una originalidad de los valores secundarios: la policromía de la forma iluminada de exotismo.

Pero la literatura arábiga contiene mucho más que todo esto. Sin salir de España, y sin dejar de mano las producciones arábigo-españolas, los magistrales estudios de Ribera, los definitivos y sorprendentes descubrimientos de Asin bastan para convencer de la robusta y prontísima originalidad que

alcanzaron algunos literatos y pensadores que escribieron en árabe. (1) Lo único cierto es que lo mejor que produjo la cultura arábiga se debe a pueblos de otras razas captados para esa civilización por el islam.

De todos modos, lo que no puede negarse, aunque se le quiera dar el carácter de relativa separación, es que esa falta de originalidad y profundidad, quedaría, si no compensada, a lo menos sustituida por la intensidad del movimiento intelectual y por su duración y aún por su ritmo. En pocos estados de cultura se ha manifestado un afán de saber y producir tan acelerado, tan porfiado y extendido como en el pueblo musulmán de la edad media. Para hallar algo semejante hay que recordar lo que fué esta apetencia en Grecia y Roma; y, precisamente, en los momentos decadentes de esas culturas, porque la primera época de toda decadencia se caracteriza por transformar en abundancia y aceleración lo que pierde de densidad y mérito. Es chocante, pero tengo por muy cierto que este paralelismo no sólo se descubre en el ritmo, en el movimiento de la cultura arábiga comparada con las clásicas decadentes, si no también en los géneros más cultivados, y en la manera particular de tratarlos.

Por de pronto - y esto es lo que importa señalar aquí, - esa fermentación, esa apetencia tan activa y manifiesta entre los antiguos musulmanes ofrecía excelentes calidades de clima para el entretenimiento del vivir de bohemia, de tal modo que, aún apriorísticamente, se podría afirmar su existencia.

2 Causas próximas que la fomentan

Sin embargo, la fecundación prolífica con que aparece entre los literatos de la España musulmana esa forma de vida desordenada, centrífuga, tiene por coeficientes otras causas concretas que obraron decididamente como causas próximas. Todas ellas pueden reducirse a tres principales que, enumeradas en orden inverso al de su influencia, son estas: afición a los viajes, condiciones económicas de la producción literaria, y mecenazgo.

Afición a los viajes

El hecho.—Desde luego esta afición era común a los musulmanes de España y del oriente; pero ahora me ocupo nada más de que de los *magrebinos*,

(1) Claro está que no es lo mismo emplear el idioma arábigo y profesar el islam que pertenecer a la raza árabe. El gran historiador musulmán Abenjaudun afirma claramente la inferioridad de los árabes pero sin discutir siquiera los valores de la cultura islámica. «Es un hecho muy notable - dice el - que la mayor parte de los sabios que se han distinguido entre los musulmanes por su pericia en las ciencias, sean religiosas, sean intelectuales, eran extranjeros. Los ejemplos en contra son rarísimos, pues aun aquellos mismos de entre ellos que derivan de origen árabe se distinguieron de este pueblo por la lengua que hablaban, por el país en que se criaron y por los maestros bajo los cuales hicieron sus estudios.» - «Prolegomènes; traduc. Slane, Paris 1862-86, t. III, p. 296

«los occidentales», esto es los moros de España y Marruecos. Pues bien, los magrebinos, y entre ellos, sobre todo, los españoles, los «andaluces» como entonces les decían, al igual de esos puñaditos de ingleses e inglesas sembrados por todos los rincones interesantes del globo por las poderosas agencias de viaje, se hallaban también en todos los extremos del mundo islámico. El moro andaluz que se aventuraba a un viaje estaba seguro de hallar en cualquier parte, en todas partes, un compatriota, y a docenas y a cientos en Egipto y en Siria.

Solamente en Alejandría, allá por los meses de marzo y abril del año 1183 había, por lo menos, por lo menos, más de mil magrebinos, más de mil moritos de España y de las costas vecinas de África; y todos tan ricamente, tan satisfechos: el gran Saladino había dispuesto que a estos magrebinos se les diera diariamente dos panes diarios, fuera cual fuera el número de moros de occidente. Por los meses que digo, y según el testimonio que un célebre viajero español, Benchobáir, recoge en su *Rihla* o «Diario de viaje», el número de panes que se repartía pasaba de dos mil; resultan, pues, los mil magrebinos, y más que justitos. (1)

(1) *Rihla*, p. 42, texto árabe, edic. Wright-Goeje: «The Travels of Ybn Jubair», en *Gibb Memorial*, Leyden, 1907.

Abulhosain Mohamed Benchobáir es un personaje sumamente simpático y noble del cual se podría trazar un estudio que resultara interesante por la riqueza de ambiente que daría color a su biografía: literato, poeta, cortesano, hombre de mundo, dechado de elegancia, emparentado espléndidamente, la sociedad aquella, refinada, cruel y culta, muy descuidada y alegre es el marco brillante de su vida hasta el momento en que una conversión decisiva le orienta hacia los caminos de la ascética. Desde entonces desaparecen de su lado los aristócratas libertinos y los poetas de vivir holgado, y le vemos en relación, cada vez más íntima, con hombres de ciencia, primero, y luego con los ascetas y místicos de más renombre, algunos de ellos famosísimos en España y en Oriente.

Benchobáir había nacido en Valencia el año 540 = 1145 de distinguida familia de Játiva, donde pasó su niñez y cursó los primeros estudios. Más adelante se trasladó a Granada, y allí ejerció las funciones de secretario del príncipe almohade Abusaid. Aquella corte, por cierto muy brillante, fué el teatro de sus triunfos mundanos. Cesado con la hija del visir Abucháfar El Uacaxi, gran señor poderoso y placentero, muy ensoberbecido, algo poeta y bastante disipado, halló en aquella familia y en aquella corte todas las facilidades y todos los estímulos para llegar a ser en Granada tipo acabado de esa elegancia culta que va desde las formas al espíritu. Un historiador árabe, al hablar del hijo del visir Abucháfar, nos dice de él que: «era una maravilla de elegancia»; y ¿cómo no — añade — si era su padre el visir El Uacaxi y tenía por cuñado a Benchobáir? (Almacari, *Nafh Ettib*, edic. del Cairo 1302, t. 2, p. 413). Allí también, en Granada, se operó su conversión, combatida al principio por el mismo príncipe que usó con él las seducciones que habían de emplearse con un amigo de Benchobáir, el célebre poeta Errusafi, cuando éste quiso reformar su conducta y darse a la vida devota. Almacari, t. 1, p. 509 y 2, 298). Al abandonar Benchobáir la vida disipada, su primer pensamiento fué el de cumplir con el precepto religioso de la peregrinación a la Meca, que emprendió en febrero de 578 = 1182, y en la que se entretuvo hasta abril del 581 = 1185. Durante esta su primera peregrinación escribió la famosa *Rihla* o diario de viaje. En 585 = 1189, al llegar a España la noticia de que Saladino había reconquistado Jerusalén de manos de los cruzados, se encaminó de nuevo a oriente, de donde regresó en el año 587 = 1191, morando luego en Málaga, Ceuta y Fez, cada vez más entregado al ascetismo. La muerte de su mujer en Ceuta le hizo abandonar por tercera vez el occidente musulmán y emprender un nuevo viaje en 601 = 1204, del que ya no regresó, pues murió en Alejandría en gran opinión de santidad, el año 614 = 1218.

Como poeta, dejó numerosas composiciones que fueron recogidas en un «diván» o cancionero, en el cual figuraban, entre otras, dos secciones que comprendían las poesías sobre penas de amor y de ausencia y desengaños de amigos. Las composiciones que se nos han conservado, posteriores todas a su conservación, están impregnadas de noble sentido moral, pero expresado sin emoción poética, y, lo mismo que sus descripciones en verso, carecen de vibración, de color y movimiento. Como poeta es muy mediano. En cambio, en la prosa, parece que con la libertad del género recobra — y a veces magníficamente — todos estos valores entumecidos por la retórica en sus versos. Muestra de ello serán algunos pasajes de su *Rihla* que traduzco en el texto.

La *Rihla* o diario de su primer viaje es la obra que le ha hecho famoso, y muy en justicia. El espíritu de observación de Benchobáir, su curiosidad siempre inquieta, su escrupulosidad en informarse debidamente enriquecen el «diario» con multitud de noticias muy pormenorizadas y de sumo interés. Ademas, Benchobáir sabe narrar con viveza y con gracia, y con naturalidad también, aunque a veces, al sentirse el autor penetrado de ingenuo lirismo lo expresa retóricamente elevando el estilo a las altitudes cadenciosas y cansinas de la prosa rimada. La obra ésta de Benchobáir fué publicada por primera vez en su integridad por Wright en Leiden, 1852, texto reimpreso por Goeje en la citada edición de 1907; ademas existe una versión completa al italiano, por Shiaparelli (C.): «Ibn Gubayr, Viaggio», Roma, 1906; actualmente se prepara una versión francesa.

En Siria también, durante el sitio de Acre había en el campo de los musulmanes unos dos mil magrebinos dedicados a diversos negocios. (1) En la Meca, en los valles cercanos a la Meca, vivían de asiento numerosas familias de moros andaluces y de Marruecos. (2) En el Cairo, en Damasco, en Mosul, en Bagdad; en las *madrazas* y pensionados de estas ciudades, abiertos ámpliamente para estudiantes pobres, en los hospicios y fundaciones benéficas, en todas las alberguerías que resultaran gratuitas, abundaban siempre los moros de España. Guerreros «voluntarios de la fé», peregrinos, ascetas, giróvagos, mercaderes, buscavidas, estudiantes, simples viajeros que paseaban su curiosidad y su lujo, los magrebinos invadían aquéllas regiones hasta el punto de ser considerados, a veces, como una plaga. Yo no doy la razón a los de oriente; pero es lo cierto que, por su número, por su condición, un poco también por su carácter e ideas y aún por los motivos del viaje tantos magrebinos debían resultar molestos a los naturales.

Los buenos, los piadosos musulmanes de España que viajaban por el oriente, al contemplar tanta libertad de opiniones, tantos cismas y herejías en el Islam de aquellos países, pensaban orgullosos que ellos, los magrebinos, eran «los verdaderos depositarios del islamismo.» (3) Por su parte, los orientales menospreciaban la ciencia y la literatura de occidente con tal altanería que provocó con frecuencia réplicas muy justas y muy bien asentadas. Verdad es que, según el mismo Benchobáir, ya citado, en Damasco eran considerados grandemente, y aún preferidos a los naturales del país; verdad también que, como él mismo señala complacido, Saladino derramaba el dinero a manos llenas para dotar riquísimas fundaciones en favor de magrebinos; pero el excelente Benchobáir ignoraba que al mismo tiempo que el gran sultán, con finísimo tacto político, hacía fundaciones para los musulmanes de occidente, escribía al califa de Bagdad hablándole de «devolver la vida al islamismo en el Magreb.» (4) Los mimaba, desde luego, porque le convenía, por que entraba en sus planes políticos, pero no le hubiera gustado mucho a

(1) Cfr.: Abdelatif, en «Recueil des historiens des croisades. *Historiens orientaux*», t. III, p. 439; Paris, 1884.

(2) Benchobair, *Rihla*, 122.

(3) Benchobair, *Rihla*, pag. 78.

Las herejías, cismas, sectas, escuelas y partidos de todo género fermentaban de tal modo en Oriente que no bastaba tenerse uno simplemente por musulmán, si no que, hiciera lo que hiciera, habían de clasificarle bajo un rótulo que lo designara como participante en alguna de las innumerables opiniones que dividían a los habitantes de aquellos países. Esto irritaba al moro español piadoso y de recta conciencia, para quien el llamarse musulmán era título único y suficiente.—Cfr. Exxatibi, *El Islam*. Cairo 1331 = 1913, t. I, pag. 19.

(4) Saladino con un alto pensamiento político muy visible en toda su conducta, favoreció por mil maneras a los musulmanes del Magreb; pero lo mismo hizo con los orientales de ritos diversos, y por los mismos motivos. A partir de Saladino, la obra de las fundaciones benéficas y culturales, de las cuales se aprovecharon tanto los estudiantes magrebinos, se prosiguió constante en Egipto, por parte de sus emires, pero la intención que les guiaba era ya otra, y no tan noble: «La supremacía de las escuelas de Egipto — dice Abenjaudun — se debe a que, a partir de Saladino, los emires manchucos, temiendo que su poder desapareciera algún día, y a fin de dejar en buena situación a sus descendientes, fundaron colegios y conventos y les asignaron ricos inmuebles a título de mandas pías con la condición de que sus hijos fuesen los administradores y percibiesen un tanto sobre ellas. Esto dió por resultado el que los bienes de mandas pías sean tan numerosos en Egipto y produzcan tan crecidas rentas, de las cuales una parte se consagra al sostenimiento de maestros y alumnos; por esto, del Magreb y el Irac acuden tanto.» Abenjaudun, *Prolegómenos*, edic. cir. I. III, p. 449.

Benchobáir lo que el sultán aquél, que tanto admiraba, pensaba de los pobres magrebinos.

Poco más o menos era lo mismo que pensaban todos los orientales. A veces, no sólo lo pensaban si no que se lo hacían sentir duramente. Así, en cierta ocasión, un grupo de magrebinos se hallaba cumpliendo en Arafa (1) los ritos de la peregrinación con la mejor voluntad del mundo. Como para dar comienzo a varias ceremonias era menester esperar la aparición de la luna nueva, los peregrinos de todos los países que allí se habían reunido tenían los ojos clavados en el cielo. El cielo estaba nublado. Sin embargo, nuestros magrebinos creyeron divisar entre las nubes el filo de la luna, y se apresuraron a dar su testimonio ante el *cadi*. Tal era el procedimiento de rúbrica. Desde luego, el horizonte estaba encapotado, en esto no hay duda; pero los magrebinos habían visto muy claro; tampoco puede dudarse porque su testimonio resultó confirmado más tarde. Sin embargo, al *cadi* le bastó contemplar el cielo nublado, echar un vistazo a los que deponían y reconocerlos al punto por magrebinos para despacharlos con palabras pesadas: ¡Magrebinos!... «Esta gente, decía, está alucinada; una pestaña que vean se les antojará la luna nueva». Y el *cadi*, sin el menor empacho declaró nulo el testimonio de aquéllos fervorosos magrebinos que se habían pasado las horas esperando ver los cuernos de la luna. (2)

Claro está que no siempre se les trataba con tan desenfadado desprecio; al contrario, pensaran lo que pensaran, los orientales solían acoger a los magrebinos con formas urbanas, y según sus nobles tradiciones hospitalarias. Pero aún entonces, en su gesto afable y generoso ponían con frecuencia un airecillo de protección que molestaba. Por el acento, por la lengua, por el vestido reconocían a un moro del Andalusí, y, en seguida, con una petulancia muy suya, y a despecho de las bondades que concedieran al viajero, el primer movimiento era el de asombrar al «provinciano». Y esto no ya los sabios, los letrados, los poetas, que siempre estaban a vueltas con los versos famosos de fulano o mengano cuando hablaban con algún español, si no hasta la gente del pueblo, hasta los aguadores.

Era en Bagdad; se hallaba allí de paso un moro español de alguna distinción, y dice él:

«Caminaba yo por cierta calle del barrio de El Carj (3), en Bagdad,

(1) Arafa, «Monte del reconocimiento», llamado así porque, según tradición islámica, Adán y Eva, arrojados del Paraíso y separados uno de otro, llegaron a encontrarse de nuevo en este lugar, vecino a la Meca.

(2) Benchobáir, *Rihla*, 168.

(3) El barrio éste, situado en la orilla occidental del Tigris, se hizo célebre por las luchas frecuentes que sus moradores, clismáticos todos, sostuvieron con los habitantes del resto de la ciudad.-Cfr. Benelattir, *Cámel*, en «Recueil des histor. orient. des crois», t. III, p. 271; y Abulfeda, «Anales», *ad an.* 502=1108.

Benchobáir en su *Rihla*, (p. 22), dice de este barrio que era «una ciudad murada»; Schiaparelli, en su traducción («Ibn Gobayr, *Viaggio*», p. 214 y nota 97) lee «cita nota». Creo, sin embargo, que no hay motivo alguno para interpretar de esta manera una lección muy clara en el texto y además muy exacta pues realmente el barrio estaba cercado.

cuando he aquí un aguador que llevaba en la mano una ancha copa de cristal maravillosamente labrada con adornos, y en la copa agua. Habiendo cogido una rosa temprana la puso en el agua de la copa, y el agua, al agitarse, hacía brillar el rojo de la rosa sobre los reflejos claros del cristal. Tan linda vista hacía que me paré a contemplarla.

En esto, el aguador, que le había echado ya el ojo y había descubierto que se trataba de un español, algo así como un provinciano, quiso acabar de asombrar al que en su buen cacumen de aguador en Bagdad consideraba poco más o menos como un paleta. El aguador se siente envanecido y dice con cierta impertinencia:

---«¿Qué es lo que miras, magrebino?»

---«Lo lindo de esa rosa en ese vaso.»

---¡Bah! eso no es nada para que lo admires. De lo que si te vas a asombrar es del verso que compuse a esta rosa:

«La rosa en mi copa halla descanso contra la fatiga.

Todas las flores son como un ejército, pero la rosa
es su noble Emir.» (1)

El verso no era para tanto; pero además, el tonillo, la petulancia de aquél aguador.... ¡Pobres magrebinos! Sin embargo, los magrebinos éstos, tratados en oriente de una manera desdeñosa y con la misma incompreensión, con la misma injusticia con que, a veces, entre nosotros, mira el vulgo a los gallegos, se salían de ordinario con la suya. Lo mismo también en esto que los hijos de la dulce Galicia, como vamos a ver ahora.

Motivos de los viajes.—**Lucro:** Muchos de aquellos moros que partían para el Oriente lo hacían para lucrarse en negocios o simplemente para defender el sustento de cada día. Estos magrebinos resultaban con frecuencia peligrosos; peligrosos por la competencia que hacían en aquellas comarcas. Con tal de ganarse el pan y hacer algunos ahorros, su espíritu emprendedor, terco e industrioso les hacía aplicarse a todos los empleos y menesteres donde pudieran hallarse algunos *dinares*, ¿qué importa? aunque sólo fueran algunos *dirhems*. Y, precisamente, durante el largo período de las cruzadas, como las guerras que entonces se mantenían contra los cristianos, movilizaban grandes contingentes y ponían en movimiento enorme masa de caudales, fueron muchos los moros andaluces que emigraron a Siria y Egipto con el honesto fin de hacer dinero. No sólo en las ciudades, claro está, si no también y acaso más en los campamentos.

Había que avituallar a los guerreros, ofrecerles lo necesario para la

(1) Addabí, núm. 1023, en «Bibliotheca Árábico-Hispana», edic. Codera-Ribera, t. III. Matriti, 1885.

No es extraña esta conducta pues los naturales de Bagdad tenían fama de estar muy enfatuados y de sentir un inmenso desdén por los extranjeros. Cfr. Benchobáir, *Rihla*, 1218.

vida, brindarles además todas esas menudencias que no son necesarias pero que son imprescindibles, procurarles alguna pequeña comodidad, algún regalo, si esto era posible, y como todo esto se hacía a cambio de dinero, los magrebinos se prestaban de bonísima gana a cambiarlo.

Un escritor oriental, Abdelatif, al trazar su autobiografía, habla incidentalmente de los vivanderos que tenían sus tenderetes y negocios en el campamento musulmán, durante el sitio de Acre, y da curiosas noticias. Como todos los puestos y tenduchos estaban registrados en los libros de la inspección de mercados, Abdelatif ni siquiera tuvo necesidad de contarlos para saber su número, un número bonito: siete mil.

Pero lo extraordinario no es ya el número de establecimientos de todo género, si no la importancia de cada tienda de éstas, el volúmen de ventas que suponía cada una, porque tales establecimientos, según este autor «no eran como los de las ciudades si no que de uno sólo de éstos del campamento podrían hacerse cien de los otros.» El número de establecimientos, su importancia, su variedad, la riqueza que representaban, todo era extraordinario en aquél campamento.

Había puestos de comidas, fonduchos improvisados, pero con veintiocho calderas siempre humeantes, y cada caldera capaz de recibir un carnero entero; había mantequerías tan pesadamente abastecidas que en el traslado que se hizo del campamento, el mantequero hubo de pagar nada menos que noventa dinares por el transporte de su mercadería; había ropavejeros que hacían muy lindos negocios, pañeros que vendía trajes nuevos a medida, y eran tantos que «su número - así lo dice Abdelatif - sobrepasa la imaginación».

Entre aquélla agitación hirviente y apretada, confusa de colorines y de voces, llena de humo, de olores, de pestes accitosas y de gritos, nuestros magrebinos discurrían por todas partes, risueños, avizores, muy despiertos y finos en sus tratos; pero allí, en aquél campamento tenían, según Abdelatif, una especialidad, bastante original, por cierto.

Se asociaban en grupos de dos o tres individuos; cavaban en tierra como dos codos, hasta dar con agua; construían luego allí, un ancho pilón de arcilla, lo cubrían con tabluchos y esteras, y quedaban en posesión de una «sala de baños». El agua la tenían a mano, la leña, muy cerca, en los alrededores del campamento; calentaban el agua en grandes calderos, y no tenían más que esperar a los *bañistas*, y cobrar. Por cierto bastante caro: «un dirhem de plata, y aún más.» Sin embargo, y a pesar del precio, la invención aquélla de los baños, «casi todos en manos de magrebinos» debió ser un bonito negocio,

pues sólo en este campamento pasaban largamente de mil a mil quinientos los moritos del Magreb que ofrecían agua sucia mal templada. (1)

Estos magrebinos lo husmeaban todo. En los alrededores de la Meca existían ciertos valles mal trabajados, pero capaces de gran rendimiento si se les daba un cultivo intenso. Pues bien, en alguna peregrinación, varios magrebinos pusieron sus ojos en aquéllos valles, consideraron la posibilidad de fertilización de aquél terreno, sopesaron al vuelo las ganancias, y descubrieron un negocio. Poco después, aquéllos «magrebinos entendidos en el cultivo de la tierra transformaron [aquél terreno] en huertos y campos labrados y fueron una de las causas de la fertilidad de aquélla comarca.» (2)

Aunque nuestros moros andaluces, y con ellos los de las costas vecinas, llegaban a todos los países del Islam, sin embargo, la región más frecuentada por los emigrantes de España que iban al oriente era quizás la Siria; por lo menos, la ciudad de sus preferencias, la que más ensanchadamente los acogía era Damasco.

En Damasco, los magrebinos eran los amos, en su tierra, estos moros andaluces estaban divididos en perpétuas discordias de todo género, y cuando no llegaban a discordia, no les faltaban menudas rivalidades de aldea; pero salían de España, y se ayudaban unos a otros con tal sentido de solidaridad, y se buscaban con tal querencia que ofrecían un espectáculo edificante. Así, en cuanto un magrebino llegaba a Damasco, no tenía más que entrevistarse con cualquier paisano de los muchos que había o acudir a un establecimiento benéfico para magrebinos, y exponer su situación con modestia, porque, de ordinario, no era una situación muy brillante.

Si tenía estudios serios, hétele aquí imán de una mezquita; pero como las mezquitas fueron siempre menos que los magrebinos con estudios, a falta de una vacante de imán tenía siempre una plaza de lector, bien retribuida. Por poco que supiera de medicina, podía ejercerla con ventaja; más si no tenía estudios de ninguna clase, que era lo ordinario entre los que emigraban para ganarse la vida, tampoco tenía porque apurarse: sin estudios y aún sin oficio, en Damasco, la ciudad acogedora, los magrebinos encontraban siempre algún empleo: «guardas de jardines y huertos, conserjes e inspectores del servicio en las casas de baños, administradores de fincas y molinos, ayos para llevar los chicos a la escuela», y además todos esos huecos que una sociedad bien organizada procura establecer en número prudente para los hombres que no saben donde meterse.

En Damasco, los cargos más delicados, los de mayor confianza, aquellos, sobre todo, que llevan consigo el manejo de intereses, estaban casi reser-

(1) En «Recueil des histor. orient. des crois.», t. III, p. 439.

(2) Benchobáir, *Rihla*, 122.

vados para los magrebinos. Y esto - según el moro español que lo refiere en su «Diario de Viaje» - «porque los magrebinos gozan allí fama de ser muy fieles, y son renombrados por esto, mientras que la gente de aquél país no se fía de sus propios paisanos». (1)

Como es natural, los paisanos estos que no eran de fiar pero que hubieran querido algún carguito de aquéllos, tenían que mirar con ojeriza a los magrebinos; los magrebinos, por su parte, sintiéndose mimados se ensoberbecían hasta lo imposible. El gran historiador Oriental, Benelatir, refiere un hecho muy significativo de este engreimiento de los magrebinos que moraban en Damasco.

Habla Benelatir del célebre hospital nuevo de aquélla ciudad, y dice: «Por mi propia experiencia he sabido que no está dedicado sólo a pobres si no a todos los musulmanes, ricos y pobres».

«Al regresar de una peregrinación que hice a Jerusalem a raíz de su reconquista por los musulmanes, me sentí muy mal de salud, y al preguntar por un médico me dieron las señas de uno, magrebino. Mandé que le llamaran, le expuse los síntomas de mi enfermedad y él me recetó lo que debía hacer. Pero lo hizo con tal empaque que me disgustó, y le despaché con el mismo aire . . . Resolví entonces curarme solo, pero el enfado había agravado mi situación, y así determiné buscar al día siguiente otro médico. Me encaminaron al médico director del hospital (2) que, cuando yo llegué, se hallaba formulando el tratamiento para cada uno de los enfermos que allí había. En cuanto me vió entrar me salió al encuentro con modos muy afables, y se informó de mi estado. Después que le hube expuesto lo que tenía me extendió una receta y me dijo que un criado me llevaría del mismo hospital lo prescrito en ella. - No hay necesidad de esto - repuse yo; - Dios me ha concedido bastantes bienes de fortuna para que prive de esto a los pobres.

- «No lo dudo, señor; pero aquí nadie rechaza lo que ha sido otorgado por la liberalidad de Noradino. Es más; hasta los mismos hijos de Saladino y toda su familia reciben del hospital los medicamentos.

- «Pues no lo encuentro bien - insistí yo.

- «Es que la fundación ésta se hizo, no para los ricos ni para los pobres, si no para todos los musulmanes.

«Aquello reavivó mi buen humor, y le conté entonces lo que me había ocurrido con el médico magrebí.

(1) *Ibid* 278.

(2) Por aquéllas fechas había en Damasco dos grandes hospitales, «el antiguo» y «el nuevo», éste último, al decir de Benchobair, «era el más espléndido y más grandes»; «ambos - añade - son unas de las mayores glorias del islam.» *Rihla*, 283.

«¡Ah, señor! - decía el director del hospital - » ¿Magrebí y residente en Damasco? No podía ocurrir de otro modo». (1)

Milicia. Desde luego, no todos los moros andaluces que habían partido para el oriente residían en Damasco, ni todos tampoco habían abandonado su patria para ganarse la vida. En tiempos también de las cruzadas, si muchos andaluces emprendían su viaje al oriente con afán de lucro, también otros muchos se pusieron en camino para ayudar a sus hermanos en la lucha contra los cristianos, y dar la vida por el Islam.

El mismo Benelatr, en *El Cámel*, habla de un almoravide de regia estirpe que, acompañado de un faquí, magrebino también, se presentó en Bagdad. El faquí, cubierto el rostro por el velo distintivo de los almoravides, predicaba en la mezquita; pero lo mismo él que el noble señor participaron en todos los combates que se dieron en Siria contra los cristianos hasta que el príncipe cayó en el campo de batalla. «Era un hombre bravo, aventurero y atrevido.» (2)

Bravos, aventureros y atrevidos lo eran en general todos estos magrebinos «voluntarios de la fé», hasta el punto que sus hazañas les valieron el encono especial de los guerreros cristianos. Así, en represalias de una famosa acción de guerra realizada por aquéllos, los cristianos impusieron en algunos lugares de Siria un tributo especial a los magrebinos, mientras los otros musulmanes, vinieran de donde vinieran, tenían en esos mismos lugares pasaje franco, sin gabelas. Y decían los cristianos sobre esto: «Puesto que esa gente vino a molestarnos en nuestra tierra hallándonos en paz con ellos y sin que nada les hubiéramos arrebatado, ahora que nos han hecho guerra y se han coaligado con sus correligionarios contra nosotros, justo es que les impongamos esta carga.» Sin embargo, el viajero español que refiere esto replica muy confortado: «Los magrebinos, al pagar esta gabela, recuerdan gozosos el daño infligido al enemigo y se les hace leve y llevadero tal gravámen.» (3).

No sé a que acción de guerra alude Benchobáir, pero quizá sea la realizada unos cuatro años antes de pasar este autor por aquellas regiones, y que, por cierto, se hizo memorable.

El 14 de octubre del año 1180, una escuadra de magrebinos penetró

(1) En «Recueil des histor. orient. des crois.», II, 2.^o, 310.

Benelatr, gran historiador del tiempo de las cruzadas, nació en un lugar de Mesopotamia en 555=1160; se trasladó luego a Mosul, y allí moró, dedicado a la enseñanza, hasta el fin de su vida, en 632=1234.

Su obra principal *El Cámel*, es una crónica que abarca desde el principio del mundo al año 630=1231. En el «Recueil des histor. orient. des crois.» tt. I y II se ha publicado y traducido parte de esta obra; pero la primera edición completa se debe a Tornberg, que la publicó en Leyden en 1851, en diez volúmenes; hay otra edición oriental, hecha en Bulac. 1290. Su historia de los príncipes *atabecs* de Mosul, se publicó también en el *Recueil* ya citado.

E. Fagnan, recogió y tradujo de *El Cámel* lo referente a España y Magreb, con el título «Ibn el Athir, *Anales du Magreb el de l'Espagne*, Alger 1901».

(2) *Ibid.*, 1.^o, 238.

(3) Benchobáir, *Rihla*, 301.

intrépidamente en el puerto de Acre, entonces en poder de los cristianos, se apoderó de todos los cargamentos depositados en los muelles, hizo el destrozo que pudo, y echó a pique varios navíos gruesos de los cristianos. Xihabeddin en su crónica de «Los dos jardines» dice que estos magrebinos que llevaron a cabo la hazaña de Acre «se hicieron famosos por sus empresas de mar y tierra». Sus navíos son a la manera de carcajs, pero se lanzan con la violencia penetrante de la saeta; son estables como ciudades, pero se deslizan como nubes, nubes cargadas de agua.

No me extraño que los llamen «cuervos», pues tienden a sus costados alas que llevan la muerte; [ni me extraña que los llamen *chauari* («correos», «cursores»), pues tantos correos esparcen las nuevas de su marcha victoriosa.» (1)

Pero la empresa grande y ruidosa de los magrebinos en aquellos países fué la que realizaron en el Mar Rojo.

Cuando el célebre viajero español Benchobáir pasó por Alejandría en la primavera del año 1183 contempló un espectáculo que removió en su pecho gozo y rencores.

Benchobáir, mientras fué nada más que secretario de príncipes y poeta, era un buen hombre; después se convirtió con pasión a la vida devota, y continuó siendo un buen hombre, pero exaltado. Si en su «Diario de viaje» nombra una ciudad en poder de los cruzados, no emplea la fórmula aquélla tan ordinaria entre sus correligionarios: «Dios la restituya a los musulmanes.» Esto de la restitución pudiera ser lento; el impetuoso Benchobáir, exclama: «Dios la destruya»; sin duda para no esperar tanto. Cuando menciona un rey, una reina cristianos, dice tan tranquilo: «el cerdo del rey,» «la cerda que llaman reina». Evidentemente, esto es poco benévolo, y supone una falta de respeto. Sin embargo, en ocasiones, aunque con recelo suyo, parece que despierta en él el antiguo hombre de mundo, creyente, sí, pero comprensivo y humano. Hallándose de paso en Tiro, ocupado entonces por los cristianos, presencié un espectáculo que, según dice, «era de los más seductores de este mundo, y digno de ser recordado»; el cortejo nupcial de una noble joven cristiana. El hombre de corte y poeta asoma por un momento para contemplar a la novia que «marcha majestuosa, palmo a palmo, como una paloma o como el copo de nube que pasa».

Enseguida se cubre los ojos: «¡Dios nos guarde de la seducción de la vista!» pero no le aplica ninguna de aquéllas amabilidades que dedicaba a los reyes y a las reinas cristianas. (2)

(1) En «Recueil des histor. des crois.» IV, 209.

Xihabeddin, llamado también Abuxama, biógrafo y panegirista de Saladino, nació en Damasco y murió asesinado en 667=1268. Su obra se titula «Los dos jardines» por alusión a los dos grandes sultanes Noradino y Saladino. Esta obra ha sido también publicada en Bulac, en dos tomos, 1278-79.

(2) Rihla, 305.

Pues bien, este señor, de humor agresivo a veces, se encuentra ahora, no en Tiro, sino en Alejandría. Tampoco se trata de una novia gentil. Es el desfile de una lamentable cabalgata. Y nos dice:

«Hallándonos de paso en Alejandría, vimos una gran multitud de personas que dirigiéndose a contemplar a ciertos cautivos cristianos que, montados en camellos y con el rostro vuelto hacia la cola, eran introducidos en la ciudad, rodeados de tambores y trompetas. Pedimos informes acerca de ellos, y nos refirieron un suceso que, de piedad y sentimiento, desgarró las entrañas. Es el caso que unos cuantos cristianos de Siria (1) se coaligaron, construyeron embarcaciones en el lugar de su pertenencia más próximo al Mar Rojo, y, desmontadas en piezas las cargaron sobre camellos de los árabes vecinos, mediante un alquiler convenido. En llegando a la costa, asamblaron [las piezas de] las embarcaciones, dieron la última mano a la obra, y las botaron al mar, tripulándolas en corso contra los peregrinos [que se dirigían a la Meca]. Penetraron así hasta el mar de Naam, y allí incendiaron unas naves; avanzaron luego hasta Aidab, (2) y apresaron un navío que venía de Chudda (3) con peregrinos. Coparon en tierra una gran caravana que de Cus (4) se dirigía a Aidab, y a todos mataron, ni uno siquiera quedó con vida: capturaron dos naves que venían del Yemen con mercaderías; quemaron en aquellas costas enormes provisiones destinadas al avituallamiento de la Meca y Medina (¡jengrandézcalas Dios!), y, en fin, tan infames hazañas obraron que nunca en el Islam se oyeron semejantes, ni cristiano alguno había llegado jamás a tal extremo. Una de las mayores enormidades que cometieron es tal que, sólo el oírlo, colma de aversión y horripila; y es que habían proyectado entrar en la ciudad del Profeta, (¡Dios la salve!) y sacarlo de su tumba santa. Divulgaron el caso, corrió de boca en boca entre ellos la noticia; pero Dios los castigó por sus audacias...»

Ahora bien, para castigar esta audacia que, con motivo, consternaba a los musulmanes; para salir al encuentro de aquella escuadrilla aventurera y loca que realizaba tales prodigios de intrepidez y bravura, para rescatar del espanto a las poblaciones de aquella región, hubo que echar mano, no de las tropas del país, si no de un puñado de guerreros y marinos magrebinos.

No mediaba entre ellos (los cristianos) y Medina más que una jornada,

(1) El organizador de esta empresa fué el célebre Reinaldo de Chatillón. Reinaldo, señor de Chatillón-sur-Marne, en Francia, había venido a Tierra Santa en 1147 con su hermano Gualtero II. En 1152 casó con Constanza, princesa de Antioquía por la muerte de su primer esposo Raimundo de Portiers, entrando así Reinaldo en posesión de este principado. A la muerte de Constanza, un nuevo enlace le hizo señor de El Carac, en la Arabia Petrea. Desde esta ciudad fuerte preparó Reinaldo la atrevida empresa a que hace alusión Benchobáir.

(2) Aidab ciudad en la costa occidental del Mar Rojo, y lugar de embarco para los peregrinos que pasaban a la Meca y para los negociantes que traficaban con el Oriente.

(3) Chudda, en la costa oriental sobre el Mar Rojo, casi a la altura de Aidab y muy próxima a la Meca.

(4) Cus, en Egipto, era de avituallamiento de caravanas y gran centro de contratación para los negociantes que comerciaban con el Oriente y formaban importantes compañías comerciales.

cuando Dios impidió tal atropello por medio de una escuadra armada en Misr y Alejandría. Embarcó en ella el chambelán Lulú (1) con valientes marinos magrebinos, salió al encuentro del enemigo, que había estado a punto de escapar con bien, y cautivaron a todos..... Los alcanzaron después de largo tiempo, pues [entre la expedición de los cristianos y la de Lulú] había transcurrido un mes, o cosa así. Mataron [a unos] y cautivaron [a otros], repartiéndolos por varios países para ser allí muertos, y enviaron algunos a la Meca y Medina». (2) Se comprende que, en ciertos lugares, en Damasco por ejemplo, la abundancia de magrebinos y el favor de que gozaban pudieran suscitar algún recelo por la competencia que provocaban; pero no todos los moros españoles que se encaminaban al Oriente iban a vivir a costa del país, si no que otros muchos fueron a defenderlo, y, como acabamos de ver, lo defendieron con fortuna en trances gravísimos.

Peregrinación.—Sin embargo, la mayor parte de los moros andaluces que viajaban por oriente, su inmensa mayoría, no llevaba el ánimo de lucrarse ni de guerrear, si no el de cumplir con la peregrinación legal visitando la Meca.

«La peregrinación es uno de los cinco pilares sobre los cuales se levanta el Islam». (3) Desde luego, el viaje a la Meca una vez en la vida para visitar la Caaba es un precepto estricto que obliga a todo musulmán, (4) y de tal modo es riguroso que cierto honrado muslim de alma devota llegaba a decir: «Si un amigo mío o deudo, rico él, muriera sin haber hecho la pe-

(1) Hosaneddin Lulú, almirante y chambelán de Egipto por su gobernador El Malikeládel, hermano de Saladino, fué, según Benelatif (El Cámel), en «Rec. des hist. or. des crois.», t. I, p. 658), «hombre bravo y muy afortunado en la guerra». Abulfeda («Anales» ad aum 586=1190), elogia también a Lulú, pero no hace más que trasladar las palabras mismas de Benelatif.

(2) *Rihla*, 59.

Las noticias recogidas al paso por Benchobáir son de una gran exactitud. Benelatif (*Op. cit.*, t. I, p. 658), y Abulfeda que, como de ordinario, copia a Benelatif siempre que tiene ocasión, (cfr. «Anales» ad aum 578=1182-83), refieren la expedición de los cristianos y su derrota en la misma forma que lo hace Benchobáir. Los prisioneros enviados a la Meca y Medina fueron inmolados en el valle de Mina el día en que allí se celebraba la fiesta ritual de los sacrificios. Cfr. Benelatif y Abulfeda. *loci cit.*

Reinaldo de Chatillón no estaba entre los prisioneros, pero tampoco logró escapar al odio de Saladino que había jurado matarlo. Poco después de este suceso, Saladino ponía sitio a El Carac, en ocasión en que se celebraban allí las bodas de Isabel, hija de Balduino, rey de Jerusalem, con Humberto III, hijastro de Reinaldo. La ciudad fué ocupada después de duro cerco, pero sus moradores se retiraron a la ciudadela. Guillermo de Tiro (Lib. XII, c. XVIII), dice a este propósito: «Erant autem intus promiscue conditionis et xexus turba plurima et inutilis, quæ obsessis oneri potius erant quam utilitati, histronum videlicet, tibicinum et psaltriarum, quæ ex omni regione ad diem nuptiarum convenerant, quibus præter spem accidit, nam dum ludrica quærerent et lasciviam nuptialem, martios invenerunt congressus.»

Toda esta turba con los guerreros de Reinaldo resistió largamente, hasta que, al fin, Saladino hubo de retirarse, concluyendo con Chatillón una tregua de cuatro años. Reinaldo quebrantó el pacto atacando a una caravana, y como los musulmanes invocaron la tregua, respondió: «Decid a nuestro Mahoma que os libre». Este atropello arrancó a Saladino un segundo juramento de matar a Reinaldo, y no tardó en cumplir lo que había jurado. En 1187, cuando la tremenda derrota de los cruzados en Tiberíades, entre los innumerables prisioneros hechos por Saladino, se hallaban el rey de Jerusalem, Guido de Lusignan y Reinaldo de Chatillón. Llevados a la tienda del sultán, este ofreció al rey una bebida helada, y el rey pasó luego la copa a Reinaldo. Entonces Saladino, que había adoptado ciertas tradiciones hospitalarias, para no contravenir a ellas ni faltar al doble juramento contra el príncipe de Antioquia, tendió la mano y dijo al rey: «Advierte que eres tú y no yo quien le da de beber.» Luego, echó en cara su conducta a Reinaldo, le propuso que abrazara el islamismo, y como el príncipe no aceptara, Saladino exclamó: «Heme aquí, que ayudaré a Mahoma contra ti.» Con su propia espada descargó un tajo sobre Reinaldo que fué rematado allí mismo, en presencia del sultán. Cfr. Beheddin, en «Rec. des hist. or. des crois.», t. III, pp. 39 y 96; Benelatif, *loc. cit.* p. 687; Abulfeda, ad aum. 583=1187.

(3) El B alani, *Alifba*, Cairo, 1287, t. I, p. 532.

(4) Cfr. *Corán*, sura XXII, de «la Peregrinación».

regiración, yo no rezaría en sus funerales». (1) Su muerte, la muerte de un individuo así rico, etc. «sería como la muerte de un judío o de un cristiano». (2) Para no morir, pues, aproximadamente como tenemos que morir los cristianos, todo musulmán debe llevarse a la tumba el consuelo de haber dado algunas vueltas en torno de la Caaba.

El precepto éste es terminante, pero todavía daba ocasión a que los doctores disputaran buenamente con bastante mesura. Desde luego, es obligatorio para todo musulmán en estado de realizar la peregrinación; pero ¿para los musulmanes nada más? He aquí una duda. El celebradísimo místico español Abenarabi la resuelve de un modo preciso y con soltura: «es obligación para todo el que pueda realizarla, chico y grande, hombre y mujer, esclavo y libre, musulmán y no musulmán». (3) Y la razón es clara, desde el punto de vista de nuestro autor, pues, «siendo obligatorio para todo hombre el abrazar la fe del Islam, todos sus preceptos obligan igualmente a todos los hombres». (4)

A primera vista esta doctrina parece excesiva, pero como se vé, la obligación que expresa para los que no son musulmanes resulta nada más que obligación oblicua.

Para los musulmanes también, la fuerza obligatoria del precepto, sin perder nunca su tensión, cede discretamente ante la imposibilidad. Ahora bien, ¿para los enfermos, los esclavos, los menores, las mujeres, los que carecen de medios de transportes, los que no tienen dinero para el viaje....? ¿Es responsable el amo si no permite y facilita al esclavo el cumplimiento del precepto? ¿Queda excluido el que puede caminar a pié aunque no tenga montura? ¿Las guerras, los peligros graves, los malos tratos pueden ser motivo de dispensa? ¿Hasta qué punto urge, en qué edad apremia el cumplir este rito? Todos estos, y otros muchos más, son los puntos que discuten sabiamente los doctores.

Para nuestro propósito, lo que importa es notar, primero: que un número inmenso de sinceros musulmanes españoles estaba dispensado en buena conciencia por falta de recursos para un viaje tan largo como el de España a la Meca; segundo: que un gran número de aquellos que se hallaban en condiciones legales de emprender el camino se mostraron bastante remisos;

(1) El Balani, *op. cit.*, t. I, p. 532.

(2) *Ibid.*

(3) *Fotuhar*, edic. del Cairo de 1329, t. I, p. 568.

Abuabeker Mohamed Ben Ali, conocidísimo en el mundo musulmán por el nombre de Abenarabi y con el título de *Mohidin*, nació de muy noble familia en Murcia en 560=1164, y murió en Damasco en 638=1240.

La vida y, sobre todo, las doctrinas de este autor místico, uno de los más grandes de todo el islam, han sido objeto de magníficos y reveladores estudios por parte del insigne catedrático de la Central don Miguel Asín, maestro de arabistas entre los más autorizados arabistas contemporáneos.—Cfr. *Boletín Acad. Hist.*, núms. julio 1925 a junio 1926.

(4) *Ibid.*

y tercero: que, además de todo esto, hubo circunstancias políticas que dificultaron y aun impidieron la peregrinación a muchos españoles.

Por de pronto, y al decir de Abenjaldún, durante el emirato y el califato de los omeyas, los sultanes prohibían a los españoles el viaje al oriente, por razones políticas; (1) después, cuando los almoravides, el odio que les cobraron los fatimies de Egipto fué tan enconado que hubo circunstancias en que todos los almoravides que caían en sus manos eran entregados a la muerte; (2) por último, en tiempos de los almohades, las vejaciones que los peregrinos sufrían en oriente eran tantas y tan graves que, según doctores españoles, esto solo escusaba de cumplir la peregrinación legal. (3)

Pero si las dificultades y gastos asustaban a muchos, otros muchos, en cambio, repetían varias veces la peregrinación y se gozaban en aquellas andanzas como si lo hicieran por deporte. Y algo de esto debía haber. Desde luego, procuraban hacer el viaje con las mayores comodidades posibles, y así los austeros varones se dolían:--«Ya han llegado las caravanas»--le decían a uno de éstos--; «¡y cuánto peregrino viene!»--«Qué pocos son»--respondía--«menos que los viajeros».

En tiempos de mayores fervores, en los primeros tiempos, cuando algún peregrino emprendía la caminata defendido con las posibles comodidades, los doctores enseñaban: «No digáis: Fulano partió para la peregrinación a la Meca. si no decid más bien: Fulano partió de viaje.» (4)

De todos modos, y a pesar de los alivios que se procuraban para el camino, viajes como este resultaban en extremo penosos, como veremos después, y además se hacían interminables.

La peregrinación menor o particular podía hacerse en cualquier época del año, pero la peregrinación solemne tenía designados los tres meses seguidos de *xauat*, *dulcada* y *dulhicha* los últimos del año musulmán; el ideal era hallarse en la Meca en los primeros días de este mes para cumplir allí todos los ritos y celebrar en el valle de Mina la fiesta de los sacrificios. Pues bien, para conseguir esto, para encontrarse en la Meca por esas fechas el peregrino español, un peregrino cordobés, por ejemplo, tenía que emprender el camino en el mes de *chumada segundo*, lo menos, pues necesitaba seis meses o más para el viaje, y eso haciéndolo por mar hasta Alejandría, en alguna buena nave genovesa alcanzada oportunamente en Almería, en Ceuta, y contando

(1) Según Abenjaldún, los omeyas de España prohibieron a sus súbditos que hicieran la peregrinación, por temor de que cayeran en poder de los abasies, prohibición que sólo se levantó después de la ruina del califato cordobés.-Cfr. *Prolegom.*, t. I, p. 103.

El hecho éste no es exacto tal como lo refiere Abenjaldún; por lo menos, si la prohibición existió fué quebrantada impunemente innumerables veces.

(2) Benelatrif, *El Camel*, edic. cit., p. 238.

(3) Benchobáir, *Rihla*, p. 78.

(4) El Balani, *Alifba*, t. I, p. 531.

con favorables condiciones para la navegación. Tan solo entre Sevilla y Túnez había tres meses justos de viaje, al decir del gran místico español Abenarabi, gran viajero también y que sabía por experiencia lo que afirmaba en esto. (1)

Pero en llegando a la Meca, todas las penalidades del camino se olvidaban.

El peregrino español varias veces citado, Benchobáir, había padecido mucho durante el viaje y había renegado un poco; poquito, pues era hombre educado. Había renegado de los oficiales de las aduanas; y había padecido grandes miedos en el mar por las borrascas. Así, una noche... Pero esto lo cuenta él mejor: «Aquella noche se desató sobre nosotros un vendabal, enfureció el mar, el viento acompañó a la lluvia, lanzada por aquél con tal violencia que parecía un chubasco de saetas. Aumentaba el apuro, apretaba la angustia, y las olas, alzándose en torno nuestro cual montañas errantes, nos amenazaban por todas partes... Recrudesció la borrasca, se agigantó la angustia, avivó el mar sus hervores, el horizonte ennegreció sus sombras, y el viento y la lluvia embestían con tal ímpetu que, arremetiendo con una vela la destrozaron y quebraron el mastil. ¡Ahora si que la desesperanza prendió con fuerza en el ánimo! Los musulmanes, con los brazos en alto, invocaban al Dios poderoso y grande» (2) - Al día siguiente, a la noche siguiente, mejor dicho, sereno ya el mar, y viento en popa, pasaban al largo de las costas de Sicilia, pero el recuerdo de aquella borrasca tan peligrosa perduró largo tiempo en la memoria del excelente Benchobáir.

Sin embargo, al entrar en la Meca el cuatro de Agosto del año 1183, el hombre lo olvida todo. Había salido de Granada, para emprender la peregrinación, el cuatro de febrero; eran seis meses justos de viaje y de fatigas sin cuento; él, el poeta cortesano, el caballero de supremas elegancias y refinamientos, llegaba extenuado, curtido el rostro por las arenas candentes del desierto, sin más vestidos que el manto de ritual, apretujado entre aquella multitud bárbara y mal oliente; pero tiene a la vista la ciudad amada, logra por fin, venida ya la noche, penetrar en ella, y escribe luego líricamente en su «Diario de viaje.» «¡Oh, noche aquella que en belleza fué primicias de otras! ¡Ella la desposada entre las noches de la vida, la doncellica entre las doncellas del tiempo!... ¡Oh, casa santa, resplandeciente novia, conducida a un paraíso de venturas en cortejo de bodas!» (3)

No todos los peregrinos eran capaces de expresar sus sentimientos de manera poética, pero todos aquellos hombres, venidos de países lejanos, que-

(1) *Fotuhat*, edic. cit., t. 3, p. 339.

(2) *Rihla*, p. 37.

(3) *Rihla*, 80.

brantados por la fatiga de tantas penalidades del camino, tenían ánimos todavía para lanzar su grito sagrado con un entusiasmo, con una sinceridad digna de respeto: «¡Labaica, labaiica!», *hémós aquí, Señor, a tu servicio!*

Desde los primeros días del mes de *dulhicha*, comenzaban a llegar las caravanas, venidas de los confines más remotos de todo el mundo islámico. Por las alturas y caminos, a la vista de la ciudad deseada, millares, cientos de millares de bocas gritaban: ¡Labaica, labaiica! Y la ciudad y el valle se ensanchaban para recibir tal muchedumbre «como se dilata el claustro materno.» Una multitud inmensa aturdió los aires con sus gritos mientras se dirigía, apretada, confusa, en recios reflejos, hacia el recinto sagrado. El Haram.» Allí se estrujaban, montaban los unos por encima de los otros, se magullaban, se herían y moríanse siempre algunos, «aquellos para los cuales había llegado el término de la vida.» (1) Y sobre tanta confusión y vocería caían mañana y tarde, a todas las horas rituales, las estridencias de los tambores y trompetas del Emir. (2)

Después de dar siete vueltas en torno de la Caaba (3), después de dar otras siete alrededor de las colinas de Safa y Merua, el día 8 de *dulhicha* bebían del pozo sagrado de Zamzam (4); el 9 visitaban el monte de Arafá (5); el 10 arrojaban en cierto lugar siete piedrecitas, hacían luego los sacrificios en el valle de Mina (6), luego de despedirse de la «Casa santa» la peregrinación ritual quedaba cumplida. Los peregrinos, entonces, emprendían el regreso a su tierra llevando en la memoria la imagen de la Caaba, como «una desposada, sin velo, vestida de verde seda». (7)

Muchos de los peregrinos españoles, mientras el grueso de la caravana seguía con cansancio su vuelta hacia España, muchos de ellos, en especial literatos, hombres de ciencia, estudiantes, se derramaban con humor errático

(1) *Ibid.*, p. 18.

(2) *Ibid.*, p. 170.

(3) Las vueltas de rúbrica que todo peregrino debe dar en torno a la Caaba son siete, y han de cumplirse con arreglo a ciertos ritos muy meticulosos.—Cfr. *Corán*, sura XXII, 27.

Según cita que hace El Balaní, «no hay sobre la haz de la tierra acción más excelente que dar las vueltas rituales en torno a la Caaba, pues se obtienen por ello setecientas veinte misericordias de Dios.»—*Alifba*, I, 533.

(4) Según tradición islámica este pozo es el hoyo producido por el pie del ángel Gabriel, y de cuyas aguas bebió Ismael cuando perecía sediento.

(5) Véase la nota 1, de la pág. 9.

(6) En este valle se inmolaban los animales destinados al sacrificio ritual el 10 de *dulhicha*, último mes del año musulmán. El día ése se llama «de los Sacrificios», y en él se celebra la Pascua grande, o Pascua del carnero.—Todavía los peregrinos, después de regresar desde este valle a la Meca para dar otras siete vueltas en torno de la Caaba, vuelven al valle de Mina, donde suelen permanecer tres días; en cada uno de estos días arrojan también siete piedras, y, terminados ya estos importantes ritos, se levantan para el peregrino todas las prohibiciones a que había estado sujeto en la última etapa de su viaje sagrado.

(7) En efecto, el simple y recio edificio de la Caaba está recubierto al exterior por amplios velos o tapices que se renuevan todos los años con mucho ceremonial.

Para el místico murciano Abenarabí, la frase que emplea aquí Benchobáir llegó a tener una prodigiosa realidad: Abenarabí cumplía sus ritos en torno al templo cuando he aquí que la Caaba se le aparece en forma de linda muchacha, la mas bella de rostro que vió jamás; la Caaba se levanta graciosamente del suelo; Abenarabí y ella charlan un poco de cosas transcendentales; el místico galante le dedica unos versos; la Caaba hace pacto de serle fiel para los días eternos, y Abenarabí se despidió después de dar gracias a Dios y a la hermosa Caaba.—Todo esto pasó muy gentilmente.—Cfr. *Fotuhát*, I, 1,701.

por aquellas regiones o se rezagaban a lo largo del camino, en los lugares de célebres escuelas; en El Cairo, en Alejandría, o en Bagdad, en Damasco, etc., según el itinerario escogido para el regreso.

De estos últimos vamos a ocuparnos un momento; de aquellos que emprendían el viaje al oriente por razón de estudios o aprovechaban las circunstancias favorables de la peregrinación para cursar en las aulas de los grandes doctores del oriente.

Estudio.—A la vista de un par de versos del literato español Mohamed El Hamaidí, cierto arabista interpreta: «Como hombre práctico, [El Hamaidí] reprueba la necesidad de aquéllos que se creen *sabios* por haber oído a tales y cuales maestros, y se envanece citando sus palabras, y aconseja de paso que no se prodiguen estas visitas o *interviews* a los hombres doctos sino con el objeto de adquirir la verdadera ciencia o la sólida virtud.» (1)

No cabe duda de que esto es muy práctico, pero El Hamaidí no dice nada de eso. Y ¿cómo pudiera decirlo él, peregrino infatigable de las grandes escuelas del oriente? ¿él, que recorrió tantos países en busca de los célebres doctores? Lo que él dice es más modesto; no habla para nada de los que se creen sabios, ni de maestros, ni de citas; lo que dice es esto:

«De tratar con la gente nada se saca sino un baturrillo de palabrería.

No frecuentes, pues, el trato con las gentes si no para adquirir la ciencia o mejorar de costumbre» (2)

El trato mundano, el visiteo, las reuniones de pasatiempo, eso, si ¡pero el acudir a los sabios y recoger sus enseñanzas...! No; El Hamaidí y todos los hombres estudiosos pensaban lo contrario. Precisamente era ese el prurito que hostigaba a los musulmanes españoles amantes de la ciencia. Y el gran Abenjaldún (3) los aprobaba «Cuantos más profesores se ha tenido, más se han robustecido los conocimientos.» (4) Ahora bien, lo que sucedía es que los moros de España, por necesidad o fantasía, iban a buscar esos doctores demasiado lejos.

Por una parte, la nombradía de las grandes escuelas orientales y el valer

(1) Pons y Boignes (F.). *Historiadores y Geógrafos árabe-españoles*. Madrid, 1898, p. 165.

(2) Almacarí, t. I, p. 376.

Abuabdalá Mohámed El Homaidí, historiador y literato eminente, nació en Córdoba en 420=1029, aunque otros afirman ser oriundo de Córdoba pero nacido en Mallorca. En 448=1056 partió para el Oriente, se avercindó en Bagdad y allí murió en 488=1095. Entre la larga producción de este polígrafo figura una colección biográfica de literatos españoles tratada por Dozy con poco favor.

(3) Abenjaldún nació en Túnez en 732=1332, pero de familia española, oriunda de Sevilla. Desempeñó altos cargos en las cortes de varios reyes africanos y en Granada, y después de una carrera política muy accidentada moría en Egipto, en 808=1406.

Su magnífica historia de los bereberes y de las dinastías del Africa Septentrional va precedida de una serie de estudios, los famosos y espléndidos «Prolegómenos» en los que la simple narración histórica adquiere por primera vez el carácter y transcendencia de un estudio filosófico. Estos prolegómenos, repetidamente editados después, fueron primero publicados por Quatremère, en París, 1858, tres vol. Ordinariamente me sirvo para estas notas de la traducción de Slane, ya indicada.

(4) *Prolegómenos*, trad. Slane, III, 293.

real de sus maestros, y, por otra, el espejismo oriental que padecieron siempre nuestros magrebinos, les movían a acudir a los centros culturales del oriente. Esto del espejismo oriental obraba de tal modo, que, según Abenjaldún, los magrebinos que iban a estudiar a los países del oriente musulmán, al admirar allí los adelantos de la enseñanza, pensaban en su propia inferioridad de inteligencia. - Opinión del todo falsa, porque, como él observa, esa diferencia proviene del mayor o menor cultivo del espíritu, dado que tal diversidad en las cualidades intelectuales solo puede hallarse entre los habitantes de zonas templadas y los de otras zonas; por ejemplo, entre los del primer clima y el clima séptimo. (1)

Abenjaldún, al hablar de esa opinión que refuta, se refiere a los magrebinos de su tiempo, época ya de visible postración en el occidente musulmán. Pero es el caso que los moros andaluces frecuentaron siempre golosamente las escuelas orientales, y no consideraban completa o corroborada su formación intelectual hasta no haber obtenido las licencias doctorales de algún ilustre doctor de aquellas tierras, lejanas, desde luego, pero dentro del mismo clima.

Y esto no lo reprueba Abenjaldún. «Si se quiere adquirir conocimiento - dice él - y perfeccionarse en ellos, son indispensables los viajes; para instruirse bien hay que acudir a los grandes maestros y relacionarse con los hombres sabios.» (2) - Viajar, viajar mucho para adquirir más caudales de ciencia, es un consejo en el que insiste elocuentemente.

Pero los musulmanes de España no esperaron su consejo. En las biografías de los sabios españoles se hace constar con extraordinaria frecuencia, y siempre con especial fruición, el número de doctores orientales de los cuales recibieron enseñanza. Estos se cuentan con larga mano, por decenas, a veces, hasta por cientos. Recojo casi al azar, por lo menos sin rebuscar mucho, unos cuantos ejemplos muy expresivos.

De un individuo nos dicen sus biógrafos que tuvo ciento treinta maestros (3); otro, doscientos (4); más aún, doscientos treinta (5); más todavía, trescientos (6); y por fin un caso admirable, el del ilustre Benbéquér, doctor zaragozano digno de compasión (7). Según nos cuenta Almacarí, este in-

(1) *Ibid.* p. 445.

(2) *Ibid.* p. 294.

(3) Almacarí, *op. cit.*, t. 1, 397; Benalabar, *Tecmila*, núm. 919, en «Bib'iotheca arabico-hispana», tt. V y VI, Madrid 1883=1895, edic. Codera-Ribera.

(4) Benalabar, *Tecmila*, núm. 205.

(5) Almacarí, t. 1, p. 425.

(6) Almacarí, t. 1, p. 371; Addabí, núm. 717.

(7) Almacarí se limita a recoger y extraer lo que dice Benpascual en la biografía que dedica a este autor.-Cfr. *Assila*, en «Biblioth. arab. hisp.» t. 2, núm. 1295.-El Ualid Benbéquér nació en Zaragoza, viajó largamente por oriente donde adquirió gran reputación, y con la experiencia que pudo recoger de tantos maestros compuso una obra sobre las condiciones que deben reunir para su validez los diplomas doctorales. Murió en oriente en 392=1002.

trépido varón estuvo en relaciones escolares, allá en Oriente, con mil maestros de varias disciplinas (1). Addabí se contenta con decir que estudió con multitud de profesores (2); pero, en cambio, Abenpascual asegura que esos maestros pasaron de mil (3).

Como es natural, la asistencia a las aulas de tantísimos profesores tenía que ser un poco atropellada. Con harta frecuencia, estos cursos tan reputados entre los occidentales se reducían a una sucesión caleidoscópica de maestros que, halagados y complacientes, se apresuraban a expedir su *ichaza* o licencia doctoral, con un desenfado bastante divertido.

Varias veces he citado ya a Benchobáir. Pues si; también este ilustre viajero obtuvo así, de paso, un preciado certificado doctoral. Esto ocurrió en Medina. Se hallaba Benchobáir en esta ciudad, visitando la tumba de Mahoma, cuando llegó rodeado de un boato del todo oriental, el gran Ymán del rito *xafei* (4), Sadareddín de Ispahán, El Yuchandi.

Su enorme reputación y la magnificencia y calor de su palabra en el

(1) *Op. cit.*, t. 1, p. 507.

Ahamed ben Mohámed Almacarí nació en Tlemecén a fines del siglo XVI, pero su familia era originaria de una aldea próxima, Macara, de donde el sobrenombre de El Macarí. Estudió en Fez, donde tuvo ocasión de conocer y aficionarse grandemente a la historia de los musulmanes españoles. Recorrió luego las principales ciudades de Marruecos; partió en peregrinación en 1617, rodó varios años por el Oriente y murió en El Cairo en 1041=1631.

Aunque compuso varias obras, la que le dió gran renombre, la que aparece citada constantemente por cuantos se ocupan de estudios hispano árabigos es la titulada: *Fragancia de perfume del ramo verde del Andalucía e historia de su visir Lisneddin Beneljatib*. En efecto, lo que Almacarí se propuso fué trazar la biografía del célebre visir; pero de los cuatro grandes tomos de que se compone la obra impresa, los dos primeros están dedicados a la historia política y literaria de la España musulmana y aún en los otros dos, en que traza la biografía de Beneljatib, las noticias sobre otros personajes y literatos españoles y marroquíes son abundantísimas y muy extensas. El mérito de esta obra está precisamente en eso, en los textos, noticias, poesías, etc., que inserta apresuradamente, con abundancia y sin orden, pero recogidas de multitud de obras que en gran parte se han perdido.

La obra ésta de Almacarí, principalmente su parte histórica, fué traducida en extracto al inglés por Ganyangos: *The history of the Mohammedan dynasties in Spain*, London, 1840, 2 vols.

El texto árabe de la primera parte fué publicado por Dozy, Dugat, Krehl y Wright: *Analectes sur l'histoire et la littérature des arabes d'Espagne*, Leyden, 1855=1861, 2 vols.

La obra completa ha sido editada por primera vez en El Cairo, 1302, en 4 vols.

Otra obra de Almacarí, importantísima también, y también por el estilo de la anterior, aunque muy poco explotada todavía por permanecer inédita, es la titulada: *Azhar erriad «Flores de los huertos, sobre noticias de Aíad»*. En ella traza Almacarí la biografía del célebre cadí de Ceuta, Aíad pero sembrando por todas partes, a puñados, y como a boleo, noticias de gran interés para la historia política y literaria de los musulmanes españoles. De esta obra existen dos ejemplares manuscritos en la Academia de la Historia, y de ella me servirá largamente al estudiar en otro lugar a nuestros literatos y poetas. Acad. Hist. mss. núms. 36 y XLIII.

(2) *Op. cit.*, núm. 1410.

Abucháfar Ahamed ben Yahia, *Addabí* nació, según sospecha Codera, en Vélez, y moró largo tiempo en Murcia y en Lorca; viajó por España y Norte de Africa, y murió en 599=1202-1203—como fecha probable, no se gura. La obra de este autor publicada por Codera se titula: *Deseo del que investiga la historia de los varones [ilustres] del Andalucía*, y es una nutrida colección de biografías.

(3) *Assila*, núm. 1295; tt. I y II de la «Bibliotheca Árabe-Hispana», Madrid, 1883.

Abulcásem Jálil Benpascual nació en Córdoba en 494=1100, aunque oriundo de Valencia. Fué discípulo de Averroes; desempeñó el cargo de gobernador de Sevilla, y murió en Córdoba en 578=1182. De sus numerosas obras nos queda sólo la *Assila* publicada por Codera, y que es también un diccionario biográfico.

(4) Los musulmanes ortodoxos pertenecen todos a uno de los cuatro ritos o escuelas jurídico rituales que son conocidas por el nombre de sus fundadores. El *hanefi*, seguido en Turquía y en la India, fué fundado por Abuhanifa, que murió en 150=767. El *malequí*, al que pertenecían los moros españoles y del Norte de Africa, tuvo por fundador a Málíc Benanás, muerto en 179=795. El *xafei*, vigente hoy entre los musulmanes de los protectorados holandeses, reconoce por jefe a exXafei, que murió en 204=819-820. Ahamed Benhambal, muerto en 241=855-856, fundó el *hanbali*, seguido hoy tan sólo por algunas agrupaciones de musulmanes, principalmente en Arabia.

Las diferencias entre los cuatro ritos parten ya del método que sigue cada escuela para asentar sus normas jurídicas y rituales. Cuando en el Corán no se halla expresa una fórmula canónica o necesita ser interpretada, cabe el recurso a la tradición mahomética o el empleo de la deducción analógica; la exclusión o predominio de alguno de estos elementos da las características fundamentales de los cuatro ritos. El malequí se apoya sobre todo en la práctica canónica seguida en Medina por considerar que la tradición medinense es la más auténtica como derivada del mismo Mahoma.

sermón que predicó en la mezquita (1) sedujeron a nuestro Benchobáir. A pesar de todo aquel aparato. El Yuchandi tenía la afabilidad de un verdadero gran señor, y así no le fué difícil al peregrino español ser admitido en una de las tertulias en las que el Ymán recibía ampliamente.

Y he aquí lo que dice en su «Diario»:—«Vimos a un hombre cuya presencia derramaba serenidad y contento, y que, a pesar de la veneración y respeto que imponía, se hacía grato a los visitantes por su generosidad y bondad. Estaba dotado de la doble prestancia de cuerpo y de ciencia. Pedimosle la *ichaza*, y nos la expidió en prosa y en verso. Es el hombre más grande que encontramos en estas comarcas.» (2)

Benchobáir no dice más; pero Almacári nos conservó el texto de la petición o instancia y el diploma expedido por El Yuchandi. Según el uso frecuente, ambos documentos están en verso; versitos sin consecuencia, desde luego. Y decía el viajero español en su instancia:

«—Oh tú en quien la religión poseé el hombre más eminente del siglo, y en cuyo espíritu mora la ciencia.

¿Qué decidirás, maestro complaciente, con este visitante que solicita tu amistad?

No pide de ti sino unas letras que reputará como el tesoro máspreciado a su corazón.

Tu mano va trazando ya las letras, como la lluvia primaveral hace brotar las flores de un jardín.

A la hoja de papel [blanca] como una aurora, tu mano le ofrece con la tinta el brazalete de la noche.

El hombre ilustre me transmite en regalo un diploma que permanecerá para siempre aunque los pueblos desaparezcan.»

La lluvia, las flores, la aurora, la noche, la tinta, eran ya toquecitos bien apañados para rendir a El Yuchandi; estos elogios mostraban suficien-

(1) Benchobáir pondera mucho el sermón pronunciado por este personaje en la mezquita de Medina, junto al sepulcro de Mahoma.

Según parece, todos los asistentes seguían el discurso con fervor grande, pero cuando el entusiasmo se desbordó fué cuando El Yuchandi, terminando ya su sermón exclama: «Una cosa que necesito he de pedirlos, aunque me sonroje [el pedirlos], no importa, si vosotros me la concedéis.» Todos se lo prometieron con grandes voces, y entonces prosiguió: «Lo que necesito es que descubráis vuestras cabezas y, alzando las manos, supliquéis a este generoso Profeta que me sea propicio y que implore para mí la gracia del Señor, potente y glorioso.» Luego comenzó a confesar públicamente sus pecados, y la gente lloraba: «No vi jamás—dice Benchobáir—noche de más lágrimas y más compunción que la noche aquella». *Rihla*, 201.

(2) Schiaparelli traduce esta última frase: «Lo preganmo di farci sentire della prosa e della poesia, al che acconsenti, e noi lo trovammo più grande di quanti mai abbiamo sentito in questi generi letterari». («Ibn Gubair, Viaggio», p. 189.) He subrayado aquéllas palabras que no me parecen rectamente traducidas. Benchobáir dice, no que le pidió les hiciera oír algo de su prosa y poesía si no que «solicitó de él les concediera la licencia doctoral» o *ichaza*, y que «él nos la concedió»—nos la expidió—«en prosa y en verso»:

استجرتنا فاجرتنا شراً ونظماً

Por lo demás, el hecho de haber solicitado Benchobáir el diploma doctoral de El Yuchandi y el haberle sido concedido consta por la narración de Almacári que doy en el texto. La última frase en la que Schiaparelli traduce «in questi generi letterari», pudiera realmente entenderse así, pero la versión más natural es la que he dado más arriba; en este punto el traductor italiano procede en consecuencia con el error primero.—Estos leves reparos, y otros semejantes no me man en nada el mérito de la versión italiana, realmente muy acertada y muy correcta.

tamente todo el arte poético que poseía Benchobáir. Pero el arte aparece sobre todo, y con mucha intención, en el último verso:

«El agradecimiento acompañará [a la concesión del diploma] como un esclavo. Y el agradecimiento es para la gloria la copa más rutilante.» (1)

Esto, expresado llanamente, francamente, quería decir que el hombre se hallaba dispuesto a elogiar en toda ocasión a El Yuchandi en pago de su diploma doctoral.

El Iuchandi también hacía versos, y contestó con brevedad y modestia:

«Este que solicita mi amistad y enseñanza, te pide, oh Dios, que le concedas unas cuantas chispas de mi pedernal.

Yó [por mi parte,] le concedo licencia de enseñar lo que a mi me concedieron y enseñaron, y lo que yo profeso.

Y escribe estas líneas que ves Abdelatif El Yuchandi.» (2)

Un encuentro breve, unos cuantos versos, y Benchobáir podía regresar satisfecho con las licencias doctorales expedidas a poca costa por el gran Ymán El Yuchandi.—Así se explica que con sólo un rápido viaje al Oriente volvieran a su patria tantos moros andaluces cargados de diplomas como si los hubieran adquirido de paso en cualquier bazar bien surtido. Para obtenerlos no necesitaban gran trabajo, ni tiempo tampoco, ni ciencia. (3)

Sin embargo, los hombres preocupados seriamente por el estudio—y fueron muchísimos aquí en España—le concedían sin regateo todo el tiempo preciso y se detenían largos años en Oriente.

Tal, por ejemplo, Ibrahim Benabdala, maestro de tradiciones mahométicas en Valencia, poeta a ratos, y aún buen poeta, que se paró veinte años en Alejandría con el célebre doctor Essilafi, para recoger de memoria y por escrito sus sabias enseñanzas, con una fidelidad y constancia admirable.—Bien es verdad que, al decir de su biógrafo y amigo, este ilustre varón era un santo. (4)

El celeberrimo cadí sevillano, Abubéquer Benelarabí no pedía tantos años para realizar cumplidamente los estudios con los grandes maestros españoles y orientales, pero se indignaba con los que regatean el tiempo consagrado al estudio.

(1) Almacari, 1508.

(2) *Ibid.*

(3) Sobre las *ichazas* o diplomas doctorales se ha escrito bastante. Nosotros tenemos, aquí en España, un breve estudio, pero muy substancioso, y además con el especial interés de hacer referencia a lo que solía ocurrir en este punto entre los moros españoles; es el estudio que le dedica Ribera en su obra *«La enseñanza entre los musulmanes españoles»*, nuevamente publicada en la reciente edición de sus obras ofrecida por sus amigos y discípulos: *«Disertaciones y Opúsculos»*, Madrid, 1928, t. I, pp. 334-340.

(4) Addabí, núm. 512.

Abuishaq Ibrahim ben Abdata fué notable maestro de tradiciones mahométicas, al decir de su amigo y discípulo Addabí, quien le dedica larga noticia biográfica, y elogia con fervor su ciencia, su virtud, su vida retirada. De él recogió también e inserta en esta biografía algunas anécdotas relativas al gran maestro oriental Essilafi.—Murió Abuishaq en 590=1194.

—«No tantas prisas - le decía a un discípulo que añoraba la familia y quería volver a su tierra; - no tantas prisas; debes permanecer aquí hasta pasar los diez años que yo empleé en mi viaje [al Oriente.] (1)

Diez años, veinte años en las escuelas orientales, después de cursados ya otros estudios en España, era mucho; pero parece ser que, una vez emprendido el viaje, la distancia de los países y el tiempo de permanencia en aquellas regiones contaba ya por poco y relativamente; lo difícil era decidirse, después... el Islam tenía unas fronteras muy vastas.

Allá, en los comienzos del siglo décimo vivía en Córdoba un señor de regia alcurnia, Abubéquer Benmoavia, benemérito de las ciencias religiosas entre los musulmanes españoles. Hacía algún tiempo que se le había formado una úlcera en el rostro, y ningún médico acertaba a curarla. Con frecuencia sus amigos le abordaban:

—«¿Qué tal va eso?... Mal cariz tiene; cada vez es mayor y acabará contigo.»

Alarmado el buen señor y lleno también de fastidio por tantas preguntas, partió para el Oriente; recorrió el Egipto, la Siria, el Yrak; consultó con todos los médicos, y todos le decían lo mismo:

—«No; eso sólo te lo pueden curar en la India.» (2)

(1) Esta noticia se acuerda mal con las fechas que da el mismo Addabí y otros autores. Todos están conformes en que Benelarabí emprendió el viaje en 485=1092, y el mismo Abubéquer lo confirma al decir que salió de España cumplidos los 16 años, pues nació en el de 468=1075; pero Addabí señala para el regreso una fecha del todo inadmisibles, el año 512=1118-19, cuando hacía ya años que Benelarabí había ocupado el cadíazgo de Sevilla (en 498=1105), según Benelzobáir, citado por Almacarí (1337); además, según esta cuenta hubieran sido 27 y no 10 los años empleados en el viaje. Por su parte, Benpascual, Benelzobáir y Banasáquir (Almacarí, 1336) dicen que regresó en 498=1100, en cuyo caso tampoco serían 10, si no 8 los años pasados en Oriente.—Desde luego, ni Addabí ni los otros están en lo cierto, pero el error del primero es una ligereza inexplicable, mientras que el de los otros puede tener explicación: En 491=1098, según Benasáquir, salió de Damasco para dirigirse a España; en 493=1100 se hallaba aun en Alejandría, y allí murió su padre a principios del mismo año; este acontecimiento le puso de nuevo en camino, pero siempre sin prisas. De todos modos, la fecha 493=1100, aunque inexacta, es la que han retenido los biógrafos por estar asociada a la muerte del padre en el viaje de regreso.—Todo esto nos lo aclara un personaje, por cierto celebrísimo, Aiad el Ceutí, en la obra que compuso con las biografías de sus maestros, y que se conserva manuscrita en la Biblioteca Nacional. Su testimonio es de valor, no ya por haber sido discípulo de Benelarabí, pues también lo fué Benpascual, y no halla dificultad en equivocarse, si no por una circunstancia precisa, por haber sido testigo de su regreso cuando ya llegaba a Ceuta.—Habla el cadí Aiad y dice primeramente, como todos, que su maestro, después de la muerte del padre ocurrida a principios del 493=1100, se encaminó a España; pero luego vuelve a decir, precisando más las fechas: «Murió su padre a comienzos del año 493, y entonces se vino a España en el año 495=1102». Esta es la fecha de su llegada, y Aiad no podía engañarse fácilmente porque, como añade después, «pasó por mi pueblo—Ceuta—al regresar del Oriente, y entonces recogí por escrito sus enseñanzas».

فمات أبوه بالاسكندرية اول سنة ثلاث وتسعين ثم انصرف هو الى الاندلس سنة خمس وتسعين... واجاز ببلدنا عند انصرافه فكتب عنه حينئذ

Ms. B. N. 5351, fols. 5 y 6, شيوخ عياد

—Así quedan justificados los diez años de viaje de que habla Benelarabí, y se corrigen las fechas erradas en que se pone su regreso a España. En Brockelmann, (*Geschichte der Arabischen Litteratur*, Weimar, 1898-1902, t. I, p. 412), hay que corregir además el año del nacimiento: no fué el 469=1076, si no el 468=1075.

En una de sus obras, Benelarabí nos dejó una breve pero interesante noticia de sus viajes de estudio (a parte del Diario de viaje que compuso), conservada por Exxatibí en *El Itisam*, edic. cit., t. I, pp. 194 y siguientes.

Abubéquer Mohámmed ben Abdala, llamado comunmente Abubéquer Benelarabí, es uno de los hombres de ciencia más famosos entre los musulmanes españoles. Como jurista gozó de reputación enorme y sus obras tuvieron siempre gran autoridad. Desempeñó el cargo de cadí o juez de Sevilla, y murió en 534=1148-49.

(2) Este aviso responde a la opinión en que generalmente se tenía la India, país de la sabiduría, las artes y las riquezas. Un viajero granadino del siglo XII, dice en su libro de viajes que los indios «son la gente

Y, en efecto, partió para la India y allí le curaron. (1) Pero, sin duda, había cobrado ya afición a la vida andariega y, en vez de regresar a España, se entretuvo en recorrer las más célebres escuelas de aquellos países. Total, treinta años justos de andanzas en Oriente. (2)

Era ya demasiado. Al cabo de tantos años debían regresar a España con un bagaje enorme de ciencia, no cabe duda; pero tanto bagaje debía producir su fatiga. Abulualid El Bechí, el célebre doctor malequí, cursadas ya algunas disciplinas en Córdoba con notables maestros, pero deseoso de aprovechar más adentradamente en la ciencia, partió en peregrinación y se pasó tres años estudiando en la Meca, tres en Bagdad, uno en Mosul, y otros varios por diferentes ciudades de aquellas regiones; en total trece años de ajetreo y estudio en las comarcas de oriente.

Pero lo ejemplar del caso de El Bechí no está precisamente en su larga estancia en aquellos países, ni aun siquiera en haber aplicado al estudio esos viajes y esos años sino en el noble esfuerzo que puso en adquirir la ciencia, en ese penoso afán con que, pobre y sin valimientos, peregrinea por diversas regiones en busca siempre de los mejores maestros, y siempre también, obligado al mismo tiempo a ganarse la vida como buenamente podía lograrlo.

El Bechí era poeta, y esto le valía en caso extremo; así, acuciado por la necesidad, unas veces recurría a su arte para ir tirando a costa de versos; pero como, sin duda, los menesteres de poeta le distraían de los estudios, procuró hallar un empleo que le pusiera a salvo de la necesidad y le permitiera dedicarse al estudio. Por fin, el futuro consejero de reyes, halló un empleo

más sabia en toda suerte de ciencias: en medicina, en astronomía, en geometría, y en esas artes maravillosas que nadie si no ellos pueden ejercer por semejante modo». *Tuhfat al-Albab*, edic. Ferrand (G.), París. 1925. p. 48.

Sin embargo, —como lo ha demostrado E. Bochet (*Les sources de l'astronomie hindoue*, en «Revue de l'Orient Chrétien». París, 1926-28, t. XXV, p. 400 y sigt. y t. XXVI p. 42 y sigt.), cuando los musulmanes de la edad media creían recibir originariamente de los indios todos sus conocimientos matemáticos, no sospechaban que recibían a través de los indios las filtraciones de la ciencia griega, ni que su álgebra debe mas a la tradición diofantina que a los matemáticos del Chambudvipa.

(1) Refiere Addabi que cuando Benmoavia llegó a la India y se presentó al médico que había de curarle, éste le dijo que si, que le curaría, pero a condición de que partiera con él las riquezas que llevaba, que por cierto, eran muchas, pues según Benelfaradi (*Tarjī Olama el Andalús*, edic. Codera en «Biblioth. Arabico-Hisp.», tt. VII et VIII, núm. 1287) llevaba consigo al salir de la India por valor de tres mil dinares. Benmoavia aceptó el trato y no tardó en verse curado por manera admirable. Entonces llamó al médico a su alojamiento y le invitó a que tomara de sus bienes lo convenido. El médico le pregunta. «¿Qué, no te pesa de esto?»—«¡No, por Dios!»—«Pues bien, replica-no quiero privarte de nada: tomaré solamente una chuchería». Y se llevó un objeto cualquiera que le había gustado.—Con mis palabras—añadió—sólo he querido probarte y conocer tu temple de espíritu. Ahora, eso, sí, que si hubieras rechazado mi proposición no te hubiera curado luego aunque me fuera todo tu hacienda; y, cierto, que, de no curarte, la úlcera hubiera acabado contigo, pues el peligro era ya inminente.»—Addabi, núm. 27. La curación fué tan completa que Benmoavia llegó a vivir treinta y tres años, pero los bienes aquellos los perdió en el mar, en el viaje de regreso.—Benelfaradi, núm. 1287.

(2) Abubéquer M. Benmoavia, por Benelahmar, era natural de Córdoba, pertenecía a la familia de los omeyas. (Cfr. Abenházam, *Chámbara*, manuscrito de la Acad. de la H.^a, núm. 6, fol. 49 v.º) En el año 995-908 emprendió su viaje al Oriente, y en 336—947-48, a su regreso, comenzó a dedicarse a la enseñanza. Fué él quien introdujo y divulgó en España *Las Normas* del Benxoáib, reputadísima colección de tradiciones jurídico rituales. Murió en 338—999.

Según Addabi (núm. 271), el motivo de su viaje fué el que ya queda expuesto; pero Benelfaradi (loc. cit.) dice de la manera más expresa que partió para la India como negociante, y no menciona para nada eso de la úlcera. Los pormenores que añade abonan su explicación, pero pueden muy bien conciliarse con el relato de Addabi.—El gran historiador de las religiones, el español Abenházam menciona incidentalmente a Benmoavia, y nos lo presenta, ya en su patria, refiriendo a un príncipe algunas de las cosas extrañas que había visto en la India.—Cfr. *Fisal*, edic. Cairo, 1317, t. 2, p. 106.

de estas condiciones, un cargo tranquilo y modesto: el de sereno. Y allí, en Bagdad, después de haber asistido a las clases en las horas del día, por la noche estudiaba a la luz del candil de la guardia, mientras prestaba servicio en el zoco.

Abulualid Suleimán el Bechí, pudo fecundar en oriente, con sabios maestros y a fuerza de tesón sus propios talentos, y regresar a España con la fama de hombre doctísimo; traía consigo lo que iban a buscar tantos otros con menos capacidad para recibirlo: un caudal de conocimientos, bien organizados, bien digeridos.

Pero este hombre admirable, pasados los años, rendido ya, algo desengañado de la íntima inquietud con que había derramado el caudal de sus días por un caudal de ciencia, expresaba su desengaño en unos versos que han recogido casi todos sus biógrafos. Los versos son muy sencillos; dicen esto:

«Pues sé de ciencia cierta que así es mi
vida entera como una hora,
No seré avaro con ella para entregarla
al bien y al servicio de Dios.» (1)

Inquietud andariega.—Con mucha más razón hubieran podido aplicarse ese verso los que sólo viajaban por el mero placer de moverse. Y entre los moros andaluces fué siempre crecido el número de los que emprendían la caminata al Oriente empujados por su espíritu inquieto y aventurero, por esa

(1) Abulualid Suleimán Benjálas El Bechí, nació en Beja, cerca de Sevilla en 403=1012, de familia oriunda de Badajoz. Según Benpascual (biogr. 449), estudió primeramente en Córdoba, y luego, en 426=1035, emprendió el viaje a oriente. A su regreso a España, y a pesar de la nombradía que había adquirido en sus viajes, se vió sujeto todavía a los apremios de la penuria y tuvo que emplearse en el oficio de batidor de oro para hilados, alternando el trabajo manual con la enseñanza, hasta que, al fin, logró mejor fortuna al alcanzar el favor de algunos de los reyezuelos de las taifas. Al decir de Benjacán (*Calid*, edic. del Cairo 1283, p. 189), la buena fortuna del Bechí dió comienzo al ser llamado por Almoctádir de Zaragoza, quien le protegió eficazmente y le favoreció con largueza para que pudiera aplicarse por entero al estudio y a la composición de sus obras, a cuya redacción dió comienzo en Zaragoza.

Al decir, pues, de Abenjacán, la protección de Almoctádir fué el origen de la prosperidad y fama que alcanzó El Bechí. Sin embargo, según se desprende de un texto que nos ha conservado Abenbasam, - uno de los autores que más información suministran sobre nuestro doctor, - parece ser que el verdadero protector del Bechí en sus comienzos fué el rey de Badajoz, Almodafar. El Bechí había estado en Badajoz; pasó luego a Denia, y el príncipe de esta región escribió por medio del gran doctor Benabdelbar una carta de congratulación a Almodafar por haber dado facilidades a un sabio como El Bechí. En esa epístola, inserta por Benbazam en la biografía que consagra al Bechí, decía el príncipe de Denia: «Abulualid El Bechí es en tu provecho como una campaña, un acrecentamiento de tu reino. Por su ciencia, es uno de los sabios de su siglo, el único de tu época por su talento. Ninguno de los sabios del Andalus alcanzó en jurisprudencia tal grado ni tales dotes. La nombradía, la fama le había precedido, y se confirmó en nuestra tierra entre los doctos. Tienes en él lustre y gloria, pues a ti se debe el haberle suministrado los medios de vida, a ti se te atribuye y recae sobre ti el haberle ayudado en sus necesidades. Por mi parte, le he retenido [aquí] fuertemente constituyéndole como el primer consejero jurídico en mis estados, y encomendándole la decisión de los asuntos de legalidad dudosa. En él soy contigo [nuevamente] copartícipe y asociado, como soy copartícipe y asociado tuyo en el poder real y en [el manejo de] los asuntos públicos.» *Eddajira*, ms. de la Ac. de la H.^a, núm. 84, fol. 34 v.º

Las palabras subrayadas en la traducción de este párrafo parecen terminantes, y según ellas sería Almodafar el primero y más eficaz de los protectores que tuvo El Bechí. Abenbasam atribuye esta epístola a Mochéhid de Denia; error evidente, pues el Bechí no regresó a España hasta el 1047, o quizás al siguiente, y por estas fechas el príncipe de Denia no era ya Mochéhid ben Yusuf, sino su hijo Ali ben Mochéhid. Años después, en 1075, Denia y las islas pasaron a poder de Almoctádir de Zaragoza, y es posible que fuera entonces cuando El Bechí, que moraba en Denia, se trasladara a Zaragoza bajo la protección de su nuevo señor.

Como doctor en derecho *malequí* y en teología fundamental, El Bechí gozó de gran renombre, que aumentó a raíz de su decisiva disputa teológica con Abenházam, agudamente estudiada por Asin-Cfr., *Abenházam de Córdoba*, Madrid, 1927, t. I, págs. 200 y sigs.-Pero además fué poeta, autor de muchas poesías que recogió luego un hijo suyo, y de las cuales nos han conservado algunas sus biógrafos.

Murió El Bechí en Almería el 474=1081.

presión movediza que, con frecuencia, informaba ocultamente los pretextos capciosos de peregrinación, estudio, comercio.

En el fondo de tanto trasiego se ocultaba aquel afán de moverse, aquel espíritu trashumante tan desunido de otros motivos, expresado de manera decidida en «Las mil y una noche» en el cuento de *Chemseddin y Noraeddin*. Este último recita unos versos:

«-Viaja: no dejarás de hallar quien reemplace a aquellos de quienes te separas. Muévete, que en ello está el placer de la vida.

El hombre inteligente y cultivado ninguna gloria puede sacar de quedarse en su lugar. Deja tu tierra, vete al extranjero.

Yo noto que el agua estancada se corrompe, y el agua corriente se sana, por lo mismo que corre.

Dejado en su yacimiento, el polvo de oro es como polvo de tierra, y el aloe en la tierra en que se da es considerado simplemente como leña.»

Lo mismo, casi decía un personaje histórico, el califa Almamún: «No hay nada más dulce que el viajar con medios suficientes: cada día haces alto en un lugar distinto, pero no para morar en él; conoces cada día nueva gente, pero no para tratarla con larga intimidad.» (1)

Este vivir desarraigado, flotante, que desbordaba por encima de toda frontera, fué cantado con insistencia por los moros españoles:

Vivir de mi patria ausente
Es mi costumbre hace tiempo:
Otros gustan del reposo,
Yo gusto del movimiento.
Innumerables amigos
En todas las tierras tengo
Desde el oriente al ocaso
Recorrer el mundo quiero:
No ha de faltarme un sepulcro
En que descanse mi cuerpo.

Así cantaba un escritor ya citado, El Hamaidí, que, por cierto a falta de una tuvo dos sepulturas en Bagdad. (2)

Como forma agudizada de este despego del propio solar, nacía aquel sentimiento cosmopolita que formulaba crudamente en dos versos el polígrafo español Omeya Benabdelaziz;

(1) Benabderrabih. *El Yed*, edic. del Cairo, 1913, t. 2, p. 32.

(2) Schack, *Poesía y arte de los árabes de España y Sicilia*, traduc. Valera (J.), Madrid, 1867, t. II, p. 245. El Homaidi, muerto en Bagdad en 488=1095, fué trasladado de sepultura en 491=1098.

Mi origen primero es la tierra.

Por eso mi patria no tiene frontera. (1)

Otro poeta, español también, expresaba de este modo la misma idea:

Si en la patria padeces pobreza

Eres extranjero en tu propio suelo:

Tu patria es aquella que da riquezas

No hay más que una tierra,

Poblada de humano;

Por esos los hombres son todos

Parientes y hermanos (2)

Es la manera holgada y floja de repetir en árabe lo que ya había sido expresado en griego por Aristóteles, según la docta cita de un musulmán cordobés (3); pero que, desde luego, tenía ya su fórmula muy precisa en latín: *Ubi bene, ibi patria*.

Todo esto no impide que luego esos mismos poetas lloraran en sus versos las añoranzas de la patria, los rigores de la ausencia.

Cuando el ausente recuerda la patria,

Con el recuerdo se aviva su pena,

Y en su angustia de mortal añoranza,

Los ojos hacen pacto

De velar mientras velan las estrellas.

Son versos de Benchobáir. (4) - Pero esto del «pacto con las estrellas» - el insomnio - las penas de ausencia, el momento de la despedida, la vista del

(1) Abusalt Omeia Benabdelaziz, médico, filósofo, astrónomo y poeta, buen poeta, nació en Denia en 460=1068. Como otros tantos de aquellos moros españoles, inquietos e impacientes, emprendió su viaje al oriente, llegando en 489=1096 a Alejandría, en compañía de su madre. Allí estuvo encarelado por haber fracasado en el intento de poner a flote una nave que había naufragado, y a cuyo salvamento se había comprometido. Aprovechó su reclusión para componer algunas obras, y, una vez en libertad, se dirigió a Almahdia, donde se vió colmado de honores hasta el fin de su vida. Murió en 592=1134, después de una vida laboriosa y fecunda en producciones científicas y literarias. Sus poesías, impregnadas, en general, de sentimientos elevados, fueron coleccionadas en un cancionero. Entre sus obras figura un tratado de lógica que ha sido traducido al castellano por el Sr. González Palencia: *Rectificación de la Mente*, Madrid, 1915.

Las fechas que he señalado en la vida de Abusalt son las que apuntan Brockelmann (*Geschichte*, I, 486) y Benjalicán (*Ufaiyat*, Bulac, 1275, 1143). Sin embargo, Almacarí (I, 1372) dice que murió en el año 523=1129, o en 528=1134, y Benalabar, en su *Tohfa el cádima* (ms. del Escorial núm. 356 actual, fol. 40) apunta primeramente el año 520=1126, y luego el de 536=1141-42, aunque da por más seguro el primero. De todos modos, la seguridad que da Benalabar es muy relativa, pues respecto a Abusalt, cada autor árabe señala una fecha distinta. También para la fecha de su viaje Benalabar apunta otro año del que indica con toda precisión Benjalicán. Este afirma que llegó a Alejandría con su madre en la fiesta de los Sacrificios de 489=1096; Benalabar en cambio afirma que salió de Sevilla a los veinte años de edad, es decir, en 480=1087-88, pero como parece que no se encaminó directamente a Egipto, sino a Túnez, es fácil concertar ambas fechas, y así tendríamos que poner la de su partida en 480. De este modo, y con la precisa indicación de Benalabar (*Loc. cit.*), resultarían los veinte años que según Almacarí pasó en su patria. Otros veinte retenido en la Biblioteca de Alejandría, y los veinte restantes en el reino de Túnez son los sesenta de su vida distribuidos así por Almacarí.

Respecto al lugar de su nacimiento, lo mismo Almacarí que Benalabar, en su precioso e inédito tratado ya citado, le hacen natural de Sevilla.

Los versos citados son uno solo en el texto árabe, y aun lo traduzco incompleto, pues añade:

«todos los seres creados son mis hermanos»

Almacarí, I, 372 - Véase también la nueva atribución que el mismo Almacarí les da en otro lugar; II, 325.

(2) Versos de El Zobaidi, excelente literato de Sevilla, muerto en 379=989.-Abdabi, que con frecuencia vacila y yerra en las fechas, pone el fallecimiento de este literato «hacia el año 330=941-42; Benefaradi (*op. cit.* núm. 1355) señala con toda precisión el 379=989. Los versos citados se hallan en Almacarí, 2, 86, y en Benjalicán, Ufaiyat, t. 2, núm. 662.

(3) Benabderrabich, *El Icd.* 2, 41.

(4) Almacarí, I, 509.

campamento abandonado, las brisas de la patria etc. etc.; eran simples maneras de decir. Los poetas del Magreb y del Oriente manejaban con harta porfía esos tópicos ya tan manidos pero qué, avalorados por la circunstancia del viaje, resultaban entonces muy oportunos y hasta de buen tono. Todo viajero que se respetara un poquito debía cantar en alguna poesía sus nostalgias más o menos sinceras, pero sin dejar por eso su vagabundaje, con el afán de ver cosas nuevas. ¡Y qué cosas, Dios santo! - Esto lo cuentan los libros de «cosmografía»

En la vastísima literatura árabe existe un género de producciones que se cataloga bajo la rúbrica de «cosmografía», pero que desborda de ella largamente con disquisiciones y noticias de todo género, siempre que lleven consigo el prestigio de lo maravilloso. Como es natural, esta suerte de obras eran un recio espoleo para el hombre curioso, amigo de novelarías y en condiciones de poder viajar. No hay más que considerar lo abundante de estas obras y la extraordinaria multiplicación y difusión de ejemplares manuscritos (1) para reconocer cuan golosamente eran recibidas y la formidable tentación en que ponían a muchos. Y muchos cayeron. Las fatigas, los gastos, los inconvenientes graves de abandonar la patria, los negocios, la familia, todo esto asustaba y detenía, es natural. Pero todo esto también estaba compensado con sobrada liberalidad por los prodigios y maravillas que, según parece, podían contemplarse por entonces, con sólo moverse un poquito y viajar por algunos países.

Para mostrar de algún modo la influencia que pudieron ejercer estas obras como estímulo para los viajes voy a servirme brevemente de una sola, y escojo el relato de Abuhámid, por ser español. (2) Además, su información tiene un candor tan persuasivo que seduce. He aquí alguna muestra de lo que podía verse en aquellos tiempos:

En el Yemen, una tribu árabe cuyos individuos estaban como partidos por la mitad, a lo largo del cuerpo, y así tenían media cabeza, la mitad de-

(1) Sus más conocidos cultivadores fueron El Cazuini, Xemseddin el Dimaxqui, Benchuárdi y El Bacuí, pero anterior a éstos fué el granadino Abuhámid, que va a ofrecernos curiosos pasajes. Todos estos autores han sido editados y algunos traducidos a lengua europea:

El Cazuini por Wüstenfeld: *Zakariya Ben Muhammed.....el Cawzini's Kosmographie*, Göttingent, 1849. El Dimaxqui, por Mehren: *Cosmographie de Chems-ed din.....ed=Dimichqui*; texto árabe, Saint-Petersbourg, 1866; traduc. del mismo: *Manuel de la Cosmographie du moyen age*, Paris 1874.

El Bacuí, por De Guignes: *Exposition de ce qu'il y a de plus remarquable [sur la terre] et des merveilles du roi tout-puissant*, en «Notices et extraits des ms. de la B. R.» t. II, Paris 1789, pp. 386-545.

Benelárdi: *Jaridat el Achaib*, Cairo 1328

Abuhámid, por G. Ferrand: *Le Tuhfat al-Albad.....* Paris 1925.

(2) Nació en Granada en 473=1080-81; en 508=1114-15, se hallaba ya en Oriente, y desde entonces su vida fué un constante ajeteo. He aquí las fechas de sus andanzas recogidas del *Tuhfat* por su diligente editor Mr. Ferrand: Después de cursar sus estudios en Alejandría y El Cairo, regresó a España; pero en 511=1117, vuelve a Egipto; se le encuentra después en Damasco, luego en Bagdad, en 516=1122; más tarde, en 524=1130, en Persia; al año siguiente en Sajsin, sobre el Alto Volga, 43 días de camino al norte de la actual Kazán; en 530=1135-36, aparece en Bulgar, ciudad emplazada en las cercanías de Kazán; en 545=1150-51, se le halla en Hungría; en 555=1160, regresa a Bagdad; parte luego para el Jorasán, permanece más tarde en Alepo y en Damasco; compone en Mosul su obra, en 557=1162; retorna a Damasco, y allí muere por fin, en 565=1169-70. - Cfr. *Tuhfat Al-Albab...* edic. cit.

recha o izquierda del cuerpo con un solo brazo, una sola mano y una pierna, como es natural. Su lengua era el árabe, y hasta hacían versos. (1)

En otro lugar. - y esto lo dice sin sombra de ironía - había hombres sin cabeza. Para remediar este inconveniente, llevaban los ojos en la espalda, y la boca en el pecho (2)

En el mar de la India podían admirarse cuatro golfos cuyas aguas ofrecían ciertas particularidades de coloración: rojas como la sangre, amarilla como de oro, blanca igual que la leche, y azules, de uu azul de añil. En esto de las aguas Abuhámid se muestra prudente, y añade: «Pero Dios sabe mejor lo que hay de cierto en esto de esos cambios de color» (3)»

Un magrebino que había estado en la China tuvo ocasión de ver allí al célebre pájaro Roj. Era un polluelo nada más, recién salido del cascarón, pero, tan desarrollado, tan bien logrado que resultaba grande como una montaña. El magrebino se trajo una pluma del Roj, y en el cañón de la pluma cabía todo un odre de agua (4)

En la China también. . . Pero, no; sin ir tan lejos. Aquí en el *Magreb*, existía una isla habitada únicamente por mujeres que, con sólo sumergirse en las aguas del mar recibían fecundación y daban a la luz de este mundo niñas nada más, nunca varones (5).

Pero aún más cerca, en la misma Andalucía, en un monte vecino a Loja, al pie del monte, se abría la «Gruta del sol», en la cual se hallaban todavía en aquel tiempo los «Siete Durmientes»; seis de ellos echados de espaldas, y el otro, durmiendo siempre sobre el costado derecho. A sus pies estaba también, y también profundamente dormido, el perro famoso. (6)- Abuhámid era granadino; Loja, muy cerquita de Granada, siendo él tan curioso-viajero ¿cómo no se le ocurriría llegarse a Loja y asomarse a la cueva ésa a ver qué encerraba? Y si se acercó y miró ¿vió a seis de los «Durmientes» tendidos de espaldas y al otro acostado precisamente del costado derecho? - Sospecho que Abuhámid no podía jurarlo. (7)

(1) *Tuhfat*. 44 y 250.

(2) *Ibid.* 48 y 252.

(3) *Ibid.* 93 y 259.

(4) *Ibid.* 109 y 265.

(5) *Ibid.* 46 y 252.

(6) *Ibid.* 121.

Son los *Siete durmientes* de la leyenda cristiana que, recogida en el Corán, quedó así incorporada a las tradiciones musulmanas. De los Siete jóvenes de Efeso que bajo la persecución de Decio, se retiraron a una cueva para ocultarse y poner más a resguardo su fé, dice el Corán en la *sura* de «*La Caverna*» (XVIII, 9): «Cuando se refugiaron los jóvenes en la caverna, dijeron: «Señor, acuda a nosotros tu misericordia, y favorcéonos para que obremos rectamente.»—Nos [el Señor] les tocamos los oídos [para dormirlos] en la caverna por un número de años.»

Sobre el popular tema de los «Siete durmientes», véase el estudio comparativo que hace Asín entre las leyendas del ciclo cristiano y del ciclo islámico.—*La escatología musulmana en la Divina Comedia*, Madrid, (1919, págs. 276-281).

(7) A pesar de esto de la cueva y el perro y los Siete, reconozco de buen grado con el erudito editor del *Tuhfat* que la obra no merece el desdén con que ha sido tratada por algunos orientalistas. No todo lo que en ella se contiene son patrañas por el estilo de las que he apuntado en el texto por hacer a mi propósito; las noticias sensatas e interesantes abundan en ella, y aun, a veces, lo que a primera vista parece una invención del todo absurda es simplemente una realidad exagerada o deformada por defecto de perspectiva intelectual. Casos de

Ya se comprende el influjo que habían de ejercer tales relatos. A semejanza de esas vistas de monumentos y paisajes que las agencias de viaje publican con glosas bien intencionadas, estas fábulas que se repetían con deleite en las conversaciones y se divulgaban en libros como este, tenían que acuciar apretadamente el humor andariego de nuestros andaluces. El mismo Abuhámid fué una víctima, de estos chismecillos, como aparece claramente en su relato.

Así, en 1118 le vemos en el Cairo escuchar beatíficamente los descarados embustes que le refería un tal Abulabbás El Hichazi, buen conocedor de las grandes maravillas de la China, por donde había viajado. El Hichazi hablaba con seriedad modesta y socarrona.

-«Si; he visto muchas cosas, pero no puedo contarlas porque muchos pensarían que son invenciones.»

- «Eso - replica el bueno de Abuhámid - lo pensará el vulgo necio, pero los hombres de buen juicio saben distinguir lo verdadero de lo falso, y gustan de oír la relación de esas maravillas, porque ellos nos muestran el poder del Señor.»

En vista de esto, Abulabbás se decide: Había estado en Ceilán, isla grande, donde se encuentra la montaña en la cual posó Adán. El rey de la isla le había proporcionado cierto ungüento de algún mérito. Untándose con él el cuerpo, este se hacía invulnerable al hierro, mientras no desapareciera por el lavado la virtud prodigiosa de la untura. El ungüento éste, bebido en cierta proporción resultaba definitivamente eficaz, y hasta podía uno lavarse; pero, en cambio, no se podía tomar leche ni productos lácticos si se quería conservar esa eficacia. Parece ser que este era el único inconveniente del ungüento, porque el mismo Abulabbás hizo un experimento *in anima vili*, en un pobre esclavo, y el resultado fué sorprendente.

También otro rey, un rey de la China éste, le había dado una pomada bastante buena para curar las heridas: se untaban con la pomada, y no sólo desaparecía el dolor si no que, al instante, se formaba un pelloncete de carne que rellenaba cumplida, adecuadamente la cavidad de las heridas.

- «¡Oh, Abulabbás! ¿Cómo no has traído de ese ungüento que te hubiera valido más que las mayores riquezas?»

éstos podría citar bastantes en la obra de Abuhámid, pero pondré un sólo ejemplo, muy sorprendente, por cierto: Abuhámid habla de Roma y nos dice: «Cuando el rey [el Papa] quiere salir de la ciudad le preceden criados llevando en las manos bandejas de oro, con monedas de oro [también], y las van arrojando a derecha e izquierda del tránsito del soberano; la gente se lanza a recoger el oro, y de esta manera dejan paso al rey. Esto se hace a causa de la gran multitud.» (p. 194).—Estas son las palabras mismas de Abuhámid. Pues bien, salvo el oro de las bandejas, lo demás no sólo es cierto si no que hasta parece copiado de los *Ordines* que reglamentaban las ceremonias pontificales en la Roma medieval. El *Ordo Romanus*, de Cencio, dice textualmente: «In secunda feria post Pascha, summo mane, dominus Pontifex....pergit ad sanctum Petrum; ibique....solemnitatibus universis peractis....revestitur Lateranum, et sic incipiente squitare, senescallus post eum vadens facit de denariis jactum unum ut sic multitudine populi, quae impedimentum praestat domino Papae, removeri possit, denariis ipsis colligendis intendens.» Apud Mabillon, *Museum Italicum* t. II, p. 187.

- «Sí; ya lo traía en gran cantidad; pero lo perdí con todos mis bienes y diez navíos en los mares de la China, de la India y en el Mar Rojo.» (1)

En realidad no lo había perdido todo; todavía le quedaban algunas preciosidades y unas hojas de papel de la China, papel de diversos colores, con figuras en oro. Un hijo de Abulabbás regaló unas cuantas hojas de este papel al excelente Abehámid.

Como ya queda dicho, fué en el Cáiro, y en el año 1113, donde pasó esta conversación y cuando Abuhamid tuvo noticia de tales prodigios. Ahora bien, desde entonces, su vida fué un constante ajetreo. No partió para la China en busca del ungüento, pero se orientó hacia una región que por su lejanía y misterio ofreciera serias garantías de poseer maravillas enormes y sobre todo, inéditas. Tanteando el terreno, visitó primero la Persia, muy explorada ya, pero desde allí se dirigió a Sajsin, sobre el Alto Volga, y a cuarenta y tres días de camino más allá de la actual Kazán.

En efecto, allí tuvo que sentirse satisfecho y envanecido: podía dar noticias estupendas. Por ejemplo: Ciertos negociantes del país le informaron de que en cierta ocasión, navegando, descubrieron un pez enorme. Ellos le atacan, le siguen, logran atravesarle una oreja, pasaron por ella una cuerda y, tirando, tirando tratan de arrastrar el pez; pero entonces la oreja se abre, se rasga, y surge por allí... una joven hermosa, agraciada ella, blanca de cutis, los cabellos negros, las mejillas encendidas, bien formada de cuerpo, y cubierto con la posible decencia. Los negociantes la condujeron a tierra, en tanto que la muchacha, toda desconsolada, se arañaba el rostro, se mesaba los cabellos, mordía sus brazos, lloraba, y gritaba, hasta que al fin la pobre se murió entre las manos de sus aprehensores y fué arrojada al mar. (2)

Abuhamid, después de referir esto, prorrumpe en alabanzas al Señor que de tal modo magnifica su nombre multiplicando las maravillas. En las palabras de nuestro autor se echa de ver que se hallaba conmovido; pero además, podía sentirse satisfecho: sin ir a la China, su suerte le deparaba el dar noticia del prodigio más grande y absolutamente inédito.

Años después, muchos años, en 1162, hallándose en Mosul, al componer, con todas las noticias substanciosas y con todas las patrañas recogidas en lecturas, viajes y conversaciones, su libro «Regalo de los corazones», se acuerda todavía positivamente del ungüento famoso de aquel Abulabbás y de la infeliz muchacha que salió por la oreja de un pez en tan mala ocasión.

El caso éste de Abuhamid manifiesta cómo los libros de este género obraban de estimulantes; y aunque, claro está, no siempre tenían eficacia decisiva para lanzar a los viajes, por lo menos les servían de aliciente, pues el

(1) *Tuhfat*, 106 y sigts.; 260 y sigts.

(2) *Ibid.* p. 119.

enorme apetito con que eran recibidas tales obras es prueba de que causaban en muchos espíritus el vértigo de lo maravilloso, una especie de tentación de lo absurdo.

Facilidades para los viajes.—Cuando el califa Almamún, nos hablaba más arriba de aquellas «provisiones de viaje» pensaba, sin duda, en una bolsa bien abastecida que sirviera de seguro viático. Pero muchos de nuestros magrebinos no se mostraban tan exigentes, y emprendían el camino con más fácil confianza. Aunque salieron de España con los medios muy justos o escasos, por de pronto, eso les bastaba. Lo difícil de veras era llegar a los países del Oriente, porque, de no hacerlo por tierra, lo cual dilataba largamente el camino y la fatiga, tenían que embarcar en alguna nave, de ordinario, y a partir del siglo XI, nave italiana de genoveses, de pisanos, y luego de la señoría de Venecia, y algunas veces, también catalana. Estas naves recibían, sobre todo en el viaje de regreso, numeroso pasaje mezclado de cristianos y musulmanes, que procuraban soportarse con natural tolerancia. El mismo Benchobáir, a veces algo intemperante, parece que pierde a bordo algo de su celo agresivo, y hasta debió impresionarse de cierta solemnidad cristiana que presencié en el navio; por lo menos la refiere de manera objetiva y con respeto.

En 998, el abad de Cluni, san Odilón, había establecido para los monasterios benedictinos de su jurisdicción la Conmemoración de todos los fieles difuntos, fijándola para el dos de noviembre; la festividad fué muy pronto aceptada por Roma, y así, de la orden beneditina pasó a ser fiesta en toda la Iglesia. Pues bien; en ese día se hallaba Benchobáir a bordo de una nave cristiana, en viaje de regreso, y con él numerosos musulmanes que regresaban a España, muchos cristianos, peregrinos, cruzados, negociantes, que venían de Palestina. Y dice el autor del «Diario» «Aquella noche del primero de noviembre era una fiesta célebre para los cristianos, a la cual asistieron todos con candelas encendidas; y apenas si había uno, grande o chico, hombre o mujer, que no tuviera en la mano una vela. Los sacerdotes recitaron las preces sobre cubierta, y luego uno tras otro, comenzaron a predicar y a recordarles los preceptos de su religión. Toda la nave se iluminó de arriba a bajo con lámparas encendidas.» (1)

Pero si cristianos y musulmanes convivían a bordo con sociable tolerancia, unos y otros se veían sujetos a las mismas leyes y recibían igual trato, aunque la nave perteneciera a cualquier armador cristiano. Ahora bien, la ley primera que obligaba era el pago del pasaje. Además, como en el coste del pasaje no se incluía la manutención, el pasajero tenía que comprar a bor-

(1) *Rihla*, p. 313.

do lo necesario para el sustento, o llevarlo consigo en el momento del embarque. Desde luego, en el navío podía adquirir todo lo que quisiera; pan, pescado, legumbres, quesos, frutas de todo género y alimentos ya preparados o en crudo. Lo más económico era guisar por cuenta propia, y más aun, llevar ya de tierra lo que había de guisarse. Porque es claro, Benchobáir, al enumerar todo lo que podía hallarse en el navío, hace muy satisfecho el elogio de las facilidades de que pudo disfrutar ampliamente a bordo de la nave genovesa, que le trajo de regreso, pero no dice que todo eso había que pagar lo a buenos precios. Era rico, tenía por lo menos, dinero abundante para el viaje, estaba acostumbrado al regalo de la corte y se sentía satisfecho de hallar a bordo hasta melones del Sind y tener con qué pagarlos. La gente pobre tenía siempre que lamentarse, como escribía en carta familiar cierto peregrino; «de dos cosas que no se experimentan en los viajes por tierra: de miedo y de hambre» (1) El autor del «Diario de viaje» sólo hace alusión a lo primero; pero, eso sí, con arranque muy sincero: - «Viva aquél que dijo:

El mar es de amargo sabor, dura cosa. No vuelva yo a precisar el pasarlo.

¿No es él agua y nosotros barro? Pues ¿cómo será posible que le resistamos?» (2)

Ahora bien, de los doscientos y trescientos musulmanes españoles que conducía alguna de estas embarcaciones genovesas, la gran mayoría estaba en situación de quejarse de ambas cosas, pues había emprendido la travesía muy en precario.

Si el viaje tenía el carácter de peregrinación y el individuo era escrupuloso, antes de emprender la caminata debía haber reunido, Dios sabe a costa de cuantas privaciones, la suma necesaria para el viaje de ida y de regreso. Era doctrina prudente, y rubricada por famosos doctores y era la que recordaba cierto personaje famoso a un amigo suyo que quería hacer con él la peregrinación «¿Cuanto dinero tienes para ella? le preguntaba.

- Cincuenta dinares de oro.

- Pues, según los más renombrados doctores, malequies, no te es lícito emprender la peregrinación hasta que tengas lo necesario para el viaje de ida y vuelta». (3)

Más de cincuenta dinares se necesitaban desde Túnez. Desde España,

(1) *Dorra el asrar*, ms. B. N. núm. 4956, fol. 26.

(2) *Rihla*, 315.

Aunque Benchobáir no nombra al autor de los versos, estos aparecen citados con leves variantes por el poeta Benhamdí en su cancionero y atribuidos a Benrasix.

El mismo Benhamdí repitió en varias formas la misma idea. -Cfr. *Il Canzoniere di Ibn Hamdí*, edit. por Schiaparelli (C.), Roma, 1897 pp. 476 y 477.

(3) *Dorra el Asrar*, ms., cit. fol. 112.

no sé; pero, aunque el texto en que lo leo no es muy preciso, parece ser que con sesenta dinares se tenía lo bastante para el viaje a la Meca. (1)

Sesenta dinares, como veremos en otro lugar, era una suma muy considerable ¿cómo iban a reunir esa cantidad pobres jornaleros y oficiales que apenas ganaban dos dinares al mes? (2)

Los literatos, los poetas, los que sabían hacer versos, -y todos los que tenían algo de letras los hacían-, a fuerza de *casidas* alabanciosas hallaban al cabo quien les completara la suma necesaria o les pagara totalmente el pasaje. Después le dirigían otra vez nuevos versitos, le llamaban «mar de la generosidad», y se embarcaban.

He aquí un caso típico:

Cierto literato, gramático y poeta, se hallaba en Ceuta. A la vista, el puerto, tan frecuentado por las naves de genoveses y otras naves de cristianos. El hombre quería emprender no sé que viaje, y, aunque falto de dinero no se desanimó por tan poca cosa. Allí, precisamente cerca del puerto se hallaba el noble cadí Abusurur director de la Aduana, y decidió acudir a él para pedirle las consabidas «provisiones de viaje». Naturalmente, se lo pidió en verso; era la única manera de dar eficacia a su petición. Abusurur leyó la poesía y, arrebatado por las bellezas que encerraba y por lo acertado de aquellos elogios, engastados de linda manera en los versos, no sólo le concedió lo que pedía si no que, además, le envió diversos regalos de lo mejor que habían depositado en la Aduana los mercadores cristianos. (3)

El pobre poeta no había pedido tanto, no lo había soñado siquiera, y se pasmaba.

Tú sobrepasas todos mis deseos; yo no había pedido todo eso.

Pero tú te sumerges en los mares de la generosidad y abres enteramente al mísero la puerta.

Esto es precisamente el placer de los hombres más generosos: dilatar en la concesión el alcance de la demanda.

No; no he visto generosidad como la tuya, pues no sólo accediste a mi demanda si no que no has querido escatimar en la suma.

Pero yo te lo agradeceré con agradecimiento sincero; yo lo recordaré con recuerdo de perenne juventud.» (4)

(1) Addabí, núm. 371.

(2) De los obreros que trabajaban en la construcción de Medina Azahara, obreros especializados muchos de ellos, se dice con aire de ponderación que cobraban *dirhem* v medio, dos y aun tres *dirhemes* diarios de jornal. Ahora bien, dada la relación entre el *dirhem* de plata y el *dinar* de oro, ya veremos cuál era, en otra nota resulta que el obrero mejor pagado a penas ganaría al mes los dos dinares.

(3) Adviértase que las aduanas de entonces y eran famosas las de los puertos musulmanes del Mediterráneo, no se limitaban a cumplir simple función fiscal si no que servían también como depósito de mercaderías y lonjas de contratación, con sus correspondientes «corredores de oreja»; así, el director de la Aduana de Ceuta debió adquirir legítimamente y sin abusar de su cargo las mercancías que entregó al poeta. En general, la probidad de estos funcionarios fué siempre reconocida por los mercaderes cristianos, y estaba además garantizada por la acción de un tribunal mixto del que formaban parte los cónsules.

(4) Almacari, 2, 410.

No he podido hallar noticia alguna de ese Abusurur director de la aduana de Ceuta.

Los pobres individuos que ni siquiera sabían hacer versos, los que carecían de habilidad o desenfado bastante para hallar quien les pagara el pasaje, todavía tenían el recurso de viajar por tierra, agregarse a alguna caravana de peregrinos, y hacer la peregrinación, el viaje «en pobre», como se decía; esto es, en espíritu de penitencia o devoción, prestando algún servicio en la caravana y fiándose para lo demás en la caridad de los buenos musulmanes.

Todos los años salían de España y Marruecos varias caravanas, y entre ellas una, llamada «grande», que podía considerarse como oficial; pues bien, en las capitales del trayecto, esta expedición ritual, cuyo paso resultaba un acontecimiento, era recibida con grandes honores y colmada de beneficios. Los sultanes, los príncipes salían a su encuentro, presidían su entrada en la capital y repartían entre los peregrinos pobres grandes sumas. (1) No es esto decir que se vieran libres de penalidades y peligros los que así viajaban, pues el recibimiento que se les hacía dependía muchas veces de razones políticas y del estado del país que atravesaban; pero esas penalidades y vejaciones, no faltaban tampoco a los que hacían el viaje embarcados, aunque este modo de viajar tenía un poco el carácter de lujo.

En cuanto la nave aquella que había zarpado de Almería, de Denia, de Ceuta, etc., llegaba a la vista del famoso faro de Alejandría, todo el pasaje se creía ya a salvo y olvidaba por un momento el hambre y las borrascas.

Pero las penalidades aún no habían terminado.

No bien atracaba la nave en el puerto, algunos de los pasajeros más notables eran llevados a presencia de las autoridades para dar cuenta del cargo que traía el navío y para informar de los acontecimientos políticos del país de procedencia. Esto se hacía en todos los puertos, lo mismo de cristianos que de musulmanes. (2) Pero las vejaciones comenzaban para todos, pobres pasajeros y pasajeros de importancia, en cuanto los agentes del fisco se disponían al registro de equipajes y personas en la aduana. Tales desmanes cometían, con tal atrevimiento, que el bueno de Benchobair se indignaba. (3)

(1) Algunas crónicas de los países por donde atravesaban las grandes caravanas de peregrinos anotán cuidadosamente el paso anual de éstos, los personajes ilustres que en ellas figuraban y las atenciones y obsequios de que eran objeto los peregrinos por parte de los sultanes.

(2) Benchobair, *Rihla*, 40 y 339.

(3) Y con razón se indignaba. En Egipto sobre todo, las exacciones ilegales que imponían a los viajeros y peregrinos eran tan pesadas, y los procedimientos que los agentes fiscales—muchos de ellos armenios cristianos—empleaban son tan inconsiderados y aun criminales que no parecían propios de correligionarios si no de enemigos violentos. En Aidab, por ejemplo, dice Benchobair que, antes de que Saladino hubiera abolido «la maldita costumbre», los peregrinos que pasaban a la Meca tenían que pagar antes de su embarque para Chuda una crecida cantidad, aunque no les quedara más dinero para el resto del viaje. Si no tenían o se negaban, eran sometidos a tormentos atroces. (*Rihla* 55). En cambio pondera el trato benigno que recibían de los cruzados los musulmanes que moraban en los territorios ocupados por aquellos opuesto a la misera condición en que se hallaban en países del islam; tan considerado, tan grato y equitativo era el proceder de los cristianos que Benchobair lo considera un peligro, una tentación para los musulmanes que vivían sometidos a ellos. (*Ibid* 302). Cuando nuestro viajero, se dirigía a un puerto de Siria para embarcar con rumbo a España, tuvo ocasión de conocer que los procedimientos empleados por los agentes fiscales de los cruzados con los viajeros y peregrinos musulmanes eran muy diferentes de los que se empleaban en territorios islámicos, pues «en todo esto—dice—obran con suavidad y miramiento, sin violencia ni vejaciones», (*Ibid* 303). La observación que hace Benchobair es muy imparcial, de su parte, pero además en muy justa, pues basta recorrer aquellas célebres colecciones jurídicas: *Etablissements, Assises de l'Église Cour de Jerusalem* para estimar el espíritu humano y tolerante que informaba las leyes de los cruzados.

Pero, por fin, recobrados ya los equipajes, libres ya aquellos doscientos, trescientos musulmanes españoles ¿qué les había llevado al Oriente? ¿Eran peregrinos, ascetas, literatos? Estos últimos son los que más interesan a nuestro propósito, porque son los que, de manera más natural, nutren la bohemia; sin embargo, vamos a seguir a unos y otros para ver como, con algo de ingenio y un poco de desenvoltura, se les facilitaba el vivir y rodar por aquellas comarcas del Oriente. «Rodar»--más propiamente: «girar», era el término que se empleaba para indicar las andanzas de ciertos ascetas giróvagos y de los que gustaban errar por diferentes ciudades y países.

Pongamos por caso el más corriente, el del individuo que hace la peregrinación y aprovecha su estancia en Oriente y las facilidades que allí encuentra para dedicarse con seriedad al estudio o para vagar mueblemente con diversos pretextos que coloren su tendencia bohemia.

Por de pronto, todos aquellos magrebinos recién desembarcados, libres ya de las garras de los aduaneros, tenían asegurado lo más preciso para su mantenimiento, merced, sobre todo, a las fundaciones de Saladino.

El Corán impone como precepto divino la obligación de socorrer a los necesitados con los beneficios del azaque o diezmo; (1) pero la ley se cumplía más o menos flojamente según el buen talante de los príncipes. En Egipto, durante el gobierno de la dinastía fatimí (2), las obras de beneficencia padecían entero descuido; (3) más cuando Saladino se adueñó del país, el genio político del gran sultán, su piedad también, su ánimo munificente, le movieron a organizar la asistencia a los necesitados y particularmente a los estudiantes, a los peregrinos y ascetas, poniendo además su atención en los musulmanes de España y Marruecos.

Así, todo magrebino que llegaba a Alejandría, cualquiera que fuera el motivo de su venida, recibía diariamente dos panes, tenía a su disposición

(1) Propiamente no es diezmo pues se reduce a un imponible sobre bienes y rentas que variaba según la naturaleza de esos bienes y según los diferentes ritos pero que, por término medio, era estimado en un dos y medio por ciento. La tributación del azaque es uno de los cinco preceptos fundamentales del islám, pero sólo recaía sobre los bienes poseídos por lo menos durante un año, y se destinaba a fines benéficos. Actualmente el cumplimiento de esta obligación ha perdido su carácter oficial, y la tendencia es dejar a la conciencia del individuo el modo de cumplir con el precepto.

(2) La fundación de la dinastía Obaidí o Fatimí en el Norte de Africa está oscurecida con muchas leyendas. Lo positivo es que los fatimíes que se consideraban descendientes de Fátima, se apoderaron de Egipto en 358=969, erigieron la ciudad de El Cairo y fundaron un nuevo califato frente al legítimo de Bagdad. Uno de los califas fatimíes, monstruo de los más extraños que aparecen en la historia, Alhaquem,--muerto en 411=1021 dió origen con sus violencias contra los cristianos de Jerusalem al movimiento liberador de las cruzadas. El califato fatimí desapareció en 566 1171 cuando Saladino se apoderó de Egipto en nombre del sultán de Damasco, Noradino, y obligó a que se invocara en las preces públicas el nombre del califa de Bagdad. Esta conquista de Saladino fué la base de sus futuras grandezas.

(3) Benjalican (*Usayyat*, biogr. Saladino) lo dice expresamente, y los testimonios en este sentido son muy numerosos. El descuido que padecían los últimos califas fatimíes no es imputable totalmente a ellos, pues se hallaban sometidos y casi anulados por sus viseres. Estos y los administradores subalternos muchos de ellos cristianos, dilapidaban lindamente los ingresos del Estado. El Macrizi (*Jitah*, II, p. 292, dice que entre estos funcionarios cristianos--coptos casi todos--y los musulmanes «pasaron muchas cosas». Una de ellas, muy expresiva, fué el escándalo que causó un cristiano egipcio, luego renegado, Abulmacárim Benmammatl empleado en la administración, al publicar su obra *Kitab el Fachuch*, estudiada por Casanova. En ella satiriza y fustiga la administración del visir Karacuch; como Abulmacárim estaba bien documentado, el libelo produjo su efecto, y Karacuch es todavía en Oriente el tipo de la venalidad.

una estancia donde recogerse y un baño siempre abierto para cuando lo necesitara. (1) Si el pobre hombre tenía la desgracia de caer enfermo, el hospital, un magnífico y célebre hospital fundado para los forasteros, le recibía con toda solicitud. Mañana y tarde, médicos y enfermeros tomaban noticias de su estado, y le administraban los alimentos y medicinas prescritos. Sucedió, como siempre, que muchos enfermos, por escrúpulo o vergüenza, se dejaban morir en sus alojamientos antes que ir al hospital. Saladino tuvo piedad de estos extranjeros vergonzantes y dispuso que varios médicos se dedicasen a conocer de estos casos y los atendiesen gratuitamente en las mismas posadas. (2)

Todo esto en beneficio de los magrebinos y demás forasteros; y todo esto gratuito, a cargo del azaque, bien administrado y suplido en lo que faltara por las dotaciones sobre los propios bienes del sultán. No podían ofrecerse mayor solicitud, más facilidades, y eso que ahora se trata únicamente del simple viajero pobre, socorrido como tal, pues, según veremos luego, su condición mejoraba de modo muy notable si venía en calidad de estudiante o hacía profesión de vida devota.

Tenemos, pues, a nuestros moros andaluces bien atendidos en Alejandría, paseando la ciudad, subiendo a la mezquita situada en lo alto del faro, y pasmándose ante la actividad prodigiosa de aquella gente «que se afana de día y de noche».

Unos días de descanso--pocos días si la peregrinación se hacía en grupo,--y luego, en Misir y en el Cairo, volvían a encontrar las mismas facilidades de que habían disfrutado en Alejandría; pero eran las últimas hasta llegar a la Meca. A pesar de los inmejorables deseos de Saladino, expresados apremiantemente en sus edictos, del Cairo hacia abajo, conforme se aleja el camino, las ordenaciones aquellas perdían eficacia en razón directa de la distancia. Y la distancia era muy larga.

Casi veinte días de embarque, remontando el Nilo hasta Cus, y siempre asaltados por los inexorables agentes del fisco que cometían infames tropelías. (3) En Cus, en una explanada de los alrededores, se reunían de antemano los viajeros para que sus bagajes fueran pesados y distribuidos convenientemente sobre los camellos; y luego, otros veinte días de marcha, esta vez a través del desierto. Los que poseían dinero abundante hacían esta travesía en una suerte de palanquines colocados a ambos lomos del camello; de los extremos de los dos palanquines se levantaban unos soportes; sobre ellos se tendía una gruesa tela que caía por todos lados largamente hasta dejar a los dos viajeros como dentro de una tienda de campaña. De esta ma-

(1) Benchobáir, *Rihla*, 42..

(2) *Ibid.*

(3) Hasta por beber agua del Nilo tenían que pagar ciertos derechos. Benchobáir, *Rihla*, 56.

nera, no sólo estaban defendidos del sol y del polvo de los arenales si no que, sobre los ámplios palanquines los viajeros podían sentarse, tenderse, leer, comer los dos juntos y echar una partida de ajedrez. «Este--dice Benchobáir--es el medio más cómodo para hacer semejante viaje.» (1) Pero era también el más caro, y, precisamente por lo que tenía de regalón resultaba un tanto sospechoso cuando se trataba de peregrinos. (2)

En llegando a Aidab, sobre el Mar Rojo, los viajeros eran embarcados de cualquier manera en unos barcos que asustaban por su apariencia frágil, pero finos, nerviosos y ligeros como potros, y gobernados maravillosamente por sus patronos, casi todos abisinios. El cruce de una costa a otra, de Aidab a Chudda, era un desastre para los peregrinos. Amontonados en aquellas embarcaciones, sentados unos sobre otros, oían a los patronos responder a sus quejas: «Nosotros miramos por los barcos, que los peregrinos miren por sí». (3) Y cierto que estos patronos sabían mirar por sus naves, y gobernarlas, «Las hacían penetrar en las angosturas de los arrecifes y maniobraban con ellas entre los escollos como el jinete que hace caracolear a un caballo dócil al freno.» (4)

Molidos, asustados, después de un día y medio o dos días, arribaban a la costa fronterá, desembarcaban en Chudda, y un par de días después estaban en la Meca.

Cumplidos los ritos de la peregrinación ¿qué les quedaba por hacer? A los unos, nada: regresar buenamente a España. Pero había otros muchos que decidían aprovechar la ocasión que se les brindaba: ¡tantos maestros célebres, tantas facilidades para la vida, tantas fundaciones generosas! En Egipto, desde luego, y en el Irac también, y en Siria. En Siria, sobre todo. Era menester hacer mucho camino y muchos gastos para ir a Bagdad, para llegar a Damasco, pero Dios proveía y ayudaba por medio de personas piadosas y ricas.

Los peregrinos que deseaban gozar de seguridad y facilidades en su viaje, los que buscaban ser ayudados en su mengua de recursos, no tenían más que unirse a la caravana del Irac, conducida en nombre del califa de Bagdad por el Emir de la peregrinación. Esta caravana, inmensa como una gran ciudad en marcha, estaba organizada de manera admirable y gobernada con una disciplina casi militar. Era además la caravana más rica, la que más comodidades y copia de provisiones arrastraba consigo, pues solían tomar

(1) *Rihla*, 66.

(2) El Balani, *Alifba*, edic. cit., 1, 531.

(3) Benchobáir, *Rihla*, 71.

(4) *Ibid.*, 74.

parte en ella grandes personajes y aun princesas que iban derramando larguezas en ayuda de los demás peregrinos. (1)

En llegando a las ciudades de importancia, sus moradores salían al encuentro de la peregrinación y repartían todo a lo largo alimentos y dinero. Entonces, ya en Bagdad, en Mosul, en Damasco, los moros andaluces que deseaban permanecer en aquellos países, no tenían que preocuparse gran cosa por los medios de vida.

Por todas partes podían encontrar ayuda en las numerosas fundaciones ricamente dotadas para diversos fines: hospitales, alberguerías, madrazas o internados gratuitos, de tradición anteislámica en aquellas regiones. (2) y, en fin, en las múltiples obras de carácter religioso y cultural anejas a las mezquitas, y de las cuales se participaba fácilmente.

Las madrazas, sobre todo, eran los establecimientos más frecuentados por los andaluces. Grandes, bien emplazadas la mayoría en lugares deliciosos, espléndidas algunas como el mejor de los palacios, y dotadas con abundante mano, «los estudiantes encontraban en ellas una estancia donde recogerse, un profesor para instruirles, y una pensión para hacer frente a todas las necesidades.» (3)

Varias de ellas habían sido fundadas únicamente para los musulmanes de España y de Marruecos, y alguna gozaba de reglamentos especiales que la constituían en una situación de privilegio, (4) y en todas estas se proce-

(1) Cuando Benchobair, en su viaje de regreso de la Meca, se incorporó a esta caravana, figuraban en ella tres princesas que favorecieron largamente a todos los peregrinos. Una de ellas, la hija de Kilich Arslán II de Iconio parece que despertó el interés de Benchobair, pues la menciona repetidamente, y con simpatía, lo mismo que a su padre. Los dos, en efecto, eran dignos de ese interés por sus desgracias. Nuestro viajero habla de Kilich Arslán como rey afortunado, pero el noble rey de Iconio es el tipo histórico del desdichado rey Lear: repartió sus vastos estados entre sus diez hijos, y aunque el mayor se apoderó del padre para secuestrarle y quedarse con todo, Kilich Arslán logró escapar, y pasó los últimos años yendo de un hijo a otro: «cuando veía que uno se hartaba de hospedarlo, se iba junto a otro». (Abulfeda *Aun. ad. aun.* 588=1192).

Tampoco su hija fué más afortunada. Casada con el príncipe de Hims Kaifa, Nureddin, éste la abandonó por una cantadora de Bagdad. Kilich Arslán quiso entonces tomarle las villas que su hija había llevado en dote, pero Nureddin llamó en auxilio suyo a Saladino, y después de varios incidentes se llegó a un acuerdo entre Kilich Arslán y su yerno: éste se comprometió a dejar dentro de un año a la cantadora de Bagdad para unirse de nuevo con su mujer. En efecto, Nureddin despidió a la cantadora, que debió regresar a Bagdad a fines del 576=1180-81, o principios del siguiente. Si, como sospecho, la amable princesa que figuraba en la caravana era la mujer de Nureddin, se explica su devoción y su largo viaje como el cumplimiento de un voto al ver terminadas sus tristezas domésticas. Cfr. Benelatif, *El CAMEL*, edic. cit. p. 642.

(2) En efecto, estas escuelas de carácter particular tienen un antecedente muy inmediato entre los cristianos de Siria. Independientemente de los monasterios, en todos los cuales se enseñaban las primeras letras a seglares, existieron dos grandes centros de enseñanza, el de Seleucia, y el de Nisibe. De la famosa escuela de Nisibe se conservan aun los estatutos, que han sido editados por Guidi y estudiados por Chabot. (Guidi: *Gli Statuti della Scuola di Nisibe*, en «Giornale della Società asiatica italiana», vol. IV, p. 165-195; Chabot: *L'Ecole de Nisibe, son histoire, ses statuts*, en «Journal de la Société Asiatique», 1896, t. VIII, pp. 43 y sigs).

La Escuela de Nisibe era un centro dedicado al estudio bajo un régimen monástico, no porque tuviera el carácter y finalidad de un *coenobium*, sino porque las condiciones de la vida en común habían impuesto la necesidad de una reglamentación casi monástica. El reglamento, muy severo, exigía con apremio regularidad en los actos comunes, *residencia y trabajo*, no manual, como entonces lo practicaban de ordinario los monjes, ni intelectual. Los individuos que ingresaban en la Escuela juraban observar los estatutos y el celibato. La Escuela gozaba de plena personalidad civil. (Cfr. *Synodicon orientale, ou Recueil de synodes nestoriens*; ed. y tr. I. Chabot, París 1902, p. 412, canon XV del concilio de Isyrahb).

En el siglo XIV subsistían los cursos de esta Escuela. Las escuelas de Siria tuvieron su máximo esplendor en los siglos V y VI, pero esta de Nisibe florecía aun en el siglo XIV, y los cursos que ella se seguían duraban según Abdiso en su *Nomocanon* unos tres años. (Cita de Assemani en *Bibliotheca Orient.*, t. IV, p. 939).

(3) Chobair. *Rihla*, 42.

(4) Así, por ejemplo, Benchobair menciona como caso muy particular el que Saladino, al fundar un colegio malequí para magrebinos en la célebre mezquita de Bentulún, dejara a los Beneficarios la libre ordenación de sus reglamentos y el poder elegirse por sí mismos el rector. *Rihla*, 52.

día y se enseñaba según las doctrinas del rito malequí, profesado en general por todos los magrebinos.

Ya era mucho encontrar tan a mano en estos centros lecho, mesa y enseñanza gratuitas; pero, además de las facilidades que brindaban estos establecimientos, los españoles gozaban en algunas ciudades de otras muchas ventajas: pensiones, emolumentos, gratificaciones etc.; y total por acudir a escuchar a un maestro en tal cátedra, por recitar el Corán en tal mezquita, por presidir la oración en otra o por cumplir en cualquier parte con un cargo que más bien era un pretexto para que el musulmán andaluz, tan puntilloso, tan vigilante de su negra honrilla, pudiera aceptar la pensión de «modo honorable y sin tener de que avergonzarse.» (1)

No, ciertamente; no podían quejarse los estudiantes andaluces de la situación en que se hallaban en aquellas comarcas; muy superior, mucho más ventajosa, sin comparación alguna, que la situación que disfrutaban en su patria. No; no podían quejarse, y, los pobres, no se quejaban, al contrario.

Precisamente el mismo Benchobair a quien hemos citado tantas veces; este hombre, muy curioso, muy amigo de informarse, pero muy independiente de carácter y de gran finura de criterio, escribe acerca del asunto una página que no deja duda alguna sobre lo que llevo dicho.

«Las ventajas de los extranjeros en esta ciudad [Damasco], son tantas que no pueden reducirse a número, especialmente para los *hafies* (2) y los que se dedican al estudio; para ellos las condiciones de vida en esta población es cosa de gran maravilla. En todos estos países del Oriente, la situación es la misma, pero en esta ciudad el concurso y las comodidades son mayores. Por lo tanto, aquél de nuestros jóvenes magrebinos que apetezca venturas, que se venga a estas regiones, que abandone su pueblo por buscar la ciencia, y hallará [aquí] circunstancias favorables. Y la primera de todas, el no tener que preocuparse por los medios de vida, que es la más grande ayuda y la que libra de más ciudadanos. Así, si el deseo de estudiar existe, los medios

(1) Benchobair, *Rihla*, 277.

(2) Como ya ha aparecido en el texto varias veces, según creo, el título de *tradiccionero*, y ahora el de *hafid* y otras muchas saldrá el nombre de *faqih*, me parece conveniente dar una idea lo más precisa posible de lo que esos títulos significan, pues a los lectores no iniciados en estos estudios no hay que exigir que lo sepan, ni tampoco hay que presumir cómodamente que lo saben.

Una de las fuentes del derecho islámico son los *hadices* o tradiciones mahométicas que expresan de algún modo el sentir de Mahoma sobre cualquier cuestión jurídica, moral o litúrgica. Entre los individuos dados al estudio de las tradiciones, los unos se limitan a recogerlas en la memoria y a transmitir las por narración oral; estos son los *rauiyas*; el *rauiya*, pues, se limita a repetir fielmente el texto de la tradición y toda la larga serie de individuos por los cuales, de uno en otro, llegó a su conocimiento: el texto mismo se llama *maten*, y la serie de transmisores, *isnad*. El *tradiccionero* o *mohadit*, posee además el conocimiento crítico de las tradiciones que refiere; esta crítica, compendiosamente expresada, se reduce, por lo que hace al texto, a conocer como se explican o anulan unas a otras diversas tradiciones; y por respecto al *isnad* saber analizar en la cadena de transmisores el crédito moral, científico, etc. de cada uno, y conocer si se suceden o no en serie ininterrumpida hasta Mahoma. El *hafid* es todavía superior al *tradiccionero* pues, a la ciencia de éste debe añadir el saber de memoria un gran número de tradiciones completas, es decir, texto, y transmisores. Sin embargo, lo mismo el *hafid* que el *tradiccionero* pueden ignorar las consecuencias legales de las tradiciones que se repiten y analizan, pues ese conocimiento constituye ciencia a parte, el *fiqh* o jurisprudencia, de dónde el nombre de *faqih*, *faqih*, a su cultivador. Como la ciencia del derecho entre los musulmanes tiene carácter económico y se considera como ciencia religiosa, por eso las funciones culturales están encomendadas a *faquies* que, en cuanto se aplican a la dirección dogmática, litúrgica, moral de los demás musulmanes, representan entre ellos el clero.

para poder aplicarse al estudio se hallan a mano, y no hay excusa para el que se retrae, a no ser que se retraiga por indolencia o por irlo dejando; pero esta exhortación no se dirige a los tales, pues solo reza con todo aquél que, deseoso de adquirir la ciencia, se ve estorbado para ello en su patria por la preocupación de ganarse la vida. En este punto el Oriente es para él puerta abierta. Penetra, pues, oh tú, hombre aplicado y, antes de atarte con familia e hijos, aprovecha esta ocasión de vivir sin cuidados e independiente.» (1).

La invitación era apremiante y razonada, y no podía expresarse con más claridad. Como es natural, estas palabras hubieron de producir largos efectos, pero los moros andaluces no habían esperado para penetrar en el Oriente que el bueno de Benchobáir les indicara aquella puerta abierta.

Atados o sueltos, los magrebinos, no sólo se acogían a las madrazas aquéllas y a los hospicios, alberguerías, mezquitas y conventos, si no que, en sus escapadas y correrías, hallaban por todas partes el favor de los particulares. Todas esas fundaciones pías, debidas a la munificencia de los príncipes al celo de cofradías y particulares, y robustecidas con sucesivas donaciones, constituían lo que pudiéramos llamar ayuda oficial; pero, además, los musulmanes ricos, la gente piadosa, gustaba tender su mano benéfica hacia aquella pobre gente, hombres devotos y hombres de estudio venidos penosamente desde el lejano *Magreb*.

En todas las comarcas orientales, al decir de Benchobáir, mostraban los particulares una solicitud admirable en tratar con generosidad a los extranjeros. Hasta en Bagdad; en Bagdad, también, a pesar de las palabras recias que dedica el viajero español a los habitantes de la gran capital. (2) He aquí un individuo que habla por propia experiencia:

«---Permanecí en Bagdad con mi padre durante algún tiempo. Y es de saber que, en ciertos días, la ciudad se queda desierta; los mercaderes cierran sus tiendas, y todos van a solazarse el día entero en sus quintas de placer. Los que no la tienen se acomodan a la orilla del Tífris y se recrean viendo el ir y venir de la gente.

«Ahora bien; teníamos en nuestra compañía a un literato y poeta andaluz que asistía con nosotros a las clases. El día aquél, salimos los tres juntos y nos dirigimos a un altozano próximo al camino.

«Allí estábamos sentados, viendo pasar la muchedumbre, cuando divisamos un grupo de mujeres, y entre ellas una que sobrepasaba con mucho a las demás y de todas se distinguía por su gentileza y hermosura.

(1) *Rihla*, 287.

(2) Benchobáir hace crítica muy dura de los naturales de Bagdad, y entre las frases que les dedica hay una muy expresiva, muy fría, que quizás nos traiga al pensamiento el recuerdo de un pueblo moderno. Habla el viajero español de la corrupción de formas de aquellos y la censura por falsa, y más que por falsa, por ser como la última defensa del egoísmo: «como si se vieran precisados a esta falsa amistad para poder vivir juntos en paz y concord». *Rihla*, 218.

«Apenas la vió el joven poeta, se levantó exclamando:---«Ciertamente, yo me declaro a esa mujer.» Nos levantamos también nosotros pidiéndole por Dios bendito que se reportara, y tratamos de sujetarlo; pero él forcejeó un poco, y logró soltarse de nuestras manos. Allá le vimos dirijirse hacia la joven, hablarle él, responder ella; y tornar a nosotros enseguida con todas las trazas de un fracaso.

---«¿Qué te ha pasado, hombre?» le preguntamos.

«Permaneció un rato sin contestar, pero luego sacudió su preocupación, y nos explicó lo ocurrido.

---«Me dirigí muy ufano hacia aquella mujer, como vístéis, y le dije:

«¿De dónde procede esta parcela, que sus ojos embellece con hechizos?»

«Y ¡por Dios! lo mismo fué oír mis palabras que responderme con este verso:

«De una alcurnia gloriosa, de una raza piadosa,
en cuya virtud se complace el Señor.»

«Fué tan pronta la respuesta y dicha con tal donaire que me robó el ánimo y me dejó medio aturdido.»

Pero no paró aquí el asunto. Mientras el joven poeta explicaba lo ocurrido, el grupo aquél de mujeres se habia alejado algún tanto. Sin embargo, la dama se sentía ya interesada en cierto modo por el poeta y sus compañeros. El acento y el porte mostraban que eran magrebinos y estudiantes. Naturalmente, debían ser pobres. Entonces, la noble señora, haciendo honor a lo que había expresado en su respuesta, envió hacia ellos una criada para pedirles que la siguieran a distancia, pues pensaba obsequiarles con algún regalo.

Alegres con aquella impensada promesa, echaron a andar en pos del grupo de la dama. Al llegar a una de aquellas espléndidas quintas cuyos jardines embellecían los alrededores de Bagdad y eran orgullo de los grandes señores, la dama desapareció en el interior mientras el poeta y sus acompañantes se quedaron esperando junto al cercado. La espera fué larga, pero había por medio la promesa de un donativo, y además--según se ha dicho--eran los tres magrebinos y estudiantes,

Por fin, vino a ellos la misma criadita, y les entregó una buena suma, pidiéndoles que la aceptaran y que recibieran también las excusas de su ama, que no tenía a mano más dinero. Todo lo aceptaron y recibieron, claro está, y gozosísimos, pues les facilitaba sus andanzas y estudios. Luego, intrigados todavía, al indagar quien pudiera ser aquella joven señora, tan liberal y dis-

creta, se explicaron la contestación que había dado al literato: «era descendiente directa de Alí, a quien Dios salve.» (1)

Casos como éste, que muestran el favor y simpatía con que eran acogidos por los particulares los estudiantes andaluces en las comarcas orientales, podría traer otros varios, pero todos se reducirían a insistir en lo mismo.

Vamos ahora a otros individuos, los que practicaban la vida devota, los *sufíes* (2) que también nos interesan. Nos interesan de momento para exponer las facilidades que hallaban en Oriente no sólo el grupo grande de musulmanes andaluces que viajaba por razón de estudios si no otro género de magrebinos, más numeroso a caso, que peregrinaba abundantemente por aquellos países. Además, algunos de estos sufíes, más o menos auténticos, cursaba a su modo una especie de bohemia sutilizada.

Si los estudiantes hallaban facilidades para la vida, más habían de hallar estos ascetas, pues comenzaban por contentarse con poco.

Por de pronto, en todas las comarcas del Oriente musulmán, tenían el abrigo de los mismos establecimientos en que se recogían sus paisanos estudiantes; pero tenían además todas las fundaciones destinadas exclusivamente para ellos y los magníficos conventos, muy numerosos y dotados con amplia

(1) Addabi, núm. 537.

El caso éste lo refiere el tradicionero malagueño Abuabdala Mohámeh Benelfajar según se lo contaba uno de sus protagonistas, el *háfid* Abubéquer Mohámeh Benabdaba. Desde luego, los individuos de este mismo nombre y *cunias* abundan en los diccionarios biográficos; pero el hecho de nombrarlo tan vagamente indica en eso mismo que se trata de un individuo muy conocido en aquel tiempo. Además hay varias circunstancias que limitan y orientan la búsqueda para su identificación: el carácter de *háfid*, el haber viajado por el Oriente, el haber hecho el viaje en compañía de su padre, y el haber estado en relaciones de maestro con Benelfajar, muerto en 590=1194. Ahora bien, sólo hal'ó un individuo en quien concurren todas estas circunstancias: Abubéquer M Benabdala, conocido por el apelativo de Benelarabi.

Es verdad que al célebre *cadi* se le denominaba ordinariamente por el apelativo, pero también en el mismo Addabi se halla nombrado varias veces sin él, aunque designándole con claridad en otra forma. Además Benelarabi, que en todas sus obras sembraba noticias personales, gustaba recordar y recuerda con frecuencia en varias de ellas algunos pormenores pintorescos, como el referido. (Cfr. Almacari, I, 338). Así pues, aunque sin medios para comprobarlo de manera perentoria, sospecho vehementemente que el Abubéquer de la anécdota es el célebre *cadi* sevillano, citado ya en nota anterior.

La diferencia de estilo entre el texto de la anécdota y el de la *rihla* o diario de viaje de Benelarabi, por lo que de ella se conoce, es sin duda muy diferente, como también se aparta de los otros escritos del *cadi*, pero Benelfajar no repite un texto aprendido de memoria con toda fidelidad, sino un cuentecillo cogido al oído y que refiere a su manera.

(2) Los *sufíes* son en el islam los hombres que, desprendidos de las cosas del mundo, aspiran a la perfección y a la unión mística con Dios. La profesión de *sufi* no supone necesariamente una profesión de carácter monástico; pero la mayoría de ellos estaba afiliada a alguna de las órdenes religiosas y practicaba la vida religiosa en una de las cuatro formas fundamentales que, para los cristianos, describía S. Benito en su Regla: la cenobítica, en conventos, la eremítica, en soledad; la de los *sarabaitas*, agrupados de dos en dos o de tres en tres; y la de los *girvagos*, que pasaban la vida recorriendo países y cayendo de convento en convento. Las doctrinas, prácticas y grados de los sufíes son muy complejos, y no es esta ocasión de ocuparnos de ello; baste saber que su doctrina estaba muy penetrada de esencias panteístas y que a veces derivaba hacia el quietismo. Cuando a estos quietistas se les reprochaba el desarreglo de su conducta, decían: «Los movimientos que se producen en nosotros son como los de una puerta, que no se movería si no la moviesen.» (Cfr. Chauri. *Les Halaínes de la familiarité*, traduc. de Sacy. en «Notices et extraits de la Bibl. R.», Paris, 1831, t. XII, p. 338).

El sentido panteísta que ordinariamente se advierte en las doctrinas sufíes está bellamente expresado en un apólogo varias veces traducido ya en lenguas europeas: «Un hombre vino a llamar a la puerta de un su amigo. Este preguntó: «¿Quién eres tú, querido?» «Soy yo.» «En ese caso, vete; no puedo recibirte.»...El infeliz se fué, y empleó un año entero en viajar, pensando en las llamas del deseo y del dolor que encendía [en su pecho] el alejamiento del amigo. Maduro ya y a punto por esta larga prueba, se aproximó de nuevo a la puerta de su amigo, llamó con timo, temeroso de cometer alguna otra inconveniencia.... «¿Quién va?» gritaron del interior. «Querido amigo, *tú mismo* eres quien está a la puerta.» «¡Ahl, pues si *tú eres yo*, entra ahora: esta casa no podía albergar *dos yo*.» Chauri, loc. cit.

El sufismo ha sido estudiado modernamente por grandes orientalistas, pero para conocer lo que eran entre los musulmanes españoles, véase, entre otros trabajos de Asín su magnífico estudio: *El Místico Murciano Abenarabi*, en «Bol. Acad. H.^a, t. LXXXVII, 1925, pp. 96—173, y 512—611; y t. LXXXVIII, 1926, pp. 583—637.

largueza. En general; la vida que en ellos se practicaba era pura, austera y sometida a vigilante disciplina. Sin embargo, la práctica cenobítica parecía a ciertos varones poco austera y se retiraban a vivir como ermitaños en los yermos.

El monte Libano, sobre todo, estaba poblado de eremitas que vivían de frutos silvestres (1) y de lo que buenamente les ofrecían los musulmanes vecinos y aun los cristianos:---«Cosa de maravilla---decía Benchobáir---es el que los cristianos vecinos al monte Libano, cuando descubren a un ermitaño musulmán, le llevan alimentos, pues declaran que, ya que estos hombres se consagran a Dios, es menester confraternizar con ellos.» (2)

Pero como este género de vida pudiera parecer demasiado severo, el mismo Benchobáir indica otra forma más suelta para aquellos andaluces que tampoco querían someterse a la austeridad y disciplina de los conventos. El consejo, como todos los suyos, está dado con cariño:---«Todo extranjero que, asistido por Dios, quiera darse al retiro, debe establecerse en una aldea cualquiera donde tendrá una vida agradable, el ánimo en espera, y el pan le será procurado a montones por los aldeanos. El [por su parte], puede encargarse de dirigir la oración o de enseñar, o hacer lo que quiera, y, cuando se aburra de aquel sitio se va a otra aldea.» (3)

El consejo se practicaba por muchos, y con fidelidad maravillosa. Muchos eran, en efecto, varones admirables por la profunda y generosa sinceridad que ponían en su vida; pero muchos también, los «*sufies* sospechosos» cuyas prácticas y espíritu censuraba a conciencia el gran místico murciano Abenarabi. (4)

Estos buscaban los cenabios rebajados o se dedicaban a vivir libremente: ir de convento en convento, posar brevemente en cualquier ermita, cambiar de postura luego y proseguir su romería por diferentes países; era una vida trotera, en todo semejante a los *giróvagos* aquéllos que describe S. Benito en su Regla. El aire fácil de este modo de vivir tan movedido aparece muy claro en gran número de biografías de *sufies*. Pongo aquí un caso escogido con intención, porque, no sólo muestra esa inquietud andariega si no también toda las condescendencias que permitía tal género de ascetismo, y eso aún tratándose de individuos piadosos y sinceros, como aquel Benxachá de que habla El Homaidí. (5)

(1) Allí vivió algún tiempo como ermitaño el célebre escritor español Abubéquer el Tortoxi, hasta que, cansado de tanta soledad, pasó a Egipto con el propósito de seguir la misma vida, no tardando después en fijar su residencia en Alejandria, donde se dedicó a la enseñanza.

Más adelante doy breve noticia de este célebre autor.

(2) Benchobáir, *Rihla*, 287.

(3) *Ibid.*

(4) Asín, *El Místico Murciano Abenarabi*. BAH. t. LXXXVII, p. 517.

(5) Abuabdala Mohámed Benxachá, el sufi, murió según El Homaidí, poco después del 430=1093. El relato de El Homaidí sobre Benxachá nos ha sido conservado por Benpascual, núm. 1192 y por Addabi núm. 147.

Benxachá practicaba el ascetismo en estilo giróvago, pero, según parece con toda rectitud. Había realizado muchos viajes y peregrinaciones y, precisamente, en una de éstas, le ocurrió lo que refiere el mismo. Es él quien habla ahora, y según la traducción de Asín:

«Estando yo en el Cairo, durante una de mis peregrinaciones, me sentí inclinado al matrimonio, y al comunicar mi estado de conciencia a uno de mis hermanos en religión, me contestó: «¡Ahí tienes una mujer sufi que tiene una hija, sufi como ella, hermosa y próxima a la pubertad.» La pedí, pues, en matrimonio y me casé con ella. Mas al entrar en la habitación conyugal, encontréla vuelta hacia la pared en dirección de la Meca, orando, y me sonrojé de vergüenza, al ver que una niña como ella, a su edad, estuviese en oración, mientras que yo no oraba, y me puse en dirección de la *alquibla* y comencé a orar cuanto pude, hasta que el sueño venció a mis párpados y me dormí sobre mi esterilla, como ella se durmió sobre la suya. Al segundo día pasó la misma escena. Mas como el caso se repitiese todos los días, acabé por decirle: «Pero, oye: ¿Nuestra unión significa algo o no? A lo cual me respondió: «Yo estoy a las órdenes y servicio de mi señor. Yo no me opondré a aquel que tiene derecho sobre mí.» Esta respuesta suya me sonrojó de vergüenza y continué como antes durante un mes, al cabo del cual me entraron de nuevo las ganas de viajar y le dije: «Oye.»---«Aquí estoy para lo que quieras,» respondió ella.---«Quiero ponerme en viaje.»---«Vete en paz y gracia de Dios.» Me levanté y cuando estuve en la puerta se levantó ella y me dijo: «¡Oh, mi señor! En este mundo ha habido entre nosotros dos un «contrato de unión que Dios no ha querido que se consumase. Quizá en el «cielo, si Dios quiere.!» Yo le respondí: «Así es; puede ser que en el cielo.!» Ella añadió: «A Dios, que es el mejor protector, te «encomendaré!» Dicho esto, me despedí de ella y salí. Mas tarde volví al Cairo, pasados dos años, y al preguntar por ella, me dijeron: «Está entre- «gada a una vida de devoción mucho más perfecta y mortificada que cuando «la dejaste.» (1)

He ahí una buena gente devota que se pasa la vida en correrías, se casa y se descasa con el mismo trotillo para seguir discurriendo por esos mundos, siempre hostigado por esas «ganas de viajar», la buena razón de Benxachá, y que encuentran en todas partes lo necesario para vivir y continuar sus correrías. (2)

(1) Cfr. Asín, *Abenhasam de Córdoba*, I, 62, nota.

También Abenarabi (*Fotuhat*, 4, 550), nos habla de otro buen musulmán que, al pasar por Egipto camino de la Meca, compró una muchacha a bajo precio aprovechando que había sido puesta a la venta por sus padres en una gran crisis económica que pesaba entonces sobre el país.

(2) Claro está que los sufíes piadosos no tenían necesidad de salir de España en busca de sustento; si viajaban lo hacían por visitar lugares sagrados, o como una práctica religiosa en la que creían hallar facilidades para la perfección apetecida, o bien, simplemente, por humor trotero, los musulmanes españoles venera-

A esto se le llamaba «viajar en pobre» (1), y parece ser que los sufíes lo practicaban con excelente resultado. De uno de ellos el español Atiya Bensaid, dice un compañero suyo de viaje que partió de Bagdad para la Meca, míseramente vestido, con unos libros nada mas, y sin provisiones ni medios para el camino. Llegados a la primera etapa, posaron en el lugar destinado para los caminantes, donde se encontraba ya un rico señor del Jorazán; Atiya y sus compañeros se hallaban en las mismas condiciones, sin dinero ni víveres, pero Atiya, a falta de alforjas, llevaba en el alma una gran confianza, que nunca fué defraudada. En efecto, el del Jorazán llama un criado, y éste coloca ante los peregrinos una cesta de viaje llena de provisiones y golosinas excelentes. Y añade el compañero de Atiya: «en todo el viaje, hasta llegar a la Meca, no faltó ningún día quien obrara con nosotros de la misma manera y nos invitara a comer y beber; por mi parte jamás ví que [Atiya Bensaid] llevara consigo provisiones de camino, ni pocas ni muchas.» (2) Como se ve, no resultaba muy expuesto para los sufíes ese «viajar en pobre» de que hacían gala.

Tenemos, pues, y en resumen de lo dicho que, ascetas o estudiantes, los musulmanes españoles que partían para el Oriente podía, si querían, repetir con entera verdad estos versos de un poeta de Almería.

«Partí sin provisiones de viaje, pero hallé un huesped generoso.

No necesita alforja para el camino el que se dirige a un dueño [dádivoso.» (3)

El dueño generoso, en este caso, lo eran los príncipes y los particulares que, en múltiples formas tendían a toda esta gente un seguro andarivel en-
ban y ayudaban a los varones dados con sinceridad a la vida devota, y entre los cuales, por cierto, hubo ejemplares admirables.

Además el gran maestro en ciencia mística, Benarabí, en su famosa obra *Fotuhát*, tan manoseada por los sufíes de todos los tiempos, refiere un caso que debía inspirar anchísima confianza: A la asamblea de cierto místico de gran renombre asistía entre los discípulos un individuo taciturno que no tenía trato alguno con sus compañeros; terminada la sesión, se marchaba silencioso, y ya no se le veía hasta la sesión siguiente. Esto era extraño. Uno de sus condiscípulos, intrigado por la manera de ser de su compañero quiso salir de dudas, para esto, dice él: «Una tarde, al separarnos, terminada la reunión, le fui siguiendo sin que él lo notara, y he aquí que, al llegar a cierta calle de la población, surge ante él, de los aires, una aparición, con un panecillo en las manos; se lo entrega y desaparece. Yo le cojo por detrás y le saludo: «La paz sobre ti.» Al reconocermelo, respondió al saludo, y yo le pregunto quién era aquél que le había dado el panecillo. De pronto, se queda parado, sin contestar, mas conociendo que yo no le soltaría sin que él me informara, díjome: «Es el Angel del sustento que Dios me envía diariamente y en cualquier punto de la tierra en que me halle, a fin de procurarme cuanto necesito para mi sustento. Ha sido una bondad indulgente que el Señor ha usado conmigo ya desde el comienzo, al ingresar en esta forma de vida, pues, habiéndome desprendido de mis bienes sin reservarme cosa alguna, me cae del cielo a las manos la cantidad precisa para adquirir lo que necesito para alimentarme y en cuanto lo empleo y se me acaba, soy proveído en igual manera de parte de Dios.» *Fotuhát*, 4, 550.

(1) Es la expresión que aparece algunas veces en las biografías de ciertos sufíes y varones devotos:

رحل فقدا

—Cfr., por ej., Benpascual, núm. 964.

(2) Benpascual núm. 960 y Addabí, núm. 1260.

Abumohamed Atiya Benzaid, hombre de ciencia y sufí muy austero, salió de España hacia el 400=1009-1010, rodó largamente por lejanas comarcas orientales, siempre inquieto y andariego, y siempre en busca de maestros para sus estudios de tradicionero, sobre los cuales compuso algunas obras. Murió en la Meca en 408=1017-18, o en 409=1018-19.

(3)

ولاكني نزلت على جواد

فما يحتاج في سفر لـ زاد

رحلت بغير زاد للمعاد

ومن يرحل الى مولى كريم

Benalabar, *Tohfa al cádím*, ms. del El Escorial, núm. 356. fol. 55.

tre España y el oriente. Y había en esta generosidad un sentimiento piadoso o un noble gesto de señor y, a veces, también algún tanto de malicia indulgente, bonachona, porque, como ya se ha dicho, entre aquellos extranjeros, entre tantos andaluces, hombres de estudio los unos, los otros dedica dos honradamente a practicar el ascetismo, se veían con tanta frecuencia dos suertes de tipos: literatos de aventura y ascetas adulterados, triunfadores robustos de la vida placiente; todos ellos excelentes magrebinos, nada más que un poquito maleantes.

Ahora bien, esto tenía que ser así, pues, tal facilidad para correr por todos los senderos del Islam con escasez de recursos y alivio de bagajes debía criar y criaba en muchos espíritus un humor errabundo y descuidado que los disponía próximamente, aprovechadamente para toda forma de vida bohemia.

Otra de las causas que la favorecían era la siguiente.

Condiciones económicas de la producción literaria

Para explicarse la existencia de tanto bohemio y el carácter de bohemia que tiene la vida de muchos literatos entre los musulmanes de España, aunque realmente no se le pueda clasificar del todo como tales bohemios, hay que tener en cuenta las condiciones económicas en que se producía la obra literaria, las ventajas de ese género que podía procurar a su autor.

Los escritores que poseían bienes de fortuna o que percibían sueldos del Estado por el desempeño de algún cargo tenían resuelto el problema y podían dedicarse generosamente a producir sus obras; los demás se veían obligados a ejercer una profesión lucrativa o a beneficiar económicamente su producción literaria.

Sin embargo, la elección entre estos dos términos no era igualmente libre para todos los escritores porque tampoco su obra resultaba igualmente capaz de ser beneficiada en ese sentido. Un autor de obras de jurisprudencia, de tradiciones mahométicas de enésis coránica, de filosofía, de gramática, de historia, de matemáticas, de cualquier disciplina, en fin, que no fuera estrictamente literaria, podía escribir cuanto quisiera sobre su especialidad, pero

Estos versos, según Benalabar (loc. cit.), son de Isa Beneluáid, literato del siglo XII, natural de Almería pero avecinado en Elche. Sin embargo, la idea expresada en estos versos fué usurpada por otros poetas que con ligeros retoques en la expresión, la hacían pasar lindamente como propia. Así, por ejemplo, aquel otro que decía:

رحلت وكنت ما اعددت زاد ولا كني نزلت على كريم
فها اننا رحلت يغبر زاد ولا صدقت في قوت المقيم

«Partí sin haber dispuesto provisiones de viaje, pero no me faltó mesa puesta.
Pues aunque partí sin alforjas, me hospedé con un generoso».

Benalabar, *Tohfa*, fol. 55.

También otro tercer poeta decía casi lo mismo por no variar; cfr. Almacarí, 2, 521, y Benalabar, *Tecmila*, núm. 1116.

sería inútil que pretendiera lucrarse con sus libros. Primeramente, porque no retenía derecho de propiedad sobre su obra, una vez editada, y además porque esa misma obra con su elemento formal carecía de estimación comercial, y sólo se pagaba el trabajo de los copistas, sólo se valoraba en su elemento material.

Indirectamente, si, podía aspirar a obtener de su obra beneficios económicos en cuanto su producción, al dar testimonio de su ciencia pudiera atraerle la atención protectora del sultán y crearle situaciones retribuidas, caso muy frecuente, por cierto.

A veces, también, si el escritor había llegado a conquistar la fama, sus producciones, dedicadas a tiempo a un príncipe generoso, podían merecerle de parte de éste una crecida recompensa.--Tampoco el caso es raro. En ocasiones, hasta los mismos príncipes solicitaban tentadoramente a los grandes autores y les sobornaban para que les dedicaran alguna obra.

Así, cuando el gramático Abugálib Benettaiam hubo compuesto una célebre obra, el sultán de Denia, Mochéhid le envió mil monedas de oro para que le dedicara su libro. Abugálib no aceptó: «¡Por Dios que no lo haré aunque me dieran todo el mundo! Yo no he escrito mi obra para él solamente, si no para todo hombre de estudio, y no puedo mentir.» (1)

El caso éste sólo no tiene de raro la conducta del autor, y por eso lo han recogido los historiadores como motivo de edificación. De ordinario los escritores no sentían tales empachos, y por el contrario, lo que procuraban con todos los recursos que les suministraba su mucha ciencia era atraerse los favores, las larguezas del sultán.--Pero eso es todo lo que podían hacer para reducir a beneficios económicos su producción literaria.

Podían también lucrarse si no de su obra, por lo menos de su saber; podían vender su ciencia por medio de la enseñanza, ya que su producción científica no tenía venta. Pero aun así resultaba muy problemático el obtener limpiamente algún beneficio, y si lo obtenían era con peligro y quizá con mengua de su reputación.

En efecto, sólo cuando se trata de la enseñanza del Corán se consideraba lícito el percibir retribución (2); tratándose de derecho, gramática, partición de herencias, el caso era dudoso, pero la doctrina de Málic, la imperante en España, repudiaba la percepción de emolumentos (3).

(1) Addabí, núm. 600.

Abugálib Temán Benettaiani, príncipe de los gramáticos en su tiempo, era natural de Murcia, y murió en el año 436=1141-42.

La misma anécdota con leves variantes, es referida por Exxecundi en su *Risala*, apud Almacai, 2, 140; Benpascual, núm. 280; El Homaidi, apud Dozy, *Recherches*, 1, 143, y Benjalicán, 2, 210.

(2) Cfr. Ribera *La enseñanza entre los musulmanes españoles*, edic. cit., p. 314.

(3) Cfr. Abulhasan Ali ben Yahia, en su formulario de contratos, ms. de la Junta para ampliación de estudios, núm. V, fol. 58. v.º, apud Ribera, loc. cit. p. 359.

Por lo que hace a la enseñanza de las demás disciplinas, el criterio general reputaba como ilícita la retribución.

Es más, algunos juristas miraban con tal prevención la enseñanza remunerada que, aun tratándose de enseñar el Corán a los muchachos para que en él aprendieran a leer y escribir, reprobaban que esta enseñanza se diera en las mezquitas. Así, el célebre Abubequer Ettortuxí, reputadísimo doctor español, al examinar en un tratadito suyo sobre cuestiones legales y religiosas si es o no lícito que los muchachos reciban su enseñanza en las mezquitas, aduce una opinión que reprobaba esta práctica por dos motivos; primero, por lo poco mirados que son los chicos en ciertos asuntos relacionados con limpieza; y segundo, porque los tales maestros ejercen la enseñanza como un oficio pues para ellos sólo «es un medio de ganar dinero como lo pueden ganar los tenderos» (1).

Pero, en fin, aunque algunos maestros pudieran cobrar un estipendio por enseñar el Corán en las mezquitas a donde les dejaran, estos eran sólo los maestros primarios; los otros, los maestros de enseñanzas superiores, los profesores de altas disciplinas, los verdaderos hombres de ciencias debían comunicarla desde la cátedra tan gratuitamente como lo harían por medio de los libros. - Esta era la teoría.

Algunos protestaban contra ellos calladamente, en la práctica; otros protestaban de manera más abierta.

Un español, Mohamed Benfotáis, (2) estudiaba en Egipto. Por lo visto, los alumnos de cierto maestro, sabedores de la penuria en que se hallaba, hicieron una colecta entre ellos para ofrecerle al maestro alguna ayuda.

El hecho éste, tan natural y aun obligado, chocó mucho a Benfotáis y llegó a preocuparle. Queriendo salir de dudas esperó una ocasión oportuna para interrogar a su propio profesor Benobdelhácam. Benobdelhácam era hombre de mal genio, y Benfotáis le pregunta ingenuamente: - «¡Así Dios

(1) Bibliol. Nac., ms. 5341, fol. 23.

Abubéquer Mohamed Ettortuxí nació en Tortosa en 451=1059. Estudió en Zaragoza primero, y luego en Sevilla, donde fué discípulo del célebre Abenhazam. En 476=1083 salió de España para hacer la peregrinación, deteniéndose al regreso en Basora, Bagdad y Damasco. De aquí pasó a Jerusalem, movido del deseo de visitar al gran doctor Algacel. Aunque la entrevista no pudo verificarse porque lo evitó el mismo Algacel, sin embargo nuestro Abubéquer quedó tocado del ejemplo del célebre asceta y decidió practicar la vida eremítica, para lo cual se retiró al monte Libano. Allí moró algún tiempo en compañía de otro ermitaño, hasta que desearo de cambiar de postura, persuadió a su amigo, no sin esfuerzo y partieron los dos para Egipto, donde continuaron su vida de retiro, viviendo pobremente de lo poco que obtenían con el trabajo de sus manos, recogiendo leña que luego vendía, hasta que, al fin, por circunstancias que nos refiere Addabi con detalle (núm. 295), se vió precisado a establecerse en Alejandría donde, sin abandonar el ascetismo, se dedicó a la enseñanza y a la redacción de varias obras. La mejor, la más celebre entre las suyas, la que le valió enorme fama y es leída aun con fruición entre los musulmanes es la titulada *Sirech el Moluc* «Lámpara de Reyes», obra de carácter moral, pues trata de la formación y conducta de los príncipes, pero obra también de valor histórico por las muchas anécdotas y narraciones que contiene. La obra ésta ha sido editada en Oriente, y, según parece, se prepara de ella una versión española que seguramente sería muy bien recibida. Ettortuxí murió en Alejandría en 520=1126 aunque, no todos sus biógrafos están acordes en señalar esta fecha. Su fama de santidad perdura todavía, y siglos después de su muerte el mismo Almacari visitaba, devoto, su tumba.-Almacari, t. I, p. 364.

(2) Abuabdala Mohámmed Benfotáis, tradiccionero y asceta, era natural de Elvira. Empezó el viaje al oriente en 257=871, y según Alfaradl (núm. 1203), estudió allí con doscientos maestros. A su regreso a España se dedicó a la enseñanza, alcanzando gran reputación. Murió en Elvira en 319=931, año que se llamó «de los ilustres» por los muchos varones notables que en él murieron.

le salve [maestro!] ¿Puede el sabio percibir honorarios por enseñar la ciencia?» Benfotáis tenía un cuaderno en la mano; el maestro, que comprendió en seguida por quién iba aquello, dió un golpe por debajo en el cuaderno que tenía Benfotáis, haciéndoselo saltar a la cara: - «¡Puede! ¡Así Dios te guarde! Y tan lícitamente, que yo podría no enseñarte si no a moneda de plata por hoja. ¿Pues quién puede obligarme a estar sentado aquí todo el día contigo, descuidando el ocuparme en ganar mi sustento y el de mis hijos?» (1)

En las biografías de algunos hombres eminentes, dedicados a la enseñanza, se hace constar que no cobraban honorarios ni admitían regalos por su labor docente. El tono laudatorio con que se expresa este modo de proceder parece indicar que tal conducta era una excepción. Y, en efecto, lo era, sobre todo en tiempos ya cansados, cuando se habían aflojado ya los primeros rigores de la disciplina religiosa. Así el ilustre Abenarabí dice con referencia a su época-siglo trece-«Días son [éstos] de sabios malvados que sólo estudian para buscar qué comer.» (2)

Eran terribles aquellos ascetas. Después de haber pasado largas noches a luz del aceite, trabajando con ahinco por adquirir la ciencia ¿qué menos podía obtener un pobre hombre que vivir medianamente con los honorarios que percibiera por enseñar lo aprendido? Y eso era todo lo que podía alcanzar: un posar modestísimo; cuando más, una situación conveniente.

Los únicos, entre los hombres de estudio, que pudieran a caso hacer algún dinero eran aquellos cuya especialidad científica podía adquirir ciertas formas prácticas de servicio. Un individuo versado profundamente en ciencia jurídica, conocedor minucioso de las fórmulas y enredos legales, redactor vigilante y exacto de las actas o contratos notariales estaba capacitado para actuar de notario. Ahora bien, los notarios eran casi los únicos que podían lucrarse de sus conocimientos y de su trabajo; los notarios de fama y con nutrida clientela podían también enriquecerse. (3)

Pero aún a estos, aún a los notarios se les disputaba el derecho a ganar libremente con el ejercicio de su profesión. Lo más que se les concedía por algunos era que, en lugar de percibir de los clientes sus honorarios, cobraran sueldo fijo pagado por el Estado.-Los que conocen ciertas tendencias, ciertos

(1) Addabi, núm. 252. Cfr. Ribera, *op. cit.*, p. 317.

(2) Asín, *El Místico Murciano Abenarabí*, *loc. cit.*, p. 517.

Abenarabí generaliza quizá demasiado, pero es cierto que en tiempos anteriores y también en el suyo, aunque no con tanta frecuencia se habían dado notables ejemplos de desinterés. Así aquel Amir ben Ibrahim, profesor en Toledo, que enseñaba en la mezquita durante las primeras horas de la mañana, empleaba el centro del día en ganarse la vida con su trabajo, y al atardecer volvía a enseñar gratuitamente. Amir ben Ibrahim murió casi justo tres siglos antes que Abenarabí. en 433=944-45.

-Benpascual, 949.

(3) Ribera, *op. cit.*, 283.

amagos recientes, pensaron por centésima vez que «nada hay nuevo bajo el sol.» (1)

Sólo los escritores específicamente literarios, y entre ellos y de manera muy especial los poetas-y esto sí, puede hoy tener algo de novedad-estaban en admirables condiciones para buscarse los medios de vida con el ejercicio de su actividad propiamente literaria.

Para ello los poetas contaban con el socorro de la *chaiza*: La palabra ésta, derivada de un verbo que significa «pesar» «cruzar» etc. adquirió la significación que ahora tiene del hecho siguiente, según el español Bensida en su magnífico diccionario *El Mojasís*: Un cierto general, viniendo con su ejército al encuentro de las tropas enemigas, se halló separado de éstos por un río. Entonces, dirigiéndose a los suyos exclamó: «Al que pase este río le doy tanto y cuanto» En efecto, todo el que lo pasó recibió su dinero, y se decía: «Fulano obtuvo *chaiza*, «pasage». El editor de Bensida, en una nota marginal, rectifica esta opinión. El hecho ocurrió de otro modo, y no se trataba de vadear un río, si no de cruzar un puente. Para probarlo aduce pormenores, da nombres de lugares y personas y hasta cita algún verso. (2)

Pero ¿qué importa? La *chaiza*, entre los poetas-y esto es lo que interesa de momento, - era el don, la recompensa que percibían por sus composiciones poéticas; el cimbel bien armado en torno del cual revoloteaban famosamente todos estos troveros de asalto. ¿Vender aceite, algarrobas? ¿dedicarse a un oficio? - Un poeta de veras podía ganar más dinero, y quizá más fama, vendiendo versos; y encima en lo ganaba más gozadamente. Con sus composiciones, llenas de chiste y viveza, un poeta célebre del que me ocuparé a su tiempo, Mohámed Benchojais, hombre de ingenio festivo, llegó a adquirir gran renombre y a juntar un capitalito; «sus poesías-dice un biógrafo-le enriquecieron, sacándole de la pobreza, y le encumbraron, sacándole de la oscuridad.» (3)

El padre del famoso poeta Benezzezar tuvo al fin que convencerse de que la *chaiza* garantizaba el porvenir. El hombre no lo creía. Como su hijo velaba largas horas para estudiar y ejercitarse en trabajos literarios, al padre, que era pobre en extremo, le dolía el consumo que hacía el candil: - «Chiquillo - decía con frecuencia-, que somos pobres y no estamos para gastar todo el aceite que consumes por las noches».

Ahora bien, Benezzezar seguía estudiando y gastando mucho aceite. Por fin, fastidiado por las amonestaciones de su padre, y sintiéndose ya seguro de su arte, se arriesgó a componer un poema en honor del príncipe de Valencia Abubéquer Benabdelaziz.

(1) Almacari, 4, 65.

(2) Edición Bulac, 1319, lib. 12, p. 231.

(3) Addabi, núm. 276.

El príncipe le escuchó, se oyó llamar, en gratas cadencias músicas «sol sin sombras del ocaso», «brisa del céfiro»; se enteró de que «cuando él se alejaba, los ojos del poeta vertían sangre argentada por las lágrimas»; se sintió tocado por tanta belleza, y para enjugar esa clase de lágrimas, regaló al poeta trescientas monedas de oro.

Gozoso con tal fortuna, Benezzezar se dirige en busca de su padre, a quien halla trabajando ahincadamente en su tenducho; entonces, con aire de suficiencia, le echa en el regazo los dineros, y le dice: «Ahi tienes: compra aceite». (1)

Era una demostración perentoria de lo que podía representar la *chaiza* en la vida de un poeta; y era también una lección que los poetas se tenían muy sabida.

Y sucedía que un gran número - la mayoría casi - entre los poetas sin recursos, aunque hubieran podido ganarse la vida en una profesión cualquiera, liberal o artesana, y componer graciosamente, gratuitamente, bellos poemas, como eran los únicos que podían hacer remuneradora su producción, muchos de ellos, la mayor parte, por defender este raro privilegio, vivían pícaramente de las rimas.

Claro está que en nuestros días, con el reconocimiento de la propiedad intelectual, la multiplicación de ejemplares por la imprenta y la industrialización editorial, no puede causar gran asombro en un ánimo bien dispuesto y benévolo la sospecha de que algunos escritores logren vivir con el producto de sus obras literarias; pero entonces, como queda dicho, sólo los poetas podían aspirar a este consuelo; y por eso se hacía preciso explicarlo.-Y no sólo por esto, si no por las consecuencias.

Reducidamente expresados se cifran en esto: en que el poeta pobre, decidido a lucrarse de sus versos, se convertía de ordinario en profesional de la *chaiza*, y con ello ingresaba en la holgada cofradía bohemia.-Este es el hecho tal como aparece sin perplejidades en las ricas fuentes informativas,

(1) Almacarí, 2, 189.

Abulhasán Ali B natia, a quien Almacarí cita con frecuencia, aunque solo por el sobrenombre de Benezzezar, era natural de Valencia, donde su padre desempeñaba las funciones de mueñin en la mezquita aljama además de ejercer un oficio en su pobre tenducho. A pesar de la humilde situación en que se hallaba, había conocido tiempos mejores en Sevilla, pues estaba emparentado con los abades, que reinaron brillantemente hasta la caída de Almotamid, el último de la dinastía. Entonces, el padre de Benezzezar, para ocultarse a toda posible persecución se retiró a Valencia. (Cfr. Benalabar, *Tecmila*, según el «Apéndice a la edición de Codera publicado por los señores M. Alarcón y González Palencia en «Miscelánea de Estudios y Textos Árabes», Madrid 1915, p. 449).

Por parte de madre, Benezzezar era sobrino del gran poeta Benjafacha. (Almacarí, II, 251). Con él le vemos con frecuencia en íntimas relaciones, dedicado asiduamente a elogiar a los príncipes a cambio de regalos y llevando, por consiguiente, una vida andariega.

Sus numerosas poesías, muy apreciadas entonces, fueron recogidas en un cancionero que no se ha conservado. Sin embargo, han llegado hasta nosotros unas cuantas composiciones breves, y retazos de obras. (Cfr. Almacarí, II, 189, 253, 275, 351, 517, etc., y Benalabar, *Tohta*, ms. cit. fol. 46 v.º). En oposición a los versos de su tío, tachados de oscuros por algún autor árabe, los suyos son precisos y claros, ingeniosos a veces, pero siempre frívolos, excepto en una breve composición, de hondo sentimiento que, según parece, fué esculpida sobre su sepulcro. (Cfr. Almacarí II, 517). Murió, según Benalabar (*Tecmila*, n.º 1844) en 530=1135-36, antes de cumplir los cuarenta años.

Cierto que no todos los poetas pobres convertían su arte en oficio; pero, entonces, poco a poco se olvidaban y eran olvidados como poetas. Tan sólo los hombres de posición se permitían el lujo de ser poetas gratuitos.

El célebre historiador El Marracoxi, al hablar del gran poeta Abubéquer Benelabana nos dice: «Tenía éste un hermano llamado Abdelaziz. Los dos eran poetas; pero Abdelaziz no quiso hacer de la poesía una profesión ni utilizarla para lucrarse, y se dió al comercio; en cambio Abubéquer, profesional de su arte, lo escogió como medio de ganarse la vida.» (1)—Muy bien la conducta de Abdelaziz, y muy edificante; pero ¿qué sucedió? El Marracoxi lo calla, pero Benbasam nos lo cuenta con palabras muy significativas para el caso.

«De los dos [hermanos]—dice—Abubéquer ocupa más amplio lugar en las letras, y es de él de quien nos han llegado más poesías. Abdelaziz se dedicó al comercio; conducta acertada, elección que mereció elogios. Con todo esto, su obra literaria muestra su talento, y su poesía revela con encomio quién era; pero no le agradó servirse de ella para lucrarse ni utilizarla cerca de rey alguno para obtener medios de vida. Así, su recuerdo cayó de la memoria de mucha gente y aun antes que él muriera había muerto ya su poesía.» (2).

(1) Dozy, «The history of the Almohades», 1847, p. 104.

Abumohamed Abdeluahid El Marracoxi nació en Marrakech en 581=1185. Estudió primeramente en Fez y en su patria, y siendo aun muy joven estuvo en relaciones con el ya anciano Avenzoar, el célebre médico español y luego con otro español también muy renombrado, el filósofo Bentofáil. En 603=1206, 1207, vino a España a continuar sus estudios en Sevilla y Córdoba; después de haber tornado a Marrakech, volvió de nuevo a España donde permaneció hasta el año 613=1217 en que partió para el Oriente, residiendo varios años en Egipto. En el de 620=1223 cumplió con el precepto de la peregrinación a la Meca, y en el siguiente año escribía su interesantísima obra *El Mochib*, publicada primero por Dozy en la edición ya citada, seguida de otra en 1881, y traducida luego por Fagnan, (E), con el título: «*Histoire des Almohades d'Ahd'el-Wah'id Marrakechi*», Alger, 1893.

(2)

وكانت لابي بكر واخيه عبد العزيز عمة تعرضهما للصدور الا ان ابا بكر كان اوسعهما في الادب مجالا • واكثر على سعة الشعر اقبالا • ومال عبد العزيز الى التجارة فحسنت طريقته • وخمدت خليفته • وكان له ميم ذلك ادب دل على نبلة • وشعر يستحسن من مثله • الا انه لم مرضه مكسا • ولا اتخذه الى احد من الملوك سبييا • قد هب عن اكثر الناس ذكره • ومات قبل موته شعره •

—*Eddajira*, ms. de la Acad. de la Hist., núm. XII, fol. 114 v.º.

Abubéquer Mohámed Benelabana es el célebre poeta, cantor panegirista de varios reyezuelos de taifas, en especial de Almotanquil de Badajoz, Almotacen de Almería, y sobre todo de Almotamid de Sevilla, a quien profesó noble afecto y cuya desgraciada ruina cantó con sincera emoción. Había nacido en Denia, y murió en Mallorca en el año 507=1113.

Abulhasán Ali Benbasam, el autor citado en el texto, nació en Santarén de noble y rica familia. Despojado de sus bienes, y obligado a expatriarse por las recientes conquistas de los cristianos que invadían aquella región, se dirigió a Córdoba, donde puso a contribución sus vastos conocimientos literarios para ganarse la vida de una manera bastante original, que expondré en otro capítulo. Producto de sus afanes, literarios y económicos, fué su obra famosa: *Eddajira*, «El Tesoro», especie de historia literaria y antología de los literatos españoles del siglo V=s. XI, que ejercieron el oficio de secretarios de príncipes o de poetas cortesanos. Para cada uno de los autores que figuran en su obra, apunta Benbasam algunas noticias biográficas, muy pocas de ordinario, a veces nulas, y siempre diluidas en esa palabrería alambicada y vacía propia de la prosa rimada; inserta además unos extractos más o menos largos de prosa y de versos, trozos selectos, del autor citado, y, en ocasiones hace también su poquín de crítica.

Esta obra importantísima, de la cual se conservan muy raros manuscritos, fué dividida por su autor en cuatro partes, cuatro volúmenes, correspondientes a la división de los literatos por regiones:

Primera parte: Córdoba y su comarca;—ms. Bib. Nat. de París.

Segunda parte: Sevilla y Occidente;—ms. Bib. Oxford y núm. 84 Bib. Acad. Hist. de Madrid.

Tercera parte: Región levantina;—ms. Bib. Gotha y núm. XII Bib. Acad. Hist. de Madrid.

Cuarta parte: Literatos extranjeros venidos a España.—ms. del señor Levi—Provençal, de Rabat.

El ms. 84 de la Acad. de la Hist. es copia de otro conservado en la Bib. de la Mezquina Azzeituna, de Túnez.

Por lo general, éste era el caso de los que pretendían juntamente soñar con las estrellas y vender cacharros o altramuces en los zocos. Y aunque no todos se empuerzaran para la producción poética, el tendero arrollaba con frecuencia al poeta. Así en el caso de un tal Isa Benmáhmel. (1)

Isa era poeta, renombrado poeta, y además comerciante, con tienda abierta en Córdoba. La afición a las tertulias y corrillos, tan cultivada por todos, y en especial por los grupos de gentes desocupadas, grandes señores y literatos, hacía que los individuos que no hallaban de momento lugar más acomodado buscaran, por no faltar al rito, el refugio acogedor de una tienda cualquiera. Así vemos en algunas ciudades de entonces varias tertulias de literatos establecidas como de asiento en el establecimiento de un perfumista, de un librero. Como es natural, la tienda de Isa estaba amenazada muy seriamente pues se trataba de un tendero que hacía versos y que, por lo tanto, debía un poco más de simpatía y amparo a los del arte.

En efecto, los del arte acudían, pues probablemente, y dada su costumbre, eran literatos más o menos auténticos los visitantes de que se habla; llegaban éstos porfiadamente, hacían asiento en la tienda, y establecían allí su tertulia sin término, pensando, sin duda, que el tendero obraría con ellos como poeta.

Ahora bien, el tendero no pensaba lo mismo. Debió recibirles primero con recelo, después sintió alarma, y, por último, no pudiendo contener su enojo al ver que le estorbaban el negocio, los arrojó de mala manera, hasta con indecencias que no traduzco, y con maldiciones; pero todo esto en verso:

«¡Maldita de Dios esta turba de visitantes que
arruinan el negocio del visitado y hasta su religión!

Si [como fiel] desea ir a rezar, se encuentra con
que no puede salir; y como tendero, no le dejan
vagrar.

De Benbasam no poseemos, a penas, más noticias biográficas que las que él nos suministra a lo largo de su obra, y esas, muy escasas y aun poco seguras por errores de copistas o por falta de memoria de Benbasam mismo. Así, se ha señalado siempre el año 494=1100 como el de su primer viaje a Córdoba: y, en efecto, eso dice él en el segundo volumen-(ms. Ac. Hist. núm. 84, fol. 194); pero en el tercer volumen-(ms. Ac. Hist. núm. XII, fol. 112) afirma con toda precisión que se hallaba ya en Córdoba en el año 493=1099, dato que solo se encuentra en el ms. éste, y no en el de la Bib. Gotha, más correcto literariamente que el de la Acad. de la Hist., pero con ciertas lagunas que señalaré en otro lugar. También se ha dado de ordinario como fecha de la redacción de la segunda parte (Sevilla y Occidente) el año 503=1109 pero la verdadera fecha es la que señala el ms. de la Bib. de la Mezquita Azzeituna, de Túnez, del cual es copia el ms. 84 de la Acad. de la Hist.-(fol. 163, v.º). Allí se apunta el año 500=1106 con palabras que no dejan lugar a duda alguna. Habla Benbasam del ilustre visir y poeta Abubéquer Benelmelh, y dice que «vivió hasta el tiempo en que se redacta esta obra, año 500, muriendo en el mes de ramadán del mismo año.»

وعاش الى وقت تحرير في هذا المجموع سنة خمس مائة وتوفى رحمه الله في شهر رمضان منها

Aquí no cabe error de copista, pues, en efecto, Benelmelh murió en esa fecha.-Cfr. *Tecmila*, núm. 502. Benbasam, como aparece de su obra, estuvo en relaciones con los más ilustres literatos y personajes de su época; pero en las obras de los otros autores arábigos que nos informan de aquél tiempo, su figura queda olvidada, y se ve que su persona vivió y no por modestia-al margen de aquella sociedad triunfante, aturdida y orgullosa. El mismo lo reconoce en más de una ocasión, aunque lo haga de manera velada; lo reconoce y lo lamenta.

Después de peregrinar por varias cortes, moría en el año 542=1147-48, según Almacari, -(II, 272).

(1) De este individuo no tengo más información que la suministrada por Addabi, y que recojo en el texto.-Addabi, núm. 1155.

Despachad pronto vuestra tertulia, y basta de sesión, que mi tienda no es campo abierto! (1)

Indudablemente, el pobre hombre estaba en su derecho; pero el buen Raguenean no era del todo poeta, y sin embargo.

«Ma boutique

Est envahie! On casse tout! C'est magnifique!

Nadie hubiera exigido al tendero cordobés tan ingénua abnegación, pero si el que se acordara que además de tendero era poeta.

De todos modos, los poetas que, además de cultivar el arte atendían con cumplido celo a su tienda o se aplicaban a una profesión cualquiera, eran los menos. Y aun entonces, corrían casi siempre la suerte que Benbasam apunta para Abdelaziz Benelabana. Un caso muy notable podría citarse en contra; pero el caso ése merece ser discutido.

El Marrocoxi (2) y Benalabar (3) hablan de un célebre poeta, Errusafi, que, desdeñando convertir la poesía en oficio, se ganaba la vida recomendando trajes. El testimonio éste no deja de ser explícito. Más explícito aun aparece en una linda colección biográfica del mismo Benalabar, y todavía inédita. En ella, a propósito de Errusafi, nos dice textualmente: «Fué de los grandes poetas de su tiempo; más, con todo, rehusó el lucrarse de sus poesías, y se limitó a vivir de su oficio.» (4)

Ante las terminantes manifestaciones de estos autores, pudiera creerse que tenemos a la vista un caso excepcional: el de un poeta, gran poeta, que, sin dejar de serlo, sin dejar de cultivar la poesía, renuncia a beneficiarse de ella y consigue hacerse famoso con los versos mientras se gana el pan recomendando vestidos. Todo esto estaría bien si fuera cierto.

Cierto, sí, que Errusafi fué un gran poeta o que, por lo menos, fué tenido en su tiempo por gran poeta; cierto también que hubo una época de su

(1) Addabi, núm. 1155.

(2) *Op. cit.*, p. 154.

(3) Abubéquer Mohámed Benalabar, nació en Valencia en 595=1198, y allí desempeñó el cargo de secretario del príncipe Abuzaide. Hizo un primer viaje a Túnez para pedir auxilio contra los cristianos que sitiaban Valencia. De regreso a su patria, permaneció en ella hasta que los cristianos se apoderaron de la ciudad. Entonces partió para Túnez, donde fué regaladamente acogido, viéndose honrado con un alto cargo en la corte. Su carácter inquieto y altivo le llevó a la cárcel por primera vez por orden del sultán Abuzaria, y aunque logró salir de la prisión y continuar en el desempeño de cargos políticos, se vió complicado en intrigas palaciegas hasta el punto que el nuevo sultán, Almoustansir, por vengar ofensas personales o por castigar la intervención de Benalabar en una conspiración política, le mandó decapitar. Así terminó su vida, grandemente activa y afanosa, uno de los mayores historiadores de la España musulmana. Al morir dejó escritas muchas obras, algunas de las cuales, importantísimas, por cierto, pues son colecciones biográficas de altos personajes, hombres de ciencia, literatos, poetas, etc., se conservan todavía, y a ellas recurro y las cito con frecuencia en esta obra. La colección biográfica a que aludo en el texto se conserva inédita en El Escorial bajo el núm. 356; lleva por título *Tahfa el cadim*, y contiene una serie de biografías y trozos selectos de poetas españoles del siglo VI,= s. XII de J. C.

Otro Benalabar hubo, célebre también en su tiempo, y amigo de Benbasam, que le cita con frecuencia (-ms. Ac. Hist. núm. 84, fol. 45 v.º y sigs): el poeta sevillano que figuró brillantemente en la corte de Almotamid; pero su nombre era Ahamed, su *caria* Abucháfar, y murió en el año 433=1041. Alguna vez se les ha confundido a los dos.

(4)

وكان شاعر عصره مع الزهارة عن الانتاج بشعره واقتصر على التعيش من صناعته

Tahfa el cadim, ns. cit., fol. 52 v.º.-Lo mismo viene a decir también en la *Tecmila*, núm. 772.

vida en que obtenía el sustento con el trabajo de sus manos; pero en la vida de Errusafi hay dos épocas muy distintas. En la primera, allá en su juventud, cuando soleaba toda su alma tendidamente en un sueño de sol, Errusafi vivía como solían vivir los otros poetas pobres: en profesional de la poesía; esto es, con ditirambos en verso a cambio de *chaizas*. Y sabía hacerlos muy cumplidamente; como cumplía al gusto de entonces: puñados de palabras sonoras, leves, tornasoladas, como hojarasca reseca y crujiente. Se nos conservan fragmentos de algunos poemas de elogio, como ramas de florecencia caediza; parece que, si se le agita un poco, palabras e imágenes se vienen al suelo como pétalos sueltos. Es un defecto del que cargan distributivamente, el género mismo, el gusto decadente del tiempo y el propio gusto del poeta.

Sin embargo, tenía condiciones para la poesía. Muchacho aún, su maestro le había profetizado que llegaría a ser de los grandes poetas de su siglo (1), y llegó a serlo muy pronto. La ocasión se le ofreció propicia y temprana.

Hacía ya tiempo que los poetas de España estaban esperando que se les presentara un sultán cualquiera en quien poder volcar a mansalva sus elogios y metáforas; pero un sultán que quisiera recibirlos y supiera recompensarlos; no príncipes huidizos y ya tronados como aquellos últimos restos de almoravides que agonizaban en España. Este sultán llegó: era el califa almohade Abdelmumen, que acababa de desembarcar en Gibraltar, donde dió franca audiencia a los poetas. Entre los muchos que llegaron uno era Errusafi. No había cumplido aun los veinte años, pero el poema que recitó le hizo famoso. Y aquello fué su fortuna. Poco después le vemos ya en Granada dedicado al oficio de panegirista en obsequio del príncipe Abusaid, hijo del califa, y gobernador de la ciudad.

Abusaid, gran favorecedor de literatos y poetas había reunido en torno suyo una corte brillante, de la que haré un estudio en otra ocasión, y en la que figuraba entre personajes muy ilustres, nuestro ya conocido Benchobáir. Pues bien, allí, en medio de una sociedad aturdidamente entregada a estrujar en todo goce las horas de los días, se produjeron dos casos de conversión que causaron asombro y despecho en aquéllos epicúreos, galeotes del hastío, pero siempre elegantes. Uno fué el caso de Benchobáir, amigo de Errusafi, de quien coleccionó después las poesías (2); y otro, la conversión del mismo Errusafi.

Los dos tuvieron que luchar penadamente para levantarse por encima de todo en su nueva actitud. Benchobáir se puso a salvo emprendiendo la

(1) Almacarí, II, 425.

(2) Tecmila, núm. 772.

peregrinación (1) Errusafi tardó algún tanto en abandonar la corte, y sus vacilaciones, las últimas resistencias de adentro y las presiones de afuera le hicieron caer alguna vez, y le hicieron sufrir.-Por ejemplo, el día aquél . . .

En ese día, un grupo de personajes de la más alta sociedad granadina concertaron una partida de placer; figuraban en ella, con otros poetas. El Cutandí (2) y Errusafi. Arreglado ya todo, y escogido un lugar delicioso de la campiña, se acuerdan de Abucháfar Bensaid (3), el literato aristócrata, hombre de moda, que en su vida y hasta en su muerte resulta un remedo musulmán de Petronio.-«¿Qué vamos a hacer sin él?» se preguntan. Redactan al instante una invitación en verso, la firman todos, y se la remiten. La contestación, también en verso, naturalmente, y bastante larga, no se hace esperar, y Abucháfar Bensaid toma parte en la gira.

El día se pasa en delicias para todos, menos para Errusafi que se ve constantemente asediado por sus amigos, empeñados en hacerle beber vino. El se resiste: su conversión es sincera, y la ley le prohíbe el uso del vino. Claro que ya ha faltado a la ley en otras cosas, pero el beber es la forma más acusada y menos disculpable de quebrantar el precepto religioso. Mientras los compañeros animan al pobre poeta, el vino cae en las copas con ruido de risas, como burlas doradas, y Abucháfar se ríe también y se burla. Y es de saber que Abucháfar tenía su idea. Al recibir la invitación, al ver al pié la firma de Errusafi, el gran señor triunfante y perdido concibió una mala hazaña que formulaba claramente en este verso de su respuesta:

«Le aseguro a ése que ha dicho que ya es asceta
que, si viene conmigo, yo le despojo de su ascetismo.»

Era un alarde de ese proselitismo gratuito e insolente muy de libertinos y que, bajo su externa insolencia sólo oculta de ordinario a un pobre ser asustado e inerme ante su vicio. Abucháfar se había propuesto hacer caer de nuevo en pecados al recién convertido; pero, al menos, había tenido la franqueza de avisarlo. Ahora bien, en aquella ocasión, Errusafi cayó miserablemente, a pesar del aviso.

(1) Según Benerrequite-(*Apud* Almacari, I, 509), en cierta ocasión, el príncipe Abuzaide llamó a su secretario para menesteres del oficio; cuando Benchobáir llegó, el príncipe, que se hallaba bebiendo, le ofreció la copa con la naturalidad de costumbre; pero Benchobáir la rechaza:

-No, señor; ya no beberé jamás.

-Pues ¡por Dios! que has de beber hasta siete veces-repuso enojado el príncipe.

Entonces, Benchobáir, que conocía la ferquedad y violencia de su señor, se bebió las siete copas: mas, en cuanto las hubo bebido, el príncipe le llenó por siete veces de dinares la copa, Benchobáir, deseando escapar a las arbitrariedades de un tal amo, obtuvo licencia para emprender la peregrinación, y en ella invirtió las siete copas de dinares en rescate de las otras siete copas de pecado.

(2) Abubéquer Mohámed El Cutandí, natural de Granada, discípulo y amigo del gran poeta Benjafacha, fué también literato y poeta muy celebrado en su tiempo. Lo mismo que Benchobáir y Errusafi, desempeñó las funciones de alto secretario, y figuró mucho en la corte granadina. Murió según Benselim-*apud* Benalabar, *Tecmila*, núm. 814), en el año 538=1187, o en el siguiente.

(3) Abuchafar Ahamed Bensaid, tío del famoso Bensaid El Magrebi, pertenecía a la poderosa familia de los Bensaid, señores de *Calat Yahsob*, hoy, Alcala la Real. Fué discípulo de Benjafacha y de Benezzezar, y hombre de refinada cultura. Sus amores con la célebre poetisa Hafsa, la rivalidad que éstos originaron con el príncipe Abuzaide, gobernador de Granada, complicada además con asuntos políticos en los que se vió mezclado, fueron la causa de su fin desastroso. Abuzaide lo hizo ejecutar en 539=1183.

Los compañeros de gira triunfaban con torpe gozo, y El Cutandí, improvisando, cantaba:

«Te hemos vencido, oh, Abugálib, con aquello que has [abandonado: con vino, con mirtos, con canciones y dados.» (1)

No; no era sólo el vino, las partidas de placer entre huertos de arrayanes, las alegres canciones, el juego de dados lo que tenía que abandonar para defenderse de sí mismo y de los otros, era la corte aquella, cautivadora y cautiva; era el vivir aquél de los poetas de oficio.-Y esto fué lo que hizo.-Entonces, sí, allá en Málaga, a donde se retiró y donde pasó entregado a la virtud el resto de su vida, en vez de componer loas en honor de los príncipes, se dedicó a zurcir y remendar vestidos.

Así el caso de Errusafi, no puede producirse como testimonio en contra, a pesar de las palabras de Benalabar. Es más, aún sin tener de Errusafi otras noticias que aclaren su actitud, la simple afirmación de Benalabar basta ya para comprender cual puede ser su valor, pues, por el hecho mismo de que el gran historiador registra este caso excepcional reconoce implícitamente que el común de los poetas prefería vivir, no de un oficio o profesión ordinaria, si no de los versos.

Los unos obraban así porque la alquimia que transformaba en música sus ideas operaba también cierta fabricación del buen sentido y soñaban vivir sólo para la poesía; otros, los más, sólo se proponían vivir bonitamente a costa de ella, llevados de su temperamento y engolosinados por aquellas *chaizas* como las de Benezzecar.

Claro que para merecer trescientas monedas de oro por unas docenas de rimas se necesitaba ser un gran poeta; pero en aquellos tiempos lejanos sucedía que no había rimador más o menos averiado que no se creyera gran poeta, aunque lo disimulara esmeradamente en sus versos.-Y como es natural, todos obraban en consecuencia y se afanaban por lograr dinero a fuerza de rimas y rípios.

Más adelante veremos las varias industrias de que se valían para dar forma práctica a este intento; pero el hecho con que tropezamos desde ahora es el de que un número muy crecido de poetas lograba vivir de su producción literaria; situación excepcional que sólo ellos disfrutaban tan llanamente.

Ahora bien, como los procedimientos de que usaban se reducen en último análisis a una mendicidad calificada, bastante vagabunda y llevada con desenfado, resulta que la misma condición económica en que producían su obra aquellos poetas, al crearles una situación tan profundamente injerta en

(1) Almacrí, II, 298.

arrogante mendicidad, obraba como circunstancia de signo positivo en el desarrollo de la vida bohemia.-Otra de estas circunstancias, la última que tomaré en consideración era el mecenazgo.

3. El Mecenazgo

Vamos a examinar sin gran detenimiento esta última circunstancia porque el estudio de sus manifestaciones concretas tendrá lugar en otros capítulos, y además porque el crecido número de individuos que, según queda dicho, vivía de la *chaiza* manifiesta correlativamente que abundaban los protectores de los literatos.

Desde luego, no siempre protectores por amor de las letras; a veces por el salumeiro que se desprendía de su acto munífico, a veces también, muchas veces, con entero descuido de preocupaciones literarias, sólo por un movimiento de cordial generosidad. Gesto holgado y feliz que la sociedad aquella contemplaba admirativamente.

Aun algunos ricos que no sentían ni se explicaban la necesidad de tales gestos, cediendo a la presión de las conveniencias sociales, se esforzaban en remedarlos, con prudente torpeza. Por su parte, los poetas, hacían los pobres cuanto estaba en su mano, y cantaban las acciones generosas en muy varia suerte de metros, y con las mejores intenciones. En las tertulias literarias se citaban estos casos, con glosas y escolios de historias antiguas; y la gente de la calle, aunque en ocasiones se dolía si el sultán despilfarraba con los poetas el tesoro público, en general aplaudía los gestos rumbosos.-En el fondo de su alma en fiestas, el pueblo aquél sentía retozar sin forma estos versos de un gran señor que era también gran literato:

«Mezcla vino en las copas;

Escancia aún otra vez,

Y echa de nuevo,

Que sólo para gastarlo

Se hizo el dinero.» (1)

Como ejemplo de la generosidad que ponían algunos particulares en proteger a los poetas puede ofrecerse aquí un caso famoso, referido por el mismo literato que benefició de esa largueza:

«Cuando llegué a Silves-dice-ciudad del Andalucía, hacía ya tres días que no tenía qué comer. Pregunté por alguien a quien pudiera dirigirme con mis versos, y me recomendaron un individuo llamado Benelmelh. Me fuí a

(1) Versos de Beneljatib citados por Abenjaldun; cfr. *Prolég.*, III, 92.

un copista, le pedí una hoja de pergamino y tinta; me dió ambas cosas; escribí unos versos en elogio del señor aquél, y me encaminé a su casa. Y he aquí que me lo encuentro en el portal; le saludo yo, él me devuelve el saludo dándome la bienvenida con los mejores modales; me recibe con la mayor amabilidad y observa:

-Me parece que eres extranjero.

-Así, es le dije.

-¿Qué profesión es la tuya?

-Soy literato y poeta.

Le recito los versos que he dicho, y que le impresionan favorablemente; me introduce entonces en su morada, me ofrece de comer, y se pone a darme conversación. No he conocido conversación más grata que la suya.

«Cuando llegó el momento de separarnos, salió [un instante] y regresó luego acompañado de dos esclavos, portadores de unos cofres que pusieron en mis manos. Abriólos [el señor] y sacó de ellos setecientos dinares morabitanos (1), que me entregó, diciendo:

(1) Son los famosos dinares que pasaron a la España cristiana y que, aunque acuñados luego en Castilla, continuaron llamándose por mucho tiempo *morabitanos*, nombre que aparece corrientemente en los documentos medievales, y del cual, con el tiempo se formó el de *maravedises*.

Como tendremos frecuentes ocasiones de ver a los poetas recibir su *chaiza* dinares y dirhemes, bueno será apuntar a la ligera algunos datos. Sobre las monedas de la España musulmana se han hecho notabilísimos estudios, alguno de ellos muy reciente; pero esos estudios, preciosos a otras luces, nos ayudan poco para formarnos una idea aproximada del verdadero valor de aquellas monedas, de su valor no ya como objeto si no como signo, es decir, de su poder adquisitivo. El conocer su ley, su peso etc., no basta para poder expresar su equivalencia en nuestra moneda; para esto sería preciso saber lo que podría adquirirse por un dinar, por ejemplo, y establecer entonces la equivalencia del dinar por la cantidad de moneda actual que sería precisa para adquirir lo mismo que se adquiría por un dinar. Desde luego esto sería un estudio de larga paciencia, pero que además resultaría muy incompleto y muy inseguro por escasez de datos. De todos modos hay una manera de poder fijar con cierta aproximación esa equivalencia, tomando por base los sueldos y jornales que se pagaban en una época. En los sueldos y jornales está implícito el poder de cambio de la moneda, y así, en vez de dilatar la investigación averiguando el precio de diferentes artículos para establecer su poder adquisitivo—cosa además dificultosísima por mengua de información—, podemos percibir en los sueldos y jornales, y como verticalmente, la expresión de signo de aquella moneda.

Lo mismo el dinar, moneda de oro, que el dirhem, moneda de plata, tenían sus propios divisores, aunque de ordinario no se expresan en los pasajes en que se nos habla de tales monedas, pues se dice tan sólo: dinar, dirhem, sin precisar si se trata de medio dinar y medio dirhem, etc. Tomemos pues el dinar y el dirhem enteros.—Dice Almacarí (1, 242) que en la construcción de Medina Azahra trabajaban diez mil obreros, y que «había entre ellos quien tenía dirhem y medio y aun dos y tres dirhemes de jornal.» Por el tono con que está dicho se echa de ver claramente que no se trata de obreros especializados, y que ese jornal se consideraba elevado. Ahora bien, si un oficial de mérito cobraba dirhem y medio de jornal, los demás obreros cobrarían, todo lo más un dirhem solo. Desde luego, la estimación económica del trabajo era entonces mucho más baja que en nuestro tiempo, pero, de todos modos, un obrero cualquiera tenía que obtener de su trabajo lo necesario para su sustento y el de su familia.

Tenemos, pues, que un dirhem diario se consideraba suficiente para el sostenimiento de una familia obrera. Hoy, para cubrir esas mismas necesidades, el jornal mínimo no podrá estimarse inferior a cinco pesetas. Así, para adquirir lo que un obrero de aquellos adquiría por un dirhem se necesitaría hoy cinco pesetas; la equivalencia aproximada del dirhem, como signo de poder adquisitivo, sería cosa: un dirhem, un duro.

Para poder hacernos una idea de lo que representaba esa moneda y traducir su expresión de signo en la nuestra actual, la noticia que nos suministra Almacarí es un dato precioso y muy terminante.—Una vez conocido el valor del dirhem en este sentido, nos es más fácil establecer el de los dinares.

La equivalencia del dinar de oro en dirhemes de plata fué siempre muy vacilante; pero, precisamente para la época aquella del califato, tenemos el testimonio de un viajero oriental venido a España como agente y espía de fatimies de Egipto, con la misión de enterarse de todo: Benhancal. Pues bien, en la relación de su viaje dice a propósito de las monedas que un dinar se cambiaba por diez y siete dirhemes. Si, pues, el dinar equivaldría hoy a un duro, el dinar puede estimarse aproximadamente en una onza. (No tengo a mano la obra de Benhancal, que ha sido editada, y tomo la cita de Almacarí, 1, 98).

Y en efecto, los sueldos que percibían los oficiales y dignatarios del Estado, y que se expresan siempre en dinares, guardan esa misma proporción: El soldado de la caballería en España percibía para su mantenimiento y el del caballo cinco dinares al mes—(*El Hól el mauia f'el ajbar el Marraquexia*, ms. Acad. Hist., número X, fol. 50 v.º). Esta obra ha sido editada en Túnez modernamente, pero no la poseo; los imanes o rectores de las mezquitas de Alejandria, cobraban diez—(Benchobáir, *Rihla*, 43); el comandante de la policía de Córdoba, quince—(Benhayán *El Moctabis*, ms. Acad. Hist. núm. 41, fol. 46v; el cadí de la frontera superior, quince—

-Esto es tuyo.

Luego me dió una bolsa con cuarenta monedas de oro, y dijo:

-Esto es de parte mía.

Me extrañaron aquellas palabras que eran para mí un gran lío, y así le pregunté:

-Pero, bueno: ¿ésto, de parte de quien me lo dan?

-Te lo voy a contar, respondió: Una de mis fincas, que renta cien dinares al año, la tengo yo consignada a favor de los poetas; como hace ya siete años que no viene a mí ningún poeta por la continua sucesión de revueltas que destruyen el país, se ha ido acumulando este capital hasta venir a parar en tí. Por lo que hace a los otros cuarenta dinares, eso es de la parte libre de mi hacienda.

«He aquí que, habiendo entrado pobre y hambriento junto aquel [señor], salí de allí harto y enriquecido.» (1)

Si los particulares llegaban, a veces, como en este caso, a extremos de tanta solicitud y generosidad en proteger a los poetas ¿qué no harían los príncipes, interesados además en ello por muchas razones, y aun por razones de política? La esplendidez de los sultanes llegaba con frecuencia al despilfarró, como tendremos ocasión de ver todo a lo largo de esta obra; por eso no quiero detenerme en traer aquí algunos ejemplos. Lo que vamos a ver es cómo los poetas se esforzaban por todos los medios en estimular este desprendimiento fácil y descuidado que hacía la fortuna de los literatos bohemios y de los otros.

En realidad, todos los medios que solían emplear los poetas a este propósito se reducían a enaltecer con esfuerzo la excelencia de la generosidad y la nobleza de los hombres generosos, con ditirambos, imágenes vistosas, comparaciones que despertaban la emulación, y aun con sentencias de alguna sustancia; pero todo esto, ocasionalmente, sin método, y desgranado, perdido

(Ibid); Almanzor, como intendente del Príncipe heredero, quince—(Dozy, *Hist.* III, 110); Séid, el poeta favorito de Almanzor, treinta—(Almacari, 2, 89); el célebre xerif de Ceuta Abulabás, treinta—(Almacari, *Azhar Erriad*, ms. Acad. Hist. núm. 36, fol. 22); los visires en tiempo de Abderrahmán II, trescientos dinares—*Al-Bayano*, edic. Dozy 2, 82)

El siguiente cuadro expresa con claridad la equivalencia de estos sueldos en dirhemes y pesetas.

CONDICION O EMPLEO	SUELDO MENSUAL EN DINARES	EQUIVALENCIA EN DIRHEMES	EQUIVALENCIA EN PESETAS
Obrero ordinario	1 dinar y 13 dirhemes	30	150
Obrero especializado.	2 1/2 dinar y 6 dirhemes	45	225
Soldado caballería	5	85	425
Imán mezquita	10	170	850
Jefe superior de Policía	15	255	1.275
Cadi o Gobernador de Frontera	15	255	1.275
Intendente casa Príncipe.	15	255	1.275
Poeta principal de la corte	30	500	2.500
Altos personajes pensionados	30	500	2.500
Visires	300	5.100	25.500

(1) El Marracoí, edic. cit., p. 153.

en los versos de tantísimos poetas. Hacía falta que uno de ellos recogiera esta doctrina provechosa y, después de seleccionar lo más interesante para el caso, lo ordenara un poquito, subrayara en los epígrafes la intención y enseñanza del texto, y lo pusiera fácilmente, de manera manejable, al alcance del público, y en particular al alcance de los sultanes y al servicio de los poetas cortesanos, los poetas de lujo.-De todo esto se encargó por su cuenta el cordobés Abnomar Ahamed Benabderrabih (+ 939), y de cuya persona y producción me ocuparé debidamente, cuando le llegue el turno.

Benabderrabih, literato, poeta y hombre de estudios, en su famosa obra *El Ycd*, «El Collar», vasta enciclopedia de sentido literario, no científico, está dispuesto a tratar de los mismos asuntos, exactamente de todos los asuntos sobre los cuales hubiera podido disertar Pico de la Mirandola. En efecto, Benabderrabih diserta a su modo sobre el Estado, el sultán, el estómago, las guerras, las embajadas, los funerales, la historia, la cultura, las aves, la educación, la construcción de edificios, la amistad, el amor, los animales, las mujeres, las comidas, el silencio, los sermones, el divorcio, las canas, los secretarios, la poesía, los avaros, los cantores, el canto ... ¡qué se yo! Hasta un tratadito de cocina, interesante, si, pero que no recuerda en modo alguno a Brillhat-Savarin. El índice sólo de su obra ocuparía varias páginas.

Claro está que cuando digo que diserta exagero; lo que hace realmente es traer a cuento de todos los infinitos asuntos que propone algunas sentencias, refranes, poesías, historietas.-Ya se ve el género.

Pues bien, todo a lo largo de esta obra corre un propósito vagamente instructivo-¡oh! muy vagamente; pero cuando se trata del provecho que pueden obtener los poetas mediante las dádivas de los príncipes, entonces, bajo la general finalidad amena, se define con claridad la intención práctica a donde se encamina Benabderrabih. Tres elementos entran en juego en este asunto: la generosidad de los sultanes con los poetas; la manera de pedir los poetas las *chaizas* de los sultanes por medio de elogios; y la licitud del procedimiento, licitud muy dudosa y muy combatida.-Atengámonos por ahora nada más que al primer punto: la generosidad de los sultanes.

Pero antes aún, como en otros capítulos seguirá figurando nuestro autor como doctrinero de los poetas cortesanos, que es casi decir de los poetas bohemios, es menester declarar bien su propósito, su actitud.

La intención prácticamente doctrinal que señalo en Benabderrabih no es atribución arbitraria y calumniosa, si no que aparece por si misma en el texto de su obra, y perfilada con mucho descaro. Y no ya por el simple hecho de tratar de estas materias y darles excesiva extensión, pues eran asuntos golosos para los autores de esta clase de obras de «amena literatura»; es éso, si, pero además y sobre éso algo más íntimo y revelador, es el espíritu con

que desarrolla esa materia y la doctrina inequívoca que establece por medio de máximas, versos y ejemplos a todo pasto. Más adelante conoceremos al autor lo suficiente para comprender todo lo que hay de experiencia y de interés personal en su obra; pero, esto a parte, nos basta comparar su *manera* y la *manera* que emplean otros autores españoles al desarrollar los mismos temas en obras del género o de géneros semejantes.

Por ejemplo: El Balamí, autor enteramente formal, habla también de la generosidad, cita alguno de los personajes más ilustres por ella, pero lo hace muy brevemente, de pasada, para detenerse en los ascetas y personas piadosas que dieron muestras de esta virtud, aunque no con los poetas precisamente; y luego concluye mostrando cómo las personas religiosas hacían punto de honor el rechazar las dádivas. (1) -Xihabeddin El Andalusi, al ocuparse de esta materia se muestra reservado: su doctrina es prudente, no intencionada, y aunque considera lícito el elogiar siempre que no se falte a la verdad, aparece discreto al mencionar las *chaizas* que se daban a los poetas por sus elogios. (2)-Benelmauhini, en su «Arrayán de los corazones», insiste algún tanto en traer a colación las espléndidas dádivas que se hacían a los poetas, pero el tono general del capítulo en que trata este asunto, aunque algo acentuado en el sentido de Benabderrabih, no revela nunca la estudiada noticia que tan visible es en *El Ycd*. (3) - Un sevillano, Benabdelmohasin Ettenuj, éste, si, dice lo mismo que Benabderrabih, y con las mismas palabras pero es porque su obra, esa obra tan pomposamente titulada por Casiri «Acta eruditorum» y que según todos los que han seguido al maronita, «es una colección de biografías de ilustres poetas, filólogos y políticos», examinada de cerca resulta ser la simple copia de unas secciones de *El Ycd*. (4)-Otra obra de «amena literatura», inédita también, y de autor famoso,

(1) *Alitba*, edic. cit., t. 441 y sigts.

De este autor doy alguna noticia más adelante.

(2) Cfr. su miscelánea moral y enciclopédica en el ms. 718 actual del Escorial, *passim*.

Igualmente aparecen discretos en este punto los personajes que cita. Así, según él, cuando Abubéquer, el sucesor de Mahoma, recibía algún elogio, exclamaba: «¡Oh, Dios mío! más sabes tú sobre mí que lo que sé yo mismo; y yo sé más que lo que saben éstos. Hazme mejor de lo que ellos piensan; perdóname lo que ellos ignoran; y no me tomes por lo que ellos dicen». fol. 89.

(3) *Raihan el albab*, ms. Acad. H.a. núm. XXXII, fols. 165 v.o-168 v.o

Abulcasem Mahamed b. Ibrahim Ben el mauelini, natural de Córdoba, es otro de los literatos que figuraron en la corte del príncipe Abuzalze en Granada; más tarde fué secretario de otro hijo del sultán almohade Abdelmumen, y por último, del sultán Abuyacub Pusus, hijo también de Abdelmumen. Es autor de varias obras entre ellas, la citada que compuso hallándose al servicio del sultán. Es una de esas obras enciclopédicas o misceláneas en que los asuntos se desarrollan literariamente por medio de citas, de versos y anécdotas. Una simple golosina literaria.

El autor murió en Marraquex en 564=1168, aunque Benalabar (*Tecmila*, núm. 763) retrasa la fecha hacia al 570=1174-75.

(4) Ms. del Escorial, núm. 1727, fols. 59 y sigts.

Engolosinado por el título que le da Casiri, había comenzado con interés el examen de este codice y cual no sería mi desencanto al notar que el título ese mentía por completo: allí no se trataba de biografías de poetas ilustres ni de los otros. En cambio, todo aquello me era conocido; pensé enseguida en *El Icol*, y, en efecto, en el folio 69 se dice:

ثم كتاب الزبير جنة من العبد

Casiri y Pons llaman *El Fotuhí* al autor de este traslado, pero también en esto se equivocan; el ms. dice claramente al comienzo: *Ettenuji*.-Cfr. Pons y Boigues *Ensayo sobre los Geógrafos Árabe españoles*, p. 94.

por cierto, «El Régocijo de las tertulias», de Benabdelbar, da testimonio contra Benabderrabih por la sola manera de tratar los mismos asuntos; sobre todo en el capítulo de «las dádivas.» Benabdelbar no trata de los regalos como *chaizas* ni siquiera como favores que benefician económicamente al que los recibe, si no como simples muestras de consideración y amistad; y así también, en los pocos casos que presenta, casi sólo aparecen honrados varones, doctores, faquies, etc., y algún que otro príncipe; pero los regalos que se hacen son muy modestos: una rosa, una pluma, siete plumas. ¿Qué era esto para Benabderrabih. (1)

El doctrinero de los poetas cortesanos hubiera hallado ridículo que los sultanes se contentaran con regalarles plumitas. No, precisamente para evitar este ridículo que sería además un fracaso, Benabderrabih insiste con porfía, ya que no con elocuencia, en despertar y reforzar la generosidad de los príncipes por medio de consideraciones insinuantes, maliciosas, y con el desfile de casos ejemplares y magníficos. Más adelante declarará mejor su intención providente; por ahora ya dice y ya hace bastante con asentar aquí su doctrina estimulante sobre la generosidad.

Naturalmente, como Benabderrabih se dirige a los ricos, tenía que decir algo a propósito de las riquezas. Y lo que dice es muy elocuente. Otros autores se habían propuesto también, aunque con más alto sentido, la cuestión de si la riqueza es mejor que la pobreza, o al contrario.

Abenházam en su *Fisal* considera vana esta cuestión, pues no depende del estado si no de la conducta nuestra calificación ante Dios. Más rectamente formulada, la cuestión sería:

¿Quién es mejor, el rico o el pobre? Pero aún entonces, todavía habría que responder: «Si el rico se conduce en sus obras mejor que el pobre, es mejor el rico: si el pobre se conduce en sus obras mejor que el rico, mejor es el pobre.» (2)

Abenhazam habla como naturalista El Balani, que se había desprendido de cuantiosos bienes, habla como asceta, y muestra algún recelo con respecto a los bienes de fortuna: Las riquezas valen en cuanto sirven para practicar el bien, pero en sí mismas son un peligro. Esto se comprende: «Cuando Adán fué arrojado del Paraíso, todo lo que en él existía lloró por

(1) *Behcha el Machalis*, ms. Acad. H.a núm. 42, fol. 43 y sigts.

Abuomar Yusus Benabdelbar, gran tradicionero, uno de los más famosos que produjo el islám español y polígrafo eminente, nació en Córdoba en 368=978, y murió en Játiva en 463=1070.

Aunque la fama de este autor se apoya sobre todo en sus obras de ciencia, este libro de amena literatura tuvo también relativa fortuna. Recuerdo haberle visto citado varias veces en diversos autores árabigos, y consta además que sirvió de modelo a otros.—Cfr. Beneljatib *Ihata*, ms. B. N. n. 4891, fol. 4.

(2) Primera edición del Cairo, 5, 27.

Abumohamed Ali Abenházam, «uno de los más profundos polígrafos y originales pensadores de la España musulmana», nació en Córdoba en 384=994, y murió en 456=1063.

Sobre este ilustre personaje, y sobre su magnífica obra literaria y filosófica, véase el espléndido estudio de Asín, ya citado.

Adán, menos el Oro y la Plata. Preguntados sobre esto, respondieron: Nosotros no lloramos por quién se ha mostrado desobediente con el Señor.-Entonces [como en recompensa] les fué dicho: Vosotros seréis los Rectores del mundo.» (1)

Esto declararía el por qué de su dominio tan universal y tiránico. El secreto de su acción turbadora y maldita se explica de este modo.-«Cuando se acuñó la primera moneda del mundo, el diablo tomóla en sus manos y, comunicándole su intención dañada, exclamó: Con esto cazaré el corazón de los hijos de Adán.» (2)

Uno de los corazones más fuertemente prendidos en el lazo era el corazón de Benabderrabih. Para él no hay cuestiones, ni dudas, ni sortilegios del demonio: ¿El dinero? . . . Benabderrabih había compuesto estos versos:

«Dejadme [digo] que libre mis mejillas de la afrenta, y que me ausente de la familia y los hijos.»

Y me pregunta [la gente]: «¿Serás capaz de alejarte de tus amigos?» Mas yo respondo: «No hay para mí más hermano que [el dinero que] tengo en la mano» (3)

En efecto, Benabderrabih no habla como moralista ni como asceta, si no como literato que vivía de las *chaizas*.

Para él «no hay situación más terrible que la pobreza»; para él el dinero lo es todo: no, desde luego, el dinero sólo-algo había que conceder a las conveniencias sociales-, si no el dinero con dignidad personal y con religión; y no tampoco para gastarlo de cualquier manera, si no para emplearlo «en acciones generosas, en servicio de la religión, y en anudar relaciones de amistad» Pero, por lo demás, ya lo dicen los sabios: «Nada de bueno hay en aquél que no posea riquezas».-En suma: «El que no tiene dinero, no tiene nada.» (4)

Precisamente, se trataba de esto, de hacerse con dinero apretando ladidamente a los sultanes y a la gente rica para que se mostraran generosos y repartieran algo de sus bienes con los pobres poetas. Esto, si; esto era grande, amparar a los literatos, proteger las letras con liberalidad, con generosidad.

La generosidad. . . Los príncipes, los hombres de dinero, todos, en fin, los que estaban capacitados económicamente para hacer un papel parecido a lo de Mecenas, podían convencerse con mucha facilidad y eficacia de la excelencia de esta virtud y cualidad magnífica, con sólo una consideración muy persuasiva; es aquella con que Benabderrabih comienza la definición de la generosidad y la enumeración de sus excelencias. ¿Su excelencia: «Esto sólo

(1) *Alifba*, 1, 118.

(2) *Ibid*, 1, 117.

(3) *El Icd*, 2, 39.

(4) *Ibid*, 2, 38.

bastaría [para ello]: el ser atributo divino por el cual Dios es llamado el Generoso; nombre y atributo del que participan aquellos de sus criaturas que obran generosamente.» (1)

La generosidad, pues, se halla en Dios por modo ejemplar y eminente, y los hombres, al practicarla se hacen partícipes de su atributo; pero, además, el testimonio de alabanza que reciben de los hombres al practicar la generosidad, expresa también y en igual grado su crédito ante el Señor. (2)

Conviene pues con urgencia muy ceñida mostrarse generoso. Pero, prácticamente, ¿qué es la generosidad? ¿cuál es la manera más propia de obrar en este sentido? Nuestro autor no se embaraza con el diverso matiz de los sinónimos. (3) - «¿En qué consiste la generosidad? En dar, en dar antes que se pida.» (4) Para él, el hombre liberal «es el que da alegre y espontáneamente, sin buscar ser recompensado, pues con ello malograría su acción; sería como el cazador que arroja grano a los pájaros, no para que ellos se beneficien, si no [para atraerlos y] beneficiarse él mismo.» (5)

Hay pues que dar largamente, sin miedo; y hay que responder a las propias alarmas y a las insinuaciones enemigas como respondía aquel excelente varón.-Se trata de un individuo que por su liberalidad tenía asustado a cierto conocido suyo muy avaro. Este «le escribió aconsejándole que se retuviera y atemorizándole con la perspectiva de dar en la miseria. Mas el otro le responde: «Satanás os amenaza con pobreza y os prescribe ruindad; pero Dios os promete indulgencia y abundancia.» (6)

Como no hay que desaprovechar nada, Benabderrabih dedica un capitulo a la generosidad de aquellas personas escasas de recursos. No importa que sean pobres; siempre podrán dar algo, y lo poco que den, ofrecido en esas condiciones, tiene un gran valor. Esto lo había dicho Mahoma claramente: «La dádiva más excelente es la que un pobre hace a otro» (7) - La más meritoria, si, pero las que prefería nuestro autor eran las otras, aunque no tuvieran tanto mérito.

Así, para persuadir prácticamente a los sultanes y grandes señores al ejercicio de la generosidad, echa mano a la historia y presenta los ejemplos más notables que halla entre los árabes anteislámicos y en el islam.

(1) *Ibid.*, I, 112.

(2) *Ibid.*, 116.

(3) En árabe existen varias voces que expresan la idea de generosidad en sus diversos matices. Abenarabi en su *Fotahat* (2, 179) perfila incidentalmente pero con precisión su distinto significado: جود generosidad que se anticipa a la petición; كرم generosidad que se manifiesta después de solicitada; سعة generosidad proporcionada a la necesidad que se socorre.-Abenhamza señala también distinción parecida: جود و كرم equivalen a generosidad y liberalidad y, según él, toda generosidad es liberalidad, pero no reciprocamente.-Cfr. *Los Caracteres y la Conducta*, traducción Asín, Madrid, 1916, p. 43, nota.

(4) *El Yed.*, I, 119.

(5) *Ibid.*

(6) *Ibid.*, I, 113-Son palabras del Corán, II, 271.

(7) *El Yed.*, I, 117.

Total, un número grande de páginas, ¿para qué? ¿para estudiar con docta curiosidad esta noble virtud? No; Benabderrabih no estudia nada: charla de todo, y ni aún por su cuenta, sino trayendo a cuento los versos, los dichos las anécdotas que encuentra sobre el asunto, pero en todo esto lleva una finalidad muy concreta, y así, al concluir esta especie de tratado sobre la generosidad, descubre en el último párrafo su verdadero propósito. Ya lo había dejado asomar con insistencia al escoger casi siempre como ejemplo aquellos casos en que la generosidad de los grandes recae sobre poetas; pero ahora, antes de soltar el asunto declara su intención al titular este párrafo-bastante largo, por cierto: «Dádivas de los reyes por los panegíricos.» (1)

Antes había asentado con maña los principios generales, había tratado de confirmarlos con ejemplos, y, convencidos ya los príncipes de que deben portarse como generosos con los poetas, llega el momento de adoctrinarlos últimamente, prácticamente, en el ejercicio de la generosidad. Para este ejercicio, los poetas, con sus versos laudatorios, ofrecían a los soberanos una ocasión propicia como ninguna y además muy frecuente, que es lo que hace falta para un verdadero ejercicio. Pero ¿cómo portarse entonces? ¿Qué dádiva puede estimarse como generosa? Es decir. ¿dónde acaba la tacañería y comienza la generosidad?-Este era un punto delicado, para el cual la normativa más segura es la conducta de los grandes señores que merecieron el noble dictado de generosos.

Por todo esto-por todo esto, no cabe duda, aunque el autor lo calla-Benabderrabih se apresura a ofrecer abundantes ejemplos, escogidos atinadamente, para inculcar en los sultanes y grandes señores normas prácticas y muy provechosas.

Así, varios personajes dan por unos versitos cinco mil *dirhemes* cinco mil monedas de plata; lo mismo ordenó que dieran a un poeta (2) el califa Almanzur cuando, en 754, la muerte de su hermano Abulabás, el fundador de la dinastía abasí, le dejó vacante el trono. Pero cinco mil *dirhemes* era, según se desprende los otros casos que cita, la *chaiza* mínima que podía reputarse generosa viniendo de un príncipe; por lo menos, el tipo ínfimo que merece ser tenido en cuenta por Benabderrabih en estos ejemplos.-Desde luego, el caso de Almanzur no puede sentar precedentes porque pasaba por tacaño. (3) En ocasión tan solemne y única, los cinco mil *dirhemes* eran un don

(1) *Ibid.* I, 159.

(2) Era Hammad Achrad, buen poeta pero licencioso y muy mal reputado, tachado de ateo. Murió en 161=777.-Benabderrabih dice solamente: «Se presentó Hammad Achrad ante Abucháfar, después de la muerte del hermano de éste, Abulabás.....»; pero resulta indudable que se refiere a Abucháfar Almansur, cuando la muerte de su hermano el califa le dejó vacante el trono.

(3) Lo que es cierto es que regateaba mucho con los poetas. Como en cierta ocasión le avisaran de que estaba a la puerta un grupo numeroso de poetas esperando la entrada, el califa, alarmado, pero no queriendo pasar por miserable, halló en seguida una manera disimulada de quedar bien sin soltar mucho dinero: mandó a su chambelán que se llegara al grupo de poetas, que los saludara cortésmente y que les dijera que pasaran tan solo aquellos en cuyas poesías no apareciesen descripciones del león, de la serpiente, de los montes y mares;

mezquino si se compara con las enormes larguezas que hicieron otros califas a los poetas en ocasión semejante; alguno llegó a dar cien mil *dirhemes* (1)

Naturalmente, tales extremos de prodigalidad no se repetían con la frecuencia que los poetas hubieran deseado; pero los sultanes españoles podían edificarse con amplitud leyendo en la obra de Benabderrabih los casos numerosos en que se daban diez, veinte, treinta mil *dirhemes* como *chaiza*. Estos ejemplos estimulantes eran el acicate que nuestro autor aplicaba a los soberanos españoles con mucha ciencia y con mucho tiento.

Años después de su muerte, cuando el califato cordobés se desgranó en las taifas, los reyezuelos que se improvisaron, por cierto con unas prisas del todo inmotivadas, debían sentirse un poco desconcertados en este punto, por falta de aprendizaje en el oficio; pero *El Yed* les ofrecía en grande abundancia los consejos admirables que escribieron los antiguos y que nunca se cumplieron, y además les enseñaba cariñosamente la manera de emplear bien el dinero protegiendo a los poetas,

Y esto, si; los soberanos de las taifas la aprendieron tan cumplidamente que el mecenazgo de que hacían orgullo, a veces con un poco de esa ostentación de advenedizo, cuajó en torno de ellos una forma de bohemia retozona y aturdida que los embriagaba en olvidos. Entre los príncipes y los poetas estuvieron a punto de arruinar el islam español; pero lloraban su ruina en verso, con infinita elegancia.

los demás, que se largaran. En efecto, la astucia del califa le fué venturosa pues sólo se halló uno que estuviera en esas condiciones, y así Almansur salió del pase a poco coste.—(*El Yed*, I, 164). Pero la anécdota más expresiva de esta preocupación de Almansur por hacer buen papel con los poetas con el menor gasto posible es esta que refieren bastantes autores orientales: Cuando el califa dió traidora muerte al general Abumoshim, a quien tanto debía él y toda su familia, el poeta Abudolama recitó ante el califa y sus cortesanos una poesía en la que incriminaba al desdichado general. Como se hallaba presente lo mejor de la corte, y como además los versos del torpe adulador trataban de sincerar al califa, éste dejó que el mismo poeta señalara el premio de la poesía. Abudolama lo tasó en diez mil *dirhemes*, que le fueron entregados; mas cuando Almansur se halló a solas con el poeta le dijo:—«Está bien; pero si te hubieras escurrido un poco más, te hubiera hecho matar.»—Cfr. Ben Cheneb, *Abu Dolama*, Alger, 1922, p. 29.

(1) Por ejemplo, el califa Mernán II. —Cfr. *El Yed*, I, 164

I. INTRODUCCIÓN
II. EL BOHEMIO
III. EL BOHEMIO EN EL MUNDO
IV. EL BOHEMIO EN LA LITERATURA
V. EL BOHEMIO EN EL ARTE
VI. EL BOHEMIO EN LA MÚSICA
VII. EL BOHEMIO EN EL TEATRO
VIII. EL BOHEMIO EN EL CINE
IX. EL BOHEMIO EN EL MUNDO DE LA MODA
X. EL BOHEMIO EN EL MUNDO DE LA GASTRONOMÍA
XI. EL BOHEMIO EN EL MUNDO DE LA FOLCLORE
XII. EL BOHEMIO EN EL MUNDO DE LA PSICOLOGÍA
XIII. EL BOHEMIO EN EL MUNDO DE LA FILOSOFÍA
XIV. EL BOHEMIO EN EL MUNDO DE LA CIENCIA
XV. EL BOHEMIO EN EL MUNDO DE LA POLÍTICA
XVI. EL BOHEMIO EN EL MUNDO DE LA ECONOMÍA
XVII. EL BOHEMIO EN EL MUNDO DE LA SOCIOLOGÍA
XVIII. EL BOHEMIO EN EL MUNDO DE LA HISTORIA
XIX. EL BOHEMIO EN EL MUNDO DE LA LINGÜÍSTICA
XX. EL BOHEMIO EN EL MUNDO DE LA LINGÜÍSTICA

El bohemio es un tipo humano que se caracteriza por su vida de aventuras y su amor a la libertad. Este tipo humano se encuentra en todas las culturas y en todas las épocas. El bohemio es un tipo humano que se caracteriza por su vida de aventuras y su amor a la libertad. Este tipo humano se encuentra en todas las culturas y en todas las épocas. El bohemio es un tipo humano que se caracteriza por su vida de aventuras y su amor a la libertad. Este tipo humano se encuentra en todas las culturas y en todas las épocas.

CAPITULO II

TIPOS DE BOHEMIA

El bohemio es un tipo humano que se caracteriza por su vida de aventuras y su amor a la libertad. Este tipo humano se encuentra en todas las culturas y en todas las épocas. El bohemio es un tipo humano que se caracteriza por su vida de aventuras y su amor a la libertad. Este tipo humano se encuentra en todas las culturas y en todas las épocas. El bohemio es un tipo humano que se caracteriza por su vida de aventuras y su amor a la libertad. Este tipo humano se encuentra en todas las culturas y en todas las épocas.

III. TIPOS AFINES

El tipo afín al bohemio es el tipo humano que se caracteriza por su vida de aventuras y su amor a la libertad. Este tipo humano se encuentra en todas las culturas y en todas las épocas. El tipo afín al bohemio es el tipo humano que se caracteriza por su vida de aventuras y su amor a la libertad. Este tipo humano se encuentra en todas las culturas y en todas las épocas. El tipo afín al bohemio es el tipo humano que se caracteriza por su vida de aventuras y su amor a la libertad. Este tipo humano se encuentra en todas las culturas y en todas las épocas.

IV. ALGUNOS EJEMPLOS DE BOHEMIOS

El tipo afín al bohemio es el tipo humano que se caracteriza por su vida de aventuras y su amor a la libertad. Este tipo humano se encuentra en todas las culturas y en todas las épocas. El tipo afín al bohemio es el tipo humano que se caracteriza por su vida de aventuras y su amor a la libertad. Este tipo humano se encuentra en todas las culturas y en todas las épocas. El tipo afín al bohemio es el tipo humano que se caracteriza por su vida de aventuras y su amor a la libertad. Este tipo humano se encuentra en todas las culturas y en todas las épocas.

CAPITULO II

Tipos de bohemia

I-DESIGNACIÓN DEL TIPO

1 Dificultades para su estudio: Los diccionarios biográficos. Criterio de sus autores: exclusión de los *vitandos*. Carencia de un término que designe con precisión al bohemio. Perifrasas de algunos autores.

Los moharifes: Definición del tipo. Ejemplos que lo describen. Un *moharíf* célebre. Significación equivocada de la voz *moharíf*. Necesidad de rastrear el tipo del bohemio por notas abjetivas.

II-NOTAS DEL TIPO

1 Ser pobre: Diferenciación de los tipos afines.

2 Ser poeta: Su condición de pediguñeros. Propias declaraciones de algunos poetas. Su condición moral de «amadores de las cosas del siglo». La poesía ocasión de ruina moral. El «vivir alegre» de los poetas. El caso de Abubéquer Benelmelh y su hijo. Actitud de los poetas en materia religiosa. Impiedad práctica y especulativa. Versos de Bentalha.

3 Beber vino: El hecho. La prohibición coránica del vino. El *nebid*. Argumento de Benabderrabih. Lo que bebían los poetas. Testimonio de Benzumruc. Versos de Benjafacha y Benabderrabih. Sanciones contra los bebedores de vino: pena de azotes. Lenidad en su aplicación. Casos de indulgencia: El Calandar y el juez El cadí de Córdoba Benbaquí. Descalificación testimonial de los bebedores. Razones de El Joxani para explicar la tolerancia de los jueces andaluces. Las verdaderas razones. Infracción de la ley por parte de los príncipes. Infracción de algunos jueces. El caso de Sohâid Benmanîa. Complicidad de los cristianos en el suministro de vino a musulmanes. Los poetas «amadores de los monasterios» cristianos. Lo que ellos amaban en esos lugares. Testimonio de Benelmotaz. Versos sobre el monasterio de Tur. El monasterio de S. Jorge de Tamnâih. La obra de Exxabusti. Venta pública del *nebid*. Una taberna en Algeciras. Venta pública del vino. Actitud de los poetas bebedores. Versos de El Luchi y Magdalis contra los censores. Como funciona como nota de bohemia el hecho de beber vino. Las tres notas del bohemio expresadas en un *zejel* de bencuzmán.

III-TIPOS AFINES

Tipos próximos por descenso: Bohemia circunstancial de algunos grandes señores. Una variedad de la bohemia: los *tofailies*. Clasificación del *tofaili* según Benabdelbar y Benabderrabih. Como se describen ellos mismos. Versos de un *tofaili*. Los *tofailies* y los *parásitos*. Un *tofaili* de Benabderrabih y el parásito de Epicarmo de Sicilia. Informes sobre los *tofailies* según varios autores hispano musulmanes. Origen de ese nombre. Su gran maestro Tofâil El Arais. Condiciones fundamentales del *tofaili*. Enseñanzas del maestro. Categorías de *tofailies*. Procedimientos que usaban. Casos ejemplares. Recursos desesperados. Un *tofaili* poeta en la Rusafa de Córdoba.

IV-ALGUNOS EJEMPLARES DE BOHEMIOS

4 La bohemia en las obras literarias de los moros andaluces: Tratado. Biografías. Cancioneros.

CAPITULO II

TIPOS DE BOHEMIA

1 Designación del tipo

1.-Dificultades para su estudio

Las diversas circunstancias ya expuestas muestran en la España musulmana una condición de ambiente moral muy favorable al desarrollo de la vida bohemia. Sin embargo, su estudio se presenta de pronto algo difícil por falta de información. No es precisamente que escaseen las biografías de literatos; al contrario, en las colecciones biográficas, en los diccionarios o *tabacats* de literatos figura en total un número crecidísimo de escritores y personajes de mérito más o menos gratuito. Pero, en primer lugar, estas noticias biográficas están trazadas, de ordinario, de una manera esquemático y somera; unos cuantos datos montados sobre un par de fechas; unos cuantos nombres de maestros y discípulos del biografiado; alguna anécdota, algunos versos. Además, en la composición de estas obras biográficas preside con frecuencia un criterio personal y sobre todo un criterio tan partidista que daña a la integridad de la obra misma, y la daña exactamente en aquel punto que más útil nos sería para este estudio.

Algunos autores del género omitían en sus obras el nombre de ciertos individuos por enemistad personal, por motivos de venganza o por no haberse mostrado generosos en pagar el servicio; pero otros solían hacer y defender exclusiones más generales en virtud de ciertos criterios de orden moral y religioso. Es indudable que tales criterios resultaban arbitrarios del todo y nada científicos; pero no importa: el principio había sido elevado a tesis, y la tesis formulada y defendida nada menos que por el gran tradicionero Benabdelbar, pues al sostener que los teologizantes no debían ser contados entre los hombres de ciencia si no entre los que siguen sus pasiones, los excluía implícitamente de aquellas numerosas colecciones biográficas consagradas precisamente a los ulemas o doctores. (1)

Si los autores de obras biográficas eran hombres de ideas estrechas ajustaban su proceder a estos principios, y lo hacían de bonísima gana. En

(1) Addabí p. 146.

este caso, o suprimían por completo los nombres de grandes escritores muy conocidos pero *vitandos*, o les regateaban mezquinamente los elogios, contentándose con dar sobre el sujeto cuatro noticias atropelladas. Así Addabi que dedica a veces algunas páginas a individuos de muy escaso o nulo interés, despacha en dos líneas y media todo lo que se le ocurre decir sobre Averroes, y nada dice de otros grandes filósofos, también contemporáneos suyos, ni de ciertos literatos y poetas de mérito indudable y reconocido, pero mal calificados moralmente o sospechosos en la doctrina. (1)-El método no era leal, pero si tan cómodo que ni siquiera necesitaba el esfuerzo de invención porque es de esas herencias que los siglos se transmiten de una manera solapada y vergonzante.

Cierto que no todos los autores de este género de obras biográficas participaban sentidamente de tal criterio; pero aun cuando a veces le hurtan algunas excepciones, lo hacen de manera escurridiza y oblicua. Así Almacari se disculpa ante Dios y ante los hombres de haber referido algunas anécdotas y versos declaradamente impíos; y por cierto que lo hace con bastante reposo de conciencia. «Aunque cuento cosas impías, - dice él - bendito sea Dios, no soy impío, y el Señor perdona las caídas en las cuales no hay impiedad. (2) Pero en este punto, como en otros varios, es Benjacán el que llega a unos extremos irritantes. El, el hombre más suelto en opiniones y conducta, aprovecha toda ocasión para colocar unas sentencias muy recoletas y edificantes o para cubrirse el rostro con dolido escándalo cuando trata de algún literato que se le semejaba en esto. Y ni siquiera se tamiza en sus palabras una sombra de ironía. Lo dice muy serio. Habla en cierta ocasión de Avempace, y exclama horrorizado: - «Se desprendió del libro de Dios, Juzgador, conocedor de todo, se lo echó a la espalda, y se fué tan tranquilo.» La mortal enemiga que tenía contra el insigne filósofo, esa inquina perversa y rencorosa con que le persiguió de continuo para vengarse de una burla, pudiera explicar por esta vez su tono acre; pero no es eso. Lo mismo procede con otros literatos. Para algunos, por ejemplo, pide entristecido la misericordia de Dios, después de haber repetido con morosa fruición algunos de sus versos; otras veces declara que no quiere manchar su obra recogiendo en ella palabras de escándalo, y han señalado sus características; es decir, que ha sido en época reciente cuando se le ha definido, se le ha bautizado. Por eso, cuando se le quiere descubrir entre los literatos musulmanes de aquellos siglos surge en seguida como dificultad la carencia de un término que desig-

(1) Así, por ejemplo, calla los nombres de filósofos como Avempace y Bentofáid; los de literatos como Benbasam, Betjacán y El Hichasi; y el nombre del originalísimo y precoz poeta Bencuzmán. Sin embargo, esto no impedía que aun los autores más escrupulosos insertaran versos y anécdotas verdaderamente escandalosas, como lo practica el mismo Addabi; pero eso, si, siempre que no se tratara de individuos ofenciosos y públicamente descalificados por su género de vida y, sobre todo, por sus opiniones religiosas.

(2) T. 3, p. 199.

ne con precisión el tipo, la carencia del signo; porque no habiéndose perfilado el concepto, faltos de una noción bien plasmada y firme, los autores árabes no sintieron la necesidad de un vocablo en el cual depositóla de manera exhaustiva.

Algunas veces, al referirse a ciertos literatos que, por otras notas, resultan verdaderos bohemios, les llaman imprudentes, desarreglados, cínicos, etc., con lo cual quedan calificados moralmente, pero no definidos como tales bohemios, aunque lo fueran. También Almacari cuando tropieza con algún infeliz, pecador de todos los pecados, refiere con disimulada alegría una porción de horrores. - Y todo ello pudiera ser cierto; seguramente lo era; pero lo curioso es que Benjacán, de quien pudiera afirmarse casi lo mismo, se creyera obligado a adoptar un airecillo austero para hacerse perdonar al tratar de tales personajes. - Un airecillo que le sienta muy mal; pero el mismo que adoptaban poco más o menos los otros autores. (1)

Y no es esto sólo: a pesar de estas claudicaciones, que no dejan de ser frecuentes, la dificultad de información persiste todavía, y por una razón muy manifiesta. El tipo del bohemio no se ha creado en nuestros días, pero ha sido modernamente cuando se le ha desglosado de los tipos próximos y se habla de ciertos individuos «famosos por su libertinaje y vida suelta, pero distinguidos y elocuentes.»

La fórmula es muy indecisa; pero como bajo esta rúbrica coloca a varios individuos, la historia de estos personajes podría darnos el sentido preciso que tienen esas notas. Y, en efecto, todos ellos son poetas, y algunos poetas andariegos y de un tipo acusadamente bohemio. Pudiera pues, creerse que esas características perfilan en la mente de Almacari la silueta de un tipo que hoy llamaríamos de bohemia. Pero entre todos los que cita está Bentalha. Ahora bien, la historia de este literato nos desvía lejanamente de ese concepto. - Voy a trazarla rápidamente para dar a entender de manera muy manifiesta el contenido exacto que Almacari encuadraba en esas notas. Afortunadamente, sobre este individuo nos suministran noticias varios autores arábigos, alguno de los cuales le conoció muy de cerca.

Abuchafar Ahamed Bentalha pertenecía a una ilustre familia de Alciara que se había distinguido en las letras. También Abucháfar era literato. Como tal había servido en calidad de secretario a varios de los últimos prín-

(1) Cfr. *Calaid*, 283, 298, 300; *Matmah*, edic. Constantina, 1302, p. 91.—Sobre el célebre filósofo véase el magnífico estudio de Asín: *El filósofo Zarágozano Avempace*, serie de ocho artículos publicados en *Revista de Aragón*, Zaragoza, 1901.

El literato y biógrafo Abunaso Elfatih Benali, tan conocido por su apodo de Benjacán, nació cerca de Alcalá la Real, Granada, y fué uno de los mejores estilistas del islam español según el gusto de sus contemporáneos, y el general aun entre los escritores arábigos. Todo su mérito está sólo en su estilo, preciosista, rimado y vacío. Como historiador, le interesa poco la historia, y como hombre fué una ruina. Murió tan perdidamente como había vivido, pues apareció degollado en una hospedería de Marruecos, allá por el año 535=1140, aunque otros autores señalan el de 529=1134-35.

Han sido publicadas las dos de sus obras que cito, *Calaid* y *Matmah*, colecciones biográficas de literatos; pero en El Escorial se conservan manuscritas otras dos. Cfr. *Brockelmann. Geschichte*, I, 339.

cipes almohades, cuando el imperio de esa dinastía llegó a desmoronarse. Abucháfar Bentalha pasó descuidadamente al servicio de cualquiera, del que reinara; y el que entonces reinaba, allá en Murcia, por los años de 1228, y se iba apoderando poco a poco de casi toda la España musulmana, era Benhud, llamado también El motanaquil, por nombre solemne, de ceremonia. Pues bien, nuestro Bentalha puso a la disposición del recientísimo soberano su pluma primorosa, y se dedicó a redactar en estilo rimado, colorista y fatigoso, las altas cosas de estado que se le ocurrían a Benhud.

Relacionado espléndidamente, siempre en amigá compañía de lo más selecto, bien abastecido en regalo, allí, en aquella corte improvisada y algo maleante, entre soldados extranjeros, señores arruinados, aventureros enriquecidos, poetas y pícaros, la vida le fué dorada. Personalmente, Bentalha era vivo de ingenio, no mal poeta, ligero y descreído, hombre de todos los caminos de placeres, y en el fondo un pobre hombre. Su vanidad literaria, ya muy aguda por temperamento, se extremaba a veces por un prurito de su incurable impertinencia.

«En cierta ocasión - cuenta un testigo presencial - le oí decir:

—«Os vais a alborotar en nombre de Habib, de Elbohtari y de Elmotanebí; pero yo os aseguro que entre vuestros contemporáneos hay alguien que ha llegado en poesía a donde no llegó poeta alguno de los pasados, ni llegará nadie en lo futuro.

--«¡Oh, Abucháfar! - exclamó entonces uno de los presentes - Tienes que demostrar eso que dices, pues no hay duda de qué te refieres a ti mismo.

--Desde luego, a mí me refiero ¿cómo no? Yo soy aquel que ha dicho:

«Puede darse algo más encantador que el día éste, que prende con sus galas un collar de corales sobre la más bellas de las comarcas?

El follaje, con sus rumores músicos de cítaras, presta voz a las ramas frondosas;

Y el sol, para beber en el jardín licor de rocío, tendrá precisamente el cáliz de las anémonas.»

Sólo el individuo que refiere esta anécdota celebró el mérito de Abucháfar, y aun lo celebró con exceso; los demás se callaron, molestos por aquel aire de suficiencia insolente. - Esa desmesurada ligerzeza que lo invadía todo en él, las ideas, los afectos, la conducta, fué la causa de su ruina.

Descubiertas sus torpes relaciones con una persona de la corte, y temeroso además de un cambio de fortuna adverso, ante las recientes derrotas de Benhud, Bentalha pasó a Ceuta con la persona aquella amiga. El que por entonces gobernaba en la ciudad, un tal Abulabbas, buen señor de moviendos generosos para con los amigos, pero muy picado de amor propio y ven-

gativo, acogió al ilustre secretario y poeta con ánimo muy benévolo, y le mimó con atenciones. Pero Bentalha lo perdió todo, y aun más de lo que él hubiera sospechado, por una de sus graves imprudencias, tan irrefrenables en su espíritu orgulloso y aturdido.

Asistía una de tantas veces, a la tertulia de su protector, y la conversación vino rodando por varios asuntos. Ahora se hablaba de los disparos de flechas. Era el mismo señor de la ciudad quien hablaba. Se refería a su destreza en el manejo del arco. Aquello era magnífico. Quizás exageraba un poco, poquito; acaso mucho: era el señor de Ceuta:

--«Disparé una vez el arco - decía - y la flecha llegó como de aquí a tal sitio.

--¡Bendito sea Dios!--musitó Bentalha al oído de su vecino - ¡Ni que hubiera disparado con el arco iris!»

Abulabbás no oyó la frase; pero notó que aquel poeta andaluz impertinente había puesto un comentario a la suya; un comentario burlón, desde luego. Esto lo recelaba por la actitud de Bentalha, por la cohibida sonrisa del otro: y además porque, en el fondo, no estaba seguro de no haber exagerado. Abulabbás, inquieto y resquemado, no paró hasta conseguir que aquel confidente ocasional le repitiera lo dicho por Bentalha. La frase le escoció tremendamente. Le irritaba en su amor propio, y además le llenaba de despecho lo que juzgaba ingratitud. - Desde luego, Bentalha fué siempre un ingrato; la ley profunda de su carácter era sólo un egoísmo sin transcendencia, un egoísmo de apetencias y recursos elementales; pero, probablemente, en este caso había procedido sin intención malévola; por sólo ese afán peligroso, esa coquetería de espíritu que empuja irresistible a ciertas personas a sacrificar aun lo más querido a la oportunidad de lograr una frase ingeniosa.

Por de pronto, Abulabbás mordió su rencor en silencio, hasta que otra ligereza de Bentalha, manifiesta en unos versitos intencionados, excitó su ira, y juró vengarse. La ocasión se la brindó propicia el mismo Bentalha con una nueva imprudencia definitiva.

Como Abulabbás conocía a su hombre, acechaba confiado esta ocasión, que había de utilizar muy prestamente para sus fines de venganza. Acechaba siempre. Pero llega por fin el día en que el señor de Ceuta se cñtera con bárbaro gozo de que el ilustre caballero y literato andaluz, burlón y desdeñoso, había compuesto unos versos sacrílegos sobre el sagrado mes del ramadán. - Los versos eran estos:

«Viendo que la licencia
la fé nos arrebató,
nos dice el importuno:

«-Despreciaréis, acaso,

el mes de los ayunos?
 ¡Ea! no puede ser
 pues juntas os lo vedan
 la razón y la fé.»
 Mas yo le dije: «Amigo;
 si quieres compañeros,
 ¿por qué no buscas otros
 y nos dejas tranquilos
 pues que somos ateos?
 Nosotros profesamos
 las más varias doctrinas,
 y todas las creencias,
 nosotros las creemos,
 a no ser las del vulgo:
 en esas, no, ¡jamás!
 en esas no podemos.»
 Cuando por la mañana
 baja de la mezquita
 la voz que nos invita
 a ritual plegaria,
 nosotros invocamos
 de las cosas del mundo
 la bella aparición,
 y el diablo nos responde:
 «¡Amén! Teneis razón.»
 --¡Oh, mes de los ayunos,
 Dejanos. pues, en paz,
 ya que nuestra conducta
 te resulta impiedad.»

Abucháfar Bentalha estaba perdido.

El vengativo Abulabbás, seguro ya de que el pueblo aplaudiría toda medida de rigor contra el impío poeta, envolvió en celo religioso sus sombríos rencores, y condenó a muerte a Bentalha. - Esto fué por los años de mil doscientos treinta y tres o treinta y cuatro. (1)

(1) Cfr. Almacari, 2, 198, y Beneljatib, *Yhata*, edic. del Cairo 1319, t. 1, p. 114.

El personaje aludido como festigo presencial al referir la anécdota en que Bentalha se ensalza a sí mismo como poeta es Musa Bensaïd, padre del célebre literato Ali Bensaïd El Magrebi-Musa Bensaïd, caballero de esclarecido linaje, estuvo también al servicio de Benhud, quien le confirió el gobierno de Algeciras. Murió en Alejandría, en 1243, mientras hacía un viaje en compañía de su hijo.—Cfr. Beneljatib, *Yhata*, ms. de la Acad. Hist., t. III, fol. 19.

Beneljatib—edic. del Cairo—reproduce los versos últimamente citados, y con ciertas variantes por completo inadmisibles. Así, el primer verso, según la lectura de Almacari, dice de esta manera:

يقول اخو الفضول وقد رأنا على الايمان يغلبننا المجون

Acabamos de ver que en Bentalha se dieron, muy acentuadas, todas las notas que enumera Almacari; pero precisamente, la vida de este poeta, nos demuestra que tales características no expresan en la mente del autor el esquema claramente señalado del tipo bohemio. Los individuos que cita Almacari bajo aquel epígrafe pudieron algunos practicar la bohemia, pero el epígrafe no da su fórmula.

El autor que con más claridad percibe las notas propias del tipo es Benabderrabih. Uno de los capítulos de su vasta obra lleva por título: «De los moharifes de talento.» Con estas palabras, y con las nociones que recoge en el capítulo, Benabderrabih se acerca muy próximamente al concepto actual del bohemio.

Los Moharifes.—*Mohárif* designa, no precisamente al pobre, al mendigo, sino al infeliz incapaz de crearse una situación y que vive por lo tanto, con

Textualmente:

«Viendo que la licencia la fe nos arrebató,
nos dice el importuno.»

Beneljatib, en lugar de *بلغتنا* escribe *بلغنا* error evidente pues, de cualquier manera que se vocalice la palabra, además de romper con la gramática, o no ofrece el sentido aceptable o no da con la sílaba breve anterior el pie *مفاعيلن* o *مفاعيلن* que pide aquí el metro *nafir* usado en esta composición.—Lo mismo sucede en el segundo hemistiquio del último verso.

Las otras variantes, aunque pueden ser aceptadas gramatical y métricamente, es manifiesto que fueron introducidas por error de lectura al copiar estos versos de un manuscrito de escritura magrebina. Así, por ejemplo, el penúltimo verso dice según Almacari:

بجي على الصبح الزهر ندعو واليس يقول لنا أمن

«En la invitación ritual a la oración por la mañana, nosotros invocamos los resplandores bellos de las cosas de este mundo, y el diablo nos responde: ¡Amén!»

El texto de Beneljatib modifica el comienzo:

فتحن الى صبح الدهر ندعو

«Nosotros a la mañana, invocamos el hado.....»

Aquí también, el texto de Almacari se impone: la palabra *صبح* significa propiamente, no la mañana, si no «la ligera refección matinal» y la «leche recién ordeñada»: *زهر* por su parte, significa aquí tomado como un plural, «los resplandores de belleza de las cosas del mundo,» y como singular, la «leche recién ordeñada.» Sustituir, pues, este término por *دهر* «fortuna», «hado», «tiempo».....es destruir un juego de palabras muy estudiado y además quitar energía al pensamiento que quiso expresar el poeta.

Lo mismo digo de la sustitución de *بجي* por *فتحن* en este caso no hay juego de palabras; pero la interjección *حي* «¡Venid!» con la cual termina el muecín su llamada a la oración está escogido con todo cuidado para declarar perfectamente la oposición de sentimientos del poeta: no se trata de invocar con pasión las cosas de este mundo por la mañana o por la tarde, sino de responder a la invitación ritual a la plegaria con la afirmación de un credo del todo diferente.

La traducción que he dado más o menos en verso sigue muy de cerca el sentido literal, que dice así:

«Viendo que en nosotros la licencia nos arrebató
la fe, nos dice el importuno:

¿Quebrantaréis acaso el mes de los ayunos? ¿Acaso
no os lo vedan la razón y la fe?

Mas yo le dije: «Búscate otros compañeros; nos-
otros somos ateos sin mas doctrina que la de las ciencias.

Profesamos toda creencia, menos la del vulgo; en ésa,
no; jamás creeremos.

Cuando por la mañana [se oye en la mezquita] la ritual
invitación a la plegaria, nosotros invocamos de las
cosas del mundo la bella aparición, y el diablo nos responde:

«¡Amén!»

¡Oh, mes de los ayunos! Déjanos, pues, en paz,
ya que nuestro modo de ser te resulta impiedad.»

grandes apuros. Como, por otra parte, el segundo término que emplea el autor indica un hombre de espíritu cultivado (1), el título en cuestión podría interpretarse: «De los intelectuales sin medios de vida;» con lo cual tendríamos dos de las notas fundamentales del bohemio.--En efecto, los personajes que introduce Benabderrabih como ejemplos son también todos ellos ejemplares acabados de bohemia, y todos poetas. He aquí algunos de esos *moharifes*; y son ellos mismos quienes se presentan:

«Aquí estoy--decía uno--sin saber a dónde ir ni qué negocio emprender con decisión.

Me asombra al ver como el destino me persigue con tantas calamidades; pero, no; después de tanto tiempo de rigores, ya no me asombra el rigor de mi sino.

Cuando le pido de qué vivir, se muestra agotado, y de su mar [inmenso en bienes] no llega a mi ni un solo trago.

Después que la Riqueza hubo rechazado mi pretensión, pedí a la Pobreza en matrimonio una de sus hijas.

Me desposé con ella, y en su canastillo de bodas trajo consigo un buen equipo de calamidades.

Nuestro hijo fué Tristeza, ¡pura tristeza! y no tiene el pobre en la tierra otra cosa más que el apellido de su padre.

Cuando viajo por el desierto y la noche se adentra en las sombras, para mi no lucen las estrellas;

Pero si temo algún mal y busco encubrirme en las sombras, la claridad del sol me da de pleno, aun después del ocaso.

Si alguna persona, en un momento dado, quiere mostrarse generosa conmigo, resulta que mientras llega me he apresurado a trasladarme de sitio, [y me quedo sin nada]: «en la mano, un alacrán.»

Si sobre la gente llueven monedas, sobre mi cabeza sólo caen piedras.

Si tocan mis manos un collar engarzado de perlas, al punto se truecan en conchas ensartadas.

Si en un lugar cualquiera, un malhechor comete un delito, sobre mi cabeza recae su crimen.

Si en el sueño contemplo cosas gratas, se muestran de lejos; si son infortunios, se me echan encima.

(1) Aunque la palabra *ظريف* en el sentido que aquí tiene, indica tan sólo un hombre inteligente, ingenioso, por facultad natural, en el caso presente, los ejemplos todos que aduce Benabderrabih demuestran que toma esa cualidad como manifiesta y cultivada por el ejercicio de las letras y, en especial de la poesía. *El Icd*, 4, 243.

No me impaciento contra mi destino. aunque quisiera mejorarlo; pero mi suerte me hace comparable a las liebres y los grajos.

Mi desdichado sino despliega ante mi un ejército violento; tras de mi, un tropel de rigores. - Y yo en la muerte cabalgo.» (1)

Otro poeta de éstos se presenta a su turno, nos dice brevemente su miseria, después se encoge de hombros, y se marcha con tranquilo desenfado. - Que por qué cierra con tanto recelo la puerta?

«Yo no atranco mi puerta porque tenga algo que excite al robo:

La atranco solamente para que el que pase por la calle no descubra mi miseria.

En mi cuarto mora la pobreza, pero si un ladrón entrara, el robado sería el ladrón.» (2)

De un *mohárif*, célebre como poeta, Abuexxamacmac, dice Benabderrabih que vivía miserablemente, siempre pedigüeno, y con frecuencia encerrado en su pobre habitación por no tener más que unos harapos para cubrirse. Si en estas circunstancias llegaba alguien a llamar a la puerta, Abuexxamacmac, se acercaba con tiento, miraba por una rendija, y si la visita era de su agrado, le abría, si no se retiraba callandito. Pero en medio de tanta pobreza, Abuexxamacmac conservaba el buen humor. Un día se presenta en su casa uno de sus íntimos amigos; y al ver tal desnudez en la habitación y tan desnudo al dueño; exclama: «¡Albricias, Abuexxamacmac! pues he oído una tradición mahomética según la cual el hombre desnudo aquí en la tierra será vestido en el día de la Resurrección.» - ¡Por Dios!, responde Abuexxamacmac, si eso es cierto, en el día ese de la Resurrección tendré que verme convertido en vendedor de paños» (3)

Ciertamente, los *mohárif*es, éstos de que habla Benabderrabih eran todos verdaderos bohemios; pero el término por el cual los designa, la palabra *mohárif*, aún aplicada a poetas no basta para calificarlos de tales inequívocamente, pues no expresa la nota esencial, la nota moral que explique tal penuria como consecuencia de la desarreglada manera de vivir de esos sujetos.

2.-Notas del tipo

Resulta, pues, que, faltos de un término preciso que nos descubra con evidencia a un bohemio entre las noticias de literatos que nos transmiten los

(1) *El Icd*, 4, 244.

(2) *El Ibid*, 245.

(3) *El Icd*, 4, 243 y 2, 42.

Meruán ben Mohámed Abuexxamacmac, poeta oriental del siglo VIII, gran bohemio, de quien refieren multitud de anécdotas varios autores, sobre todo El Ispahani en su *Kitab el Agani*; Bulac, 1285 *postum* pero señaladamente en el tomo tercero, pp. 39, 47, 71, 128, 169.

autores árabes, tendremos que rastrear el tipo por sus notas características: cultivar una disciplina intelectual y padecer penuria por desarreglo de vida. Sin embargo, dada la índole de la sociedad aquella y el hecho de que en las noticias biográficas raras veces se percibe de manera inmediata la segunda, esas dos notas tienen que ser explicadas por estas tres: ser pobre, ser poeta y beber vino.

A primera vista parecen incongruentes; ninguna de ellas, en efecto, ni aun las tres juntas; referidas a un individuo de nuestra civilización, postulan el concepto de bohemio; pero en cambio, al darse las tres en alguno de aquellos musulmanes, si en rigor no lo definen como bohemio, por lo menos nos los descubren como tal. Tienen, pues, un valor indicativo.

Ser pobre.—Esta primera establece desde luego una diferenciación fundamental entre los verdaderos bohemios y los tipos afines. Un individuo rico o que se beneficia del producto de actividades no literarias, aunque su conducta sea en algo semejante a la del bohemio, no realiza el tipo específico. Se trata, pues, de aquellos individuos sin bienes de fortuna que por no aplicarse a un oficio o profesión lucrativa, tienen que vivir precariamente del fruto de su ingenio.

El adverbio éste expresa con exactitud la modalidad económica de semejante situación. La nota de pobreza no indica, en efecto, que todos y siempre padecieran penuria, miseria. Por el contrario, algunos de ellos se vieron favorecidos con larguezas suficientes para vivir con desahogo y ponerse a resguardo de los días difíciles; pero, de una parte su desarreglo de vida, y de otra, la condición casual de tamañas fortunas que reventaban del capricho de un príncipe, hacían que los bohemios, aun los que recibían crecidas *chaizas*, vivieran de ordinario pobres o empobrecidos, y sobre todo siempre en precario.

Ser poeta.—La nota segunda, la condición de poeta como característica obligada de aquellos bohemios, está postulada por las realidades de su género de vida.

Siendo pobres, sin más oficio ni beneficio que el lucrarse de su producción intelectual, forzosamente tenían que ser poetas, pues, según quedó ya explicado en el capítulo anterior, entre los hombres de letras, entre los autores, sólo ellos estaban en condiciones de beneficiar directa e inmediatamente su producción literaria.

Benaderrabih señala para los verdaderos sabios estas tres cualidades: «No despreciar al que es inferior, no envidiar al que es superior y no lucrarse de la ciencia.» (1) claro está que nuestro autor contempla a los sa-

(1) *El Icd*, 1, 267.

bios teóricamente, con pleno optimismo; pero aún en los momentos más despejados y optimistas jamás hubiera señalado la última nota para ningún poeta. Al contrario; su doctrina con respecto a los poetas es muy distinta, y de ordinario, la práctica que ellos seguían responde de tal modo a las premisas del maestro que ser poeta de oficio y ser pedigüeno eran término yuxtapuestos en correlación muy estrecha, casi necesitada. - Así lo declaran ellos mismos cuando hablan en confianza.

El poeta y truhán y *mohárif* ya citado, Abuexxamacmac, dedicó un panegírico a otro célebre poeta, Benabihafsa, (1) con la intención decidida de sacarle algún dinero; pero Benabihafsa le dice: - Tú y yo somos poetas, y no tenemos más oficio que el pedir.» (2) Casi las mismas palabras con que respondió el gran poeta Duerruma (3) a cierto literato que, al regreso de de un viaje, quiso obsequiarle. - «Nosotros, - le responde - recibimos dinero, no lo damos.» (4)

Estas palabras declaran resueltamente la condición en que se hallaban de ordinario los poetas pobres. Pero como esta condición era privilegiada, casi exclusiva, con respecto a los demás hombres de letras, resulta que los poetas profesionales estaban más que nadie tentados, muy tentados de caer en la bohemia.

Naturalmente, faltaba sólo que ellos lo quisieran; y de ordinario lo querían. Porque, además de esta motivación externa, de orden práctico, que los solicitaba, los poetas sentían en su propia bendición moral, retocada y acentuada por el ejercicio de su arte, un fuerte estímulo que los lanzaba a la bohemia.

Por temperamento y por oficio, estos profesionales de la poesía solían ser, como se les calificaba con escándalo «amadores de las cosas del siglo», gente que gustaba hacer triunfar su vida en el placer.

Por otra parte, como una dominante mental ejerce siempre indudable presión en la conducta, el cantar constantemente, a vueltas de elogios a los príncipes, el vino, los amores, las fiestas de los sentidos, era volcar en versos el botín cansado que recogían en la vida, o disponerse de manera próxima a expresar en su vida lo que cantaban en los versos.

De tal manera era general entre los poetas de profesión, y aun entre los demás poetas, esta actitud moral, este desgaire, que el cultivo de la poesía

(1) Mernan Benabihafsa nació en el Yemen, Arabia, fué poeta de la corte del califa El Mahdí, y murió asesinado en 181=797.

(2) *El lca.* 2, 45.

(3) Gailán Benocba, célebre poeta de la corte de Damasco, murió en la primera mitad del siglo VIII, y es considerado como el último representante de la antigua poesía árabe. El nombre de Durruma con que se le conoce es un apodo al que dió origen cierto verso suyo en que figura esa palabra, según Benco taiba *Exrir*, Cairo, 1332, p. 126.

(4) *El lca.* 2, 45.

Bencotaiba al referir este caso da un poco más de energía a la expresión del poeta:—«Tú y yo somos lo mismo.....»—*Loc. cit.*

era mirado por algunos con el recelo que se tiene para las situaciones peligrosas.

Cuando el célebre poeta Banabdún (1) era todavía muchacho y estaba aun bajo la férula de su maestro, Bendábit, (2) éste le decía con frecuencia: - «La poesía es ocasión de caída.» (3). Sin embargo, y a pesar de tal desconfianza, estaba tan en el oído de aquella gente - la gente ilustrada - la cadencia música del verso árabe que, sin darse cuenta, el bueno del maestro procedía como el poeta latino cuando protestaba: *Juro, juro, pater...* En efecto, las palabras de Bendábit daban el primer hemistiquio de un verso de metro *muchtat* tan limpio que Benabdún cayó en la tentación y escribió en su pizarra el otro hemistiquio:

«(La poesía es ocasión de caída) para todo el que busca la virtud.»

Luego añadió un verso completo:

«Para el anciano es espuerta de vicios, y para el joven copa de gracia.»

El maestro al verle escribir le pregunta:

--«¿Qué es lo que escribe, Abdelmechid?»

Benabdún le presenta lo escrito; el excelente Bendábit lo lee complacido, acaricia al muchacho y sonríe, después, muy cuidadoso, se pone a copiar para sí aquellos versos. (4) El mismo maestro, al tratar de corregir, claudicaba; pero no importa y en prosa o en verso, tenía razón en lo que decía: la poesía era ocasión peligrosa para todos, desde luego, pero para los que hacían de ella una profesión, esa caída tenía por consecuencia primera desequilibrar toda su vida y aun hacerlos rodar hasta los fondos más penados de la última bohemia. - Un ejemplo muy patente y calificado.

El visir Abubéquer Benelmelh tenía un hijo, Abulcássem. El padre era literato, hombre de posición, bastante ligero y mundano. Su hijo, en cambio, atraído por la vida piadosa, se había dado a la lectura de libros de devoción, y hubiera llegado a ser un perfecto sufi muy venerable. Esto mortificaba las

(1) Abumohámed Abdelmechid Benabdún nació en Evora, y fué secretario del príncipe de Badajoz, Almotanaquil. Derrocada en 485=1092 la dinastía *attasi* por los almorávides, Benabdún pasó al servicio de éstos, y moró algún tiempo en Marruecos, por razón de los empleos obtenidos.

Sin embargo, según testimonio del célebre cadí Aiad, en su *Ganaia*,—ms. de la B. N. núm. 5341, 6, fol. 61—el motivo de su viaje a Ceuta, donde moraba por entonces el gran maestro, fué el de visitar a éste y consultarle algunos asuntos propios.

De todos modos, lo cierto es que, apesar de lamentar en el celeberrimo poema quejumbroso erudito y pesado que le dió tan gran renombre la ruina de sus antiguos señores, procuró y obtuvo el entrar al servicio de los que habían abadido la dinastía de los *attasies*. Quizá la consulta al austero cadí de Ceuta, Aiad, tuviera por objeto desvanecer ciertos escrúpulos sobre el caso. Parece ser que el sacrificio de sus simpatías y aun de su propio decoro no debió serle de gran provecho con sus nuevos señores, pues le vemos después, en misera condición, en el zaguan de un personaje ilustre. Ello es que Benbasam—*Dajira*, ms. Acad. Hist. núm. 84, fol. 228—dice que al tiempo que escribía este volumen de su obra [año 500=1107; vid. fol. 67], Benabdún residía en Evora «acabado, empobrecido.»—Murió en su ciudad natal en 529=1134, aunque según Aiad—*Ganaia*, fol. 65—su muerte ocurrió en 517=.

(2) Mohámed B. Ali Bendábit, natural de Almería fué profesor de literatura; residió por algún tiempo en Badajoz, y allí tuvo por discípulo a Benabdún, según Benalabar,—*Tecmila*, 498.

(3) Cfr. Hooglievet, *Diversorum loci de regia Aphasidarum familia*, Ley den, 1839, p. 106.

(4) Según Benjacán,—*Calaid*, 147,—el autor del primer verso entero fué el mismo Almotanaquil, quien se lo recitó a Benabdún, añadiendo éste el otro verso; pero la verdadera versión es la que he dado en el texto.—Cfr. El Marracoxi, *edic. cit.* p. 62.

aficiones del padre y destruía sus esperanzas sobre el hijo, muchacho de talento delicado. Abubéquer decidió torcer a toda costa las inclinaciones de su hijo para verterlas por cauces más anchos, y comenzó a trabajarle en la parte mas desamparada del hombre: en el oscuro miedo de la carne; miedo a apagarse rodeada de luces. Hacía oír a su hijo todos los gritos de colores de la vida, y después se burlaba. Se reía con sorna de aquellos años mozos del muchacho condenados a ser penetrados de moho, Unos años que debieran ser floridos.

--«Hijo mio; - le decía Abubéquer con torpe suficiencia - esos negocios de piedad son buenos tan sólo para el final de la vida; por ahora, lo que te conviene es alternar con gente de letras e ingenio, aplicate a la poesía y leer libros de literatura» (1)

En este punto, el consejo del viejo era la fiel expresión de su propia conducta. Después de una vida bastante desarreglada, en los últimos tiempos de su vida, le dieron, no sé cómo, el cargo de predicador en la mezquita mayor de su pueblo, Silves, y decía por entonces;

--«Allá en los años mozos me entregué a la bebida; más, al hacerme viejo, me entregó a la oración.» (2)

Así, sin el menor acento de emoción, como la cosa más natural; con su tono ligero de siempre. Y sin embargo, por aquellas fechas, había sufrido ya los resultados de su inconsiderado proceder con el hijo.

Porque sucedió que ante los reproches del padre, tan insistentes, tan apretados, Abulcásen se dió al cultivo de la poesía y a frecuentar el trato de literatos, y el resultado no se hizo esperar. Los poetas que trataba comenzaron a pintarle las excelencias de su género de vida, y de tal manera supieron «embellecerle el vivir alegre,» según expresión de un autor árabe, que el infeliz muchacho, acabó en la más remotada licencia. - La frase de Almacari es muy elocuente: «hizo pasar a su conducta lo que cantaba en sus versos.»

Rodando, sabe Dios cómo, llegó a casarse en Sevilla con una mujer de ínfima condición, y, pobre ya, vencido y deshecho, se vió precisado a salir con la mujer por esas plazas batiendo el adufe y divirtiéndolo a los bobalicones de los zocos.

Su padre era tonto. Al conocer la situación del hijo, intenta sacarlo de

(1) Almacari, 2, 380 y 418.

Abubéquer Mohámed Benelmelh, natural de Silves, fué notable poeta y hombre de posición elevada. Desempeñó el cargo de visir, y compuso muchos poemas panegíricos en honor de los príncipes sevillanos de la dinastía abasi. Según Benalabar—(*Tecmila*, 502), al fin de su vida desempeñó el cargo de predicador oficial en la aljama de Silves. Benjacán—(*Calaid*, 188) copia algunas de las poesías de Benelmelh, insertas también por Benbasam en la biografía que le dedica en su obra *Eddajira*, ms. Acad. Hist. núm. 42, fol. 168. La fecha de su muerte la da Benbasam, que señala el año 500=1107; ms. cit. fol. 163 v.^o Almacari en la edición que maneja le llama equivocadamente Benelmelh; loc. cit.

(2) وكنت ضئلي الكاس عهد الشباب ضئير في الشب شيخ الدعاء

Eddajira, ms. cit. fol. 163 v.^o

aquel estado lamentable, pero no se le ocurre nada mejor que enviarle unos versitos. - Bastante malos los tales versitos:

«¡Oh, tú que escaldas en dolor mis ojos,

hijo mío, que ojalá no lo fueras!

De mis ojos arrancas el llanto,

y dilatas cruelmente mi pena,

has matado mi fama antes viva,

has truncado mi gloria altanera.

¿No bastaba el hundirte en pecados

y el beber, contra ley, fresco vino

que has de batir en público el adufe

y has de gritar: «¡Venga a mi todo vicio!»?

--Hoy que mis ojos te lloran tanto.

¡ojalá te consiga con mi llanto!»

A esta epístola respondió el hijo con otra, también en verso, y muy dolida, casi rencorosa:

«Nada podrás conseguir con tu llanto,

oh, tú que me reprochas por perdido:

También, como caballos, tus reproches

en otros tiempos contra mí lanzabas,

y con su fiero empuje me alcanzaron.

Entonces me acuciabas y decías:

--«Esta vida es muy corta:

¡lúrate de este siglo cuánto puedas!»

Y yo hubiera podido,

después de haber errado en extravíos,

convertirme al Señor, arrepentido,

si no hubiera tenido por maestros

tres consejeros malos:

Tú, el demonio y mi carne de pecado.» (1)

El caso infeliz de este individuo muestra con claridad la actitud moral más corriente entre los poetas profesionales. Ese «vivir alegre» y descuidado que tanto ponderaban a Abulcásem los otros poetas era sencillamente la bohemia.

Pero en esa bohemia había algo más que el desorden moral; algo que, al igual de los filósofos, hacía de estos poetas musulmanes sospechosos, a veces perseguidos, y siempre recelados de impiedad. Desde luego, impiedad prác-

(1) Almacari, 2, 380.

En su respuesta, Abulcasem sigue la misma rima y metro—*basit*—que el empleado por su padre. Yo no he podido imitarle en esto porque hubiera tenido que apartarme del texto original para lograr esas combinaciones métricas, y además porque no sabía hacerlo.

tica en los unos y especulativa en los otros, pero no sólo en esta forma disyuntiva. Por una interferencia de valores, por esa especie de metabolismo psíquico que el obrar opera en el sentir, los poetas ésos, después de escandalizar con su conducta, causaban con frecuencia mayor escándalo por sus opiniones, por su irreligión.

Ya hemos visto cómo uno de ellos, poeta no medioere, de buen ingenio, de vida pésima, Abucháfar Bentalha, personándose por los otros literatos que no se sentían tan a resguardo para desafiar la opinión pública, declaraba abiertamente su posición religiosa en aquellos versos sobre el sagrado mes de los ayunos. - Un alarde gratuito y dañoso.

Poetas que hicieran gala tan osadamente de una impiedad radical y directa no abundaron en el islam español; pero tampoco es único el caso de Bentalha. Aquí está, sin ir más lejos, este truhán descaradísimo: Benelbinní.

El mismo Benjacán, contemporáneo suyo - siglo XII -, traza en dos de sus obras un retrato nada simpático de este poeta. Benjacán no es de fiar. Como ya he dicho antes, procura adoptar en sus escritos, con esfuerzo malogrado pues todos le conocían, un aire honesto y devoto tan mentido que resulta inaguantable. Sin embargo, no son los aspavientos de Benjacán lo que se debe tener en cuenta, si no las acusaciones precisas y terminantes contra Benelbinní, que parecen confirmadas.

Benelbinní era médico y, además y sobre todo, era poeta; poeta panegirista, ambulante y bohemio. Como médico, si alguna vez acertó fué por azar afortunado, no por su ciencia. En realidad, la medicina no le interesaba, Debió aplicarse a ella como recurso de urgencia, apretado de la necesidad y confiado en su desenvoltura y en su audacia. Los fracasos se multiplicaban, y Benelbinní no se conmovía. En último caso, sabía hacer versos, y en su pícaro vivir, la poesía le había ayudado a salir adelante; trampeando, desde luego, pero era un maestro en todo género de trampas, y además manejaba la sátira como un arma temible, con cruel destreza, Insultaba acerbamente en sus composiciones, y «abrevaba con ellas en veneno,» pero también, cuando quería, sus versos «rezumbaban suavidad, y en ellos se envolvía el tiempo como un sol en las luces de la aurora.» - Por de pronto, esto bastaba.

Había nacido en Jaén; había paseado su hambre y sus embustes por toda la España del islám, y llegó a caer en Mallorca, en la corte del príncipe Nasiredaula.

Como allí no era conocido, pudo realizar una pesada farsa, se presentó como un hombre entregado a la vida devota, vestido casi de harapos, y comenzó a ganarse la estima de la gente con su primera apariencia: carcomida de mal y de falacia. La profesión de médico, los versos y su aire de asceta le facilitaron el introducirse en la corte hasta el punto de alcanzar el favor

y el trato del mismo príncipe. Los negocios no debieron irle mal, pues logró hacerse con una pequeña vivienda, bien situada sobre la playa y a la que puso por nombre «La Concha.» El nombre estaba bien puesto, porque allí escondía profundamente Benelbinni sus vicios de torpeza; por eso Benjacán dice con ironía que aquella era su celda de eremita.

Sin embargo aquella ficción de ascetismo pesaba molestando en el ánimo del poeta, no por lo indigna, sino por ser una traba; la había comenzado con la buenísima intención de adecentarse un poco al presentarse en país desconocido; pero, en el fondo, él no era un hipócrita sino un cínico de lo más descarado. Así, poco a poco, despacito, con tiento, empezó a despojarse de disfraces: después, si reanudaba la impostura era ya por escarnio, y entonces hacía befa y se reía con risas profanas de quienes habían tomado en serio todo aquel aparato. - Entre éstos se hallaba el mismo rey, Nasirreddaula.

Repetidamente habían llegado hasta el príncipe noticias graves sobre Benelbinni, noticias extrañas, y siempre se había resistido a creerlas. Pero llegó también el día en que tuvo que rendirse a la evidencia. Nasirreddaula ardió en ira al conocer al natural al famoso poeta. El personaje que entonces descubría tenía estas ingratas características que Benjacán dibuja con trazos duros y breves, con palabras corrosivas, como si atacara la efígie con un mordente, pero imposibles de trasladar en toda su fuerza:

«- Se hallaba - dice - dotado de natural talento para la poesía, como lo manifestó brillantemente al cultivarla; pero ejercía la medicina como si jugara a un juego de azar, y así resultaba que, en lugar de acertar, la mayoría de las veces erraba el blanco. Era torpe amigo de muchachos, y celoso partidario de la incredulidad; negaba el juicio universal, la vida futura y la resurrección. Cuando alguna vez simulaba vivir en asceta, lo hacía para entregarse al libertinaje de la manera más criminal; y cuando se ocupaba de religión era para deshonrarla ignominiosamente. Nada le importaba que uno tuviera buena o mala conducta o que profesara una creencia cualquiera. Es autor de sátiras con las cuales abrevaba en veneno, y con ellas revestía a sus contrarios de una dura coraza que les enfermaba.»

Según parece desprenderse de una frase de Benjacán, los faquíes y el pueblo de Mallorca pedían que Benelbinni fuera condenado a muerte; pero el príncipe, a pesar de reconocer ahora que había sido ruinmente burlado por el poeta, se limitó a urgirle con airado apremio a que abandonara para siempre sus estados.

Cabalmente, en el puerto se hallaba entonces un barco pronto a darse a la vela, con rumbo al oriente. Buen país el oriente por aquella época, para poetas y perdidos de este género; pero distante. Era una pena partir para tan

lejos, sin recursos quizá, sin amigos, dejando en tierra tantas cosas gratas; mas como se trataba de salvar la vida, no tuvo más remedio que embarcarse con prisas en aquel barco, como lo hubiera hecho en cualquier otro, fuera a donde fuera.

Cuando, por fin, zarpó la nave, tan oronda, con las velas cargadas de fuerza, Benelbinní debió respirar con holgura, creyéndose ya a salvo de los rencores del pueblo, pero, en realidad, ese riesgo iba a hacerse más instante que nunca. En estos últimos tiempos, la suerte le abandonaba. Y resultó que, a unas trescientas millas de distancia, los vientos cambiaron tan redondamente, con tanta contradicción y violencia, que obligaron al capitán de la nave a regresar de arribada forzosa hacia el puerto. En cuanto el príncipe se enteró de que Benelbinní se hallaba de nuevo en la isla, juzgó por un momento que aquello era una treta más, un golpe de audacia del endiablado aventurero, y determinó «dejar que lo mataran, y librar así a la religión de tal individuo.» Por fortuna para el poeta, Nasiredaula se apaciguó prontamente al reconocer que, por esta vez, Benelbinní no era culpable de una nueva farsa. Mientras la nave esperaba viento favorable para levar anclas, el poeta pasó días amargos, recluso en el barco, en continua zozobra, y muy desgarradamente lastimado por la conducta de sus amigos. El, que se había visto tan requerido y festejado, consideró con pena que ninguna de sus viejas amistades tan queridas se acercaba a visitarle, por miedo sin duda, pues estaba vigilado. Entonces, en un momento de sinceridad - porque hay dolor sincero en su queja - les envió estos versos:

«Tanto me amaban mis amigos que entre sí me disputaban; pero al verme caído, un adiós me dijeron, y apretaron el paso.

Habéis sido, en verdad, para mí la alegría, mi dulce compañía; ¿pero es que la vida no tiene nada que valga fuera de vosotros?

¡Ah! esto digo hoy; mas cuando llegue el día en que ya habré partido ¿cuál será mi deseo, allá en la nave, sino el ardiente deseo del regreso?

¡Veloz bogará hacia vosotros, llevándome consigo, si puede mi corazón servirle de velas!»

Después, Benelbinní se alejó para siempre de Mallorca, llevado entregadamente a la ventura.

Años adelante, ya viejo, sin duda, le vemos todavía continuar impenitente; la experiencia tan arriesgada de Mallorca le había hecho un poco cauto, todo lo prudente que le consentía su temperamento cabalgador y agresivo, sofrenado, quizá, por la edad, pero, en cambio, más ácre por la amargura de tantos años deshechos en miserias y fracasos. Ya no dirige sus ataques

contra las creencias en tiro directo, sino por elevación, lanzando sus puyas contra los faquíes y personas devotas. (1)

Este era el procedimiento más ordinario entre los poetas incrédulos. Si a veces se atrevían a declarar su tibieza en la fe, lo hacían sin peso, en modo leve, y como burlando.-Así, decía uno, con ocasión de describir a una dama:

-«Tiene un talle más ténue aún que mis sentimientos religiosos, según tú dices, y convengo en ello; es un reproche justo, y no hay por qué negarlo.»

Sin embargo, corrientemente se limitaban, como digo, a hostilizar con sus sarcasmos a las personas de vida austera y a los representantes y maestros de la religión. Sus reproches pudieran ser exactos muchas veces, pero lanzados así, en general, nunca fueron justos, pues entre aquellos faquíes y personas devotas, conocemos algunos-el sabio arabista señor Asin ha dado a conocer bastantes-que inspiran respeto a todo hombre honrado, cualquiera que sea su religión o por mucha que sea su indiferencia religiosa.-Eran almas hondas, de amplias brisas, siempre al largo de las cosas de este mundo, en ruta incesante hacia los años eternos.

Pero de todo esto, de la trágica y noble inquietud de los siglos, la más remota y afinada diferenciación de la especie, no se cuidaban para nada aquellos poetas.

No en todos, desde luego, la actitud religiosa tenía el carácter de una incredulidad que se convence a sí misma de positiva, pero, por regla general, la mayor parte de los poetas profesionales rezuman impiedad práctica en su conducta y aun en sus composiciones. Deslumbrados por «las luces de esta vida», corrían sus placeres, y se creían que eran los dueños del mundo.--Erraban en doble sentido, porque el hombre es algo más simple, más grande y más doloroso, es una fórmula viva interrogante. Pensaban, pues, coger el mundo entre las manos, y no se daban cuenta de que el mundo y las estrellas y el universo entero gravita solamente, de modo vertical, sobre cada uno de nosotros, sobre la razón de vida que llevamos adentro. Por eso no sentían la opresión augusta de este peso, que es el dolor del hombre.

(1) Cfr. Benjacán, *Calaid*, 299, y *Matmah*, 91; el texto del *Matmah* ha sido reproducido por Almacari, 2, 461.

El nombre completo de este personaje, según El Marracoxi,—p. 122—es Abucháfar Ahamed b. Mohámmed Benelbinní. La mala lectura de los manuscritos ha sido causa de que alguna vez se haya confundido a Benelbinní con el poeta Abucháfar Abdelualí Elbattí, que fué quemado en Valencia por orden del Cid. Este error fué corregido por Dozy en su edición del Marracoxi, p. 122; y en sus *Recherches*, 1.^a edic., p. 404.

Almacari, al referir por su cuenta el forzado regreso de Benelbinní a Mallorca, después de su expulsión, dice que cuando la nave se vió tan duramente combatida por los vientos se hallaba entonces a *tres millas* de distancia de la costa. Quizá le pareciera mucha—y con razón—la distancia que señala Benjacán. Este señala claramente ثلاثة مجار ahora bien, con respecto a esta vez no hay duda alguna: Benchobáir dice textualmente: مائة مجرى : «la machra vale cien millas»; es lo mismo que expresa con toda claridad Edrisi, edic. Dozy et Goeje, Leyden, 1866, p. 88—Según eso debían hallarse ya cerca de Sicilia, pues el mismo Benchobáir—p. 37—señala entre las dos islas una distancia de cuatrocientas millas.

Ahora bien, los poetas seguían burlándose, y cantaban su desnuda miseria de la manera más descarada y más gozosa. Cigarras huecas, lanzaban sus estridencias doradas tan porfiadamente que podría reunirse un vastísimo cancionero con las composiciones de este género debidas a los poetas de la España musulmana. Uno de ellos, famoso, justamente famoso por varios títulos, y del que me ocuparé con detenimiento en otra ocasión, el desvergonzado Bencuzmán, va a ofrecernos de muestra un *zejel*. Bencuzmán es el príncipe de los *zejeles* o canciones compuestas en el idioma vulgar de su tiempo-siglo XII-; él mismo se llama repetidamente, con atrevida complacencia «padre de los *zejeles*;» «príncipe», «imán de los *zejeles*» El idioma empleado, el hallarse plagado de idiotismos y de voces de nuestro romance, la ortografía arbitraria, la confusa colocación de los puntos que distinguen las letras, y aun el hecho de conservarse la obra en un solo manuscrito, hacen tan difícil la interpretación de este cancionero, interesante sin embargo, y extremo, por las noticias que suministra, por los problemas que levanta y por los que resuelve, que el mismo Dozy se negó a emprender su estudio. Entre nosotros, el insigne arabista señor Ribera supo sacar del estudio de su métrica conclusiones reveladoras que aun no han hallado todo el eco que merecen. Yo, pobre de mí, he de limitarme a estudiarlo en otros aspectos más anecdóticos; y, por de pronto, ahora, voy a traducir el *zejel* prometido; - lleva en el manuscrito el número ciento cuarenta y tres, y dice aturdidamente:

Estribillo

«Perfectos libertinos que os habéis arrepentido por que con Dios os basta, ¡oh! ya veréis que hasta las flores os han de brindar a beber vino.

Estrofa 1.^a

¡Qué florido este mundo! ¡qué de hermosura! ¡qué ornato!
A nuestros pies se tiende un tapiz de colores recamado.
Perfectos libertinos que os habéis arrepentido ¿con Dios tenéis bastante?
Bueno; vosotros lo afirmáis: ¡Que Dios os baste!

2.^a

Sin embargo, vestido de flores, el mundo te ofrece cuanto necesitas.
¡Qué manto el suyo! ¡qué rico brocado!
¡Oh, libertinos! bebed siempre en las copas de vino;
¡y Dios proteja al diablo, que es el que os guía!

3.^a

Entre las flores, el alhebí es una especie de faquí:
Finge durante el día un continente grave; parece que vende vi-
nagre;
Pero, al llegar la noche, corre enseguida a la copa de vino.
Gritemos fuertemente: «¡Que el Señor os bendiga, libertinos!

4.^a

¡Oh, bello resplandor! ¡oh, lindos ojos! hacia vosotros se van
las almas perdidamente.

5.^a

Tú, lo más hermoso, a todo das belleza; y vosotros, tan dies-
tros, disparáis vuestras flechas.
Vuestro engaño seductor ha de matarme; pero me mata con razón.
¡Todos los días, aun desde mi tumba, con un saludo os he de acoger!

6.^a

El real cortejo de las rosas llega; ya asoman sus banderas.
«¡Bienvenido el sultán! ¡Dios prolongue sus días!»
Y las rosas empuñan ante él sus lanzas, sus espinas.
¡Oh, borrachos perdidos! ¡que el perfume de las flores os
haga abrir los ojos!

7.^a

Los malos amores y el mal vino
Amargos son si das por ellos poco, y dulces te parecen cuando los
compras caros.
Yo pediría a Dios nuestro Señor que dirija mis chicos
Y en uno les ordene, según lo que os ordene» (1)

(1) —«¡Oh, bello resplandor!» etc.
Los dos primeros versos de esta estrofa dicen así

يا بهار يا نجس لكم الروح تعشق
انت املح واملح وانت ارشق وارشق

Por los versos que siguen se colige sin vacilaciones que la palabra «*narciso*» se toma aquí en el sig-
nificado de *ojo* que tenía metafóricamente entre los poetas con mucha frecuencia; en cambio la voz *bahar*
conserva su significado primero y general de *esplendor, belleza*, aunque entre los españoles designaba tam-
bién el narciso.—En el segundo verso, las voces *املح* y *ارشق* que aparecen repetidas, pueden tener
según la pronunciación vulgar dos valores; pueden ser un comparativo y un verbo de la 4.^a derivada. Creo
que, en este caso, la repetición de la misma voz no expresa una redundancia sino que le da esos dos valores
distintos.

El *Divan* o Cancionero de Bencuzmán ha sido publicado en edición foto típica por el Barón David de
Gunzburg; Berlin, Calvary, 1896.

Un programa semejante, tan cerrado a influencias superiores, tenía que ser rechazado por los buenos musulmes, pero era consecuencia inmediata de la posición en que se hallaban casi automáticamente los poetas profesionales. El islám no contiene en sí eficacia bastante para rectificar y, al mismo tiempo, confirmar y dirigir los nobles valores humanos que sólo en el cristianismo recobran toda su jubilosa razón de ser y disciplinan su oscura fuerza. El puritanismo musulmán, con sus múltiples causas de impureza legal, sus ritos numerosos y obligados, la exclusión del recreo que procuran las artes plásticas, la interdicción del canto, de la música, del vino, la recticente limitación del cultivo de la poesía, ponía a los poetas dentro de un cerco tan opresor que reventaba por el lugar de mínima resistencia; y entonces, frente a la norma austera que tanto les limitaba y mutilaba, proclamaban ellos otras normas; «el alegre vivir.» Ahora bien, en muchas ocasiones, ese «alegre vivir,» acompasado con medida, hubiera podido ser simplemente la vida, en su sentido humano y honesto; pero como dentro del islám tenía ya el carácter de fuerza de escape, corría derramadamente sin disciplina alguna. Así resultaba que la vida de aquellos poetas profesionales adquiría casi fatalmente un aire decidido de despreocupación o de rebeldía; y no ya en referencia a la ley que ultrajaban, sino también, y con harta frecuencia, ante toda ley moral y religiosa. - Los casos que hemos visto de Abulcásem Benelmelh, Benelbinní, Bencuzmán, y otros muchísimos que pudiera nombrar, confirman lo que digo porque, con diferentes matices, expresan una misma actitud moral.

De todos modos, al señalar la condición de poeta como una de las características de aquellos bohemios, no lo hago principalmente a título de la inmoralidad e irreligión que pudieran mostrar en su vida, sino primero, en razón de la situación tan inmediata a la bohemia en que les constituía el solo hecho de vivir a costa de su arte, y, en segundo lugar, porque el ambiente que se creaban, el esquema moral generalmente aceptado por ellos, les disponía a entregarse a esa vida fácil que llamaban «alegre» y que, en último análisis se reducía al vivir descuidado del bohemio.

Tenemos, pues, en resumen: que el ser pobres les empujaba de modo obligado a ganarse la vida; el ser poetas les facultaba para lucrarse de los versos; y, entonces, una vez convertido en poetas profesionales, el tener que coquetear andariegos en busca de grandes señores a quienes vender sus panegíricos, y el desarticular su conducta, por presión del ambiente, de la ley religiosa, los entregaba inermes y alocados a una existencia sin resortes firmes, improvisada de continuo, no contenida dentro de unas obligaciones reguladas y desparramada a ventura. - Además, muchos de ellos no creaban un hogar, no formaban una familia. Es lo que se trasluce en la vida de muchos poetas de este género; y es también lo que declara Bencuzmán del modo

más explícito, y como si fuera magistral enseñanza formulada antiguo a los poetas y seguida por estos con docilidad muy provechosa. - Dice así en el *zejel* 21:

-Soltero estoy, y me conviene estarlo por toda la vida.

No he de casarme hasta que los cuervos echen canas.

¿Yo arrepentirme? ¡Oh, no! Ni hablar siquiera de matrimonio, ni de regalos de boda, ni de novias con su corona.

No quiero cargar con más gobierno que el de mis diversiones y las copas.

y el de una casa tranquila, con provisiones y bebida.

Los doctos te previenen ya de antiguo que un poeta casado es una gran ignominia.

No sería sino un poeta desgraciado,»

Y, en efecto, por ahí los vemos pasear toda la España musulmana, con tal libertad de movimientos en muchos de ellos que bien se les nota que no estaban estorbados por obligaciones de familia. Llegaban a cualquier ciudad importante, y allí encontraban ya otros compañeros que vivían juntos en un cuchitril cualquiera, y en donde eran acogidos fácilmente para vivir algún tiempo en alegre «república», a la cual aportaba cada uno lo que podía. Como es natural, la carencia de hogar, de familia hacía que estos poetas se hallaran más libremente abandonados a todas las defecciones de un vivir de bohemia.

Sin embargo, de todos los poetas profesionales, sólo de aquellos que injertaron en su vida un principio de desorden pudiera afirmarse *a priori* que se rindieron a las influencias del ambiente y vivieron en bohemia. Si este principio apareciera de algún modo en la vida de un poeta profesional sería el indicio concluyente de que aquél individuo había roto la última atadura que le impedía incorporarse al vivir de bohemia; este indicio tendría entonces el valor de característica, de verdadero signo del tipo. Ahora bien, esta característica es la tercera nota:

Beber vino. - Cuando señalo esta circunstancia como principio de desorden no es que la considere de manera absoluta ni en sus posibles consecuencias inmediatas, si no con referencia a los principios religiosos y a las conveniencias sociales con las cuales rompía abiertamente. Este solo hecho, tratándose de un individuo de aquella sociedad y al que además conocemos como poeta profesional, señala el punto muerto de su curva moral, y su descenso más o menos acelerado hacia la bohemia.

Prohibición. - Sabido es que la ley coránica prohíbe el uso del vino; pero esta prohibición era infringida con larga frecuencia, y a veces, de manera

muy docta, con sabios argumentos. Porque, en realidad, ¿cuál es la extensión de esa ley? ¿qué es propiamente lo vedado por ella? Benabderrabih, en el tratadito culinario que ya mencioné, dedica unos capítulos a tratar de este asunto, y dice: «Opinión común es que el vino prohibido en el Corán es el vino de uvas resultante de la decoción espumosa del jugo sin contacto con el fuego. [El caldo éste] no deja de ser vino hasta que sobreviene la acidez y pierde sus vapores embriagadores por haberse convertido en vinagre, [de uso lícito], pues el vino no se prohíbe en cuanto a la substancia como sucede, por ejemplo con el cerdo, sino en cuanto a sus accidentes. Por eso, en cuanto pierde tales accidentes, resulta de uso lícito, como lo era con anterioridad a la fermentación Semejante al vino en estas modalidades de licitud e ilicitud es el almizcle pues, como sangre fresca, está prohibido, pero cuando se seca y recobra su aroma resulta lícito como perfume. Así, pues, el vino en cuanto a sus accidentes está reputado como ilícito por sentencia común.» (1)

Esto el vino «en cuanto a sus accidentes,» como dice nuestro autor; bastaba pues alterarlos para escapar al apremio de una doctrina común y terminante. Esto es lo que se hacía tratando el zumo de las uvas otros frutos-higos, dátiles etc. - por procedimientos varios a fin de obtener un caldo sin las propiedades espirituosas del vino. El caldo así obtenido, las diferentes mixturas y sustitutivos recibían el nombre générico de *nelid*. Pero este procedimiento vergonzante e hipócrita no tuvo éxito legal pues, aunque dió lugar a constantes controversias, y aunque en algunas regiones fué aceptado jurídicamente - así en el Irac, por ejemplo - su uso se reputó generalmente como ilícito.

Benabderrabih expone con aparente imparcialidad los razonamientos que se lanzaban de una parte y otra a la arena a propósito del *nelid*; pero el mismo resuelve la cuestión al herirla en su entraña.

«Los partidarios del *nelid* - dice - aunque maniobran para sincerarse con la excusa de que beben lo que carece de propiedades embriagadoras, en realidad no tendrían placer en la bebida si no fuera porque embriaga. Es lo que ya decía el poeta:

«Andan a vueltas con el maestro solicitando bebidas diversas, pero es vino lo que piden.» (2)

En este punto Benabderrabih estaba bien documentado pues habla aquí con ciencia de experiencia. La misma que poseían acreditadamente otros muchos poetas profesionales. Gran parte de ellos, la totalidad casi en

(1) *El Yed*, 4, 318.

(2) *El Yed*, 4, 318.

algunos períodos del islám español, quebrantaban la ley con grandísimo lujo de complacencia, y de manera tan insolente que hasta se dispensaban de disculparse con el *neid*, en realidad como dice el cairuani y «toda bebida que perturba la razón y embriaga es vino.» (1)

Pero además, lo que ellos cantaban y bebían era vino, esencias de oro; vino andaluz, vicioso y pálido, o de caldos dulzorros y lentos:

«Qué hermosura de gozo
La de un vino excelente,
Pálido como el sol
Que se hunde en Occidente!» (2)

Esto decía Benzumruc en una de esas canciones suyas, vistosas y ágiles como fiesta de danza. (3) Otro poeta, el feliz Benjafácha (4), decía:

«Con el vino que chispea rutilante,
Mana, encendido, cobre dorado,
Como el manto del alba es bordado
Por relámpago de trozo brillante.» (5)

El mismo Benabderrabih, al concluir tan doctamente en contra del vino y aun del *neid*, se olvida de lo que él bebía y cantaba. En cierta ocasión, habiendo enviado en regalo a un amigo un cestillo con racimos brindó su presente con estos versos sobre las uvas:

«Ahí te las envío, blancas y negras, como si fueran hijas
de cristianos y abisinios:

Doncellitas que a veces se comen y a veces se beben, y
que nos libran del hambre y la sed.» (6)

En otra ocasión, cantando, dice él, a la copa, comenzada:

«He de beber sobre la alta azotea...»

Y, no cabe duda, lo que él bebía era vino; y tan a descaro, que, sabiendo que había de ser murmurado por ello y por las otras cosas que cantaba sobre esa azotea, termina desenfadadamente para sacudirse del censor: «Anda despeja el camino» (7)

Lenidad en los castigos.—El censor primero que se presentaba era la ley,

(1) Kayrawani (Ib Abou Zeyd), *Risala,.....de Droit Malekite.....*, traduc. E. Fagnan, Paris, 1914, p. 239.

(2) Almacari, 4, 347.

(3) Abuabdala Mohámed b. Yusuf Benzumruc, discípulo de Beneljatib, y también secretario y visir de los sultanes granadinos, fué excelente poeta. De él se conserva todo un cancionero de composiciones llenas de movimiento y gracia, aunque se repite demasiado y plagia también demasiado a los antiguos poetas andaluces. Murió asesinado en el año 795=1393.

(4) Abuishac Ibrahim Benjafacha, valenciano, uno de los más deliciosos poetas de la España musulmana; muy original, un poco atrevido, a veces, y «demasiado cargado de ideas», según reproche que le hacían algunos críticos de aquellos tiempos. Murió en el año 533=1138. Su *divan* o cancionero ha sido publicado en el Cairo.

(5) *Divan*, edic. Cairo 1286, p. 70.

(6) *El Icd*, 4, 288.

(7) *El Icd*, 4, 289.

y como representante suyo el cadí, el juez; la ley condenaba al bebedor de vino a la pena de ochenta azotes, pero la lenidad de los jueces españoles era inmensa y casi proverbial.

Por una salida ingeniosa del delincuente, con un pretexto cualquiera, y aun sin pretextos, los cadíes dispensaban de la pena, contentos de poder hacer la vista gorda.

Un día, el médico y literato Abularbag El Calandar (1) salió por esas calles borracho perdido y tropieza con el cadí. El cadí, que por cierto era feísimo de rostro, manda a los guardias que prendan al borracho, y éste, ante el cadí, se le queda mirando y exclama:

-«¡Ah, ciertamente! ¿Quién hubiera podido darte autoridad sobre los musulmanes con esa cara tan fea que tienes si no para que usaras de bondad conmigo y me soltaras?

- ¡Por Dios! - responde el cadí indulgente - la bondad esa a que aludes es enorme.»

Si, era grande, pero el juez dejó marchar al borracho tranquilamente, y libre de la pena de azotes. (2)

De otro juez célebre, el cadí de Córdoba Ahamed Benbaquí, refiere El Yoxani (3) la siguiente anecdota del todo auténtica, pues fué un testigo presencial quien la contó con estas palabras, según la traducción de Ribera:

«Un día iba yo en compañía del juez Ahamen Ben Baquí a tiempo en que casi nos tropezamos con un borracho que iba delante de nosotros. El Juez tiró de las riendas de su caballería y refrenó su marcha, esperando que

(1) Abulbasag Abdelaziz, apodado El Calandar, natural de Badajoz, médico y literato, floreció en el siglo VI=XII.

(2) Almacari, 2. 269.

(3) Abuomar Ahamed Benbaquí ben Majlad, gran cadí de Córdoba, fué uno de los jueces andaluces más famosos por su ciencia, su bondad y rectitud. De él se refieren numerosas anecdotas que le muestran siempre bondadoso y probo. Murió en 344.

Su padre era el famosísimo tradicionero Baquí Benmajlad, consejero de reyes y hombre eminente por su ciencia y su piedad. Como prueba de su espíritu religioso y del poder de su oración se cuenta un suceso que recojó aquí porque me parece curioso.

En cierta ocasión llegóse a él una pobre mujer diciendo que los cristianos habían hecho cautivo a un hijo suyo. «No tengo para rescatarlo más hacienda que una casucha y no hallo modo de venderla si tú no me la compras para hacerme con el precio del rescate; fuera de esto no me queda si no el día y la noche».—«Bueno—repuso Baquí,—vete ahora que ya me ocuparé yo de tu negocio.» Y el hombre se quedó con la cabeza inclinada y moviendo los labios como en oración. Pasado algún tiempo, la mujer aquella volvió a presentarse a Baquí, pero esta vez acompañada ya por el hijo, que refirió lo siguiente:—«Cai prisionero en manos de un rey cristiano, y me hallaba con otros cautivos encomendados a un capataz que nos conducía diariamente a trabajar en los campos, hasta que volvíamos por la noche, pero llevando siempre en nuestros pies unos grillos. Una vez, al regresar del trabajo, he aquí que los grillos se abren y se me caen de los pies. Esto pasó tal día y tal hora—justo la hora y el día en que la mujer se presentó a Baquí y en que éste se puso a orar.—El capataz comenzó a gritar diciendo que yo había roto los grillos; mas yo protesté de que no; que ellos solos se me habían caído de los pies. El hombre me creyó e informó a su amo; llamaron a un herrero, y me cerraron los grillos; pero apenas di unos pasos, los grillos se me caen otra vez. Aquello les extrañó ya tanto que hicieron venir a unos monjes [para consultar con ellos]. Los monjes me preguntaron:

—«¿Tienes madre?»—«La tengo».—«Pues esta es—replicaron—la respuesta a su oración, y pues Dios te hace libre, no podemos nosotros mantenerte en prisiones.» Después me suministraron provisiones para el viaje y me acompañaron hasta las tierras de los musulmanes.»—Addabi, 584.

Abuabdala Mohámed b. Elharits *El Joxani*, el autor citado en el texto, nacido en Cairnán, pero se trasladó a España y se avencinó en Córdoba, donde murió en el año 361=971. Compuso muchas obras de varios géneros, entre ellas la *Historia de los Jueces* de Córdoba, colita y traducida admirablemente por Ribera, y enriquecida con un interesantísimo estudio.—Cfr. la nota siguiente.

el borracho advirtiera o notara que el juez estaba cerca y se largase apresuradamente; pero cuanto más lentamente iba el juez, el borracho se paraba más, hasta que el juez no tuvo más remedio que acercarse y darse por entendido; Yo pude notar, viéndole perplejo ante ese espectáculo y sabiendo que era hombre de muy blando corazón, la repugnancia que sentía en imponer a nadie la pena de azotes, y dije entre mi:

-¡Ah, caramba! A ver como te las compones para salir de este apuro, joh, Abenbaquí!

Y al acercarnos al boracho, me veo, con gran estupefacción mía, que se vuelve hacia mi y me dice:

-Mira, mira ese desdichado transeunte, me parece que ha perdido el seso.

-Si- contesté - es una gran desgracia.

El juez se puso a compadecerse de él y a pedir a Dios que le curase la locura y le perdonase sus pecados.» (1)

Otra de las sanciones legales que pesaba sobre los bebedores de vino era su descalificación como testigos. En un formulario de actas notariales que se conserva manuscrito en el «Centro de estudios históricos» se expresan entre otros motivos que invalidan el testimonio el beber vino, el alquilar casa o tienda para la venta de vino o el vender uvas para fabricar vino con ellas. (2)

Por lo que se refiere a ciertas épocas del islam español - en el periodo de las taifas, por ejemplo, y tiempos adelante - es indudable que si estos y los demás impedimentos legales se hubieran tomado al pie de la letra, a penas podría encontrarse entre los grandes señores de la corte, los grandes literatos y los poetas profesionales un individuo en condiciones de actuar como testigo, si no fuera por la tolerancia de los magistrados.

Los motivos de tal tolerancia se los explica El Yoxani de esta manera:

«Lo que se cuenta de la conducta de los jueces andaluces en esta materia, es decir, el que los jueces cerraran los ojos para no ver a los borrachos, y su vidente negligencia en castigarlos y hasta la excesiva benignidad con que los trataban, no me lo explico de otra manera, visto que en Andalucía se hablaba de estas cosas en todas partes y se les excusaba el vicio, sino únicamente por la razón que voy a exponer: La pena que ha de aplicarse al borracho es, entre todas las del derecho musulmán, aquella que no está marcada taxativamente en el libro revelado; ni siquiera hay una tradición mahomética, admitida y segura; sólo consta que al Profeta le presentaron un hom-

p. 243. (1) «Historia de los Jueces de Córdoba por Aljoxani», edic. y traduc. de Ribera, Madrid, 1914,

(2) Manuscrito núm. 7, fol. 101.

bre que había bebido vino, y el Profeta ordenó a sus compañeros que le aplicaran unos azotes por haber faltado a sus deberes; en virtud de esa orden le pegaron unos zapatazos y unos zamarrazos con las cimbras de la mantilla [o bufanda que llevaban al cuello.] Murió el Profeta y no señaló concretamente que debiera castigarse al borracho con una pena que estuviese formando parte del cuadro de las otras penas. Cuando Abubéquer tuvo que intervenir en estas cosas, después que faltó el Profeta, pidió consejo o consultó con sus compañeros. Alí ben Alí Tálib le dijo:

- Quien bebe, se emborracha; quien se emborracha, hace disparates; el que hace disparates, forja mentiras; y a quien forja mentiras, debe aplicarse la pena. Yo creo que deben darse ochenta azotes al que bebe.

Los compañeros aceptaron esta opinión de Alí;» (1)

Esta es la explicación que da El Yoxani a la lenidad de los jueces en castigar a los borrachos; pero le causa más íntima de tal indulgencia estaba en el largo perdón que sobre este asunto se concedían los príncipes y grandes señores. A penas había tertulia, reunión de placer de gente distinguida en que no se bebiese con descaro, sobre todo en los periodos históricos que antes indiqué. Que los príncipes bebiesen, y con ellos los que animaban sus tertulias, todavía se concibe; los príncipes lo hacían por aliviar el corazón de graves cuidados de Estado; los cortesanos, por no dejar en mal lugar a sus señores; y los poetas para poder cantar a sabiendas lo que los sultanes bebían; pero lo que resulta alarmante es que hasta los mismos jueces se entregasen a beber, aunque sólo fuese *nebid*. Claro está que entre los jueces esta afición no debía ser muy corriente, pero había entre ellos algunos que sucumbían.

Tal, por ejemplo, aquel Soháib Benmanía, cadí de Sevilla, (2)

El Homaidí, al dar noticia de dicho individuo, dice que «bebía *nebid*, quizás por seguir las doctrinas del Irac.» Es posible que Soháib tratase de disculparse con la doctrina ésa; pero si él bebía lo hacía a conciencia del escándalo que causaba y que mereció una buena lección. - Cierta día se hallaba de tertulia con un Gran visir; Soháib bebía según su costumbre de la gente del Irac; como la conversación viniese a recaer sobre las empresas que era moda grabar en las sortijas, el cadí mostró su anillo en el cual se leía esta inscripción:

«¡Oh, [Dios], conocedor de todo pecado, se benigno con Soháib!» El Gran visir tomó el anillo, leyó la inscripción, y añadió:

«Y encubre también su defecto, pues en él, todos los vicios.» (3)

(1) «Historia Jueces Córdoba» p. 126.

(2) Addabi—núm. 856,—dice que era juez de Córdoba; pero El Homaidí—*apud* Benalabar, *Hollato*, edic. Dozy, en «Notices sur quelques manuscrits arabs», p. 125—le llama juez de Sevilla. Murió en 318=930.

(3) Benalabar, *Hollato*, loc. cit.

El *hachib* aludía a la afición a la bebida que padecía el cadí, defecto gravísimo en un juez obligado a castigar al bebedor.

La lenidad de los jueces y de los príncipes se explica, pues, sobre todo en éstos, por su propia afición a la bebida, ¿Cómo podrían castigar las infracciones aquellos jueces que bebían también, aunque no fuera más que *nabid*, y aquellos príncipes que con abundancia y descaro se emborrachaban de vino? Además, aunque algún sultán no bebiese y se empeñara en atajar el mal, difícilmente lo hubiera conseguido. En algunos países islámicos las mismas autoridades se habían declarado ya impotentes.

Así, Rachideddin, visir e historiador del gran legislador de Persia, el Sultán Gazán, refiere que era tan general y escandaloso el uso y el abuso del vino y de otras bebidas que frecuentemente se originaban querellas sangrientas en los zocos y plazas. Gazán quiso reformar tal estado de cosas, y dictó sobre el caso órdenes muy severas; pero en el mismo preámbulo de estas ordenanzas se ve obligado a declarar textualmente: -«El uso del vino estaba prohibido por nuestro legislador Mahoma y por otros profetas: sus preceptos son terminantes, más apesar de esto, la gente no puede ya prescindir del vino de manera que si quisiéramos impedir su uso de un modo absoluto, nuestra orden no sería acatada.» (1)

En España, aunque no se llegara a tales extremos, debía ocurrir algo semejante por cuanto el califa Alhaquem II pensó por un momento en aplicar un remedio heroico: destruir las viñas. Pero tal remedio, entre otros inconvenientes que se le descubrieron a tiempo, tenía el grave defecto de ser inútil porque, a falta de uvas, fabricarían *nebid* de cualquier tipo, de higos, por ejemplo, o harían una mixtura sospechosa por el estilo. Ni siquiera tenían que molestarse los particulares en elaborar *nebid* fantasía porque éste se vendía públicamente, descaradamente, en tabernas y tenduchos a la manera de esos cafetines morunos que tanto se ven por Marruecos. Así Benabderrabih nos describe uno de Algeciras, levantado sobre cuatro estacas cubiertas de cañizo. (2) Y esto, en tiempo más austeros que los de las taifas y los almohades. Además, la destrucción de las viñas suponía la ruina de varias comarcas que se beneficiaban grandemente con la exportación de uvas.

Dejar, pues, más hacedero que destruir las viñas hubiera sido el prohibir de modo absoluto la fabricación y venta de vino.

Desde luego, la venta de vino estaba vedada a todo musulmán pues, según una tradición mahomética, «el que prohíbe la potación de vino prohíbe su venta.» (3)

(1) Behrnauer, *des Institutions de police chez les arabes*, en «Journal Asiatique» v.º s., t. XV, p. 496.

(2) *El Icd*, 4, 325.

(3) El Cairuaní, *Risala*. p. 239.

Y no ya la venta de vino hasta el alquiler de un local destinado a su expendición se reputaba ilícito.

A tal punto se llevaba este horror legal al vino que algunos juristas al examinar la condición moral de la enseñanza de persias se inclinaban a reconocerla como lícita con tal - entre otras salvedades - de que en ellas no se mencionara el vino. (1)

Resultaba, sin embatgo, que, viviendo bajo el poderío musulmán un tan gran número de cristianos, el prohibir radicalmente la elaboración y venta de vino era atentar contra unos derechos que su ley religiosa les concedía. y, por poco que pesara en el ánimo de los gobernantes la consideración benévola hacia los cristianos, quedaba el prudente temor de provocarlos con medidas tan dañosas para ellos y tan extremas.

Ahora bien, si los cristianos mantenían su facultad de elaborar y vender vino, resultaba inútil el querer impedir que los musulmanes aficionados se lo proporcionaran cuando y como quisieran.

En este punto los cristianos se mostraban complacientes; y había en su complacencia un resabor malsano, - era para ellos - torpemente entendido, no cabe duda - un pequeño triunfo sobre la ley de Mahoma, y parece que sonreían por adentro al ver prevaricar a los musulmanes. Así el célebre poeta Abunuás, refiere una cierta consulta que hubo de hacer a propósito del vino a un famoso médico cristiano del califa Harún Errachid. El médico y el poeta sonreían con fina burla mientras hablaban; pero Abunuás, gran vividor, muy disipado, no sospechaba que el médico cristiano se burlaba más dobladamente;

-«He consultado a mi hermano Abuisa, que es hombre inteligente,

Y le digo: «El vino me gusta.» Y él me responde: «Bebido con exceso produce la muerte.»

«Dame tu la medida», le pido. Y él me contesta. y su palabra es sentencia decisiva.

«Los elementos del hombre son cuatro, y estos elementos constituyen la base:

Así, cuatro por cuatro . . . ¡Bien! bebe un litro de vino por cada uno de los cuatro elementos.» (2)

(1) Ali Benyahia, *Formulario de actas notariales*, ms. de la Junta de Estudios históricos, núm. V, fol. 58 v.^o

(2) Cfr. Benatioseibia *Tabacat elatibbá*, edic. Cairo, art. *Chabsil*, y Sanguinetti, *H-a des médécins* de Ib Abi Ossaibi-ah, extract. y traduc., en *Journal asiatique*, ant-sept. 1851, p. 188.

Abunuás, uno de los mayores poetas arabigos, murió a fin del siglo VIII cerca de Bagdad. Cantó los placeres del amor y del vino con ánimo muy desenvuelto y alegre, aunque a veces aparece en sus versos un dejo rotundamente pesimista. Al final de sus días, convertido a sentimientos religiosos, compuso poesías de sabor místico.

La indulgencia de los cristianos con los musulmes, en este punto, no era privativa de la gente de mundo, pues la practicaban los personajes más austeros, hasta el punto de que los musulmanes aficionados al vino solían apagar impunemente su sed pecaminosa en los lugares más alejados de toda sospecha: en los monasterios cristianos.

En Siria, en Egipto, en el Irac, en todos los países del Oriente, los cenobios de monjes cristianos eran visitados cariñosamente por bastantes musulmanes, gente de placer, y sobre todo por poetas «que amaban los monasterios.» En realidad lo que amaban en aquellos lugares era la hospitalidad regada de vino que allí se les dispensaba. Muchos de estos monasterios se hicieron célebres como albergueñas plácidas, (1) en especial para uso de poetas que luego los cantaban en sus versos.

Un real poeta, Benemotaz, «el Califa de un día» que gustaba pasar sus timpos en cierta pradera, junto a un convento cristiano, decía en una de sus horas y lindas composiciones:

«¡Cuantas veces, a la aurora, me despertaron las voces de los monjes con sus plegarias! - vestidos de hábitos negros cantaban maitines, con la cuerda en torno a los riñones, las cabezas raspadas, rodeadas por una corona de cabellos.» (2)

Los monjes ésos les eran simpáticos, no porque le despertaran cantando en las altas horas de la noche, si no por el vino excelente que le proporcionaban.

Otro poeta, también «amador de cenobios», decía sobre un monasterio de Egipto, célebre como lugar de esparcimiento para poetas:

«¡Oh, monje del monasterio! ¿de donde este claror, esta luz.? Ella procede de algo que hay en tu monasterio de Etur.

¿Será acaso que el sol, olvidado de sus mansiones sodiacalas vino a morar aquí? ¿o es que la luna misma se oculta en este lugar?.

Pero el monje dijo: No; ni el sol ni la luna se hallan aquí, si no unas ánforas de vino que han sido abiertas hoy.» (3)

Otro poeta, musulmán también, cantaban en estos versos la hospitalidad de que había disfrutado en el monasterio egipcio de San Jorge de Tamuaih:

«¡Puedo yo beber [siempre] en Tamuaih, con eso claro

(1) Así, por ejemplo, en Egipto, los monasterios de S. Juan, de El Cosáir, de Nahia, de Tamuaih¹ de El Calamún, de El Cahí etc.—Cfr. *Churches and Monasteries of Eg. pt.*.....attributed to Abu Salih, the Armenian, edit. a. transl. by Evetts, Oxford, 1895, pp. 128, 146, 187, 197, 206 y 243 respectivamente.

(2) Huart, *Littérature Arabe*, París, 1903, p. 324.

(3) Estos versos de un poeta musulmán, citado primero por Exxabustí, fueron copiados por El Macrizí—Cfr. *Churches a. Monasteries of Egypt* p. 324.

ánimo que hace desdeñar los vinos [de las riberas] de Hit y Hanat. (1)

En floridas praderas donde los arroyos discurren entre jardines!

Los grupos de las rojas anémonas que aquí florecen semejan copas de vino que se ofrecen en insistente repetición.

Aquí las flores del narciso, por su gran hermosura, parecen ojos que secretamente nos hablan por señas.

El agua de Nilo, rózada por el céfiro, diríase que va revestida de una cota de mallas,

Hospitalarias cámaras en las que mi corazón se sintió duramente tentado mientras fuísteis para mi bodega y hostal.

Heme aquí: ¡no dejaré nunca de mendigar el trago mañanero, mientras tañe la campana, en mi amor por los monasterios!» (2)

Tan frecuente eran estas pícaras excursiones de poetas musulmanes a los cenobios cristianos, y tan célebres se hicieron por esto algunos de tales monasterios que un literato, Exxabustí, pudo componer toda una obra sobre el asunto, con el título de «El libro de los monasterios.» En ella recorría su autor los grandes cenobios de todo el oriente musulmán; daba noticias a cerca de cada uno, y luego recogía todos los versos que habían cantado en alabanza suya los poetas. Como se ve, el libro éste era una especie de guía para romeros de Baco. (3)

En España, probablemente ocurría lo mismo. Por de pronto, sabemos que los monasterios cristianos ofrecían generosa hospitalidad a todos los visitantes, cristianos y musulmanes, y, aunque no consta que tales monasterios fueron concurridos como lugares de pleacer por los musulmanes, cabe presumir que allí pudieran disfrutar de la misma facilidad y reserva para sus libaciones que en los monasterios de oriente.

Sin embargo, después de la bárbara deportación de los mozárabes a Marruecos, parece, por un momento, que la libre elaboración y venta de vinos quedaba sin pretexto y que su consumo debió hacerse imposible o dificultarse enormemente. Pero resulta que fué entonces cuando más abundaron las tabernas y establecimientos dedicados a la venta de vino, y fueron

(1) Son dos nombres del Enfrantes: Hit es el Is de Herodoto, y Anat es el Anathan de los autores clásicos.

(2) Versos también de un poeta musulmán, y también recogidos por Exxabustí y conservados por Yacut—Cfr. *Charches*, p. 313.

(3) Abulhosáin Ali b. Mohamed Exxabustí era bibliotecario del califa fatimí del Egipto El Aziz, y murió en Fostak, Cairo Antiguo, hacia el 388—988. Su obra se ha perdido, pero de ella nos han conservado muchos pasajes los otros autores ya citados.

también los cristianos los que ofrecieron nueva ocasión y pretexto para que la ley resultase incumplida,

En efecto, a mediados del siglo doce, las relaciones de las repúblicas italianas, en especial las de Génova y de Pisa, con los estados musulmanes de España y de todo el Mediterráneo se intensificaron aceleradamente; estas relaciones fueron garantidas y reguladas repetidas veces por tratados comerciales muy ventajosos para los italianos. Así los genoveses, podían transitar con entera libertad por los reinos musulmanes y aun pasar a los reinos cristianos de la Península, y vender por todas partes las mercaderías aportas y registradas en la aduana. Un colegio de intérpretes moros, con funciones de corredores de oreja, un gremio cargadores, facilitaban a los genoveses sus tratos; para los asuntos comerciales, la autoridad primera sobre italianos y moros era la del cadí de la aduana; pero los genoveses tenían sus cónsules, que entendían judicialmente sobre litigios en los que el querellante fuera moro en acción contra un genovés; además podían instituir en la aduana un funcionario de su nación a cuyos instrumentos se les reconocía fé pública.

A parte de otras muchas garantías de orden fiscal y civil se reconocía a los genoveses en estos tratados numerosas facilidades de todo género, tales como la libre disposición de baño en ciertos días, el derecho a exigir una iglesia, el de establecer un fondac o parador, y aun el de abrir establecimientos donde fuera permitida la expendición de vino. (1) - Y en esto está principalmente el secreto de aquella larga indulgencia por virtud de la cual los musulmanes podían abastecerse de vino sin estorbo.

Los fondacs y establecimientos autorizados para la venta de vino eran numerosos en los grandes centros de población, pero muy particularmente en los puertos, pues se consentían en gracia a los mercaderes cristianos que allí arribaban. Así en Almería, en tiempos de la dominación almohade, cuando la ciudad llegó a ser la más comercial, la más industrial y rica de España, y su puerto el más frecuentado, las tabernas registradas en la Administración para pagar el impuesto especial por despacho de vino, subían al número escandaloso de novecientas setenta.

Porque, eso, sí; las autoridades consentían en la venta de vino, pero procuraban obtener un beneficio a cambio del que concedían; los bebedores tenían que pagar algo más caro lo que consumían, pero tenían vino, y resultaba que el caldo de vides - venturosa condición la suya - a unos y otros, aún a los mismos que no lo bebían, a todos procuraba contento - Es lo que se refleja con luz de sol en estas palabras de Abenjaldún: - «He aquí - dice - una

(1) Véanse los tratados de comercio publicados por Sacy en *Notices et extraits de la Biblioth du Roi*, vol. XI y los *Annales verun pisanorum*, en *Italia Sacra*, t. X.

graciosa historieta que he oído referir a mi maestro: «Bajo el reinado de Abusaid, el sultán meriní, me encontraba yo en casa del legista Abulhasán El Meliti, que entonces era cadí de Fez; cuando vinieron a decirle que escogiera entre los diferentes ramos de contribución de la Hacienda aquél sobre el cual debía señalársele su sueldo, Reflexionó un instante, y dijo: «Escojo el impuesto sobre vinos.» Todo el mundo se echó a reír al escuchar estas palabras, y le preguntaron con extrañeza el porqué de tan singular preferencia, a lo cual respondió: - «Puesto que todos los géneros de contribución, exceptuados el impuesto territorial, los diezmos y la capitación, son ilegales, escojo aquél que no causará pesar al que lo pague. Muy raro sería que quien por el vino paga no quedara contento y de buen humor dada la satisfacción que esta bebida procura.» (1)

Y estos que pagaban y bebía no eran sólo los cristianos si no también los musulmanes. La prueba de ello está en el hecho éste según El Confud en su *Farisía* - manuscrito del Escorial - había en Túnez un fondac famoso llamado de la «Puerta del Mar», que en 1398 fué derribado por orden del sultán. Ezzarquexi copia la noticia de El Confud, pero añadiendo por su cuenta algunos datos reveladores que nos descubren el por qué de esta medida: resulta, por lo visto que la tributación especial que vendía al erario el fondac ése subía a la enorme suma de diez mil dinares. Ciertamente el parador de la Puerta del Mar estaba autorizado para la venta de vino, y que por eso pagaba impuestos especiales; pero es indudable que, aunque situado, a juzgar por su nombre, en la vecindad del puerto, y abierto particularmente a los cristianos que arribaban, el despacho de vino a sólo los negociantes y marineros de las naciones cristianas que frecuentaban el parador, muy amigos que fueran de francachelas o por mucho que soltaran el dinero, no podía dar un volumen de ventas capaz de soportar tan pesada tributación,

Lo que ocurría era que los musulmanes mismos, aquellos musulmanes finos catadores de vino, aprovechándose furtivamente de la concesión hecha a los cristianos, acudían de todos los puntos de la ciudad al parador directo y complaciente. Desde luego, entre los musulmanes, los más asíduos debían ser aquellos descargadores y portadores, que formaban gremios muy nutridos, y que tantos disgustos causaron a los negociantes cristianos con sus huelgas y exigencias; pero además de estos, la turba alegre de literatueros y poetas de asalto, y con los unos y los otros, todos los musulmanes amigos de olvidar en el vino las urgencias de su ley religiosa.

Ello es que mientras este parador pagaba sus diez mil dinares, los otros

(1) *Prólogo*., traduc. Slane, 2, 351.

no autorizados para la venta de vino tributaban tan sólo mil, mil quinientos: o, todo lo más, tres mil dinares. - Pero la declaración más elocuente del gran abuso que se cometía al amparo de los cristianos la dió el sultán, como hemos visto, al mandar destruir el parador escandaloso de la Puerta del Mar para erigir sobre su emplazamiento, y a modo de expiación, una maravillosa *zauia*. (1) - Claro está que la ejemplaridad de este caso pierde algo de urgencia, traído a nuestro propósito, por acaecer fuera de España; pero no tan lejos como parece, pues, por aquel tiempo la nutridísima emigración de moros andaluces a Túnez llegó a comunicar a la población un aire particular, distinto por completo - al decir de un viajero - de la fisonomía moral de otras ciudades de Túnez y Marruecos (2). Además, el hecho sólo de existir en Almería las novecientas y pico tabernas que he citado prueba abundantemente que, al abrigo de los cristianos, eran los musulmanes bebedores los mejores parroquianos en establecimientos de vinos: aunque todas las flotas mercantes de las repúblicas italianas y de los otros estados cristianos hubieran de desembarcar juntamente en Almería, sobaban tabernas.

Resulta, pues, que, a pesar de la prohibición expresa del vino, y a pesar de todas las sanciones legales, más o menos efectistas, alentados por el descuido en la aplicación de las penas, y merced también a la complicidad de varias circunstancias favorables, los musulmanes todos, y muy especialmente los poetas distraídos en la conducta podían, a costa de leves riesgos, empinar la copa con humor tramontano, y luego cantar perdidamente los efectos generosos del vino.

La gente devota, los faquies honrados, la generalidad del pueblo, en ocasiones, levantaba sus voces contra tales poetas; pero ¿qué? ¿que algunos varones graves les censuraban de manera mordida? . . . los poetas contemplaban un momento a los censores, y lanzaban contra ellos sus dardos, sus versos, que temblaban de fuerza y de risa:

«-¿Tú dices que un pecado atrae otro pecado y daña a la razón?

¿A qué me vienes con majaderías? Anda, ¡vete al Hichaz!
para ti es lo mejor;

Parte para la Meca en peregrinación, y deja que yo me entregue libremente al vino.» (3)

(1) *El Farisá fi mobada eddaula el Hafsa*, ms. Escorial, núm. 1727, fol. 427, de Abulabbás Benelja tib conocido por El Confud, natural de Constantina y muerto en 810=1407-1408. Vide sobre este autor Brokelmann, *Geschichte*, y Levi-Provençal, *Les Historiques des Chorfa*, p. 98.

Ezzerquexi, *Tarij eddaulatain*, edic. Túnez, 1289, pp. 105 y 102.

(2) El Omari, *Masálic el absar*, traduc. Gandefroy-Demombines, París, 1927, p. 131; Abenjaldún-Slane, *Prólogo* 2, 311 y su *Histoire des Berbères*, Alger, 1852-56; 2. 382.

(3) Abenjaldún-Slane, *Prólogo*, 3, 439.

-«¿Qué la copa de vino está prohibida? ¡Claro que está vedada! al que no la sabe beber» (1)

Estos desenfadados versos de Magdalis y El Lochi, (2) poetas alegres entre otros ciento de los que escandalizaban a los buenos musulmanes, no agotan, ni con mucho, toda la desenvoltura de que eran capaces los literatos de este género; el mismo Bencuzmán, por ejemplo. He aquí cómo se expresa en otro de sus *sejeles*.

Estribillo:

«-El quedarme sin vinillo es para mí la más dura cosa: acudiré a la intercesión del Profeta para que Dios me lo conceda.

Estrofa 1.^a

Puesto que el mundo es tal como tú lo considere, pon de tu parte lo que puedas y alegra tus horas.

Haz de todos los días, haz de todas sus noches incesante verbena.

Aprovéchate de ellos antes que llegue la muerte y te sorprenda.

¿No te parece ya calamidad bastante que el mundo siga en vida y que uno se muera?

2.^a

Cuando el momento llega de procurarme vino, para mí no hay amores ni bellas.

¡No pase día sin una locura, no pase día sin nueva imprudencia!

No estimare delicia alguna, ningún placer me será deleitoso.

Mientras la copa de vino no haya puesto sus labios en los míos.

3.^a

Si en mi casa miras las copas, las verás siempre con vino,
¿Qué mejor amor que el mío si hasta Dios mismo lo ama?
¿qué mejor vino que éste, si siempre durara?

(1) *Ibid.* 3, 442.

(2) Abuabdala Benelhach, literato del siglo XII fué gran poeta de género popular en el que compartió con Bencuzmán la primicia, al decir de Almacari (2, 236).

Abuabdala Mohámmed El Lochi, médico y poeta andaluz, murió en Egipto entre el 660 y 670—1262—1272.

[Y dice el amigo:]

-«Bueno; ya tienes bastante con que yo esté contigo; acaba ya de beber, pues veo que te has regado largamente.»

-¡Nunca! ¡Hasta lo último ha de apurar las copas mientras que viva bajo las estrellas!

4.^a

¿Hay vino como el que tengo en casa? ¿hay amor como este mío?

Si Dios lo hace, vendrás a visitarme, y notarás que mi casa no es como para que se inaugure con solemne banquete; pero allí la garrafa de vino es mi riqueza, y el amor está conmigo;

y verás que en mis manos tengo la luna, y que la luna está entre mis brazos.

5.^a

Pues, cierto, Dios me ha dado lo que a mortal ninguno ha sido dado:

gloria como esta mía de poeta que jamás nadie tuvo y no tendrá ya nadie.

No hay un reinado como el reino mío - fuera del tuyo, ¡oh! Soleimán, pues tu familia de los abasíes es par en todo de los omeya.

6.^a

El amor beberá en tu copa; cerrará el sueño tus ojos, así como aquel que se lleva dos gatitos; y el reposo teñirá de carmin tus mejillas.» (1)

Magdalis, El Lochi, Bencuzmán y cien otros, al cantar con tal desenfado su alegre complacencia en el vino; las autoridades, al contemplar con descuidada indulgencia este desgarrado prevaricar; los príncipes mismos, con su complicidad aturdida, realizaban un juego peligroso. de largas consecuencias para el islam español; pero por el momento, no son estas consecuencias

(1) Zejel, 11, edic. cit.

Dejó de traducir el penúltimo verso de la estrofa 6.^a porque el final se ha borrado en el manuscrito.

En el último verso de la misma estrofa la puntuación de la palabra تقني pudiera quizá interpretarse:

تقني y, en este caso, como la voz حي es usada otras veces por el mismo Bencuzmán en su sentido de «elogio», «brindis», la frase sería honestamente traducible; sin embargo, creo que su verdadera lectura es la primera que salta a la vista sin interpretaciones:

ای حی تقنی ماعی و تقول الک هی میا

Los arabistas comprenderán por qué no he traducido este verso.

lo que interesa, ni siquiera el hecho en si mismo, si no como expresión de una actitud moral y religiosa común a la generalidad de los poetas profesionales. Pudo darse que alguno de ellos practicara la bohemia aun sin darse a la relajación de la bebida; pero, desde luego, en todo poeta profesional, el solo hecho de beber vino muestra que el individuo aquél vivía la «vida alegre» que, en último análisis venía a reducirse al vivir desordenado del bohemio. Por eso Bencuzmán, tipo acabado en el género, llama muy expresivamente a la bebida: «llave para el libertinaje» (1) y el libertinaje, para un poeta pobre, un poeta profesional - y esto aparece al rastrar sus vidas - supone sencillamente eso: la bohemia.

Tenemos, pues, que, a falta de una designación específica que no podrían darnos los autores de aquel tiempo; a falta de datos terminantes y reveladores, esas tres notas: ser pobre, ser poeta y beber vino, funciona como indicios vehementes y bastan para construir el esquema elemental de aquellos bohemios.

Precisamente, el mismo Bencuzmán, alto graduado en estas disciplinas, define por esas tres notas, y sin vacilaciones, su vida de típica bohemia en muchos de sus *zejeles*, por ejemplo, en este mismo del cual pongo a continuación unas estrofas, y al que echo mano ahora, no precisamente por su fuerza expresiva, si no por ser de los que tengo ya traducidos:

(El bebedor:)

«El dinero que poseo se me va todo en bebida, pero nunca regateo, pues en esa mercancía no resulta caro el precio. Es mi oficio más constante vivir siempre disipado, ¡A ver, ahora vosotros! ¿es que hay oficio más acertado!

(El poeta:)

Mis palabras se recojen una a una; mis versos se transcriben con cuidado; siempre habrá quien los escuche, no ha de faltarme un lector aplicado.

(El panegirista:)

¡Perla de maravilla somos los dos!: yo en mi obras de poeta, y tú, Abusoleimán, [mi protector], tú alma mía, por tus excelencias.» (2)

(1) *Zejel* 25, estrofas 2.^a y 3.^a
(2) *Almacari*. I, 401.

Abulhasan Ali Bensaïd, insigne literato, es hijo de Musa Bensaïd, ya citado; nació en Alcalá la Real (Granada) en 610=1214. De sus numerosas obras, la más importante es la que se conoce de ordinario con el título de *El Magrib*, vasta producción histórico-geográfica y literaria, de la cual se conservan algunos tomos manuscritos. El tomo IV correspondiente a Fostat (Egipto) fué publicado por Tallqvist; Ibn Saïd: *Kitab Al-Magrib fi Hala Al-Magrib*, buchiv, Geschite der Ijixiden und fustatensische Biographien. Leiden, Brill-1899.

Bensaïd murió en Damasco en 673=1274.

Bebedor, poeta, pobre; alimentando su vida, su oficio y sus vicios con las retribuciones que mendigaba de sus protectores, he aquí como se retrata a sí mismo este poeta originalísimo y enormemente dado a la bohemia.

Los trazos característicos con que perfila su silueta moral y su modo de vida son también, con más o menos relieve, los de casi todos sus compañeros de profesión y cofrades en la gozosa compañía; pero tan sólo con referencia al tipo específico. - Vamos a conocer ahora algunos de los tipos próximos a la bohemia.

3.- Tipos afines

En torno a los verdaderos bohemios por vocación, y aun alternando con ellos, pululaban otras variedades muy nutridas, pero de características más o menos modificadas.

Tipos próximos por decensos.—Primeramente aparecen ciertos individuos que por circunstancias diversas se vieron empujados en algún momento a volcar su vida en los moldes de la bohemia. Los azares de fortuna, tan vacíos, tan fulminantes, producidos por el estado de descomposición de los reinos musulmanes en ciertos periodos y por el ensanchamiento de las conquistas de los cristianos, aventaba en desgracia, despojados de todo y lanzados al oscuro dolor de la aventura a los que habían poseído altos honores y fortuna.

Así, por ejemplo, el antiguo visir ya citado anteriormente, el poeta Benabdún, después de la ruina de los afares de Badajoz, peregrinó destrozadamente por España y Marruecos, desharrapado, hambriento, mendigo de pan y de favores, hasta lograr un nuevo empleo. Pero la bohemia de estos señores, aunque ellos se resistieran también en la conducta, resulta siempre circunstancial, y desaparece al cambiar las circunstancias; en realidad, más que bohemia voluntaria es siempre pobreza en individuos que no tienen más armas de lucha que la pluma o que no quieren luchar de otra suerte.

Para otros, - tal, por caso, el insigne literato que ya conocemos. Beubasam - esa condición de vida es producida por las mismas causas, pero más aceptadamente y más señaladamente arropada en la desenfadada mendicidad de la bohemia literaria.

Finalmente, hubo también otra suerte de literatos que, ilustres por su rango y bien acomodados de fortuna, sintieron no obstante la nostalgia de la vida errabunda y despreocupada, y se lanzaron a esas dilatadísimas peregrinaciones literarias en las que adquirirían muchas relaciones, muchos conocimientos en letras y además las mañas, o, por lo menos, el aire de bohemios.

Así, el célebre literato Ali Bensaid, recorre todo el norte de Africa, pasa a Bagdad, Damasco, Mosul, otra vez. Bagdad, Basora, la Meca . . . y siempre, para ayudarse en sus andanzas, compone lindos poemas en elogio de

los soberanos cuyos estados recorre; los príncipes le pagan en dinero sus elogios, y el poeta vivía. Llega un día a la corte de Alepo, es presentado al sultán, y Bensaid le recita al instante un poema panegírico que comenzaba por una formal petición de sustento - «Este tío es listo - se dicen en la corte -; va derecho al asunto.»

Y tan derecho que no pierde ocasión de obtener y mejorar sus beneficios. Como el príncipe, encantado del ingenio y desenfadado de aquel poeta andariego, tan curtido en estas lides, le diera a escoger entre tres cosas que le ofrecía en regalo, Bensaid responde al punto: - «Señor yo soy un magrebino tan glotón que no me atragantaría con diez bocados, ¿cómo me voy a atragantar con tres solamente?» (1)

En efecto, aquellos poetas, un poquitin lanzados en corso contra los príncipes, bajo el honrado pabellón de la poesía, tenían sobre todo un excelente apetito; apetito desordenado de gratificaciones que ellos sabían solicitar con mucho descaro, a veces con ingenio, y, en el fondo, con algo de socarronería.

- Poetas como éste Bensaid y otros ilustres varones de moral olvidadiza, si no realizan de manera acabada el tipo del bohemio, son tipos próximos por descenso.

Pero la variedad más interesante - interesante, claro está, solo a este propósito - es la de los *tofailies*, señalada muy distintamente por muchos autores - Recojeré de preferencia lo que digan sobre estos individuos los escritores árabigos de España.

Tofailies. - El gran tradicionero Benabdelbar, o por estar más alejado por su carácter y estudios o por menos psicólogo, no penetra la verdadera condición de esta gente como lo hace el poeta Benabderrabih, aquí también, según le llaman, pero buen catador de malicias. Así, para el tradicionero cordobés los *tofailies* parecen ser una variedad entre «los importunos», y por eso los junta con ellos en un mismo capítulo. (2)

Claro está que tales individuos debían resultar fastidiosamente importunos por su oficio, pero Benabderrabih, más documentado en esto, los empareja con aquellos *moharifeso* cultos o de ingenio, ya nombrados; es decir, en último término, con los bohemios.

Desde luego, la condición de bohemio y la de *tofaili* no tienen entre sí otra relación que la puramente ocasional y unos y otros son tipos muy diversos. Pero, con frecuencia, algunos *tofailies* parecen rozar con los fondos

(1) *Behcha el machalis*. ms. H.^a, núm. 14, fol 119.

(2) *Behche*, fol. 16-Benabderrabih en *El Yed*-(4,241), trae también estos versos con leves variantes.

En el segundo hemistiquio del último verso hay además una errata evidente; debe leerse ٤٤١; en lugar de ٤٤١

más bajos de la bohemia literaria, y en este caso constituyen una variedad y son ejemplares fronterizos del bohemio.

Pero ¿quienes eran estos *tofailies*?

Según Benabderrabih «son aquellos que se presentan a comer sin haber sido invitados.» Es la definición clásica.

Benabdelbar, para dárnoslos a conocer, cita estos versos por los cuales ellos mismos se definen y presentan, y por cierto con una gran intrepidez, sonriente e irónica.

«Somos nosotros una gentecita

Que siempre acepta cuando se le irrita;

Pero si en un banquete

Nos dejan olvidados,

Por nuestro propio oficio

Estamos invitados.

Y es que, probablemente,

La invitación se hizo,

Mas llegó a nuestra casa

Hallándonos ausentes,

Y no pudo encontrarnos

Quien traía el aviso.» (1)

En un manuscrito anónimo de la Biblioteca Nacional se los define casi con las mismas palabras de Benabderrabih, pero se añade luego: «*El tofailí* prefiere la noche al día, busca disimularse entre el concurso y los que dan el banquete ni conocen [*al tofailí*] ni saben como pudo colarse junto a ellos.» (2)

Como se ve, los *tofailies* se identifican del todo con los parásitos de que tanto nos hablan los autores latinos y griegos.

La silueta que hace de sí mismo cierto *tofailí* es casi un traslado de la que traza un parásito Epicarmo de Sicilia. - Decía el *tofailí*:

«Todo el día ando rondando por los portales de las casas, olfateando el olor de guisos, como las moscas; más en cuanto descubro rastro de bodas, humo de cocina o banquete de amigos, entonces no corro, pero tampoco cojeo, sin que me arredren los insultos y repulsos de los porteros. Despreciado por aquellos en cuyas casas me cuelo osadamente sin licencia, heme aquí, abatido a fuerza de vejaciones, pues todo lo que me brindan es una cerrazón de malos tratos.» (3)

Por su parte, el parásito de Epicarmo contaba así sus andanzas:

(1) Manuscrito núm. 4916 actual, fol. 68.

(2) *El Yed.* 4, 236

(3) *Aten. Dipn.*, VI, 28.

«Bástame una señal para ir a un convite, y ni una señal espero para presentarme donde hay bodas. Empiezo diciendo chistes y excito a la fiesta y a los juegos . . . ; en seguida, bien bebido y mejor comido, me marchó . . . Si me encuentro con la ronda, juro no haber hecho mal a nadie, y sin embargo me muelen a golpes.» (1)

Con todo esto, a pesar de una identificación tan clara, los *tofalies*, lo mismo también que algunos tipos de parásitos, muestran a veces ciertas notas que los aproximan a los poetas de baja bohemia.

Después de la definición, he aquí los informes que sobre los *tofalies* nos dan varios autores, sobre todo Benabderrabih.

Según este guía, ladino y sapiente, el nombre les viene de un tal Tofáil El Arais. Su verdadero nombre, por lo que dice el manuscrito anónimo y acéfalo antes citado, era el de Tofáil Benzulal. (2) Se trata de un individuo, al parecer, natural de Cufa, que frecuentaba por asalto los banquetes de bodas, de donde le vino el apodo de *El Arais*, o el *Aras*, «el de los desposados» o «el de las bodas.» Desde luego, psicólogo muy fino, como se desprende de su enseñanza.

Porque sucedió que sus enormes cualidades, muy manifiestas en sus triunfos, le dieron tal renombre que, en torno suyo se congregó una taifa de discípulos. Así el gran Tofáil quedó doctorado y convertido en maestro de todo un monipodio.

Sin embargo, como maestro era difícil; quiero decir, exigente. Sus discípulos necesitaban muy delicadas condiciones. Primeramente, serenidad; una serenidad de gran volumen, capaz de dejar helado al mismo maestro. Además, precisaban mucho ingenio; ingenio despierto, pronto y festivo, siempre alegre: nada de incomodarse aunque los ánimos incultos lanzaran contra ellos las mayores enormidades. La tercera cualidad la poseían muchos de ellos por vocación espontánea; pero, de todos modos, la necesitaban por razón del oficio, no ya como elemento de adorno, si no para utilizarla como extremo recurso, y para poder dar en verso una respuesta salvadora; en este sentido si no eran poetas sí se sentían incapaces de improvisar algunos versos, por lo menos había de serles grandemente beneficioso el tener aprendidas unas cuantas docenas de versos, escogidos con picardía.

Desde luego, no se les exigía en sus improvisaciones la galanura retórica de El Motanebí, ni la grave solemnidad de Abulatiya; no, nada de eso; cosas sencillitas, oportunas, dichas con gracejo y desenfado.

Por ejemplo: si al presentarse por sorpresa en un festin, le preguntara a

(1) Fol. 68, v.^o
(2) *El Yed.*, 4, 241.

uno el amo de la casa: - «Pero ¿quién te ha invitado?» Pues, nada; responder serenamente con unos cuantos versos, como aquel admirable *tofáil*:

«Ya que tú no me invitas;
Yo mismo me convido,
Y a mi me doy las gracias
Que tú no has merecido.
Esto es más positivo
Que esas invitaciones
Que se hacen de cumplido
Y nunca se realizan,
Porque tales engaños
Sólo a despecho incitan.» (1)

Y esto dicho de manera sonriente, con amable naturalidad; mucha naturalidad sobre todo, y algunos versitos: he ahí el secreto.

La especialidad en que ejercitaba Tofáil a sus discípulos eran los banquetes de bodas. Sobre este punto delicado, véanse algunas instrucciones, como índice de la sapiente doctrina del maestro:

«Cuando alguno de vosotros - decía a sus educandos (2) - se presente en una boda, no debe mirar a una parte y otra como con recelo, ni andarse escogiendo compañía. Y como en las bodas suele haber gran número de convidados, podéis discurrir tranquilamente entre ellos, pero sin mirar a la gente en los ojos. De esta manera, los invitados de la parte de la novia creerán que sois del grupo del novio, y viceversa.»

«Por lo que hace el portero, si es hombre grosero e insolente, debéis tomar la iniciativa decididamente e imponeros a él hablándole con resolución, pero sin aspereza, en un tono algo así entre la severidad y la llaneza.» (3)

Como Tofáil tenía ciertos amigos de poetas, algunas veces completaba sus lecciones con unas tiradas de versos; pero rimada o en prosa, su enseñanza toda la resume en un solo verso:

«Despréndete de toda vergüenza, porque el de este oficio debe tener cara de hierro.» (4)

Aleccionados tan grandemente, el oficio de aquellos *tofáiltes* resultaba fácil y bastante distraído. En realidad la especialización en el asalto a los convites de bodas era un grado elemental de poca categoría.

Más difícil se hacía el meterse amablemente por las casas y caer de im-

(1) Estos consejos, según el ms. acéfalo ya citado, (fol. 69 v.º), los dirigió Tofáil a su propio hijo, Abdelhomaid Bentofail.

(2) *El Yed.* 4, 235.

(3) Manuscrito B. N. 4916 act., fol. 69 v.º

(4) Manuscrito B. N. 4916 act. fol. 69.

provisó sobre un convite de concurso reducido. Para esto se necesitaban cualidades muy varias, si no brillantes. Estos individuos, entre los que figuraban no pocos poetas más o menos malos, eran una especie de *tofaiïes* de ascenso.

Las industrias que empleaban recuerdan mucho las trazas audacísimas de nuestros famosos buscones.

Por la mañana, cuando salían a dar su batida, procuraban ataviarse del mejor modo posible, pues habían de frecuentar buenas casas y además tenían que disimular su condición ante los porteros adustos. Algunos *tofaiïes* de esta categoría lograban aparecer vestidos con toda elegancia y aun se permitían el lujo de ciertas alhajas de relumbrón pero baratitas. Así aquel bravo *tofaiï* que hasta hizo grabar en su anillo esta divisa intencionada: «La avaricia es desgracia.»

Ya en la calle, procuraban orientarse en busca de alguna fiesta o banquete, y, una vez descubierto el rastro, lo seguían incansables hasta dar con el lugar deseado y tropezar con el portero. Era la primera dificultad que les salía al paso, porque, a pesar de las enseñanzas de su honrado maestro, no siempre lograban imponerse, y con frecuencia fracasaban.

De todos modos; el buen *tofaiï* no se desanimaba por unos insultos más o menos. Esperaba por los alrededores a ver si algún conocido entraba en la casa, o trataba de averiguar si entre los comensales se hallaba algún amigo. En este caso, hacía que le pasaran aviso, el amigo salía, el *tofaiï* le cogía del brazo, y así, charlando con el amigo sobre cosas discretas y amenazas, se colaba en la casa.

Un personaje de importancia solía contar que tenía por vecino a un *tofaiï*, el hombre de más grata presencia y de mayor elegancia en el vestir. Este individuo, siempre que el señor, su vecino, era invitado a una fiesta o convite, le seguía muy de cerca, como si fuera acompañándolo, y así lograba que le dejaran pasar sin estorbos.

Un día, como el príncipe de la comarca aquella había manifestado su intención de celebrar una fiesta, y el señor esperaba ser invitado, éste se decía en su corazón: «¡Bueno! He aquí que seguramente va a venir el enviado del príncipe, y mi vecino, el *tofaiï*, se entera y me sigue...No; pero ¡por Dios! que si lo hace esta vez yo le escarmentaré y no volverá a seguirme más.»

En efecto, mientras el buen señor cavilaba estas meditaciones, el emisario del príncipe se presenta para invitarle a que acuda al momento al banquete. El señor no hace más que vestirse y salir cuando se encuentra ya plantado ante la puerta al *tofaiï*, que, siempre en acecho desde su ventana, había visto al enviado del príncipe, y se había lanzado a la calle para seguir a su vecino y entrarse con él en palacio. Así lo hizo; se coló en el palacio,

llegó pegado al señor a la sala del banquete, y como por la sala había gran número de mesitas para que los convidados se acomodasen en pequeños grupos, el *tofaili* se sentó con el personaje aquel, su vecino.

Este le miraba; el otro, el *tofaili*, miraba también muy tranquilamente. Por fin, cuando el discípulo de Tofaili, servidos ya en la mesa los manjares, adelantó su mano para comenzar la comida, el caballero aquél empieza, con un poco de sorna, a referirle un *hadiz* o tradición mahomética; primero asoma y corre la larga serie de nombres de todos aquellos por cuya transmisión sucesiva llegó la tradición a oídos del que la repite. - En el fondo, todo aquello le tenía sin cuidado al *tofaili*, pero escuchaba la lista con el interés correcto de persona bien educada, aunque sin dejar de comer con suprema distinción y excelente apetito.

Más cuando el señor, terminada la serie de transmisores, suelta el texto» dijo fulano, le dijo futano que oyó decir al Profeta: «Todo el que entra en casa ajena y come allí sin haber sido invitado, entra como ladrón y sale menospreciado», el *tofaili* levanta la cabeza:

- «¡Chit! Ten cuidado con esas palabras porque, si te oyen, nadie pensará que lo dices por tu compañero de mesa, si no a caso por el mismo que te oye. Pero, además, ¿no te da vergüenza hablar de ese modo tratándose de un convite en que tan largamente se dá de comer a todos? ¿A qué el mostrarse avaro con una comida que no es tuya? En segundo lugar, el *hadiz* ése no es auténtico, y carece de toda autoridad. Yo te contaré otro. Es aquel según el cual Mahoma dijo en cierta ocasión: «Donde hay comida para uno, la hay para dos; donde la hay para dos, hay para cuatro; y donde hay para cuatro, pueden comer ocho.» Este, si que es un *hadiz* auténtico veraz.» (1)

Con individuos así era imposible luchar; su descaro, su aplomo, la gracia que ponían en sus salidas desarmaba y, de una manera o de otra ellos terminaban por triunfar. En ocasiones, es cierto, la suerte parecía torcerse sin esperanza, pero el *tofaili* ejercitado, después de meditar un poco, sonreía. Así éste; por ejemplo:

Había logrado averiguar donde iba a celebrarse un convite; decidió, claro está, tomar parte en él, pero cuando llegó ante la casa se encontró con todos los convidados estaban ya adentro y se habían cerrado las puertas. El caso era apurado porque no había medio de emplear los recursos ordinarios de entrar con otro comensal etc. Sin embargo, el buen hombre no se desanima. Pregunta por aquellos alrededores si el vecino aquél tiene algún hijo o algún deudo ausente de la población, y le dicen que sí, que tiene un hijo

(1) *El Yed*, 4, 236. La misma anécdota con alguna variante se refiere también en el ms. de la B. N. 4916 act. fol. 68 v.^o

en tal ciudad. El *tofaili*, entonces, saca un pedazo de papel en blanco, lo dobla como si fuera una carta y, a falta de arcilla para cerrarla, la pega con un poco de barro fresco de la calle. Armada ya la treta, se dirige a la casa y llama reciamente anunciándose como un mensajero del hijo ausente.

El padre del muchacho sale al encuentro del correo y le besa con mucha alegría:

-¿Qué tal has dejado a mi hijo?

-¡Magníficamente! Pero yo vengo que no puedo hablar; me muero de hambre.

El padre le invita en seguida a comer; se sienta a su lado y espera con gozo e impaciencia a que el otro se harte.

-¿No traes alguna carta suya para mí? - pregunta luego.

-Sí, ciertamente; aquí la tienes.

El pobre señor toma el pliego aquel con alborozo.

- Pero... ¿qué es esto? - exclama - ¡si está fresco el barro!

- Del todo fresco: he venido con prisa. Y te advierto que, por la mucha prisa, tu hijo no tuvo tiempo de escribir nada en la carta.

-... Oye - le dice el señor - ¿eres tú un *tofaili*?

- Eso mismo, así Dios te salve. (1)

Y no le hicieron nada a este hombre. El ánimo hospitalario y generoso, de tradición árabiga (2), el ingenio inofensivo que mostraban los *tofailies*, y los versos con que a veces pagaban su famélico arrojito explican estos lanzados atrevimientos, y la condescendencia socarrona que encontraban con frecuencia. Una pregunta intencionada por parte de algún comensal, y una respuesta pronta y aguda pagaban el gasto:

- ¿Que sura te gusta más en el Corán? - preguntaban a uno.

(1) Un cuentecillo oriental expresa admirablemente lo fuerte de este sentimiento hospitalario. «En tiempos del profeta vivía un hombre que tenía una mujer y dos hijos; esta pobre familia pasó toda una semana sin tener que comer. Sin embargo, sucedió que cierto día recibieron algunos alimentos, los bastantes a penas para una sola persona; pero he aquí que al mismo tiempo se les presenta un extranjero en demanda de hospedaje. El marido dijo entonces a la mujer: «¡Alabado sea Dios que nos envía su bendición en este huésped! ¿Hay algo en casa para darle de comer?». La mujer le responde: «No hay siquiera para hartar a una sola persona». Pero añade el marido: «Hazme el favor de hacer que se duerman los muchachos, pues es preciso que el huésped coma lo que nosotros tengamos, es lo mejor que podemos hacer. En cuanto llegue la noche, enciendes una luz y la traes al mismo tiempo que llegas con la comida. Entonces, déjas caer la luz y dices: «Se ha apagado la luz al caer, voy a encenderla de nuevo.» Yo, en ese instante digo: «¿Qué! sentémonos a la mesa sin luz, ¿qué falta nos hace para cenar?». Así, en la oscuridad, acercaremos nuestras manos al plato (para disimular) y nuestro huésped, creerá que comemos y no se dará cuenta de que es él solo quien come». Así lo hicieron como lo habían dicho: su huésped pasó la noche en la casa, y, de este modo, se comió toda la comida que tenían. Cuando la aurora comenzó a clarear, el extranjero se levantó y se fue. El amo de la casa hizo sus abluciones rituales y luego habiéndose dirigido a la mezquita vió allí al profeta sentado, y con la espalda apoyada en el mirah. El profeta, al verle le dice: «¡Qué la bendición de Dios sea sobre tí! pues Gabriel (que la paz se repose sobre él), te ha prometido el Paraíso». Luego añadió: «Dios (sea alabado y ensalzado), te promete a ti y a tu mujer innumerables beneficios». Cfr. *Diatesici Chrestomahie Ottomane*, Berlín, 1854, p. 83.

(2) Xerusedid El Andalusi, ms. Escorial núm. 718 act. fol 199.

Las *suras* o capítulos del Corán llevan un título que, unas veces, hace relación a la materia que en él se desarrolla, y otras, está tomado más o menos arbitrariamente de alguna palabra que aparece en el texto: *sura* de la Vaca, de las Mujeres, del Trueno, de los Poetas, de la Hormiga, del Humo, de la Peregrinación, del Repudio, etc. etc. - La *sura* V se llama de «La Mesa» porque en ella se habla de una *mesa* que los Apóstoles pidieron a Jesús que hiciera bajar del cielo, versículos 112-115.

- La de «La Mesa» - respondió al instante. (1)

Sobre todo, si el *tofaili* tenía sus siluetas de poeta, como ocurría muchas veces y tropezaba con literatos, entonces, ya se sabe, el final del asalto y de la fiesta eran unas tiradas de versos.

Un *tofaili* que no había descubierto en todo el día la fortuna que buscaba, al pasar por cierto lugar vió a un grupo de literatos que se disponían a banquetear. Al instante, el hombre les saluda sonriente, se sienta sin cumplidos, y, con los modales de persona educada, se pone a comer inmediatamente.

- Pero, oye, - le dicen - ¿es que conoces aquí a alguno?

El *tofaili* señala al plato y responde con mucha gravedad:

- Conozco a éste. (2)

Después siguió comiendo, y todo se terminó con improvisar algunas poesías.

Bensaid El Ami el Mogrebí refiere un caso por el estilo que le había contado su padre. Unos cuantos literatos se hallaban de fiesta, bebiendo alegremente frente a los famosos jardines y alcázar de la Rusafa cordobesa; en esto acierta a pasar por allí un hombre malamente vestido y de aspecto ordinario que, sin más ni más, al ver el grupo de literatos se sienta con ellos desenfadadamente.

- ¿Qué es esto de juntarse con nosotros sin conocernos?

- No me déis prisas - responde.

En efecto, el hombre aquél medita un poco, y luego, para presentarse como poeta y acreditar un cierto derecho recita una breve poesía. Se hallaban ante el alcázar célebre en tiempos de los califas, toda su gloria se había eclipsado; y el poeta *tofaili* improvisa bellamente:

«Dadme de beber, aquí, frente a la Rusafa, y medita el triste fin del califato.

Mirad cómo ha cambiado hasta el paisaje, para que el hombre sensato pueda acrecentar su experiencia.

Al ver que toda la gloria y delicias que hubo aquí fué vanidad.

Todo lo véis vaeío; ya no hay rastro siquiera de aquellos placeres de amores y vino.» (3)

El pobre hombre que improvisó estos versos era tenido por loco en la ciudad, pero los literatos de aquel grupo le dieron nombre de poeta y perdo-

(1) *El Yedá*, 4, 237.

(2) *Apud* Almacari, 1, 218.

(79)

naron, en gracia a su sentida poesía el haberse sentado con ellos para banquetear osadamente, con el desenfado de un verdadero *tofaillí*.

Las mañas de estos profesionales de la desvergüenza, los incidentes de su género de vida, se reflejan en muchísimas anécdotas y versos que nos han sido conservados por bastantes autores; pero basta lo dicho para dar a conocer suficientemente a estos *tofaillies* que, si bien no realizan siempre el tipo específico del bohemio: son con frecuencia tipos fronterizos, tipos próximos, cuando al verificarse en ellos ciertas condiciones literarias suben a rozarse con los fondos últimos de la vida bohemia.

CAPITULO III

PRÁCTICA DE LA BOHEMIA

CAPITULO III

PRACTICA DE LA BOHEMIA

PRACTICA DE LA BOHEMIA

CAPITULO III

Práctica de la bohemia

I.-PROCEDIMIENTOS DIVERSOS DE EXPLOTACIÓN ECONÓMICA

1 Procedimiento cortesano: Situación en que se hallaban estos poetas. Medio social en el que ejercían. Documentación sobre los poetas panegiristas. Doctrina de Benabderrabih. «El Arte de pedir». Ejemplos elocuentes. Casos de circunstancias. Momentos difíciles. Situaciones calificadas. Práctica del panegirista: enaltecer y exagerar

2 Procedimiento «editorial»: En qué consistía. Características del procedimiento. Medio social en que se practicaba. Como estos poetas participan del carácter de editores. Mercantilismo de su obra. Consecuencias para el vivir bohemio. Manera de proceder de estos literatos expuesta por Benbasam.

II.-LA CORPORACIÓN OFICIAL DE LOS POETAS

1 Antecedentes: Función política de los poetas. Conducta de los califas orientales. Condiciones de favor en España. Los poetas en la corte. Situación oficial. Reseña de una recepción, según Benhayán. Papel que representan en ella los poetas. La *chumla* o corporación. Aparición y desarrollo.

2 Régimen de la corporación: *El ingreso:* Nombramiento por el sultán. Manera de presentar la candidatura. *El registro de pensiones:* Reformas de Almanzor. Cuantía de las pensiones. *Obligaciones de los poetas titulados:* Fidelidad al príncipe. Asistencia a recepciones oficiales. Encomiendas de circunstancias. Asistencia a las tertulias. Invitaciones. *Disciplina de la corporación:* El intendente de poetas. Expulsión de la *chumla*. Motivos: Rebeldía. Falta de prolijidad literaria. El caso de Bendarrach El Castañ.

3 La Academia sevillana de poetas: Existencia y carácter de esta corporación. *Régimen de la institución:* El ingreso. El presidente de la Academia. *Actos académicos:* Las sesiones oficiales. Señalamientos y aparatos de las sesiones. *Ventajas económicas de los académicos:* Pensiones. *Chaizas:* Domicilio. La sede oficial de la Academia. Vida colegiada. *Una candidatura y una sesión de ingreso:* Benchaj el poeta. Recházase en principio su candidatura. Hostilidad de los académicos. Intrigas contra Benchaj. El candidato en una sesión solemne. Lectura de su poema. Presentación implícita de su candidatura. Es aceptada por el sultán. Queda nombrado «Jefe de poetas».

III.-ETICA DE LA "CHAIZA"

1 Planteamiento de la cuestión: Licitud en el pedir o aceptar dádivas. Principios generales. Opiniones diversas: El Balaní, Abdelhac, Benabdelbar, Musa Benimrán. El caso de Benabdelbar. Su auto defensa.

2 Las «chaizas» de los príncipes: Circunstancias especiales que las califican. El tesoro del Estado. Ilícitud de las *chaizas* por razón de su procedencia. Respuesta de Benabdelbar. Ilícitud por razón del empleo. Integrista de Éxxatili. Alcance de esta doctrina. El caso de Alhaquem II. Réplica de Beneljatib.

3 La defenaa de los poetas: Conducta de Mohidin Abenarabi. Descuido de los poetas en defenderse. Benabderrabih toma la palabra: Licitud en aceptar dádivas, en especial de los príncipes. Licitud en pedir las. Osada teoría del autor: ecuación entre lo que da el príncipe y lo que ofrece el poeta. Argumentación de esta teoría. Su corolario: licitud de la sátira. La sátira argumento *ad hominem*. Benabderrabih, legislador de la bohemia en la España musulmana.

CAPITULO III

PRACTICA DE LA BOHEMIA

1 Procedimientos diversos de explotación económica

Aquellos literatos de bohemia, vaciados adecuadamente en el molde común de características ya señaladas, tenían todos por oficio el lucrarse de su obra más o menos literaria.

En individuos de fantasía tan ejercitada, se comprende que los procedimientos puestos en práctica para explotar su arte fueron variadísimos. Sin embargo, pueden reducirse a tres formas muy genéricas: juglaresca, cortesana y editorial. Quizás extrañe un poco el título que doy a esta última porque, a primera vista, no revela su contenido, pero quedará justificado plenamente en este capítulo.

La forma primera, la juglaresca, no gozaba de crédito literario porque los individuos que la cultivaban, aquellos que cantaban por los zocos y batían con bríos el adufe, en la mayoría de los casos no habían compuesto las poesías que cantaban y cuando estas brotaban de su propia *minerva* no tenían categoría bastante para ser consideradas como producciones literarias: el lenguaje, la forma, los temas, todo en ellas tenía un primer aliento popular. Hay excepciones, claro está: tipos como Bernaldo de Bonaval, Picandón, Alfonso Eánez do Cotón, Reculaire etc. (1) abundan también entre los musulmanes españoles, y ya hemos conocido alguno; pero tenían las mismas características inferiores que los *segreres* cristianos que usurparon su nombre (2) y padecían además la misma descalificación literaria.

Por eso voy a detenerme nada más en las otras dos formas de explotación que practicaban con su arte los que, siendo tenidos por verdaderos poetas, componían sus versos, en función de profesionales. Y, primeramente, de estas dos formas, la cortesana.

(1) Cfr. Menéndez Pidal (R) *Poesía Juglaresca y Juglares*. Madrid, 1924, p. 18.

(2) Según Ribera el nombre de *segrer* deriva de la voz hipotética «zejelaro», «el que canta *zejeles*»; *zejel*, nombre árabe de la canción popular. Cfr. Menéndez Pidal, *Poesía Juglaresca*, p. 24, nota 1.

1.º-*Procedimiento cortesano*.—Lo llamo así, no ya por el género literario que cultivaban estos poetas, sino además, y de manera muy específica, por el medio social en el cual buscaban su ganancia.

La condición fundamental en la cual se hallaban estos profesionales de las rimas era la siguiente: Falto de mercado y de editores, para reducir a dinero sus producciones, tenían que buscar quien quisiera pagárselas; pero, a su vez, y hablo, desde luego, generalizando ampliamente el individuo que favorecía al poeta con sus dádivas no lo hacía sin aplicarse algún provecho, el único que podía obtener del poeta: sus elogios. Y los poetas los daban versificados, y con generosidad muy pronta y facilísima. Esto indica ya el género que cultivaban con insistencia, y el que fundamentalmente les constituía en panegiristas. (1)

El medio social estaba determinado también por otras circunstancias.

Desde luego, pagar una poesía, pagarla de manera cumplida, era ya un lujo de ricos, dadas las exigencias de los poetas y los abrumadores precedentes que existían de antiguo y que continuamente se renovaban.

Pero además, aunque un tendero rico, un hombre oscuro y adinerado, un advenedizo cualquiera pudiera pagar bastante un poema panegírico, los elogios que se prodigaran al tendero nunca podrían tener, por muy hinchados que fueran, ni la eficacia primera ni la última, es decir, ni la virtud persuasiva de elogio ni el precio que tendrían aplicados a un personaje de representación. En este último caso, la categoría del individuo ofrecía un sujeto más apto para el encomio, y su notoriedad, el hacer más público y eficaz el panegírico, lo hacía también acreedor a mayor recompensa.

Ahora bien, entre los personajes de mérito que adornaban aprovechadamente la sociedad aquella, ninguno tan capaz de provocar la inspiración como el sultán: sus nobles cualidades en la paz, sus triunfos de guerra, las perpétuas virtudes que adquirirían tan a mano con subir al trono, ofrecían siempre material abundante para todos los excesos de metáforas con que soñaban los poetas en sus noches de apetito. Esto era ya mucho.

Pero, además, el sultán, el príncipe tenía los dineros tan a mano como las virtudes; a su disposición estaban las arcas del Tesoro, y si el producto de los impuestos se agotaba, quedaba el acudir a una porción de gabelas bastantes atinadas. No cabe duda que, para los poetas, esto era uno de los méritos más singulares de que estaban adornados los sultanes. Los pueblos, es cierto, protestaron mucho contra esas exacciones, murmuraron otro poco, y las

(1) El procedimiento panegirista era tan general entre los poetas profesionales, tan vinculado a su oficio que, precisamente, cuando los autores árabes quieren indicar que un individuo vivía del producto de sus versos se contentan con decir: «cultivó el panegírico». Por eso Benalabar, en el pasaje ya citado en otra nota, después de referir que Errusafi no vivía a costa de su producción literaria si no de su oficio, añade como consecuencia natural: «sus panegíricos son muy escasos.» *Tuhta*, ms. del Escorial núm. 356 act., fol. 52, v.º

llamaron ilegales, arbitrarias, y parecían consolarse con ponerles esos nombres; a veces también se dolían de que el monarca derrochaba el erario público en beneficio de poetas, en lugar de administrarlo para el provecho de la comunidad; pero los sultanes y asimilados seguían pensando, con rara unanimidad y constancia, que la garantía primera del bien de los pueblos es el bien personal de los príncipes. Desde luego, los poetas agradecían mucho esta manera de pensar.

Todo esto explica el carácter definitivamente cortesano de la producción y del medio ambiente de aquellos literatos. Pero, por si fuera poco, ellos mismos lo declaran en sus buenos momentos, y sin ningún empacho: «Al hombre de talento decía uno no le conviene sino la cumbre entre los que apetecen los bienes de este mundo, o la cumbre entre los que lo abandonan: vivir honrado con los príncipes, o vivir humillado con los ascetas.» (1)-Huelga añadir que la mayoría prefería lo primero.

La documentación sobre la vida y procedimientos de esta mayoría es abundante; pero además tenemos un guía experto que ya conocemos: el poeta cortesano Benabderrabih, doctor graduado en la materia, sobre la cual teoriza a su modo, es decir, unas veces con declaraciones formales, otras, vaciando su pensamiento en las poesías y anécdotas que trae al caso. He aquí ligeramente metodizada su enseñanza:

Ante todo, y como principio fundamental y algo devoto, las palabras de cierto personaje: «Que ninguno de vosotros cese de pedir [a Dios] el sustento, diciendo: «¡Oh, Dios mío! proveéme de lo necesario para la vida.» Pero tened entendido que los cielos no llueven oro ni plata, si no que Dios provee a las criaturas por medio de la ayuda que se prestan entre ellas.» (2)

Ahora, conociendo el poeta que la criatura feliz que ha de proveerle es el sultán, se trata ya de darle asalto, poesía en mano. - Una dificultad: es indudable que no todo el mundo tiene la desenvoltura ni la preparación necesaria, ¿qué hacer en este caso? Todo esto lo allana la ciencia y experiencia del maestro. Complaciente como de ordinario, y haciéndose cargo de ciertas situaciones, Benabderrabih, a fin de esforzar y adoctrinar a los tímidos, les dedica un capítulo nutrido de textos doctos y ejemplos de mucha elocuencia, y le pone por título «Sobre el arte de pedir y de sobreponerse al temor.» - Con este título no cabían confusiones. Y aún sin el título: la intención y la doctrina son claras:

-«El que no vence su timidez no logrará jamás lo que acaso hubiera podido obtener fácilmente, de no haberse andado en miramientos: nunca lle-

(1) *El lcd.*, 2, 32.

(2) *El lcd.*, 2, 37.

ga a la meta el que anda con estorbos. Así, quien se empacha de dignidad personal vivirá oscurecido y en situación humilde, pues ese puntillo de honra le impide mostrarse y medrar, como aquél que sofoca la llama y le impide alzarse. Sin embargo, el hombre de positivas cualidades ni encubrirá sus dotes, ni aunque quisiera llegaría a lograrlo: es como si encerrara y sellara con cera el almizcle, pues, sellado y todo, no logrará impedir que el almizcle se muestre al sentido por su aroma.» (1)

Esta es doctrina común y sapiente, cantada ya por Imrulcais, Caab Benzoháir y otros grandes poetas que cita; (2) entre ellos, él mismo, pues, según su testimonio, había dicho en cierta ocasión.

«Sellé con cera el perfume del almizcle, y quise impedir que se espaciese:

[Intento vano,] pues no se ocultan las propias dotes ni con disfraces, ni con engaños.» (3)

Sin embargo, antes de pedir, hay que mirar bien a quién se pide: Después de luego, «no a un embustero, porque todo será palabrería, y no hará nada; tampoco a un necio, porque, aun queriendo servirte, seguramente te causará perjuicio; menos todavía a un individuo que viva a expensas de otro, porque preferirá siempre su provecho al tuyo.» (4)

Pero además, hay que pedir con gracia, con ingenio, pues, «como dicen los sabios, la gracia en el pedir es lo que mueve a dar.» (5) - Un ejemplo ilustrará el asunto:

Cierto día, el poeta y bufón Abudolama (6) se presenta al califa El Mahdí y recita una poesía. El califa se emociona, y le dice en un transporte:

- «Pídemelo lo que quieras, Abudolama, y te será concedido con exceso.
- Pues . . . un perro para cazar.
- Concedido el perro; pero ¿sólo a esto llegan tus deseos?
- No, Señor; pero no me des prisas, que aun tengo algo que pedir.
- ¿Qué te falta por pedir?
- Un paje, Señor; un paje para llevar el perro.
- ¡Sea por el paje para llevar el perro!

(1) *El Icd*, 2, 31.

(2) Imrulcais es, en opinión de todos los críticos árabes el más grande de los poetas anteislámicos. En 580 pasó a Constantinopla, junto al emperador Justiniano que le había encomendado el gobierno de Palestina, y murió al regresar de este viaje.

Caab, hijo del gran poeta Zoháir, y a su vez celebre poeta, fué contemporáneo de Mahoma a quien primero satirizó crudamente, convirtiéndose después en su panegirista.

(3) *El Icd*, 2, 31.

(4) *El Icd*, 1, 12.

(5) *El Icd*, 128.

(6) Abudolama, poeta y bufón de los primeros califas abasíes, muerto en 170=786-87.

Sobre este individuo la fantasía popular y la erudición han acumulado multitud de anécdotas, las unas apócrifas evidentemente, otras, con gran fondo de verdad, salvo en los retoques. De todos modos, esas historias perfilan un tipo real, el tipo de un bohemio enormemente hampón y cinico. Cfr. Mohamed Ben Cheneb, *Abu Dolama*, Alger, 1922.

- Y un criado para guisar la caza.
- Vaya por el criado para guisar!
- Además, para albergarnos . . . , una casa.
- Bien; una casa.
- Y una doncella, señor.
- Concedida la doncella.
- Si . . . pero ahora me falta de qué, para sustentar a todos estos.
- Pues mira: te concedo mil fanegas de pan llevar, y mil de baldío.
- ¿Qué es eso de baldío?
- Lo que no produce.
- ¡Ah, Señor! Pues entonces te concedo yo quinientas mil de baldío en los desierto de Beniasad.» (1)

El califa se echó a reir y mandó que le dieran todas las fanegas en buena tierra de sembradura,

Claró está que la anécdota ésta, aunque contenga un leve fondo de verdad, ha sido retocada con mano pesada; pero no importa esto para la ejemplaridad del caso, tal como la entiende Benabderrabih. Su intención no es escribir una obra muy erudita, muy sabia, sino algo más inteligente o por lo menos, más práctico; y, en este punto, consigue su propósito con sólo mostrar a los poetas la manera de sacar dinero a los príncipes.

Como es natural, los procedimientos varían según las circunstancias. Si, por ejemplo, se trata de cumplimentar al califa por su advenimiento al trono, en ocasión tan solemne y única no basta un elogio cualquiera sacado del repertorio común; se necesita algo más concreto y certero. - He aquí un cumplimiento modelo, muy pertinente en la ocasión.

- «¡Oh, Príncipe de los creyentes! La realeza adorna y ennoblece a los que la poseen; pero tú adornas e ilustras a la misma realeza. Se te puede aplicar lo que dijo el poeta:

«Aunque las perlas realzan la belleza del rostro, la belleza
del tuyo da realce a las perlas.» (2)

Otro caso: Llega uno ante el sultán con ánimo inmejorable de sacar lo que se pueda, y halla al monarca en disposición festiva, lleno de contentamiento; pues bien; hay que aprovechar esta oportunidad y apoyarse un poquito sobre ella. - Nada mejor entonces que una frase por este estilo, aunque no es inédita enteramente:

(1) *El Icd*, I, 132.
Benabderrabih cita en dos ocasiones esta anécdota que ha sido abundantemente reproducida por los autores árabes, con algunas variantes, y varias veces traducida a lenguas europeas. Cfr. Mah. Ben Cheneb. *Abu Dolama*, p. 68, nota. A la bibliografía que recoge hay que añadir Xihabeddin El Andalusi, ms. Escorial 718, fol. 118 v.º Según este autor lo que primero pide Abudolama es un perro para caza.

(2) *El Icd*, I, 225.

«¡Oh, Dios mío! aumenta sus bienes, prolonga su dicha para que cada uno de sus días pueda ser más venturoso que el anterior, y menos que el siguiente.» (1)

Cumplimientos como éste, expresados con arte y aun con artificio, podrían valer, y dicen que valían con harta frecuencia, un espléndido regalo y un buen estado en la corte.

Pero podía ocurrir también que el poeta, cogido de improviso o agotado, no acertara a elaborar de momento una de aquellas golosinas poéticas, rellenas de elogios, de que tanto gustaron los sultanes y los ilustres personajes del tiempo. Para este caso de apuro era menester tener bien abastecida la memoria con frases, versos y salidas ingeniosas, empleadas eficazmente por otros poetas en circunstancias semejantes.

Es indudable el interés que siente Benabderrabih por los poetas cortesanos; pero no es sólo un interés intelectual, contemplativo; por el contrario, su alma tutelar cuida y repasa con infinito sentido práctico todos los pormenores, las notas mínimas que puedan influir en el porvenir de sus compañeros y discípulos; lo que se propone a toda costa es adoctrinarles y abrirles paso en su carrera. (2)

Por eso, al llegar a este punto, al detenerse ante la posibilidad temerosa de un fracaso que pudiera ser definitivo, el buen hombre, ducho y generoso, toma sus precauciones, estudia los riesgos que pueden presentarse, y, en lugar de máximas y avisos que siempre se olvidan, ofrece para estos trances y ejemplos muy prácticos en los que la doctrina está ya montada, articulada, dispuesta inmediatamente para entrar en función con sólo imitar alguno de esos ejemplos.-Pondré uno solo:

Harún Errachid, el célebre califa de «Las mil y una noche», padecía la debilidad de gustar con exceso que los poetas le encomiasen. Un día, al encontrarse con cierto poeta, le pregunta de manos a boca:

- «¿Has compuesto algo nuevo sobre mí?»

El caso era apretado, pero el poeta aquél, sin inmutarse, se escabulló lindamente con esta salida:

«¡Oh, Príncipe de los creyentes! todos los elogios son inferiores a tí, y el cantarte cual mereces es superior a mí.» (3)

Benabderrabih prevé también la turbación, el olvido de especies que puede sobrevenir al ánimo más decidido al hallarse ante la majestad del sultán. Una palabra suya algo desabrida, un gesto impaciente, su sola presen-

(1) *El led*, I, 226.

(2) Tan es así que el mismo Benabderrubih lo declara sobradamente al titular un capítulo con estas expresivas palabras: «Del elogiar a los reyes, y [de la manera] de introducirse ante ellos». *El led*, I 224. Aquí, *acercarse*, *introducirse*, quiere decir *insinuarse*, según se manifiesta sin embages en los varios casos que cita.

(3) *El led*, I, 225.

cia son capaces de paralizar al poeta y borrar de su memoria las lindas frases preparadas con el trabajo más esmerado. Todo esto puede ocurrir, no cabe duda. El recurso es el mismo de siempre: un dicho agudo, un verso lleno de intención, dispuesto siempre muy a mano.-Ejemplo:

Ante el califa omeya Abdelmelic se presentó un individuo:

- «Expón tu asunto, dijo secamente el califa.

- ¡Oh, Príncipe de los creyentes! El esplendor de la majestad la veneración al califa! no me dejan hablar!

- Bien; despacito, que esa clase de elogios sobre la impresión de mi presencia y encuentro no me gusta.

- No, Príncipe de los creyentes; yo no te alabo, no te alabo a tí, sino que alabo a Dios por toda la excelencia que en tí puso.

- Eso te basta: - exclamó el califa - has dado en el blanco.» (1)

Si el poeta había tenido relaciones amigables con el sultán antes de su elevación al trono, esta amistad, los servicios prestados, los compromisos contraidos por el príncipe, y sus promesas aventuradas creaban una situación singularmente favorable, pero que se hacia preciso utilizar con mucho tacto. Por eso el previsor Benabderrabih dedica otro capítulo a exponer la manera «de recordar al soberano los compromisos anteriores», según los procedimientos experimentados ya y con fortuna por diversos personajes y literatos de nota.

Así, pongo por caso, en fórmula breve y cumplida se le podría decir:

- «Dos cosas esperaba: la una para tí, la otra, de tí.

Lo que esperaba para tí ya se cumplió, pero no sé qué pensarás de lo que yo esperaba de tí.» (2)

También se podría precisar un poco más, por memorizar, o mejor dicho, aludir a alguno de los servicios prestados, aunque sin insistir en esto demasiado, y componer una breve poesía, o cosa así:

«Yo soy aquél que amabas como amigo,

Aquél con quien las penas compartías,

Aquél que odiaba al que no te quería;

Aquél soy que, en la noche lenta y larga,

Centinela de amor, por tí velaba.

Pero hoy, hoy es el día deseado

De obtener las promesas del pasado.» (3)

Ambos procedimientos dieron resultado venturoso, y aquellos dos individuos que emplearon tan discretos recursos para refrescar la memoria del

(1) *El Icd*, 1, 227.

(2) *El Icd*, 1, 241.

(3) *El Icd*, 1, 242.

sultán fueron agregados al número de los cortesanos familiares. - En general, los ejemplos, los dichos, los versos que cita Benabderrabih, la doctrina que insinúan, aparece confirmada por el éxito, garantizada con feliz experiencia.

Toda su enseñanza sobre el oficio de panegirista, lo mismo en las condiciones especiales que apunto que en las circunstancias ordinarias, es simplícísima, y se encierra en dos términos; enaltecer y exagerar; elogiar con ingenio, si es posible, por lo menos con retórica, pero siempre sin medida.

Los casos luminosos que trae a colación para ilustrar este asunto y confirmar su doctrina llenan muchas páginas con desatinos, hipérboles y adulaciones increíbles; pero lo increíble de veras es que aquellos califas, sultanes y emires pudieran tomar en serio tamaños excesos sin creerse por eso en ridículo. Mas en esto no hay duda: las exorbitantes recompensas que concedían frecuentemente por una breve o larga poesía adulatoria dan la medida del convencimiento o, por lo menos, de la complacencia con que recibían tales desatinos.

- «¿Qué tiempos te corren? - preguntaba Harún Errachid.

- ¡Oh, Príncipe de los creyentes! tú eres el tiempo, y si te encuentras bien, bueno es el tiempo, pero si te encuentras mal, malo es, Señor.» (1)

«Cuando El Hachach visita tierra enferma»

Ya se sabía: la tierra se curaba; esta era ya una metáfora corriente; pues bien, dos versitos sobre esta idea, que ni siquiera era original, valieron a su autor - mejor dicho, a su autora, pues se trataba de una poetisa - valieron, digo, quinientas monedas de plata. (2)

Esto no era nada. Por una corta poesía se dieron veinte mil; y total, porque en ella, alabando a una dinastía, se decía que las otras envilecían y enfermaban a los pueblos, mientras ésta sanaba y cubría de nobleza; que las demás eran tierra, y ésta era cielo para las otras.

Cuando los elogios al sultán y a sus antecesores se habían agotado, quedaba todavía emprender los elogios con la prole. Una muestra. - Pero quiero traducir los dos versos literalmente, para que se perciba mejor la ejemplaridad del caso:

«Engendraste a Abdala, luego a Mohámed: ápice de la cúpula del Islam que, al repetirse, reverdece.

[Si el Islam es tienda de campamento] ellos, - Dios los bendiga -, sus dos cuerdas, y tú Esmir de los creyentes, su puntal.»

(1) *El Icd*, 1, 222.

En honor de la verdad hay que decir que el autor de esta osada adulación no fué un poeta si no Maan Benziada, célebre general del califa El Mansur.

(2) *El Icd*, 1, 165.

Este puntal era el mismo Harún Errachid.

- «¡Dios te bendiga a tí! - exclamó el califa. - Pide lo que quieras, pero pide algo que no desmerezca de tanta hermosura.

- Cien camellos, señor.»

El califa ordenó que le dieran cien camellos y siete vestiduras de honor. (1) Era pagar a buen precio los elegios; pero Zobeida, su esposa los pagaba aun más caros.

A propósito de ese mismo príncipe de triste destino, Mohámed, el hijo de Harún que hacía de cuerda en la otra poesía, un poeta brindó a su madre Zobeida los versos siguientes:

«Perla escondida ¡cuán feliz

Debes sentir tu corazón

Un hijo ilustre al enjendrar

En alta cumbre del honor!

Todo el que osa contemplar

Luz que deslumbra con fulgor,

En tu Mohámed ve lucir

Del califato el resplandor.»

Enajenada de admiración, la sultana mandó que llenaran de perlas la boca del poeta, aquella boca que sabía decir tales preciosidades. (2)

Los casos éstos cita Benabderrabih, como la infinidad de anécdotas que componen su libro, se refieren todos al oriente musulmán; pero entre los españoles no le faltaron discípulos. De momento no ofrezco ejemplos de lo que

(1) *El Icd.* 1, 158.

(2) *El Icd.* 1, 160.

Este poeta era Memán Benabihafsa, ya citado en nota anterior. La ocurrencia de Zobeida debió serle sugerida por las expresiones mismas que empleó el poeta, pues le llama «perla», y, además, la frase «cuán feliz» es un modismo construido con la palabra *darr*, de la misma raíz que *darr* «perlas».

La mujer del califa Harún Errachid podía permitirse fácilmente esta costosa fantasía, pues era famoso su tesoro en alhajas. Entre ellas se contaba un célebre collar relacionado con grandes sucesos de la historia de España: En 813, a la muerte del califa Mohamed—precisamente el hijo éste de Zobeida cuyo nacimiento dió lugar a la poesía que he traducido en el texto—, gran parte de sus muebles y alhajas fueron traídas a España por mercaderes de Oriente; así llegó el magnífico collar a manos de Abderrahmán II (*Al-Bayano*, 2, 93). Desde entonces estuvo en poder de los califas cordobeses hasta que, después de la ruina del califato, cuando Almamún de Toledo logró posesionarse de Córdoba en 1074, debió también apoderarse de parte del tesoro de la dinastía omeya, por lo menos del collar famoso, pues aparece luego en poder de su nieto El Cádiz, que se lo llevó a Valencia después de la pérdida de Toledo. En 1085, cuando los valencianos se sublevaron contra El Cádiz, al huir éste de palacio llevaba escondido en la cintura el collar, que le fué arrebatado con la vida. (Bembazam, citado por Dozy, *Recherches*, 1, 510). Por algún tiempo permaneció en manos del jefe de la rebelión, el cadí Benchahaf, hasta que en 1094 pasó a manos del Cid, cuando la toma de Valencia. Pero aun no termina aquí su accidentada historia. Por donación de un particular a Sancho IV, la famosa espada del Campeador, la «Colada», vino a formar parte del tesoro real de Castilla después de haber pertenecido a los reyes de Aragón, sin duda por el enlace con la hija del Cid; creo como muy posible y aun muy probable que el collar corriera la misma suerte y por igual conducto pues es un hecho que llegó a figurar en la cámara real de Castilla, y quizá formando un lote con la espada famosa, hasta que D. Alvaro de Luna sustrajo del tesoro real la espada, el collar y otras muchas alhajas. En 1452, después de la ejecución del valido, se halló escondido entre los pilares del alcázar de Madrid, «un tesoro que había sido de la cámara de los reyes antiguos»; allí apareció la «Colada» y el sartal o «cinta de caderas» de Zobeida.—(Menéndez Pidal (R.), *Cantar de mi o Cid*, t. II, p. 684). Así se restituyó al tesoro real el collar de esmeraldas que hacía más de seiscientos años había lucido Zobeida en la corte de Bagdad. La espada figura después en varios inventarios de la Real Cámara, y se halla hoy en la Real Armería, aunque sin segura identificación; del collar no he podido hallar rastro en inventario alguno de los muchos que se conservan en Simancas. Sin duda las piedras fueron desmontadas para darles una aplicación más conforme a la moda. y el collar, sartal, o «cinta de caderas» quedó destruido.

ocurría sobre este asunto entre los moros andaluces aunque, en las andanzas de nuestros pactas bohemios aparecen casos semejantes con pródiga abundancia; pero, por ahora, sólo interesa el ver cómo el ladino cordobés establece y confirma documentalmente su doctrina, y cómo se esmera en confortar a los panegiristas principiantes.

2-El procedimiento editorial

Con igual estilo y bajo los mismos principios normativos procedían los literatos y poetas que explotaban a los ricos en una forma que puede llamarse editorial. También estos literatos vendían sus elogios, pero pretendían adular a los individuos, objeto de sus miras, acariciando su vanidad literaria. Las nobles cualidades personales, lo ilustre de la estirpe, las hazañas de guerra, las acciones generosas eran el cebo ordinario de los poetas panegiristas; estos otros lo que especialmente admiraban era la poesía y la prosa de aquellos que querían pagar tal testimonio.

A primera vista parece que esta ocupación no debía ser muy productiva pues, teniendo por base el elogio de producciones literarias, debieran ser literatos quienes pagaron al pregonador de emoción, y los literatos ricos no abundaron nunca con exceso. Esto es verdad, desde luego, si se trata de literatos profesionales; pero los individuos cuyo reclamo se brindaba con preferencia eran precisamente personajes de cuenta y dinero que cultivaban las bellas letras según la luna.

Ahora bien, en una sociedad tan codiciosa de los valores literarios, apenas había visir, secretario del sultán, noble señor y señor rico que no sintiera a sus horas la nostalgia de los versos y de prosa rimada. Muchos de estos personajes fueron en realidad literatos eminentes; pero otros muchos hacían versos de ocasión porque estaba de moda, y porque los malos versos son una de esas cosas malas que se pueden hacer sin graves consecuencias.

Resulta, pues, que los poetas y literatos *editores* y los poetas cortesanos buscaban su provecho en el mismo medio social, y siempre a fuerza de encomios, aunque se diferenciaban en el método.

Para comprender el procedimiento *editorial* hay que tener en cuenta que, a partir del Siglo IX, el género biográfico, casi limitado hasta entonces a la vida de Mahoma y sus compañeros, comenzó a ocuparse de los grandes personajes políticos y de los hombres notables en las letras y la ciencia. Esto dió origen a numerosos diccionarios biográficos (1), ya generales, ya cir-

(1) No siempre estaban redactados en orden alfabético, pero era el procedimiento más ordinario, por eso el título de «diccionario» es más preciso y más comprensivo.

En la obra *Ensayo sobre los Historiadores y Geógrafos Arabigo-españoles*, de Pons Boigüe, Madrid, 1898, se citan muchos de estos diccionarios cuyos títulos dan idea de su especialización: «Poetas de España», pp. 50, 51, 52, 107, 110; «Secretarios reales», p. 138; «Grandes visires de Califas españoles», p. 82; «Faquies de España», pp. 77 y 107; «Faquies de Córdoba», p. 59; «Faquies de Elvira», p. 73; «Faquies de Beja», p. 67; «Jueces de España», p. 77; «Jueces de Córdoba», p. 77; «Tradicioneros de España», p. 77; «Lectores de Corán», p. 114; «Historiadores», p. 118; «Filósofos», p. 140; «Gramáticos», p. 138; «Sabios de España», p. 107; «Personajes de Beja», p. 67, etc. etc.

conseritos a una región, una ciudad, una época, o bien a los cultivadores de determinadas disciplinas, de todas las disciplinas y actividades, porque el cultivo de este género llegó casi a ser una manía. Cuando estas colecciones se reducían a individuos de actividad específicamente literaria, adquirirían entonces el carácter de antologías; en ellos se daban noticias biográficas, se publicaban trozos selectos de poesía y prosa rimada y, a veces - más raras veces - se hacía un poco de crítica. (1)

De esta manera, los autores de tales antologías resultaban verdaderamente editores: las composiciones que se leían en la intimidad de las tertulias o que no se leían en ninguna parte, los trozos más quebradizos de las epístolas en prosa rítmica dirigidas a los amigos llegaban por este medio de las antologías a noticia del público.

El título, pues, de *editores* les pertenece mercedamente y de tal modo que uno de ellos, al designar a los del gremio, les llama *vendedores de poetas*, con lo cual, no sólo les reconoce el carácter de editores, si no que los define como tales con entera franqueza y precisión señalando en dos palabras hasta la última diferencia.

Los autores de antologías y diccionarios biográficos de esta clase editaban, desde luego, las producciones, una parte más o menos extensa, a veces mínima, de las producciones más selectas de autores antiguos o ya desaparecidos; y esto, si el plan de la obra lo consentía, lo hacían de bonísima gana, muy gratuita; pero, tratándose de autores contemporáneos y aun vivos, lo que hacían intencionadamente era venderles un puesto entre los demás literatos de la antología, y esto era lo que se mercadeaba.

La cotización, más o menos expresa y descarada, se establecía sobre diferentes bases. Primeramente, el mérito del editor. En un *vendedor de poetas* era cualidad indispensable el ser literato; debía redactar su obra en estilo brillante, y los *derechos* que cobraba, las *chaizas* que recibía es natural que guardaran proporción con su obra; - una proporcionalidad fluctuante, vagamente ponderada, pero que siempre se tenía en consideración porque, en fin de cuentas, la divulgación de la antología y el crédito de los elogios que en ella se tributaran dependía en gran parte del crédito mismo del editor y de su reputación literaria en funciones de crítico.

Porque además - ya lo he dicho - se hacía crítica. Y precisamente, la crítica ésta, entendida de una manera admirativa, ofrecía otro de los elementos de estimación pecuniaria: el exceso en el elogio, el número y extensión de los trozos literarios insertos en la colección, y desde luego, el lugar más o

(1) Tampoco es del todo constante que en esas antologías se den noticias biográficas; en algunas sólo se apunta el nombre y una fecha, y a veces ni eso siquiera; pero entonces estas colecciones tienen una intención y unas características distintas por completo de las obras biográficas o de historia literaria.

menos preeminente que se le asignara al poeta, si el plan de la obra consentía estas preferencias, todo esto se pagaba. Y claro está, que el disponer la obra de manera que se prestara a combinaciones de este género; esto que era tan hacedero y podía ser tan provechoso, era lo que se hacía de ordinario; y no sólo se hacía si no que se anunciaba con insinuante malicia. Así un autor de famosa antología decía en el prólogo que no insertará los literatos por orden cronológico, si no por razón «del lugar que les corresponda por sus méritos.» (1) - Pocas palabras pero de mucho alcance y de mucho efecto.

Aunque no he podido recoger ningún testimonio concluyente, sin embargo, he creído descubrir ciertas alusiones, muy veladas, si, y desvalidas, según las cuales, en muchas ocasiones, hasta las frases agudas que citan estos «editores» en algunas biografías, los donaires, las máximas, las anécdotas felices de gracia, fueron antes sopesadas en dinero.

Es decir, antes, no. En realidad, esta cotización no se establecía ordinariamente por contrato expreso. El individuo que deseaba figurar en la colección literaria cuya publicación se le había anunciado no regateaba con el autor sobre estas circunstancias; medía lo que podía obtener del editor, y daba lo suficiente para obtenerlo. Luego, el editor, en vista de la cantidad recibida, estimaba a su modo la extensión y calidades del reclamo.

Sin embargo, había maneras de puntualizar un poco más, de situar el caso entre mojones más señalados, para que no hubiera dudas. Por ejemplo: en la epístola aquella, tan retocada, tan bien compuesta, en la cual el editor anunciaba su publicación próxima y pedía el envío de alguna poesía y trozos varios de prosa florida y otras muestras de ingenio para insertarlas en su antología, se hacían, a veces, proposiciones muy descaradas y bastante retóricas sobre el trato de encomio que podría abtener el literato en la obra proyectada. Esta, por su parte, solía responder con insinuaciones muy transparentes y tranquilizadoras, y desde luego, en fórmulas llenas siempre de literatura urbana, acerca de la remuneración que otorgaría.

En ocasiones, no son ya frases envueltas y vagas, sino promesas formales y expresamente condicionadas al trato de favor que obtuviera del autor de la antología.

Más con todo y apesar de las naturales impaciencias, la estipulación concreta y última no se confiaba a las epístolas, por reservas de pudor, y se remitían para ser declaradas de palabra.

Esta claridad en las negociaciones tenía la ventaja de evitar complicaciones enojosas. Porque sucedía que, si el literato descoso de figurar en la antología se contentaba con enviar al «editor» una suma cualquiera, estima-

(1) Benbasam, *Éddujira*, ms. A. H.^a n.º 84, fol. 2

da a su buen entender, y el «editor» no la consideraba bien estimada, se quedaba bonitamente con la suma pero omitía con la mayor tranquilidad al literato aquél, sin dejarle derecho a reclamación alguna. Era un procedimiento expeditivo que ellos mismos, los «editores», declaran tan serenos; una declaración que servía de aviso y de escarmiento a los tacaños. Así, el autor célebre de quien me ocuparé inmediatamente, confiesa en el prólogo a la segunda parte de su obra que omitió al hablar de algunos literatos porque «no me han dado bastante dinero para publicar las poesías que de ellos conozco.» (1)

En realidad, este proceder no difiere gran cosa de la conducta de aquellos literatos que arrinconan o exhiben con premioso descuido las obras que les dejan poca ganancia. Pero en los literatos editores, en los autores de colecciones biográficas, antologías etc., esta conducta, declarada además tan sin empacho, revela con apurado sintoma que su obra, aunque artística por la realización, intencionalmente tenía un carácter industrial que no se disimulaba. - Nueva ocasión de reconocer la honrada sinceridad, un poquito desenfadada e irónica, con que uno de ellos llama a los del oficio «vendedores de poetas».

Y he aquí, ahora, otra consecuencia. Porque ocurría que para «vender poetas» sus editores tenían que buscarlos. Y había en la España del islam grandes ciudades muy populares y ricas; pero como una sola ciudad no dió nunca número suficiente de poetas adinerados para sustentar con sus despojos a los poetas pobres, éstos se veían precisados a rodar por toda la España musulmana, desgarrados, alegres, hambrientos, dando batida bulliciosa a los hombres de letras y dinero. - Una verdadera caza de altanería. Ahora bien: esta vida numerosa, fracta y varía, criaba a tales individuos en la más definida bohemia.

El procedimiento que empleaban con los grandes señores que padecían amagos poéticos y con los grandes poetas que condescendían en obrar como grandes señores va a ser expuesto de manera muy ejemplarizada en un caso concreto. en el del ilustre Benbasam. - Todos los datos los recojo de su propia obra, y, con frecuencia, será él mismo quien tenga la palabra.

La obra de Benbasam, *Eddajira*, «El Tesoro», antología de poetas y prositas del siglo once, - quinto de la hégira - es una obra típica del género de que ahora tratamos. El autor recoge algunos datos biográficos de los literatos que incluye e inserta fragmentos más o menos largos de sus poesías y de sus epístolas en prosa rimada, en la que tan golosamente se complacían y aun complacen los preciosistas árabes. Artífices sútiles del estilo, lo esmaltan

(1) *Eddajira*, *ibid.*, y Dozy, *Loc.*, p. 206. Véanse también casos parecidos en Gayangos, *The history of the Mohammedan dynasties in Spain*, t. I, p. 339

en colores, lo adelgazan, lo retuercen y labran con él apuradamente vistosas filigranas que, al ser traducidas, se rompen sin dejar apenas entre las manos una noticia, una fecha, un pensamiento de substancia. Pero no importa: la cadencia música acaricia el oído, los giros clásicos o atrevidos rizan su danza, las metáforas chisporrotean como juegos de artificio, y todo aquel movimiento, aquel deslumbramiento tiene un valor artístico concedido por el gusto dominante y, por lo tanto, una categoría literaria.

Benbasam, pues, recoge todo esto, y, a veces lo avalora o lo comenta con alguna observación crítica, más bien erudita, y siempre sin peso y sin daño, de manera leve.

La *Dajira* constaba de cuatro partes, dedicadas: la primera a los literatos de Córdoba y centro; la segunda, a los de Sevilla y occidente; la tercera, a los de Zaragoza y levante, y la cuarta, a los literatos extranjeros venidos a España. Esta última parte es aun desconocida; de las otras se conservan raros manuscritos. - Esto en cuanto a la obra, la mejor de este género en España.

El autor, Benbasam, había nacido en Santarem, y lo pasaba allí divinamente: rico, noble, bien cultivado su espíritu y lleno de apetencias literarias, la lectura de los grandes, famosos, poetas era su delicia; pero no le adoraban en holganza. De sus palabras se deduce que había prestado atención muy cuidadosa al aumento de su hacienda y que, de vez en cuando, requerido por las circunstancias, dejaba sin torpeza los bienes y los libros para empuñar las armas. Una especie de Caballero del verde gabán, en situación más próxima a la guerra. - Esta fué su desdicha.

Las rivalidades entre los reyezuelos de los taifas, y el avance codicioso de la reconquista, empujado entonces por Alfonso VI, desbarataron su plácida vida de noble señor acaudalado y amigo de las letras.

Dozy declara ignorar el motivo que obligó a Benbasam a salir de su patria, pero en la segunda parte de la *Dajira*, según el manuscrito de Túnez, el autor mismo expresa muy claro que fueron los cristianos, sin duda al apoderarse de Santarem, (1). La fecha exacta no la dan los cronistas cristianos ni los musulmanes, pero debió ser en 1092, es decir, poco después inmediatamente después de la toma de Sevilla por los almoravides. En esta ocasión, el aludido rey de Badajoz, Almotanaquil, que había ayudado a los almoravides en su empresa contra Almotamid de Sevilla, al ver el trato que éste recibía de los africanos, abrió por fin los ojos y comprendió, aterrorizado, la suerte que le esperaba. Entonces, aquel pobre rey que se pasó la vida dando voces, llamó en socorro suyo al de castilla; y el castellano, para ayu-

(1) Dozy, *Locí* p. 194

darle con la debida eficacia, ocupó aprovechadamente varias ciudades del reino musulmán de Badajoz, y entre ellas, Santarem,

Benbasam se vió arrojado de patria, desposeído de sus tierras por aquellos que venían a salvar el reino llamados por el rey, y de momento no sabiendo qué hacer, se refugió en la capital. Allí se hallaba aun años adelante, según su propia declaración, pues, con referencia a cierto literato cuyas poesías inserta, dice habérselas recitado el autor mismo en Badajoz en el año de 1100. (1)

La situación de Benbasam en la antigua corte de los alfasíes no debía ser muy segura ni brillante. De la nobleza del país, de los grandes señores amigos de las letras, los unos lograron entrar al servicio de los invasores africanos, y seguían a la corte en sus andanzas por España y Marruecos, o formaban parte de la alta curia de algunos príncipes o gobernadores en las ciudades más importantes de andalucía; los otros, despojados y sin valimiento, en nada podían ayudar a otro noble arruinado.

En esta ocasión, las condiciones literarias de Benbasam, su gran conocimiento de las letras, le ofrecieron el recurso último para poder ganarse la vida del modo más conforme a su educación y su temperamento, por medio de la pluma.

Debió ser entonces, durante estos años de estancia en Badajoz, cuando Benbasam meditó el proyecto de componer una vasta antología y esto es, de emprender el negocio de «editor,» o como él dice, «de vendedor de poetas.»

Para esto, lo primero era orientarse cuidadosamente, saber a donde dirigirse en busca de muníficos literatos. En medio de aquella desbandada general que había aventado por España y Africa a gran número de personajes, era menester irlos alcanzando poco a poco en donde se encontrasen, para luego, en la obra en proyecto, agruparlos por regiones.- Para comenzar, lo mejor era partir para la antigua sede del califato, refugio actual de muchos poetas.

En efecto, trazado ya el plan, y con algunas apuntaciones en cartera, se dirige a Córdoba en el mismo año de 1100, y antes aun de que el año terminara, tenía ya coleccionadas abundantes notas sobre varios literatos, y había realizado sobre ellos algunos asaltos, aunque con dificultades.

La abundancia de «vendedores de poetas» señalada por el mismo Benbasam, los timos de que hacían víctimas a los autores con el pretexto de supuestas confecciones literarias que no acababan de publicarse, la dispersión de literatos ricos, la ruina de otros muchos, hacían el oficio muy difícil para todos, pero mucho más para nuestro autor por ser desconocido aun en aque-

(1) *Eddajten*, ms. A. H.^a n.º 84, fol. 168

lla comarca, y por otras razones: él, espíritu señorial y delicado, hombre criado en honor y en abundancia, no tenía la práctica truhán de otros literatos del género, ni su ánimo ya curtido en desaires y desgarrado. Por eso en su proceder se advierte algo de timidez y un esfuerzo por garantizar sus demandas y dignificarlas de honestidad. - Vamos a verlo ahora directamente en funciones de «editor.»

Había por entonces en Córdoba, entre aquella amalgama de literatos y aventureros que desfilaban por la ciudad, un individuo de Guadalajara, escritor y poeta, hombre suelto y alegre, que, por azares de fortuna se había refugiado, como tantos otros, en la vieja ciudad califal; allí el buen hombre, que además de poeta era médico, se aplicó bravamente a ejercer la medicina con el firme propósito de ganarse la vida como fuera. No debía irle mal en su negocio. - Benbasam llevaba ya algunos meses de residencia en Córdoba; había trabajado todo lo posible, penosamente, sin duda, y un día . . . Pero, no; vale más que él mismo nos lo cuente. (1)

«- Cuando en el año [cuatrocientos] noventa y tres, [1100 de J. C], hallándome entonces en Córdoba, (2) comencé esta obra, al repasar los apuntes que tenía, referentes a los literatos de aquella región, como no hallara entre mis notas nada de Abuhátim, (3) ni en prosa ni en verso, le pedí que me enviara algunos trozos de sus poesías y aquellas anécdotas suyas graciosas que pudieran interesar.

Repetidamente le envié intermediarios para esto, pero como la respuesta se iba dilatando, le dirigí una epistola, en uno de cuyos pasajes les decía:

«Con insistencia te ha sido anunciado mi propósito de reunir epistolas y «poesías de autores españoles contemporáneos en una compilación nutrida por «aquellos individuos de los cuales me consta que las cualidades de que se «adornan responden a la realidad, y que las exterioridades de que hacen gala «proceden de íntima convicción. [Así y todo] he tenido que prescindir de los «que ya han sido acaparados [por otros editores], pues abundan más los «vendedores de poetas que las mismas poesías.

«Ahora bien; siendo tú en esta materia, oh, Abuhátim, la cumbre en-

(1) Dozy publicó este mismo pasaje, sin traducción pero con notas, en su obra *Locis de Abbadidis*, pp. 194 y sigt., según se lo ofrecía el ms. de Leiden. La traducción que doy está hecha sobre el ms. n.º XII de la A. de la H., fols. 112-113 n.º, cuyo texto es menos correcto y menos literario pero más completo, pues da noticias que omite el de Leiden, y que he aprovechado para rectificar algunos datos, sobre nuestro autor.

(2) El texto de este manuscrito comienza por un dato que omite el de Leiden. El pasaje publicado por Dozy dice: «Cierta día, en Córdoba, repasando los apuntes que tenía....» El de la Academia, en cambio, señala la fecha de su estancia en Córdoba, y aunque en el manuscrito correspondiente a la Segunda parte, en el pasaje ya citado afirma Benbasam hallarse en Córdoba en 494-1101, cuando su primer viaje a la ciudad de los califas, esta última fecha parece que hace alusión a un momento de su estancia, no a su llegada a dicha capital.

(3) Abuhátim, poeta y prosista de mérito, era natural de Guadalajara. Benbasam se limita a nombrarle por la cuna: Abuhátim, pero Benalabar nos da el nombre completo: «Soleimán ben Ahamed el Hichari, conocido por Benelcazaz.» - *Tecmila*, n.º 2590, en el «Apéndice» publicado por los señores Alarcón (M.) y González Palencia (C.) en «Miscelánea de Estudios y Textos árabes», Madrid, 1915, p. 303.

«tre los eminentes, he querido que tus palabras figuren en esta colección como la perla central de un collar.»

Aunque por entonces se hallaba Benbasam en los principios de su carrera «editorial» se ve que comienza a ser ducho en el negocio. Abuhátim se había mostrado hasta entonces poco propicio a la oferta del autor; debía ser un hombre algo remiso o desconfiado. Pero ahora tenía forzosamente que sentirse halagado en su vanidad literaria al ver que en la antología anunciada, en la cual habían de figurar los literatos más notables, sus propias producciones tendrían un puesto de honor: era el puesto debido a un autor a quien se había adjudicado ya, con demovido apresuramiento, «la cumbre entre los eminentes.» La distinción ésta tenía una gran fuerza significativa porque es el mismo Benbasam el autor que, según vimos más arriba, se había cuidado de apuntar en el prólogo que los literatos figurarían en su obra no por orden cronológico si no por razón «del lugar que les correspondía por sus méritos.» - Esto había sido dicho de la manera más suave e inocente, pero era un medio de apurar todas las posibilidades económicamente reproductivas de la obra entre manos, y los literatos que aspiraban a figurar en ella debían tener muy en cuenta el aviso.

No cabe duda. Abuhátim debió repetir con más calma, con más atención, la lectura de este párrafo. - Pero vuelvo a mi idea: Abuhátim era un hombre desconfiado. Quizás en las conversaciones con aquellos «intermediarios» dejó escapar en alguna forma sus cavilaciones y sospechas; el caso es que nuestro autor, bien informado ya sobre este personaje, se creyó en la necesidad de disipar sus desconfianzas, aunque no fuera más que por curarse en salud. Así, con cierta finura psicológica, algo entre ingénua y picaresca, prosigue en su epístola:

«Recelo sin embargo, que te impida aceptar mi proposición lo que sospecho que te estás diciendo: - «Este Benbasam, como los cristianos (1) le «han expulsado de su tierra, con las manos vacías, sin hacienda adquirida ni heredada, se ha venido a Córdoba, apretado por la necesidad, y en tal situación, lo que probablemente pretende es vivir del sablazo (2). Para esto se «decide a formar esa compilación de trozos sueltos y selectos para, con este «pretexto, reducir en el regazo de sus dueños a las vírgenes poesías [inéditas],

(1) - Ya he apuntado anteriormente que Dozy, al anotar este pasaje, declara ignorar el motivo que obligó a Benbasam a salir de su patria, pues en el texto de Leiden, se calla, en efecto, el motivo; el manuscrito de la A. de la H.³, expresa bien claro que fueron los cristianos quienes lo arrojaron de su tierra.

(2) - Literalmente «...pretende afilar el cuchillo según las maneras de la mendicidad.» - Aunque la palabra كدية significa simplemente «mendicidad», se trata aquí de una mendicidad calificada, es decir, de la que practicaban de ordinario los poetas profesionales. Así, cuando el Marrocoxi da noticia de que, al ser conducido prisionero a Agmat, el infortunado Almotamid, se vió asaltado por una turba de poetas panegiristas y pedigueños, los llama اهل الكدية «gente de la mendicidad.» - *El Mochib*, edic. Dozy, p. 101.

«y raptárselas a sus amos después de copiar sus palabras, conceptos y argumentos.» (1) - Pero yerras muy largo tus disparos, si esto piensas de mí. Ciertamente, tú lo miras de mal ojos, pero yo, por mi parte, no tengo si no aplicarme con insistencia a las obras sin amagos [de vanas palabras] pues los [hechos.] testigos excelentes, habrán de demostrar en esta comarca que yo no hablo a la ligera si no pensando lo que digo; aunque, en verdad; oh, Abuhátim, yo no corro en tu hipódromo, (2) [para poder competir contigo], ni puedo ser contado entre tus iguales, pues Dios riega el país con el depósito [de tus obras literarias], y aunque son, [por el origen], de Guadalajara, tus sentencias son del Irac, y tus expresiones del Hichar.» (3)

Hasta aquí la epístola llena de preciosismos de lenguaje que resultan hasta enfadosos, pero muy intencionado.

El resultado se adivina fácilmente, tratándose de un médico poeta al que se le dice todo eso del Irac, del Hichaz, sin olvidar lo de Guadalajara. En efecto el mismo Benbasam lo declara para que no queden dudas:

«En cuanto recibí mi carta, tomé la pluma y se apresuró a darme una respuesta favorable que me fué remitida al punto, viniendo a mis manos las copias [de sus composiciones, como desposadas] que son instaladas en la cámara nupcial y toman asiento. Y habían sido labradas como es labrada [por un artifice] la plata deslumbrante.»

Es muy posible que, apesar de tanta retórica por una y otra parte, el negocio éste con Abuhátim no resultara muy lucrativo para Benbasam. Los tiempos eran difíciles, y todos los poetas de la época lo lamentan hartas veces en sus composiciones, y aun el mismo Benbasam se duele de ello en forma sentida y correcta. Precisamente, por aquellos mismos meses, esto es, poco después de sus tratos con el de Guadalajara, nuestro autor parece desilusionado, rendido casi por lo duro de lucha. - Era esto el año siguiente, en 1101.

Por aquellos días, un amigo oficioso le habló de un alto personaje sevillano, literato de nota, que residía en Córdoba accidentalmente, y se ofreció de intermediario.

(1) Según estas palabras, el temor primero de Abuhátim y de los que se hallaban en su caso era el que les fueran usurpadas sus composiciones literarias por aquellos improvisados «editores». Desde luego, cabían estos temores, pero, además del fraude contra la propiedad literaria, era también de temer la estafa de dinero, pues el que publicaba una obra de este género recibía su remuneración por las composiciones que insertaba, y, precisamente, esta era la ocasión y motivo de estafa que tanto recelaban los autores.

(2) Entre literatos, «la poesía—como dice Benbasam—es un hipódromo en el que los caballos son los poetas», pues corren en disputa de una victoria. De aquí el uso y el abuso que se hizo de esta expresión para indicar que un individuo cultivada la poesía. Si además se distinguía en la prosa rimada, entonces se decía de él que «corría en ambos hipódromos». Esta figura fué muy usada, y, entre los españoles, es muy frecuente en el mismo Benbasam, en benhamí, Benelahmar, benaljatib y, sobre todo, en Benjacán que la emplea con enfadosa insistencia.

(3) También era frecuente traer a colación, y en sentido elogioso, el lenguaje de Hichaz del Irac, notable el primero por don natural de aquella gente, y el segundo por esfuerzo del arte, según lo aclara Benjacán—*Calaid*, p. 109.

Entonces Benbasam, aprovecha enseguida la ocasión prometedora y envía al noble señor una epístola muy compuesta en la cual, entre otras cosas, le dice suavemente:

-«Condición de estos tiempos es el mostrarse avaro con el que pide y retardar el fallo con el que demanda en justicia. Así sucede que, al solicitante, nadie le da nada, y para el que defiende lo suyo, todos los caminos están cerrados.»

«Como desde que llegué a Córdoba en este mi viaje, me recomendaban que me pusiera en relaciones contigo, y como, por otra parte, aun no figura en mi obra personaje alguno de más nota que tú, expié la ocasión con la vigilancia que pone el que ayuna en observar la luna nueva [final de los ayunos], hasta que, por fin, puedo enviarte estas letras por medio de un común amigo nuestro.» (1)

Benbasam perfeccionaba su técnica, y maestría de ello es ese toque tan intencionado y tan certero: «Aun no figura en mi obra personaje de más nota que tú.» Es decir, que en la colección proyectada, este individuo tendría por derecho propio o por atribución del autor el puesto de honor que éste le brindaba. - Era una manera de ofrecerlo en venta.

Y, claro está, el señor en cuestión, vacila por algún tiempo, desconfía; pero hace averiguaciones, sin duda sobre el propósito del «editor» y sobre el valor literario que podía esperarse de su obra en proyecto, y, por fin, le contesta. - Pero una contestación de esas claras, sin embages, que eran la ilusión y hacían la ventura de esta clase de «editores»:

-«Es verdad ¡por vida mía! He demorado, vacilante, hasta esclarecer el misterio y saber si se quería aprovechar el asunto para algún engaño. Al cabo, habiendo sido informado de la excelencia que se halla en ti y en ti depositada, me siento dispuesto a darte en dinero tan largamente cuánto tú me enaltezcas con la fuerza de tus palabras. En cuanto nos veamos, te presentaré mis excusas y te daré a conocer la cantidad exacta, si Dios quiere.» (2)

Con individuos así era un gusto el trabajar. Con seguridad que este negocio debió animar a Benbasam a proseguir su obra. Durante muchos años le vemos dedicado a ella, relacionándose cada vez más provechosa e íntimamente con los personajes de más viso en la España musulmana, hasta que, al fin, cansado de correrías y aventuras, murió en el año 1148, después de ver terminada su hermosísima y larga compilación. - Larga en contenido, en mérito, y en trabajo y días.

Con el modo de obrar de Benbasam queda expuesto - y creo que de

(1) *Eddajira*, ms. A. H.^a n.º 84, fol. 194 v.º

(2) *Eddajira*, ms. A. H.^a n.º 84, fol. 195

manera muy auténtica - el procedimiento seguido de ordinario por los literatos «editores» o «vendedores de poetas»; es decir, por aquellos que, para obtener una remuneración o *chaiza* no se dedicaban de manera especial a elogiarse a los príncipes con sus versos, sino a publicar los ajenos; mejor dicho, a insertarlos en la obra que componían, y en la medida que se lo pagaban. De esta suerte, aquella gente, en esto venturosa, cobraba ya sus libros conforme los iban redactando.

Claro está que no todas, ni siquiera la mayor parte de las antologías y colecciones biográficas tuvieron este origen mercenario, esta intención lucrativa; pero esa suerte de obras, tan abundante en España, existen varias que fueron declaradamente concebidas y realizadas con propósito comercial, y esto basta para señalar a ciertos literatos con el carácter industrial de «editores.»

Por otra parte, y apesar de todos los recelos que inspiran estos individuos mientras eran desconocidos, el trato que ofrecían era muy tentador para los literatos más o menos auténticos que, por sus méritos o su dinero, podían aspirar a figurar en una obra que les daría o pregonaría con más fuerza su fama; de este modo, el oficio de editor había de ser provechoso en la medida en que abundaran los hombres de letras dignos por varios motivos - también por el motivo de tener algún dinero - de verse incluido en tales obras. - Ahora bien, en aquellos tiempos dichosos, resultaba que por todas las ciudades, chicas y grandes, de la España musulmana, abundaban señores adinerados y respetables que habían escrito algunas cartas o algunos versos muy apropiados para antologías. (1)

II - La corporación oficial de los poetas

1-Antecedentes

El modo de función de los elementos esquemáticos sobre los cuales montaban su vida los poetas dió por resultado, en algunos momentos del islam español, la organización oficial, y en forma corporativa, de una taifa de bohemios.

Desde luego, esta organización no cubría a la bohemia en todas sus dimensiones, sino sólo en las manifestaciones literarias, y sólo con respecto a aquellos individuos cuyo carácter de poetas llegaba a recibir un crédito oficial.

(1) Me he limitado a exponer el caso de Benbasam por el carácter personal y directo que tienen en su obra estos datos sobre el procedimiento de los literatos editores; pero otros varios hay en la literatura hispano arábiga cuyo testimonio es igualmente preciso y concluyente.

De todos modos, este fenómeno curioso tenía antecedentes lejanos en la conducta de los califas de Oriente, y unos antecedentes aun más remotos en el oficio primario de la poesía árabe. En ella más que en otra alguna, o por lo menos de una manera más sostenida y acusada, se confirma realizada la teoría de Aristóteles sobre el carácter originario de la poesía. El poeta, entre los árabes antiguos, canta el amor, el vino, los placeres, pero no de una manera plenamente directa y entregada al sujeto, como habían de hacerlo después otros poetas, como habrá de hacerlo, por ejemplo, Abunasa, nuestro Benjafacha o el persa Haliz, si no casi siempre como fugas arbitrarias de un tema fundamental: el elogio o la sátira.

Cuando las grandes aventuras del pueblo islámico crearon en su seno diversas situaciones de lucha, el poeta podía trasponer con sus cantos los menudos motivos personales y de tribu; lanzar sus versos sobre uno y otro campo y adquirir por este medio una función política semejante en sus resultados a la que hoy realiza la Prensa. (1)

Como es natural, los príncipes y banderías procuraban con dádivas y halagos poner de su parte a los poetas más temidos, a los que más influjo podían ejercer con sus versos. Los individuos ganados de esta manera y adscritos a la corte por fuertes intereses se convertían en poetas titulares del soberano.

Claro está que no todos los poetas de oficio participaban igualmente de semejantes adelantamientos porque no todos tampoco eran capaces de procurar al príncipe las mismas ventajas. Pero como, al fin y al cabo, todos ellos podían ejercer cierta influencia y representaban un poder, esta condición en que se hallaban merecía del monarca un reconocimiento oficial. Y lo obtenían: Así, lo mismo en la corte de Damasco que en la de Bagdad, aunque más pronunciadamente en esta de los Abasíes, cuando en las grandes solem-

(1) Entre los pueblos del próximo oriente, la poesía remedaba acabadamente la acción difusora del moderno periodismo; y no sólo en los asuntos de orden político, sino también en las contiendas religiosas, de modo muy señalado en la propaganda de innovaciones heréticas. Así, por ejemplo. Bardesanes y Nestorio, esparcían sus heregias en composiciones poéticas, de ritmo especial, adaptado a las tonadas de los *celeusmas* o canciones de marineros; éstos los aprendían fácilmente, y luego, por todos los puestos que frecuentaban, iban dejando las nuevas doctrinas envueltas en el ritmo cautivador del *Celeusma*. Contra todos los hereges contemporáneos, y en especial contra Juliano el Apóstata y Bardesanes, se levantó un hombre original, de firme doctrina y gran poeta, el dulce S. Efrén, y el procedimiento que empleó para combatir la heregia fué el mismo empleado por ésta para esparcirse. Los tratados teológicos del gran Doctor de la Iglesia siríaca, todos ellos en verso y en formas fácilmente asimilables por el pueblo, eran contados en los templos, en las calles, hasta por las muchachas. Los sucesos principales de la ciudad, la muerte de sus obispos, los incidentes del cerco de Nisibe por los persas, las noticias culminantes de aquella lucha eran publicados por las canciones de S. Efrén, que sostenía con ellas el ánimo de sus conciudadanos y los aconsejaba; así, cuando la matanza realizada por los persas entre los misibenos refugiados en el castillo de Anazit, el monje se esforzó cuando pudo por levantar la moral del pueblo y les dió la cruel noticia en aquellos versos, ligeros y breves en siríaco como flechas:

¡Me los han matado! Mis hijos
Mis hijos han sido muertos lejos de mí

Los caídos en la terrible batalla de Nisibe.

Edic. Bickell, *S. Ephremi Carmina Nisibena*, Lipsiae, 1866, p. 17.

nidades el califa recibía los homenajes de los dignatarios y clases oficiales del Estado, entre las corporaciones admitidas por el protocolo figuraba en su puesto - un puesto muy notable -, la honrada cofradía de poetas.

Por eso mismo la conducta de Omar II en este punto causó en el gremio enorme escándalo. - Omar era austero, piadoso, escrupuloso, hombre de celo reformador y puritano - Cuando los poetas le dirigían versos, respondía con tono displicente. - «¿Qué tengo yo que ver con los poetas?» Quizás un poco más de lo que él pensaba. Los príncipes se consideraban obligados, al menos por decoro, a llenar las alforas de los poetas forasteros que acudían a saludarles; Omar II tenía sobre esto sus ideas y las exponía con grave sencillez:

- «Si; todo el que viaja se procura provisiones; llenad, pues, vuestras alforjas de temor de Dios para hacer el viaje de este mundo al otro.» (1)

Era un consejo saludable, pero que satisfacía muy parcamente a los poetas.

Todo esto resultaba bastante desagradable para esa gente, pero el escándalo a que aludía, lo que alarmó e indignó a los poetas fué la conducta de Omar al subir al trono. Los panegiristas que acudían de todas partes en semejantes ocasiones, en la ocasión presente venían con el mismo apetito de siempre pero con mediano entusiasmo; conocían la manera de ser del nuevo califa, y así al enviar, según costumbre, su diputación ante el soberano lo hacían con recelo. Apesar de que entre los ocho poetas comisionados figuraba un primo hermano del califa, el asunto se presentó mal desde los primeros pasos. En vez de recibirlos como se practicaba de ordinario, les hizo esperar largos días, sin acabar de darles audiencia. Los poetas aguardaban con magnífica constancia, mientras Omar murmuraba en sus adentros: - «¿Qué tengo yo que ver con los poetas?»

El personaje influyente que al fin intercedió por ellos, conocía de sobra esta salida del califa. Hubiera podido responder que tal costumbre había sido aceptada constantemente por los otros califas; pero esto también lo sabía Omar II hacía tiempo. Así más discreto y oportuno, al insistir por ellos apuntó el secreto motivo por el cual los demás soberanos solían mostrarse condescendientes con esta gente. Era la última tentativa:

- «Señor, a la puerta están los poetas, y sabéis que sus dichos quedan, y que sus dardos son muy afilados.»

Esto era cierto, pero el califa seguía en su manía,:

- «¿Qué tengo yo qué ver con los poetas?» (2)

(1) *El Icd.* 1, 204.

(2) *El Icd.* 1, 205.

No importa aquí la terca resistencia de Omar; las palabras con que refieren los autores este caso, las voces quejasas, escandalizadas, con que los poetas se comunicaban la noticia muestran que su conducta rompía en este punto con la práctica establecida, y que rompía con ella por no ceder a los torpes motivos que le habían dado estado: la vanidad y el temor al restallazo de la sátira. Para poder decir como Omar - «Mis dineros son para los pobres, no para los poetas», se necesitaba no sentirse maravillado por la flor estupenda de elogios que brotaba de las rimas, y no temer la granizada de «dardos afilados» con que le amenazaban; en suma, era preciso un mucho de sensatez y de modestia, y de paso olvidar que los poetas también tenían algún derecho a ser pobres.

Sin embargo, lo más cómodo, desde luego, y lo de más provecho, era no olvidarlo; reconocer además que los poetas representaban un poder, aplicarse esa fuerza que no se podía negar ni destruir, y darle estado oficioso para tratar de disciplinarla y sujetarla con ataduras generosas. Naturalmente, esto es lo que se hacía de ordinario en las cortes orientales. - Y lo mismo se hacía en España.

Primeramente, porque los príncipes y magnates españoles gustaban de ser cantados por los poetas, y también porque tenían el desercrito del ridículo el azote de la sátira, lo mismo que los de Oriente, y todavía un poco más que los orientales:

-«Con ser los andaluces en el combate - dice Almacari - como ardientes caballos que por cerros y hondonadas se lanzan desbocados contra lo que les incita, sin embargo, en su vivir muelle, regalado y licencioso, halagados por las adulaciones de los poetas, el miedo a la sátira los abate y torna apocados.» (1)

En realidad no sé si es el mismo Almacari quien habla o sí, como sospecho por el tono que tienen estas frases en el texto original, reproduce las palabras de un autor que no cita, quizá Bensaid. De todos modos, el que así se expresaba conocía acabadamente a los moros andaluces.

Ahora bien, con independencia del prestigio de que gozaba la poesía por sus puros valores estéticos y emocionales, que realmente era enorme; considerada tan solo en cuanto a la capacidad de utilización pragmática que adquiriría por las circunstancias, nos bastan las palabras recogidas de Almacari para comprender que la influencia, la presión que podían ejercer los poetas como repartidores de elogios y voceros de censuras y aun de infamias tenía

(1) Almacán, 1, 89.

En el texto original se expresa por una imagen muy rebuscada el efecto que entre los andaluces producía el miedo a la sátira: los andaluces, en la guerra, eran impetuosos como caballos de raza, pero la sátira, el ridículo, era para ellos: «lugar en que se detienen [sus bríos como en] blando lecho».

que ser grande entre los musulmanes españoles. Esta presión debía estar en razón directa de la sensibilidad y vulnerabilidad del medio sobre el cual ejercían los poetas; y a cerca de este puesto, las palabras citadas nos ofrecen elementos de juicio bastante seguros, confirmados y glosados por los hechos.

En efecto, los sultanes andaluces, al recompensar con largueza a los poetas, aunque lo hiciesen también por amor a la poesía o por simple impulso generoso, lo que en realidad hacían era pagar un servicio prestado a su vanidad pero que, con frecuencia, se vertía más o menos directamente en servicio de sus intereses políticos. Mientras estos intereses se mantenían firmemente asentados; bien a seguro, y manejados con mano fuerte y diestra, podían los príncipes descuidar algún tanto a los poetas; pero, de todos modos, lo más prudente era tenerlos buenamente contentos. De obrar de otra manera, se exponían a aprender tarde y con daño cuánto podía representar como enemigo un gran poeta, a poco que le ayudaran las circunstancias. - Alhaquem I no era encogido, ni escrupuloso en los medios, y, a pesar, de todo, fué un poeta quien le detuvo forzosamente en sus planes; (1)

Así, el empeñarse en repetir como el califa aquél: - «¿Qué tengo yo que ver con los poetas?» el querer desconocer la influencia política que podían ejercer en algunos momentos peligrosos, este criterio, cerrado a las enseñanzas de la realidad no figuró si no raras veces en el plan político de los sultanes andaluces. Antes bien, casi todos ellos comenzaban por reconocer públicamente a los poetas como una corporación más entre los varios oficiales del Estado.

En las solemnidades grandes de Palacio, en las festividades religiosas, en la recepción de embajadas, en la celebración de algún suceso de nota, cuando en estos actos el califa recibía a besamanos a todo el elemento de protocolo, entre los admitidos figura siempre la ilustre «corporación de los poetas», representados por algunos de los más notables entre ellos.

El gran historiador Benhayán (2), en lo que se conserva de su obra monumental, traza siempre una descripción muy pormenorizada de todas las fiestas palatinas de este género, y en todas ellas aparecen en su puesto oficial la corporación de los poetas.

Pongo aquí traducida la reseña que hace de una gran recepción cele-

(1) Durante su reinado, un poeta de familia hispana incendiaba con sus versos la sublevación de los toledanos, sus hermanos de raza. El emir, que tenía la influencia enorme del agitador, no se atrevió a marchar contra la ciudad rebelde hasta que la muerte de aquel poeta le allanó el apoderarse de Toledo y vengarse de su resistencia con la bárbara «jornada del foso», en la que perecieron a traición casi todos los ciudadanos de calidad.

(2) Abumernán Benhayán El Cortobí, el más grande de los historiadores hispano, arábigos, nació en Córdoba en 377—987—88. Entre sus producciones, las más importantes, las que le merecieron grandísimo renombre, son las dos obras sobre historia de la España musulmana, *El Martá* y *El Moctabis*, en sesenta y en diez volúmenes, respectivamente. De tantísimos volúmenes de historia sólo se conservan dos de esta última obra, uno en Oxford, cuya próxima publicación y traducción prepara el notable arabista Padre Antuña, y otro en Constantina, copiado para la Acad. de la H.^a, ms. árabe n.^o 41.—De este manuscrito, fols. 93 v.^o—100, he sacado el pasaje que traduzco.

brada en el alcázar de Medina Azahra, (1) con ocasión de la Pascua, final del ayuno de ramadán, del año 974. (2) - Es un poco larga, quizá demasiado, pero tiene la ventaja de que nos introduce ya, y acompañados de un guía perfectamente enterado, en el medio en que de ordinario veremos moverse a nuestros poetas.

- «El miércoles, día primero del mes de xauval, (3) en el salón del oriente que asoma a los jardines sobre la azotea alta, el califa Alhaquem II ocupó su trono para la recepción de costumbre. - Solemnidad magnífica, brillante y bien organizada; más jubilosa aun [en esta ocasión] por la victoria sobre Hasan Bencanún, huesped hoy del califa, después de haberse sometido con sus estados del litoral africano. (4)

«En este día prestaban servicio, a la derecha [del trono], el gobernador de Córdoba, Cháfar Benotmán (5) y el cliente Ziad Benáflah, comandan-

(1) En el texto no se dice si la recepción se verificó en Medina Azahra o en Córdoba, pero los pormenores topográficos que aparecen en el relato corresponden sin vacilación al alcázar de Azahra.

(2) Las recepciones periódicas que celebraba la corte eran dos al año, correspondientes a las dos grandes festividades musulmanas: la Pascua de final del ayuno, en el primer día del mes de *xauval* que sigue al de *ramadán*, mes del ayuno, y la Pascua de los sacrificios, el diez de *dalhicha*, duodécimo y último del año islámico. - Además de éstas, se celebran otras recepciones con motivos diversos: embajadas, victorias, etc. En la obra de Benhayán, en la copia de la Acad. de la H.^a, se reseñan largamente varias solemnidades de éstas.

(3) La fecha que da el texto está equivocada por lo menos en señalar el miércoles para el día primero de *xauval*, del año 363=974, pues cayó en jueves. - Esta rectificación está apuntada al margen del texto por mano de Codera.

(4) Hasan Bencanún, su hermano Yahia y los demás príncipes edrisíes que figuraron en esta recepción eran descendientes de Edris, el fundador de Fez y de la dinastía, y, por consiguiente, descendientes también de Mahoma por su nieto Hasan, hijo de Ali. - La genealogía completa de estos individuos puede verse en Abenházam, *Chamra*, ms. Acad. H.^a, n.º 6, fols. 24, 26 y sigs.

Abderrahmán III los había sometido a vasallaje y Alhaquem II acababa de despojarlos de sus estados por medio de una doble acción gerrera y política que recuerda mucho nuestras campañas de Africa.

Benhayán en *El Moctabis*, (ms. Acad. H.^a 41, *fassim*) suministra datos muy interesantes para seguir el desarrollo de esa curiosa campaña. En el fol. 79 enumera las cuantiosas donaciones y regalos que se hicieron a varios de estos príncipes al someterse.

Los últimos en rendirse fueron precisamente Hasan y Yahia; los otros hacía ya meses que se hallaban en la corte cordobesa. Todos ellos fueron tratados con honor y esplendidez, pero antes de transcurridos dos años fueron enviados a Túnez para descargar al erario de las enormes sumas que costaba su entretenimiento. Más tarde, cuando Almanzor se alzó con el gobierno, Hasan Bencanún intentó recuperar sus estados, pero, vencido de nuevo, se entregó bajo promesa de serle conservada la vida y de poder morar en Córdoba. La doble condición fué aceptada pero no cumplida: en 985, cuando recién desembarcado se dirigía a Córdoba, fué asesinado en el camino. Años adelante, en 1016, al desaparecer definitivamente la dinastía omeya, un príncipe edrisí, Ali Benhamud, ocupó por breve tiempo el trono califal de Córdoba.

(5) Es una historia despiadada la de este hombre.

Cháfar Benotmán El Moshafi, de humilde origen, pero ambicioso, astuto y nada escrupuloso, había llegado a ser Primer ministro del Califa.

Por estas fechas, cuando se celebraba esta recepción, su poder, sus riquezas y su soberbia parecían más hinchados que nunca; sin embargo, allí en la corte, en un lugar todavía modesto, estaba el hombre que había de abatirle dentro de poco, y que había de tratarle como un guñapo.

Hacia algún tiempo, el Cadi de Córdoba, Benesalim, por desprenderse de un secretario molesto, se lo había recomendado al Visir, y el visir - este Cháfar Benotmán, - le dió un cargo en la corte. Esto fué su desgracia. El secretario a quien se llamaba Mohámmed Benabíamir, pero luego se hizo llamar Almanzor. Cuando la muerte de Alhaquem II dejó el trono a un infeliz degenerado, Almanzor logró destituir al Gran visir El Moshafi, le sometió a proceso, le despojó de todo enteramente, y luego, cuando emprendía sus rápidas y profundas campañas contra los cristianos, arrastraba consigo como una pobre cosa al antiguo Gran visir. El desdichado viejo pasaba las noches junto a la tienda de Almanzor, comía unas miserables gachas, y luego se consolaba a su manera haciendo versos por el estilo:

«Yo me resigno cuando los días [venturosos] se tornan desdichados, y persuado a mi alma la paciencia, y se somete. - Mas, ¡oh, maravilla! ¿cómo puede someterse el corazón? ¿cómo puede humillarse mi alma después de [tanta] gloria? Pero, ¿qué va a hacer el alma si no lo que impone la firme voluntad? Si tu ambiciones, suspira en deseo; si nada [deseas], se aquieta. [Así], en otro tiempo, mi alma era altanera, más cuando me contemplé resignado a la humillación, [también] se humilló. - Entonces yo le dije: Alma mía dote preciosa nos era concedida ¡pues! era el mundo, y se marchó! - Beniacín, *Matnah*, p. 4.

El Moshafi había sido razonable poeta, pero en sus tiempos de infortunio hasta los versos se resentían de lo infeliz de su estado. Por fin Almanzor, después de haber jugado con el pobre viejo como el gato

te de la caballería y de la escolta; a la izquierda asistía Mohámed Benáflah (1), gobernador de Medina Azahra. A continuación seguían las dos hileras de los altos dignatarios del servicio (2): comandantes del primero y segundo cuerpo de la *Xorta* (3), jefes de (4), directores de la Tesorería y del Parque de armas (5), inspectores del ejército y los demás oficiales, por categorías.

«Al darse la voz de audiencia, entraron primeramente los hermanos [del califa], y, hecha la reverencia, fueron ocupando sus asientos: Abulasbag Abdelaziz, el hermano uterino, a la derecha; en pos de él, Abulmotárrif El Moguira, y a la izquierda, Abulcasem El Asbag (6).

«Los visires (7), después de hacer el saludo, se sentaron con los prin-

con el ratón, concluyó por asesinarle. Así, aquel hombre que, años atrás abrumaba a todos con su poder e insolencia, terminó sus días de la manera más misera e ignorada. Había sido una medianía, pero una de esas medianías que siempre triunfan porque se abren camino a fuerza de empujones y de gastos.

(1) Ziad y Mohámed Benatlah eran hermanos, hijos de un dignatario de Abderrahmán III, y clientes del califa Ziad, que llegó a ser visir con Almanzor, era literato y algo poeta; murió en 379=978-79. Cfr. Benalabar, *Hollato*, p. 154.

(2) Aunque muchos de estos dignatarios fueran eunucos o esclavos, aquí la expresión empleada en el texto conserva el sentido primero de «servicio» y «servicio militar», pero no de servidumbre. Tampoco la voz *فتى*, que designa con frecuencia a los eunucos extranjeros al servicio de los califas, tiene siempre este significado, ni aun aplicada a servidores del sultán; así Cenhayán pudo llamar al mismo Almanzor *فتى الدولة* Ms. Acd. H.^a, fol. 13 v.^o

(3) La *xorta* era cuerpo armado en funciones de policía y orden público; tenía competencia para entender en asuntos criminales, y facultades perentorias para la aplicación de las penas.—Cfr. Abenjalidún-Slane, *Prolegómenos*, t. I, p. 452.

Según el mismo Abenjalidún—(op. cit., t. 2, p. 36), bajo los ameyas españoles había dos cuerpos de *xorta*: *Gran xorta*, y *xorta menor*. La primera tenía autoridad sobre grandes señores, funcionarios y clases populares; la segunda sólo tenía autoridad sobre el pueblo. En la obra de Benhayán se habla, sin embargo, de tres cuerpos de *xorta*: la Superior, la Media y la Pequeña. Como la jefatura de esta última aparece acumulada al cargo de de zabazoque, pudiera identificarse con la *hisba* o policía municipal—Cfr. *El Moctabis*, ms. Acad. H.^a, fol. 92.

Según se deduce del relato de Benhayán, cada uno de los dos primeros cuerpos de la *xorta* tenía, por lo menos, dos comandantes o jefes superiores. En esta fecha, al verificarse esta recepción, los comandantes de la *Gran xorta*, o *xorta superior*, eran Cásim Bentomlás, hijo del famoso general Tomlós, muerto en Marruecos combatiendo a los edrisies, y Ahamed Bensaad El Chaferi; los comandantes del Segundo cuerpo de la *xorta*, o *xorta media*, eran Mohámed Benabiamir, el futuro Almanzor, y Abderrahmán Benháxim El Tochibi, que más tarde, en 989, fué asesinado por orden del Almanzor, hoy compañero suyo en el mando de la *xorta*. Además de estos jefes superiores, se nombran otros, indudablemente, simples oficiales. El Comandante de la *xorta* pequeña, y además zabazoque, era Ahamed Bennasar.—Cfr. *El Moctabis*, ms. Acad. H.^a fols. 92 y 102.

Aunque en el relato de la recepción se señala la presencia de los comandantes de segunda *xorta*, sin embargo, esta noticia no se refiere a Mohámed Benabiamir—Almanzor—que en estas fechas se hallaba fuera de España. En el año anterior había desempeñado brevemente una misión fiscalizadora en la administración del ejército de Africa;—(cfr. *El Moctabis*, ms. cit., fol. 61 v.^o, v. 69); hacia el mes de julio de 362=973, había sido enviado de nuevo con misión administrativa y política relacionada con los edrisies; para esta misión el califa le había acreditado con el título de Cadi supremo de Marruecos—«Cadi de cadies del Magreb».—Por consiguiente, al celebrarse la recepción no pudo tomar parte en ella, pues no regresó de Africa hasta setiembre del año 363=974.—Cfr. Benhayán, *El Moctabis*, ms. Acad. H.^a, fols. 73, 73 v.^o, 83 y 104.

(4) Este año, por el mes de *recheb*, algo más de dos meses antes de celebrarse esta recepción, desempeñaba este cargo Ahamed Benabdelmelic, famoso personaje del que me ocuparé en otro lugar, al tratar de su nieto el célebre visir y literato Abuámir Benxoháid.—Cfr. Benhayán, *El Moctabis*, ms. Acad. H.^a, fol. 91.

(5) Estos dos cargos se indican en el texto con el título genérico de «depositarios»; pero los «depositarios» eran dos: el del tesoro y el de las armas.—(cfr. *Al Bayano*, p. 164 y *passim*), por eso en la traducción expreso especificadas las funciones de estos altos dignatarios.

(6) De estos hermanos del califa los dos primeros pasaron a la historia con breve mención: Abulasbag, como literato y poeta,—(cfr. Addabi, n.^o 1039 y Benalabar, *Hollato*, p. 107); El Moguira, por su fin desdichado, pues fué muerto por Almanzor, al fallecimiento de Alhaquem II.

(7) En España, bajo los omeyas, el visir conservó al principio el carácter de consejero o ministro único, pero luego, bajo la misma dinastía, las atribuciones del cargo se fraccionaron y se repartieron entre varios ministros; así hubo un visir para las finanzas, otro para recibir solicitudes y reclamaciones, otro para la correspondencia, otro para la secretaría de fronteras y costas, y además el visir de *delegación* y el visir de *ejecución*, especie de canciller encargado de hacer cumplir las órdenes del califa. Los ministros se reunían en un departamento especial llamado *divan*, y comunicaban con el sultán por medio del visir que presidía a los demás y que ostentaba título de *hachib*.

En la fecha de esta recepción el *hachib*, o Primer ministro era Cháfar Benotmán, del que ya queda hecha mención en otra nota; los de más visires, según los datos que suministra Benhayán en *El Moctabis*, ms.

cipes, pero dejando entre ellos un espacio. A continuación de los ministros, tomó asiento Cháfar Benabi El Andalusi (1), mientras que su hermano Yahia Benabi asistía de pie, en la fila de chambelanes de la alta servidumbre.

«Seguidamente llegó el Gran Cadi de Córdoba (2), Mohámmed Benishac Bencsalim (3) con su acompañamiento de magistrados; hicieron la venia y ocuparon sus puestos por orden de jerarquía.

«También asistieron a la solemnidad los dos «despeñados de la Roca» (4), Hasan y Yahia Bencanún que, antes de la ceremonia habían ocupado la cámara interior en el pabellón de las tropas. Hicieron su entrada con la nobleza de Coraix (5), y venían con ellos los hijos de Hasan Bencanún:

cit. fol. 102, eran estos: Abderrahman, hijo del último *hachib*, de Abderrahman III, Musa ben Mohámmed Benchodi ben Abdala Benbédar, también de familia de visires, y cliente del califa; — (cfr. Benpascual, n.º 77) Mohámmed ben Abás; Saad 6. Alhaquem; y el famoso Ahamed ben Abdelmelic Benxohab, ya citado anteriormente.

(1) Estos dos hermanos, Cháfar y Yahia Benabi, aunque nacidos en Africa eran oriundos de España. Su abuelo había emprendido la peregrinación acompañado de su hijo Ali que entonces tenía dieciocho años. Hallándose en Tunicia, Ali contrajo matrimonio, se estableció en el país, y llegó a ocupar altos cargos. En 313=925, fundó por orden del Sultán de Túnez la ciudad de Almesida en el magreb, quedando por gobernador de la ciudad y su distrito. A la muerte de Ali, ocurrida en 334=345-46, le sucedió en el gobierno su hijo Cháfar. Cuando la influencia de los califas cordobeses se hizo sentir con nueva fuerza en Marruecos, bajo Alhaquem II, Cháfar entró en relaciones con los principes zenetes, partidarios de los omeyas españoles. Esto bastó para que el sultán de Túnez le despojara de su cargo y le ordenara comparecer ante su presencia.

Cháfar y Yahia se refugiaron entonces en España, siendo recibidos en Córdoba con el magnifico aparato que describe Benhayán en *El Muctabis*, ms. cit., fol. 7 y sigtes. En 366=976-77, fueron encargados del gobierno de los estados edrisies de Marruecos, pero, poco después, Cháfar parecia asesinado por orden de Almanzor, y Yahia se refugiaba en Egipto, donde moró por el resto de su vida. Los dos hermanos eran hombres cultos y protectores de poetas. Uno de éstos, español, el célebre Benhani, compuso en su honor numerosas poesías, recogidas en su cancionero. — Cfr. Benhayán, *El Muctabis*, ms. cit. fols. 7 y sigts.; Benhami, *Divan*, edic. Beirut, 1885. *passim*, Abenjaldún — Slave, *Histoire*, t. III, pp. 553-557, y *passim*; Benadari, *Al Bayano*, edic. Dozy, t. I, p. 196, 223, 239.

(2) Su título verdadero era simplemente el de «Juez de Córdoba», o «de la aljama de Córdoba»; sin embargo, aunque no tenía jurisdicción sobre los demás jueces de provincia era el cargo más alto de la magistratura española. — (Cfr. Ribera, *Historia de los Jueces de Córdoba por Aljoxani*, p. XXVIII y sigts.)

(3) Mohámmed ben Ishac Bencsalim nació en Córdoba en 302=914-15; emprendió la peregrinación en el año 332=943-44, y aprovechó el viaje para completar sus estudios en la Meca, Medina y Alejandria; a su regreso se dedicó a la enseñanza en Córdoba. Después de haber desempeñado el cargo de *Juez de las injusticias*, fué nombrado en 356=967 Cadi de Córdoba, acumulando en 358=969 el cargo de Ymán o Presidente de la oración en la mezquita aljama de la capital. Murió en Córdoba en 367=977.

Fue hombre de gran ciencia jurídica, predicador elocuente, gramático también y retórico. Todos sus biógrafos le encomian por la austeridad de su vida y por afabilidad y dulzura de su trato. Sin embargo, Benelfaradi, que le conoció personalmente, dice de él que, con toda su llaneza y sencillez, era hombre difícil de penetrar, y astuto. — Cfr. Addabi, n.º 57; Almacari, I, 426; Benelfaradi, n.º 1317; El Joxani, edic. y traduc. Ribera «H.ª Jueces Córdoba» p. 207 y 257.

(4) Cuando los dos hermanos edrisies, Hasan y Yahia, se vieron acorralados por las tropas del califa, buscaron refugio en una fortaleza próxima a Ceuta llamada por su posición *Roca de las águilas*. Sin embargo, apretado el asedio, tubieron que bajar del castillo y entregarse. — A esto alude primeramente la expresión *los caídos o despeñados de la Roca*.

Pero la alusión va más allá: recuerda la conducta de los dos hermanos, de Hasan sobre todo, que hacían despeñar por las escarpaduras sobre los cuales se levantaban la fortaleza a todos los prisioneros que caían en su poder.

Aunque el participio que traduzco por *caídos*, *despeñados*, pudiera significar también *los que hacen caer*, *los despeñadores*, pues no está vocalizado en el texto, lo tomo no obstante en sentido pasivo por el paralelismo que tiene esta frase con aquella otra que emplea también Benbayén en otro lugar de su obra al llamar a los dos hermanos *المستزلين من المدوة los desposeídos o arrojados del litoral*. — (ms. cit. fol. 102 v.º); aquí el sentido de la frase es evidente.

La idea del bárbaro procedimiento empleado por los dos edrisies es tan persistente en el ánimo de Benhayán que aun en esta frase últimamente citada alude a ello con un juego de palabras: la voz *المدوة* que en el texto carece de vocalización, pudiera leerse *المدوة* y, en este caso, la traducción sería: *los arrojados desde la altura*, por alusión a la escarpadura donde se elevaba la fortaleza.

(5) El Trato de favor que recibían los individuos pertenecientes a la tribu de Coraix tenía por razón el haber pertenecido a ella Mahoma y el proceder de ella los califas españoles. Esta tribu dió origen en España a numerosas familias muy ilustres y siempre favorecidas por los califas que llegaron a fijar pensiones para los miembros pobres de la nobleza coraixi. — En Almacari — (I, 132), y sobre todo en Abenházam — (*Chamra*, ms. Acad. H.ª, n.º 6, *passim*) puede verse la genealogía e historia de las familias coraixies establecidas en España.

Alí, Mansur y Hasan, y los demás príncipes Edrisies de Mauritania, tan impacientes por ponerse bajo la protección del califa, distinguiéndose entre ellos, con honor, Hasan y Yahia.

«En pos de los nobles coraixíes rindieron homenaje los clientes (1), luego los cadíes de las provincias, los faquíes y asesores judiciales; en seguida los notarios, los notables del ejército andaluz y africano.

«Resultó una recepción de las más fastuosas y concurridas; pero el centro principal de la fiesta lo constituyeron los oradores con sus discursos, y los poetas con la recitación de muchas y largas poesías, en lo que se portaron magníficamente.

«Una de las más lindas composiciones que recitaron aquel día los poetas fué la de su caudillo Tháhir Benmohámed El Bagdadi, conocido por 'El Mohaud' (2), que recitó una larga poesía. A continuación se presentó su émulo, Mohámed Benchojáís (3), con un largo poema en el cual arremetía demasíadamente (4) contra los Bemihasan [hijos de Canún], derrocados por el esfuerzo del califa. También Abdelaziz Benhosáin (5) aludió a Hasan Bencanún, lo mismo que Abdelcadús Benabdelnahab (6), y benmocháhid El Estichí (7) que, después de elogiar al califa y celebrar su triunfo, trató de Hasan Bencanún». (8)

Realmente tiene razón Benhayán al afirmar que «el centro principal» de la fiesta fueron los poetas. Lo fueron desde luego, por el número y extensión de las poesías que recitaron y que, como es natural, consumieron la mayor parte del tiempo que pudo durar aquella interminable recepción; pero además eran siempre el elemento principal de aquellas fiestas porque, a parte

(1) El puesto honorífico que ocupan en el desfile los clientes del califa se explica por la situación especial que les creaba el hecho de la clientela. Según Abelfajándún, el propio Mahoma habría dicho: «El cliente de una familia es un miembro de esa familia, ya sea cliente por manumisión, por adopción o por contrato solemne; es un privilegio que les pertenece.»

«Cuando el cliente—dice Abenjaúdún por su cuenta—está incorporado a una familia después de varias generaciones participa de la nobleza de su patrón, aunque nunca en el mismo grado que los miembros nacidos en la familia.»—*Prolegóm.*, traduc. Slane, I, 283.

Además, estos clientes, muchos de estos clientes, procedentes en su mayoría de familias españolas y de esclavos esclavos, y todos ellos islamizados, llegaron a ocupar los cargos más elevados y gozaban siempre, por lo menos en vida de su patrón, de situaciones muy favorecidas.

(2) Al decir de Addabi, era, según parece hijo Ahamed Benabitáhir, célebre autor de la Historia de Bagdad. De las palabras del mismo Addabi pudiera creerse que vino a España en tiempos de Almanzor, pero lo que hizo fue pasar al servicio del *hachib*, como otros tantos poetas, cuando este se adueñó del poder.—Addabi, n.º 859.

(3) Abuabdala Mohámed b. Motarrif Benchojáís, gran poeta, dejó correr largamente en sus poesías la vena alegre y algo chocarrera de su ingenio. Fué uno de los poetas que llegó a enriquecerse con el producto de sus composiciones. Murió poco antes del año 400=1009—10, según Addabi—(n.º 276).

(4) Benhayán, al nombrar a estos poetas copia algunos trozos de las composiciones que recitaron en esta ocasión; y cierto, si no en los versos de Benchojáís, que son pocos en la cita, en los versos de El Estichí y en la insistencia de los otros poetas puede advertirse que todos procedieron con poca delicadeza, con poca generosidad; el afán adulador de ensalzar al califa a costa de los príncipes vencidos y en presencia de estos era una falta de tacto y de piedad.

En el original, la frase que traduzco: «arremetía demasíadamente» se expresa: «arremetió contra... y se excedió en esto.»

(5) Abdelazi y Benhosain.

(6) Abdelcadús Benabdelnahab.

(7) Benmochahid El Estichí.

(8) Manuscrito de la Acad. H.^a n.º 2, fols. 93 v.º al 100.

el encanto que pudieran tener sus versos, eran ellos los que, una vez terminado el cansino desfile, al hacer la descripción, el comentario de la solemnidad aquella, al dejar escapar, a veces, entre puñados de metáforas de vivos colores, alguna alusión intencionada y rápida como una abeja, al saludar al califa y pasmarse ante la gloria de aquel día, los poetas se esforzaban en persuadir a los cortesanos que todo aquello valía, por lo menos, lo que vale una ilusión de sueño. - Y muchos de los cortesanos se lo creían.

Con todo esto, y a pesar del papel que desempeñaban los poetas en ocasiones semejantes, a pesar de que en todas las grandes solemnidades de la corte figuran siempre los poetas entre el elemento oficial admitido por el protocolo, pudiera pensarse que su presencia en tales actos supone sólo el desempeño de un servicio; es decir, que los poetas asistían allí como pudieran hacerlo en nuestros días, desde la saleta vecina, los músicos de una banda o de una orquesta. - Pero no es así.

Desde luego, los poetas tenían puesto en esas fiestas por razón de su oficio, y para ejercerlo en tales circunstancias; pero no todos los poetas, no cualquier poeta, por grande que fuera su mérito, si no tan sólo los titulados, esto es, los que, por orden del soberano, y según expresión textual y muy frecuente, habían sido «agregados al número de los poetas.» Ahora bien, ser agregado al número de poetas no significaba entrar en posesión de un título de capacidad profesional, si no recibir el nombramiento de poeta oficial de la corte.

Así, cuando biógrafos, historiadores etc. nos dicen de un individuo que pertenecía a la *chumla* de los poetas, quieren decir simplemente que pertenecía al número de los tales; esa palabra conserva entonces el sentido genérico de suma, totalidad, número; pero cuando se emplea con referencia a individuos de los cuales se dice que, por orden del príncipe, fueron agregados al número de los poetas, la palabra *chumla* adquiere el sentido rectricto de «corporación», porque ese «número de poetas» formaba una agrupación perfectamente organizada y reglamentada en sus funciones profesionales. - Tenemos, pues, a la vista la corporación oficial de los poetas.

Vamos a ver ahora como se fué formando y la reglamentación que la gobernaba.

Primeramente, hay que tener en cuenta que, si bien esta corporación tuvo su origen en la práctica de los soberanos de mantener a su servicio algún poeta, sin embargo, los elementos corporativos que habían de informarla aparecen lentamente; por lo menos, los datos que nos lo dan a conocer son algo tardíos, y además, en los comienzos, bastante borrosos.

Los Omeyas españoles, sobre todo desde Alhaquem I - († 821), tuvieron en la corte algún poeta que, de manera oficial, u oficiosa, cumplía

con su misión de panegirista animoso y perpétuo. A partir de Abderrahmán II - († 852), cuando las costumbres de la sociedad hispano-musulmana comenzaron a volcarse en los moldes exquisitos del Oriente y la corte adquirió unas formas de lujo hasta entonces no empleadas, los poetas, los literatos de todo género, todo lo que supone también exquisitez y boato del espíritu, hallaba para su desarrollo una condición cada vez más benigna: el número de los poetas cortesanos aumentaba, su acercamiento al príncipe se hacía más estrecho, y, al mismo tiempo que la agrupación de poetas acrecía en volumen, comenzaba a consolidarse sobre los elementos corporativos que iban apareciendo. Uno de ellos, y desde luego el más activo para dar estado oficial a la corporación, fué el señalamiento de pensiones. Sin embargo, esos elementos, para dar forma plena a la corporación de los poetas, tenían aún que precisarse con mayor robustez, como lo consiguieron con los califas, y sobre todo con Almanzor, hasta que, tiempo después, llegaron a quedar perfectamente articulados y ágiles en la interesantísima academia sevillana fundada por Almotadid - († 1069)

2-Régimen de la corporación: El ingreso.

Para ingresar en el gremio oficial de los poetas cortesanos era precisa la designación expresa que partía del sultán. En algún caso, su primer ministro, creyendo interpretar la voluntad del soberano, se apresuraba a inscribir a un literato en el «registro de poetas»; pero, como es natural, este nombramiento no tenía firmeza hasta no haber recibido la aprobación del soberano que conservaba siempre su libertad de acción. Así, casos hubo en que el nombramiento hecho por el visir prematuramente fué rectificado sin vacilaciones por el sultán o modificado en sus condiciones fundamentales (1)

Por su parte, el poeta, para merecer el nombramiento, debía presentar su candidatura; esto era de rigor, pero se hacía de una manera muy natural y, sobre todo, con bastante discreción.

El individuo que aspiraba al ingreso, después de componer una larga *casida* o poema alabancioso, después de vencer los obstáculos que le impedían acercarse al sultán, aprovechaba la ocasión de un fausto suceso cualquiera y se presentaba a recitar su composición poética. Quizas hasta lograr aquel momento debió luchar con dificultades de todo género; pero ahora, su esfuerzo anterior podía ser recompensado de dos maneras, o de una, por lo menos, pero casi segura, pues, con la recitación de sus versos, hacía al sultán una petición de dinero, disimulada entre flores y espumas, entre rimas y ri-

(1) Almacarí, 2, 253.

pios, y además, virtualmente, presentaba su candidatura para el ingreso en el gremio oficial de los poetas.

Por poco que valiera el poema, el príncipe no dejaba de conceder una *chaiza* más o menos crecida; pero si el poema le entusiasmaba, quedaba aprobada la candidatura, el sultán ordenaba la agregación del poema a la corporación oficial, y el poeta podía contar desde entonces con una pensión mensual lo bastante generosa para defender su vida e inscrita con todo método en el registro correspondiente.

El Registro de pensiones

Al trazar Adalí la biografía de un gran literato dice que, en tiempos de Almanzor, se llevaba en la chancillería un registro de los poetas pensionados, (1) Supongo que, con estas palabras, no quiere dar a entender que fuera Almanzor el primero que tuvo a su servicio poetas asalariados. Esto sería del todo inexacto. Lo que ocurría era que tales poetas, en lugar de tener señalada una pensión fija, consignada por mensualidades, recibían en el año varia *chaizas*, las unas periódicas, y en tiempos determinados, las otras, según las circunstancias. Las primeras correspondían a las solemnidades de las dos Pascuas, la de los Sacrificios y la de final del Ramadán, a los regocijos de S. Juan, cuya fiesta celebraban también a su modo los musulmanes españoles, y a la celebración del Año nuevo; las otras se producían con una ocasión cualquiera que diera pretexto al poeta para componer un poema dedicado al príncipe: el nacimiento de un hijo, su circuncisión, el restablecimiento de la salud, la terminación de un edificio real, unas bodas, y, sobre todo, las victorias sobre el enemigo, eran circunstancias en extremo favorables. (2) Pero como éstas no se presentaban con la debida frecuencia, los poetas procuraban aprovechar con toda presteza y, darle luego, íntima gratitud, otras muchas ocasiones más modestas pero que podían resultar beneficiosas. Entonces, la condición del Sultán, su temple en aquel momento, el placer que gustara en la composición, su estimación del poeta determinaban la cuantía de la *chaiza*.

Ahora bien, en circunstancias tales, el registro de pensiones no tenía razón de ser puesto que las dádivas que recibían los poetas no tenían definidamente el carácter de pensión.

(1) N.º 342.

Además de Almanzor, este registro lo tuvieron también todos los soberanos de las taifas, y posteriores; así consta positivamente que existía en la cancillería de Almotamid—(El Marracoxi, edic. Dozy, 81), y Abdelmumen.—(Almacari, 2, 253). Se le llamaba simplemente «Registro» o «Registro de poetas»—(Addabi n.º 890); «Registro o Divan de provisiones»,—(Addabi, n.º 342); Divan de donaciones»—(ibid.); «Divan de poetas»,—(El Marracoxi, 81).

(2) Cuando los soberanos regresaban victoriosos de alguna *gaza* o expedición de guerra solían solemnizar el acto con alguna recepción en la que tomaban parte principalísima los poetas; era ésta una de las ocasiones más propicias para obtener buena *chaiza* y avanzar en la carrera. A veces también, antes de emprender la expedición militar, nombraban a uno o varios poetas para que les acompañase en ella y pudiera cantar con más conocimiento sus empresas.

Su establecimiento, sin embargo, tampoco puede atribuirse a Almanzor, pues las había concedido ya Abderrahmán II; lo que hizo el *hachib* fué intensificar el procedimiento y quizás organizarlo con más método. Almanzor era un hombre peritísimo en asuntos administrativos; antes de revelarse como gran general, certero y fulminante, los cargos con que había comenzado en la corte su prodigiosa carrera eran de carácter burocrático: había sido intendente de los bienes del príncipe Hixem, curador de las herencias de huérfanos, director de la Casa de la moneda e inspector de cuentas, con misión especial en el ejército de Marruecos. Así, ahora, cuando se trataba de derramar dinero, con entusiasmos más o menos sentidos, entre los poetas que le servían con sus versos, quiso despilfarrar con aire serio, con la cautela y método de un hombre de negocios. El procedimiento éste de las pensiones reguladas no sólo resultaba práctico, expeditivo y aun relativamente económico si no que además poseía mayor eficacia para servir los intereses del ministro, pues los poetas inscritos en el registro quedaban ligados a su protector por unas ataduras que ellos mismos tenían interés en mantener.

El número de poetas pensionados inscrito en el registro de Almanzor era crecido, pero, como todo se hacía con método, los poetas figuraban allí, no por orden de antigüedad en la inscripción, si no por orden de mérito - el mérito que le adjudicaba el mismo *hachib*. Como es natural, la importancia de la pensión o sueldo, anotado también en el registro, era correlativa al lugar que en él ocupaba el poeta. (1)

La pensión que Abderrahmán II había señalado al famoso cantor Ziriab subía a doscientos dinares mensuales (2); sueldo enorme, pero merecido ampliamente, a mi juicio, por razones que quizá exponga ocasionalmente en otro lugar,

La pensión concedida por Almanzor el poeta Sáid de Bagdad (3) fué de treinta dinares al mes (4), con la cual se podían sentir muy satisfecho, pues muchos personajes con altos cargos en la corte, en la magistratura, en el ejército sólo cobraban la mitad; (5) el mismo Almanzor había percibido tan solo quince dinares mensuales por su cargo de intendente de los bienes del príncipe heredero (6). Así pues, la situación económica de los poetas

(1) Así parece indicarlo Apdabi al decir que los poetas «eran proveídos mediante ese registro según sus categorías.»—N.º 342. Además esta categoría se expresaba en el registro por el lugar que en él ocupaba el individuo. Así, Addabi también—(n.º 1036), hablando de un poeta dice que su puesto entre los demás poetas de aquella corte era en el libro registro después de tal otro poeta.

(2) Almacari, 2, 110.

(3) Natural de Bagdad, vino a España en tiempos de Almanzor que lo admitió generosamente a su servicio. Son famosos los lances que corrió este hombre ingenioso y audaz en la corte cordobesa donde se vio siempre hostigado por la malquerencia de los otros literatos cortesanos. En realidad, como tendremos ocasión de ver al ocuparnos de propósito de este individuo, si no carecía de méritos, su fullería en cuestiones literarias justificaba en parte la enemiga que le mostraron sus compañeros. Murió en Sicilia en 417=1026.

(4) Almacari, 2, 89.

(5) Véase la nota , pag.

(6) El príncipe a que se alude no es Hixem sino Abderrahmán, primogénito de Alhaquem.

pensionados era descarada, porque aún cuando no todos ellos, ni la mayor parte siquiera, podían aspirar a ser igualados con Ziriab o con Sâid en punto a favor con el príncipe, esto no obstante, la cantidad consignada a cada uno en el registro no sólo podía ser aumentada - lo fué en muchas ocasiones - (1) sino que representaba el *minimum* fijo que percibía el poeta mensualmente, sin cerrarle además el paso a otras aspiraciones. El poeta pensionado, al igual de los otros poetas no agregados a la corporación oficial, y aún con más empuje que éstos, podía aspirar, según sus aciertos y según las circunstancias, a recibir varias *chaizas* que con frecuencia excedían en mucho a la pensión de todo un año; y quizás una *chaiza*, una sola, aquella milagrosa y siempre soñada, que le hiciera rico. - Así, este mismo Sâid, el día en que fué inscrito en el registro, recibió de Almanzor, entre otros regalos, la suma redonda y bastante agradable de mil dinares. - Una suma enorme. (2)

-Obligaciones de los poetas pensionados

La primera y muy natural era la fidelidad a la causa del príncipe que le pagaba. Pero una fidelidad demostrada según los recursos particulares a los poetas, es decir, en verso; y, por lo tanto, según el modo propio de la poesía, esto es, embelleciendo, o, más claramente, exagerando. Versos, muchos versos, muchos elogios en todos esos versos; pero los elogios, cadenciados, rimados con arte perfecto, aunque la verdad quedara hecha ripios; esto es lo que se les pedía.

El oficio de aquellos poetas, entendido de esta manera, podía resultar a veces algo comprometido, quizá peligroso; pero en aquel tiempo estaba en alto ejercicio la alquimia, y como además el exceso de imaginación llenaba en el espíritu de los poetas el espacio que dejaba vacío la falta de escrúpulos, puede afirmarse que en general, estaban maravillosamente capacitados para el oficio de panegiristas.

Este debían ejercerlo de manera oficial y por razón del cargo, por lo menos, dos veces al año, en las solemnidades de las dos Pascuas, para las cuales debían componer las *casidas* que luego habían de recitar en la gran recepción.

Pero, además de estas dos ocasiones periódicas, solían producirse otras varias durante el curso del año, con diversos motivos, y también de carácter solemne, pues se celebraban con recepción de corte. En todos estos casos, el poeta recibía un gran honor con ser llamado a recitar sus composiciones delante del Sultán y de lo más distinguido de la sociedad; el cronista del so-

(1) Cfr., por ejemplo, El Marracoxi, p. 72.

(2) Almacari, 2, 89.

berano registraba el nombre del poeta en los anales del príncipe y aun insertaba en ellos los trozos que más le habían impresionado en las poesías recitadas; pero a parte este honor, que recibía el poeta, recibía también una *chaiza* que nunca despreciaba.

Sin embargo, en las festividades éstas de tanto aparato, la labor de los poetas era de mucho compromiso; no ya porque su composición había de recitarse ante los principales personajes del Estado, entre los que abundaba la gente de gusto y quizá los de humor descontentadizo, si no porque, como todos los poetas habían de discurrir sobre el mismo asunto, los términos de comparación se fijaban con más justeza, y, al resultar más fácil aforar el caudal de inspiración y el valer de unos y otros, la emulación se enconaba y el amor propio quedaba con frecuencia bastante lastimado. Ya iremos viendo, al historiar la vida y hazañas de algunos poetas bohemios, que, después de todo, y con leves salvedades, esta pobre gente tenía merecida la *chaiza*.

Más merecida aún cuando el califa, el sultán, el príncipe que fuese fallaba por adelantado y encomendaba de manera especial a uno de sus poetas el relatar una expedición victoriosa contra los cristianos, por ejemplo, o saludar con muchas zalemas y con muchos versos al embajador de una corte extranjera.

En caso como éste, un literato de grandes recursos poéticos, El Calí, sufrió el mayor fracaso de su vida. Fué cuando la llegada a Córdoba de una famosa embajada enviada por el emperador de Constantinopla, Abderrahmán III, satisfecho enormemente con tal homenaje, quiso deslumbrar de todas maneras al embajador bizantino. El aparato escénico de la corte era de un fausto que siempre impresionaba, pero como el califa quería además para la fiesta un vocero, un poeta de olocuencia igualmente opulento, pidió consejo sobre el asunto a su hijo Alhaquem, que entendía bastante de letras. El príncipe, a quien el biógrafo Adalí parece reprochar esta elección, designó al célebre Abnalí El Calí. (1) En realidad, la elección resultó desastrosa: lleno el salón del trono, el maravilloso salón que visitaremos en otro libro, suspensos en atención todos los personajes, Abnalí se adelanta ante el embajador, el califa, curioso y satisfecho, le sigue con la vista; el poeta hace alto, se turba, suda, quisiera que el suelo se lo tragara . . . pero no pasa nada. Un inmenso bochorno para él, que hubiera sido también de gran bochorno para el califa y toda la corte si no hubiera terciado intrépidamente otro literato que improvisó una magnífica oración de saludo. (2) - Yo no sé lo que debió

(1) Abualí el Calí nació en 288—901, cerca de Bagdad; vino a Córdoba en 330—919—13, donde fué admirablemente recibido por Abderrahmán III que le nombró preceptor del príncipe heredero, Alhaquem. Su influencia en la corte y entre los literatos fué enorme, y se prolongó mediante su obra famosa «Los Ditados». Murió en 356—967.

(2) Benjacán, *Matmah*, 38; Addabi, n.º 1357.

ocasionarle a El Calí, por parte del irritable califa, un fracaso tan grande y de tanto riesgo para todos, pero es indudable que, de haber salido airoso hubiera recibido una espléndida *chaiza*. Indudablemente, en tal caso, no hubiera faltado algún cortesano de poca renta, algún faquí con algo de gota, y una porción de medianías en buen estado que hubieran murmurado de la *chaiza* y de otras cosas, porque todo triunfo es un exceso, y de los más difíciles de perdonar porque no todos lo pueden cometer; pero visto el asunto en perspectiva, con las ventajas que da la distancia en estos casos, no hay duda de que a veces se exigía a los poetas lo bastante para justificar la espléndidez de los sultanes. - Aunque sólo sea de paso conviene tomar nota de esto porque luego traeremos a cuento el gran debate sobre la licitud de las *chaizas*.

Hasta ahora hemos visto a los poetas pensionados en los momentos solemnes de su oficio; pero no todas las ocasiones en que el príncipe, por su honor o su capricho, exigía a los poetas la prestación de su arte tenían este aparato ni tanto riesgo; había circunstancias más modestas, que eran también los más habituales y desde luego las más gratas. Me refiero principalmente a las tertulias.

Después del provecho de la pensión, el poeta agregado a la corporación oficial recibía el honor de ser admitido a las tertulias literarias que se celebraban en el alcázar; (1) de ordinario, bajo la presidencia del sultán, y en algunos reinados semanalmente, en día fijo.

Claro está que el carácter de estas reuniones - ya lo iremos viendo al estudiar en otra obra las diferentes cortes - variaba mucho de un reinado a otro; variaba tanto como el carácter y criterios del soberano; pero en general, los que admitían en ellos a sus poetas no ponían en estos actos todo el aparato y frialdad de un Ahmotadid, por ejemplo, si no que, bien al contrario, lo que ocurría con frecuencia, lo que el hijo de Ahmotadid practicó con pronta alegría, fué el convertir muchas veces estas tertulias en partidas de placer. - Como es natural, las reuniones éstas adquirían entonces un nuevo carácter, sin perder enteramente el suyo propio.

Lo mismo las unas que las otras, en el alcázar de la capital que en las quintas y castillos situados en lugares escondidos y placientes, siempre tenían un ritmo movido y jovial, pero *con espressione*; con un acento de lirismo poético, elegante y fácil, que daba cierto tono literario a esas fiestas de olvido.

En ellas se reía, se cantaba, se hacían prolijas libaciones, pero además - eso siempre ¡edad aquella! - se recitaban poesías, se improvisaban, se criticaban... ¡y otra vez

(1) Almacari, 2, 89.

«a beber en las copas dulces rayo de luz.» (1)

A las tertulias literarias que se celebraban en los días señalados ya de antemano tenían entrada los poetas de la corporación oficial y los cortesanos invitados. Aun con los personajes en relación con el príncipe, en esto de las invitaciones se obraba con severidad. Así Almotamid, tan fácil e indulgente en estas materias, desterró de Sevilla a un visir y literato muy calificado por haberse presentado en una reunión o tertulia sin la invitación de rigor. (2) Con mucha frecuencia, estas invitaciones lo mismo para tertulias que para fiestas - y ya he dicho que unas y otras se comunicaban lo que les era propio - se hacían versos. Con las que nos han conservado diversos autores se podría formar una colección, muy dispada de tono y de programa.

Algunas de ellas irán apareciendo en otro libro; pero, por de pronto, y como muestra, voy a insertar aquí una cualquiera, la primera que se me viene a las manos en mis apuntes. Es la que dirigía a un amigo suyo uno de los hijos de Almohacem, sultán de Almería:

«Pues que la juventud
Obtiene su placer
Cuando del breve día
Rompe el amanecer,
Abuámir amigo,
Madruga y ven conmigo,
Que vamos a beber.
Ven antes que el levante,
Con su mano en ardores,
Las lágrimas enjague que el rocío
Dejó en las mejillas de las flores.» (3)

Este era el tono general de invitaciones. Y no cabe dudar que, si la existencia a las reuniones literarias con el sultán era una de las obligaciones de los poetas pensionados, debían cumplir con voluntad muy holgada una obligación que tanto les honraba y divertía, y de la que tanto se aprovechaban también para obtener las chaizas. En realidad, aun con los príncipes de más respeto, la asistencias a sus tertulias era sólo un servicio de diversión y de holganza.

(1) Verso de Bensahel, poeta de raza judía, convertido sospechosamente al islam; había nacido en Sevilla, estuvo en relación con los mejores literatos españoles de su tiempo, y después de una vida bastante bohemia, moría probablemente, en 646=1248-49.

En el texto árabe, lo que en la traducción pudiera tomarse por un verso entero, no es más que un hemistiquio de metro *jafif*.—Cfr. Saualah (Moh.), *Ibrahim Ibn Sahl*, Alger, 1914-1919, p. 75.

(2) Este individuo era Abulmotárrif, antiguo visir del Sultán de Zaragoza.—Cfr. su biografía por Benbasam en Dozy, *Recherches*, 1.^a edic. I, 167.

(3) Estos versos fueron ya traducidos por Dozy, *Recher.*, I, 167.

- Anda; - decía Abderrahmán III a un individuo que asistía a su tertulia - lanza unos versos contra el visir Abdelmélíc.

- Señor, no; le tengo miedo.

- Pues anda tú, Abdelmélíc; dile algo a éste.

- Temo por mi reputación, Señor.

- Bien; lo haremos los dos, y empiezo yo.

Efectivamente; el califa estaba de excelente humor; rompió con un verso, y saltaron las pullas de una parte y otra, pero sin grave daño, porque sólo se hacía con la buena intención de reír. (1)

- Disciplina de la corporación.

Para poner algo de orden en aquella cofradía bulliciosa y traviesa, los poetas pensionados se hallaban sometidos en sus relaciones oficiales con el sultán a una discreta disciplina. Así, el secretario encargado de llevar el libro registro de poetas tenía a la vez sobre ellos unas funciones algo así como de intendente: de él recibían las pensiones, por su medio se les comunicaban las órdenes del soberano, a él presentaban sus peticiones y quejas, el despachaba los asuntos del oficio, ponía paz y orden entre los pensionados y, probablemente, intervenía como asesor cuando se trataba de agregar un poeta o de expulsarlo. (2)

Lo que me pone en tal sospecha es ver que, en tiempos de Almanzor, cuando la corporación ésta aparece más organizada, el cargo que pudiéramos llamar «intendente de poetas» lo ejercía un literato de mérito de quien se dice a este propósito de que era crítico eminente, delicado catador en poesía. (3) De todos modos, aunque solo ejerciera funciones disciplinarias y administrativas, debía poseer conocimientos literarios suficientes para no hacer mal papel entre tanto poeta.

Cuando el poeta no sabía contenerse dentro de los límites de esta disciplina, se le privaba de la pensión y del título, y, borrado del registro, dejaba de pertenecer a la ilustre corporación.

Los motivos que podían dar ocasión a tal medida variaban grandemente según el buen o mal talante del sultán, pues era él quien creaba y apreciaba la figura de delito. Sin embargo, las causas más ordinarias y generales se pueden reducir a tres capítulos: deslealtad con el príncipe, falta de probidad literaria y mala conducta moral. Pero como la conducta de un poeta de aquellos para ser considerada como mala hasta ese punto tenía que ser pésima, y como en esta apreciación cabían muchas vacilaciones, quedan como

(1) Addabi, n.º 775.

(2) Addabi, n.º 890.

(3) Addabi, n.º 890.

motivos corrientes de expulsión los otros dos: el de orden político y el de probidad profesional.

Los poetas titulados no tenían más que cobrar sus pensiones con bastante tranquilidad, y dedicarse con la misma a componer sus poemas. Esto era lo que hacía la mayoría, y no les iba mal con un oficio que, entendido de esta manera, resultaba ameno y casi sencillito. Pero algunos aspiraban a más. Precisamente, lo que les molestaba, sin duda, era esa misma sencillez, y por eso pensaban que, puestos a hacer tonterías, éstas no serían de mérito si no eran complicadas. Entonces se dedicaban a la política. Y esto, si dada su posición y la condición de los tiempos, resultaba enormemente complicado; y de ordinario bochornoso, pues si alguno procedía movido de entusiasmo por una noble causa, la mayor parte de los que se lanzaban a estos azares lo hacían tan sólo por hallar mejor postor. Como es natural, en esta deserción se procedía por tanteos, y en esos tanteos consistía aquella política.

Ahora bien, en asuntos semejantes, los sultanes se mostraban celosos por extremo; un paso en falso, unos versitos reticentes, una *casida* alabanciosa en honor de un personaje recelado levantaba en seguida los rencores del príncipe, y la consecuencia inmediata era la expulsión. En este punto, la conducta de Almotacem de Almería resulta edificante, pero del todo excepcional.

La falta de providad literaria o la incapacidad, reconocida posteriormente, fueron motivos que se hicieron valer algunas veces para lograr la expulsión de un poeta.

Digo lograr porque, en este caso, no era de ordinario el príncipe, si no los mismos compañeros del poeta o algunos cortesanos quienes descubrían el fraude y lo perseguían ante el sultán con el ardor sin fatiga con que la mesta levanta y persigue la pieza.

El plagio se practicaba con abundante descaro; historiadores y escritores de todo género copiaban hurtadamente largas tiradas de otros autores con el mayor candor y sin empacho; pero los poetas eran más exigentes; sobre todo los poetas de la corporación, es decir, aquellos que, agrupados en torno del sultán, se disputaban con emulación enconada los puestos de más honor y las *chaizas* de más provecho. Su exigencia con las faltas de los otros, era consecuencia muy natural de la concurrencia; se comprende que, en circunstancias semejantes sintieran un celo animoso y vigilante para perseguir el fraude literario de sus compañeros; el admirable celo de literatos cofrades. Pero de esta alquimia que disolvía en elocuencia tanta hiel no tenían ellos la culpa, en realidad; la culpa era del sultán, cuya presencia, manifestada de tantas maneras en la corporación, obraba una especie de acción catalítica.

A veces - ¡Oh, si! y ahora tenemos oportunidad de conocer algunos

casos -; a veces, digo, quienes cometían el fraude eran ellos, los acusadores. Ellos insertaban en una obra cualquiera algunos versos de un poeta para acusar a éste de plagio y poder presentar al incauto príncipe la obra misma de donde los había tomado, el lugar preciso en que podían leerse aquellos versos que el poeta había recitado como propios, y que, en verdad, no eran malos, pero tampoco eran suyos.

Ellos afinaban el sentido, consultaban, releían a ver si en los poemas antiguos lograban tropezar con algunos versos recitados también por un entrañable compañero.

Ellos, después de seguir los pasos muy de cerca y con mal ánimo a un gran poeta, de verdadero mérito, Bendarrach El Castalí, (1) formularon su denuncia ante Almanzor y le pidieron que expulsara de la corporación a El Castalí, pues «no merecía figurar en el registro de pensiones» por incapaz y por plagario.

Almanzor recogió la denuncia, pero procedió con calma y prudencia; en el próximo jueves debía celebrarse en sus salones la tertulia literaria de costumbre, y el visir prefirió esperar hasta ese día.

Llegó por fin la tarde de aquel jueves; el salón se hallaba lleno de literatos y cortesanos cuando se presentó Bendarrach El Castalí. A su saludo respondió Almanzor dándole cuenta de la acusación que pesaba sobre él y afeándole su conducta.

El momento era apurado. Almanzor que mimaba a los poetas y repartía entre ellos el dinero con cierta largueza entre franca y metódica, no podía sufrir en modo alguno que le engañaran con engaño de tal naturaleza que, al mismo tiempo que le ponía en ridículo, descubría su flaco. - Tenía varios, como ocurre con frecuencia; pero en estos asuntos su flaco principal era gustar con exceso que los poetas le cantaran, sin ser él muy perito en el arte.

Pero no es decir que no entendiera de versos - ¿No era un verso de metro *basit*, limpio de medida, lleno de intención y de cadencias, aquello de

«Contra el destino airado me basta tu gracia, tu favor me retorna la suerte que se escapa»?

Aquello lo decía el Castalí en medio de salón. - Puesto que sus amables compañeros le acusaban de mañero y plagario, la mejor réplica que podría hacer sería refutar esas calumnias con unos versos improvisados; pero con agilidad, con fuerza también, de manera valiente y precisa para herir con acierto.

El poeta, al comenzar esta *casida*, que se hizo famosa, había buscado

(1) Abuomar Ahamed Bendarrach El Castalí, gran poeta, uno de los mejores de la España musulmana, murió hacia el año 420=1029.

discretamente el amparo del visir «contra el destino airado»; pero todo lo que dijera en este sentido tenían que ser, o podían ser, simplemente lugares comunes tan manidos que no habían de prestar gran eficacia a la defensa; quiero decir, que no serían capaces de demostrar por sí mismos la facilidad de improvisación que le negaban.

En cambio, en lo que ahora añade, si el movimiento se demuestra andando, la refutación que hace Bendarrach, El Castalí es contundente, definitiva; juegos de palabras alusiones, citas de poetas antiguos, preciosismos retóricos, todos los recursos y artificios de la poesía árabe se hallan en esta admirable defensa; y todo ello improvisado con una viveza y una seguridad extraordinarias; y además en versos sonoros, tersos, de factura irreprochable.

Con mucho tino, el poeta procura asociar a su caso el nombre de otros antiguos poetas - ¡y qué nombres aquellos!

No; no es él el primero que se vió envuelto en tales sospechas por su facilidad de improvisación. También se vió acusado Imrulcais, el victorioso porta estandarte de la poesía; también «la poesía tuvo prisionero y en grillos» a El Achá; ¿y qué? El Achá hizo su siesta tranquilamente, y luego bebió. (1) Pero además, ¿cómo puede creerse que él, que posee un mar desbordante, vaya a beber inspiración en chartales medio secos? De todos modos, a fin de alejar hasta la última sospecha, ahí está él para que la verdad se examine y se manifieste diáfana como a través de un cristal. Así, en honor de Almanzor, va a proceder al elogio del visir y a disipar recelos y dudas, pues tiene en su boca la manera más segura de lograrlo. Por lo tanto, que él, el visir, escoja lo que prefiera: poesía de graciosa invención, epístolas en estilo rimado, discursos en prosa, alocuciones . . . Si quiere, le ofrendará en sus versos un brocado recamado, y en él, como en húmedo verjel, le mostrará el agua, las flores, las luces, el césped. Si lo prefiere, le brinda la descripción del caballo vencedor en la carrera; y le hará sentir en versos la presencia del caballo, y el arrancar, el esforzarse al acercarse a la meta, el galopar. . . » (2)

Estaba bien - El largo poema de Bendarrach El Castalí, esa larga *casida* improvisada, de la cual sólo se conserva este fragmento, convenció plenamente a todos los que asistían a la tertula. Es decir, que ni siquiera era preciso convencer a todos pues los demás poetas, aquellos sobre todo que le acusaron sabían muy de sobra lo que valía el Castalí, por eso de que la envidia raras

(1) Maimún Bencáis El Achá, poeta oriental, panegirista y gran satírico, muy fácil en la improvisación, como cierto día le preguntaran maliciosamente si se valía de ayudas para componer sus poemas, pidió que le encerraran a sola en una habitación hasta haber compuesto un poema; y así se hizo. En uno de los versos compuestos en el encierro decía El Achá:—*La poesía me tuvo aprisionado en su morada*. Como se ve, la frase de El Castalí: *La poesía tuvo prisionero y en grillos*. . . es alusión evidente, mejor dicho, es una cita casi textual del antiguo poeta.—El Achá murió en los primeros años de la *hégira*, 629 de Ic.

Sobre la anécdota ésa a la cual alude El Castalí, cfr. Bencotaiba *Exxir u Exxora*, edic. del Cairo, 1332, pag. 45.

(2) Addabi, n.º 342.

veces se equivoca. Pero el triunfo fué todo de Bendarrach Almanzor, admirado de las dotes del gran literato, ordenó que le dieran cien dinares, y «le confirmó su puesto en la corporación de los poetas.» (1).

Casos como éste se dieron varios entre los musulmanes españoles; y en ellos siempre triunfa la justicia, y el poeta acusado, después de sincerarse, recibe del sultán una lucida compensación; son casos verdaderamente confortantes, capaces de despertar en algún escritor algo así como cierta nostalgia de no haber escrito en árabe - Sin embargo, no los pongo aquí porque ya irán apareciendo a su tiempo, y además porque pienso que con lo dicho hay ya bastante para formarse una idea, por lo menos esquemática, de lo que podía ser aquella corporación oficial de poetas.

Hubiera querido pormenorizar más, penetrar más adentro en sus funciones y organización, pero los autores árabes que he manejado para esto no hablan con intención de informarnos a cerca del asunto, si no que lo rozan por incidencia, de manera oblicua, dejando caer a veces nada más que una alusión, quizá sólo una palabra, de tal modo que si he podido reunir algunas noticias ha sido interrogando apuradamente los textos.

Lo mismo sucede con la Academia sevillana en la que la corporación de poetas adquiere su forma última, la mas organizada y plena.

3-La Academia sevillana de poetas

Poco es lo que nos ofrecen los autores arábigos a cerca de esta curiosa institución, pero basta, no obstante, para certificarnos de su existencia y para poder trazar en esbozo, las líneas primeras de su organización.

Desde luego, se trata de una realidad, no de una interpretación mía, ni de la atribución arbitraria del título y funciones de academia. Es decir, el título ese no lo llevaba, claro está, pero todo lo que comprendemos hoy bajo ese nombre se hallaba también en la institución sevillana: En tiempos de Almotadid y probablemente bajo el reinado de su hijo, aunque esto ya no consta documentalmente (2), existía en Sevilla una sociedad de literatos que tenía por finalidad alentar el cultivo de la poesía mediante la celebración de actos culturales y al favor de ciertas ayudas de orden económico, esto se llama con entero rigor una academia; y como la institución ésta había sido creada por el príncipe, y se desenvolvía bajo su vigilancia y merced a su favor, era plenamente una academia oficial, una Real Academia.

La existencia de una tal corporación entre los musulmanes españoles

(1) Addabi, *ibid.*

(2) En el texto se dice simplemente «bajo la dinastía abadí», y por lo tanto debe entenderse que tal institución existía por lo menos bajo el reinado de Almotadid y Almotamid. Del primero no hay duda que fué gran protector de poetas y protector sincero, pues gustaba de la poesía y él mismo la cultivaba. De su hijo, no hay qué decir: fué el ídolo y la víctima de los poetas.

en un momento de su historia el más favorable para dar nacimiento a esa institución, no tiene nada de extraño; es más, estudiando con atención cómo nació y funcionaba la corporación de poetas, se podía presentir ya como inminente la formación de la academia. La agrupación de los poetas en torno del príncipe, las tertulias literarias que con él celebraban habían llegado a dar al agrupamiento aquél algo del carácter de Academia, y a las reuniones ésas, el tipo libremente esbozado de sesiones académicas.

Algunas de estas agrupaciones de poetas cortesanos tomaron ciertas maneras de las que habían usado ya los individuos de una antigua academia y que habían de usar hasta el enfado los miembros de las academias aquellos que florecieron tanto en Italia, doradas por el sol del Renacimiento. Me refiero a los seudónimos y apodos de tipo literario. En la academia cortesana de Carlomagno, los individuos que a ella pertenecían usurpaban como nombres de guerra, y con una naturalidad que hacía sonreír a un historiador al hablar de esta academia, los nombres famosos de David, Flacco, Homero, Dametas, Mopso . . . ; los sobrenombres que tomaban los académicos renacentistas, esos sí, harían sonreír con frecuencia, y motivadamente.

Esta costumbre que vemos en instituciones idénticas pero tan distanciadas en el tiempo, parece que, por eso mismo, por su constancia en surgir y repetirse cuando se repiten las mismas circunstancias, es decir, cuando nacen, un poco infatuadas e ingenuas, esas sociedades literarias, parece, digo, que podría considerarse como signo que denunciara la presencia de una institución semejante. Pero aunque no se le conceda el valor de signo auténtico, es un indicio que despierta la atención.

Pues bien, semejante costumbre aparece también empleada por una agrupación de poetas musulmanes, allá en el siglo trece, en Alepo, y creo que en este caso tiene una significación especial. El hecho nos es referido por el célebre literato español Bensaid el Magrebi que, en esta ocasión, se limita a contar un episodio de sus largas andanzas. Llegado a la corte de Alepo, el sultan mismo le informa de que sus poetas acostumbran a tomar por apodo el nombre de un pájaro; y luego, chanceando, le propone que él se llama «Rui señor.» (1)

El uso éste entre los poetas de aquella corte tan literaria, si no basta para probar la existencia de una agrupación con el carácter de academia, señala a mi ver, y por analogía con la costumbre de los literatos en las cortes de Carlomagno y de los Médicis, por ejemplo, un momento en la evolución de la corporación de los poetas cortesanos hacia la academia que aparece en Sevilla. Es el momento dichoso y poco repetido en que los poetas agrupados

(1) *Apud* Almacari, 1, 451.

en torno del príncipe, sin dejar de estar a su servicio, comienzan a perder algo de su condición de coro asalariado para entontecer al sultán con elogios y divertirles a ratos, y son ya pensionados y favorecidos no sólo para prestar un servicio si no para que puedan aplicarse con más holgura al cultivo de la poesía. Noble propósito, no del todo desinteresado de los provechos que podían ofrecer los poetas con sus composiciones, pero que es un peso grande y magnífico en la dignificación del arte.

Este paso, en la España musulmana, lo dieron pocos sultanes; casos aislados de protección a un hombre de ciencia, a un cantor, a un literato, y protección que vertía directamente en provecho de los estudios, en favor de las letras, se dieron bastantes; pero acuciar a los poetas de la corte, a los pánegiristas de oficio, acuciarles al trabajo y disciplinar su actividad literaria de manera que rindiera más provecho a las letras, esto se hizo en Sevilla, por medio de la Academia creada bajo la dinastía de los Abadíes. La finalidad de esta institución, lo que la define últimamente como tal academia, es el carácter que tienen sus reuniones, no son las fiestas oficiales en que los poetas soltaban sus rimas y sus elogios por encargo; no son las tertulias aquellas en las que, con disfraz de pasatiempo literario, poetas y príncipes se entregaban a larga disipación; son reuniones graves, a solas con el sultán, reuniones protocolizadas a caso demasiado solemnes, verdaderas sesiones académicas, estimuladoras del trabajo y un poco aburridas quizás para aquellos poetas de temperamento tan poco académico.

Régimen de la institución

Primeramente, para ingresar en la academia era preciso ser poeta, y no un poeta cualquiera, si no poeta de verdadero mérito. El mérito debía acreditarlo ante los miembros de la corporación, mediante la recitación o lectura de alguna composición poética.

Pero aunque la composición recitada fuera capaz de mostrar con holgura la capacidad del poeta, el espíritu de cuerpo, el honor corporativo de que se mostraban tan celosos los miembros de la academia, les apretaba a extremar sus exigencias, de manera que se resistían a admitir entre ellos al poeta que no estuviera ya consagrado por la fama. - «Es una vergüenza que este principiante pueda ingresar entre nosotros.» decían los individuos de la academia con referencia a un gran poeta al que creyeron novicio porque no se había dado a conocer.

Aunque los miembros de la academia decidían de primera intención sobre la aceptación o repulsa de una candidatura, su fallo quedaba siempre a resultas de la refrendación del sultán, sobre todo si había sido favorable a la admisión, pues, en este caso, el sultán podía o no considerarse satisfecho del

acuerdo al conocer al nuevo miembro de la academia: llegaba el día de celebrar una sesión a la cual acudía por vez primera el recién admitido; éste daba lectura de su composición poética, el sultán escuchaba curiosamente por tratarse de un neófito, y si al sultán le parecían ramplones los versos, es muy seguro que, aun en contra de la academia en pleno, despidieran malamente al nuevo electo - Esta contingencia tan posible, tan probable fué utilizada ladidamente por los académicos en cierta ocasión para desembarazarse de un poeta.

Al frente de los demás miembros de la corporación figuraba uno de ellos investido con la jefatura o presidencia y llamado Jefe de los poetas. El cargo éste lo confería el sultán. Sin embargo, y a pesar del título y del cargo, no consta con claridad que su poseedor estuviera revestido de funciones de gobierno o de jurisdicción sobre la academia y sus individuos, aunque siempre le concedía, eso sí, una presidencia y precedencia de honor.

Actos académicos

Los miembros de la academia, como individuos de la corporación oficial de poetas - la academia sevillana no es más que la forma última y acabadamente organizada de la antigua corporación de poetas - tenían las obligaciones aquellas de que hablé más arriba.

Unicamente que para los poetas de la academia, algunas de estas obligaciones se muestran más reguladas y parece también que se realizaban con más finalidad literaria, con mayor intención cultural. Así, ya vimos que, al lado de los sultanes, los poetas tenían por oficio el alabarle infatigablemente con versos en las grandes solemnidades del año, y amenizarle las horas cuando eran admitidos a sus tertulias; esas tertulias que empezaban con versos y terminaban con canciones y música de copa. Aquí, no; las reuniones de los poetas con el sultán tienen todo el aparato, todo el aire de verdaderas sesiones literarias, académicas celebradas con toda formalidad.

Empiezan ya por ser formales en el señalamiento periódico, para su celebración, pues las sesiones solemnes se tenían con regularidad, en día fijo: «Para reunirse con el sultán tenían designado [los poetas académicos] un día [a la semana], reservado exclusivamente para ellos; y de ordinario era el lunes.» (1)

Los días precedentes a la sesión los empleaban los poetas aquellos en cumplir con su tarea académica, su tarea propia y urgente de producir, retocar, limar con infinitos escrúpulos la composición poética que habían de leer o recitar ante el sultán en la sesión del lunes, venidero.

(1) Almacari, 2, 468.

Llegado ese día, la corporación académica se presentaba en el alcázar real; donde había de verificarse el acto académico oficial; allí, en el salón destinado para ello se erigía el sitial del sultán y se colocaba una especie de estrado o tribuna (1). En cuanto el monarca ocupaba su asiento y abría la sesión, uno de los poetas, el primero no sé si en orden de antigüedad o, más probablemente, por su rango y preeminencia literaria, «subía al estrado», el sultán «le concedía la palabra» - expresión textual en el original árabe - y el poeta recitaba o leía su poema. Terminada la recitación, Almotadid muy entendido en poesía y buen poeta también, daba sus plácemes o hacía algún comentario. Luego, con el mismo ceremonial, iban desfilando por el estrado los demás miembros de la academia.

Es posible que la sesión terminara convirtiéndose en amable y aun alegre tertulia, aunque el carácter de aquel sultán y el aparato de que gustaba rodearse, no hace muy probable la suposición; pero, de todos modos, la sesión académica y solemne parece que quedaba concluida al terminar los poetas la lectura oficial de sus composiciones. - Luego, otra vez al trabajo; una semana de caza ansiosa tras las imágenes y las rimas, y hasta otro lunes.

Ventajas económicas

Los miembros de la academia gozaban, desde luego, las mismas ayudas, mensualidades, *chaizas* etc. que percibían los poetas cortesanos titulados, pero además, - esto es una de las notas que dan mayor carácter a esta institución y la definen más acusadamente como tal - la academia poseía una sede propia y oficial, «la casa destinada a los poetas.» (2)

Fuera de las sesiones solemnes - solemnes por el aparato - que se celebraban en el Alcazar con el sultán, los demás actos académicos, corporativos: juntas deliberativas, sesiones ordinarias, tertulias, etc. tenían como lugar propio para su celebración el edificio de la academia. Pero este edificio no se limitaba a servir de sede oficial para la institución, si no a todos y cada uno de sus miembros ofrecía aposento para su vivienda personal. El poeta que lograba ser admitido en la academia, tenía desde entonces un domicilio para vivir, su casa era la «Casa de los poetas.»

Allí encontraba primeramente eso: domicilio, pero ¿nada más? ¿Qué género de vida llevaban allí los miembros de la corporación? ¿era una especie de vida colegiada con mesa común? ¿vivía cada uno por su cuenta en su

(1) La palabra كرسی parece tener aquí la significación, no ya de «silla», «sitial», si no de estrado pues se emplea el verbo مالد «subió».

(2) Almacari, 2, 468.

propio aposento? ¿se reunían en grupos amigos para formar pequeñas «repúblicas»? - Probablemente esto último.

En otras muchas instituciones musulmanas de aquel tiempo, y aun de nuestros días - tal por ejemplo la Universidad de Fez, por lo menos años atrás - cada beneficiario tenía a su disposición un aposento para vivir a solas, si quería, pero con libertad de asociarse con otros compañeros para proveer mejor a todas las necesidades haciendo mesa común fraternalmente. Y no ya en instituciones culturales y benéficas; en todas partes, por todas las ciudades, en los alrededores de los zocos, cerca de las mezquitas, en la proximidad de algún establecimiento industrial podían verse - también puede verlos hoy el que viaja y curiosear por Marruecos o por cualquier país de musulmanes - pequeños grupos de mercaderes forasteros, de aldeanos que venían al mercado, de estudiantes, de *talbas* piadosos o apicarados, de pleitistas, de braceros, de gentecilla maleante, que metidos en un zaquizami cualquiera vivían vida milagrosa y hacían mesa común para defenderse y ayudarse en la pobreza.

Pero sobre todo, los literatos; los literatos y ciertos ascetas.

El espíritu ambulante de poetas bohemios y de rufies andariegos, aquel vivir sin raíces, juntamente con el retiramiento en que se tenía a la mujer, hacía que, una vez alejados de su casa y familia, sin medios ni ganas de crearse una morada fija, sin dinero bastante para alojarse en una hospedería o fondac, tuvieran que buscarse unos a otros, posar varios en casa de un compañero afortunado y generoso o meterse en un rincón cualquiera, y, en fin, agruparse, juntar su pobreza y sus esfuerzos para hacer más fácil y más económica la vida. Escenas de este vivir improvisados podía aducir bastantes; breves narraciones, chismecillos históricos, anécdotas que dan luz y mucho valor al cuadro.

La situación, pues, de los poetas que lograban su ingreso en aquella institución, era realmente privilegiado: gozaban de crédito literario, recibían emolumentos muy suficientes para su vida y estaban alojados oficialmente de manera aprovechada y honorífica.

Una candidatura y una sesión de ingreso

Es natural que dadas las ventajas materiales y el honor que dispensaba el pertenecer a la academia, abundaran los candidatos y apretaran el cerco para lograr el ingreso en la corporación. Pero los de adentro se defendían. Aquella era la «casa de los poetas» pero ¿quién merecía este título? ¿podría aspirar a ingresar en ella un poeta sin renombre, un simple tejedor de rimas? - Esta idea sublevaba a los poetas académicos.

En algunas ocasiones, el celo por defender los prestigios de la Corpora-

ción - celo oficial, muy legítimo y muy obligado, pero administrado a veces de manera poco inteligente, con ceguera de absurdo - comprometía solemnemente a los ilustres miembros de la Academia. - Tal, por ejemplo, en el caso de Benchaj El Bataliusi.

Benchaj componía hermosos poemas, gozaba fama de ser gran poeta, y en este caso, estaba suficientemente convencido de lo que la fama pregonaba. Así, cuando por malos azares de los tiempos hubo de salir de Badajoz, su tierra, para encaminarse a Sevilla, al hallarse en la ciudad de los Beniabad, enterado de la existencia de aquella ilustre institución, creyó como la cosa más natural del mundo que tenía algún derecho para ingresar en la Academia, y se presentó sin recelo. Los individuos de la corporación se asombran y le interrogan: Pero ¿quién eres tú? - Benchaj, que meditaba sin duda alguna mala pasada, calla su nombre y dice muy sereno: - «Yo soy poeta.»

La candidatura quedaba presentada oficialmente; pero como debía ser estudiada con juicio, como había que reconocer el valor literario del aspirante, le piden que muestre sus méritos y recite alguna de sus composiciones. Benchaj, que persistía en su propósito malicioso, se lanza:

«Yo llego a tí joh Abbad! con mis poemas como el hombre sofocado por la carrera llega al río.»

Una carcajada general interrumpió al poeta, y su candidatura quedó rechazada por los ilustres miembros. Sin embargo, «alguno de los más sesudos entre ellos» intervino a su favor planteando una cuestión capital: La institución ¿estaba o no destinada a los poetas? «Pues si éste es poeta no hay porqué impedirle que ingrese con los otros poetas y tome puesto en sus filas.» Esto era sentar un principio subversivo: si no era el mérito literario si no la simple profesión literaria la que daba derecho a entrar en la Corporación, la Academia quedaba convertida en un gremio como los de menestrales; peor aun, porque para el ingreso en esos gremios se exigían condiciones de aptitud, éste de los poetas, según era teoría, sería un gremio abierto, libre de entrada para todo el que quisiera decirse poeta. Como semejante doctrina no podía admitirse en modo alguno, los poetas académicos «no hicieron caso de tales palabras.»

Seguramente que la proposición del benigno intercesor, aunque contenía en si mismo el significado de una tésis, no iba tan lejos en sus conclusiones. Pero, por lo menos, parece ser que planteaba indirectamente una cuestión de jurisdicción, de competencia, o que esta cuestión fué provocada de cualquier modo; el caso es que, a pesar de que los miembros de Academia rechazaron la candidatura de Benchaj y la moción presentada, Benchaj se quedó, de momento, en la «Casa de los poetas.»

De momento, nada más; por unos días, que no debieron serle muy

gratos, pues los ilustres miembros, se burlaban del pobre hombre y hacían chistes a su costa: «se decían unos a otros extrañas ocurrencias a cerca de él.» Por unos días sólo, según pensaban los de la Academia, porque, habiendo sido provocada la cuestión de competencia, sería el mismo sultán el que decidiría en la sesión próxima. - Faltaba poco para la sesión del lunes.

Mientras tanto los poetas académicos se sentían irritados, humillados también en su orgullo corporativo por la audacia y pretensiones de aquél advenedizo: - «Es una vergüenza - se decían - que semejante principiante se atreva a introducirse entre nosotros y pretenda tomar parte con nosotros en las sesiones.»

Decididos del todo a desembarazarse de aquel tipo, imaginaron una treta, muy legítima y correcta, como correspondía a su condición de académicos: quisieron poner bien en evidencia ante Almotadid la nulidad del pretendiente y, en consecuencia «acordaron que en la sesión que había de tenerse ante el sultán, fuera aquel el primero que hiciera uso de la palabra, pues creían que había de recitar una poesía por el estilo de la burlada, y que sería expulsado de entre ellos, último remedio a sus pretensiones.»

Y como lo meditaron, así lo hicieron, pero . . . En fin, llegó el día señalado, los individuos de la Academia se encaminan al alcázar, y por el camino se dicen unos a otros sus palabras de burla, y se gozan en imaginar a su gusto - gusto refinado - el resultado de aquella sesión célebre. - Benchaj va entre ellos; nota las miradas, las visitas, y no ríe, pero es el que más se burla por adentro.

Cuando sentado el sultán en su sitio, dispuesto ya el estrado para la recitación de poesías, quedó abierta la sesión solemne, los de la Academia rogaron a Almotadid que, «en el día aquel, el primero a quien se le concediera la palabra fuera el recién venido.» Consintió en ello el sultán, el candidato «subió al estrado, y esperaban [los poetas] que recitaría otra poesía como aquella de que se habían reído.» ¡Oh! de eso estaban seguros; se sentían dispuestos a reír de nuevo de manera respetuosa, correcta, etc. pero muy largamente; tenían ya en los labios un estremecimiento de impaciente sonrisa. - Benchaj, en el estrado, comenzaba:

- ¡Oh, día de la separación! Has roto mis entrañas, y a mis ojos vedaste la dulzura del sueño.

Me entregaste a la contemplación de las estrellas [en mis noches de] insomnio, mientras el fuego se incendiaba en lo más hondo de mis entrañas,

Sombras de rigores parece que juraron no dejar que brillara mi alegría hasta el día del encuentro.

Pero entretanto, ¿a donde podrán dirigirse mis pasos? Iré a probar con aquellos que [el afligido] soportan en contento.»

Los poetas de la Academia se habían puesto serios, Benchaj proseguía recitando su poema de elogios, construido según el noble modelo de la *casida* antigua, aunque abreviado: primero, el dolor de la separación, las penas de ausencia; luego, en tantos rigores, sólo un consuelo: la influencia feliz del hombre a quien se quiere elogiar. Camino pisado por infinitos poetas que lo habían dejado cada vez más imposible para los poetas posteriores, ¿Cómo decir algo nuevo? ¿Con qué imágenes en buen estado de uso expresar el dolor, la esperanza, la alegría extrema de hallar un príncipe digno de todo elogio? ¿Hablar del mar y de sus aguas amargas, de sus peligros, de la arribada al puerto? . . . ¿El desierto? El desierto abrasado, sin agua, sin huellas, sin sendas; el campamento abandonado; y luego, en lo alto, una nube con promesas de agua. El camello, el caballo, los campos de la patria, el perfume de sus brisas . . . Todo esto se había dicho y se venía repitiendo desde hacía siglos.

¿Insistir en la idea de que el dolor es una noche para el alma, y que la noche comienza a disiparse cuando, a la vista del sultán generoso, amanece la aurora? Muy manoseada también esta imagen; pero, en fin, ¿qué hacer? No había más remedio: Benchaj se decide por la noche:

«[Iré] a un Señor muy generoso, cuya vena del corazón he roto ya [con la emoción de mis versos] - Y la noche [al pasar] va arrastrando sus paños de luto.

Al extremo del manto [de la noche], como montado a la grupa sopla el viento; y [ya se muestra] la plena claridad matinal.

Y las estrellas empujan hacia adelante [a la noche], [como el camellero] cantando empuja a las bestias; y yo le grito: ¡Hála, camello mío! haz alto junto a Abbad.

Monarca que cuando el fuego de la guerra se encendía y se encontraban entre sí los ejércitos, (ved aquí cuerpos decapitados; mirad allá cabezas privadas de sus cuerpos.)

¡Oh rey el esperado y entre todos sublimado con tanta gloria!

Cuando la poesía no hallaba comprador en nuestra tierra, aquí [en tí] tiene un mercado donde no falta venta, (1)

Por eso te traigo algunas de mis poesías. Pasarán los tiempos, pero su recuerdo permanecerá.

(1) Idea semejante expresa también Benbasam al hablar de Almotamid; cfr. *Edajira*, 2.^a parte, ms. Acad. H.^a fol. 2.

[Esto es poesía: lo demás . . .] ¿qué poeta no es capaz de aprenderse unas reglas y de trazar sobre una página unas líneas de tinta?»

Este último verso era un obsequio a los poetas que asistían a la sesión. Los de la Academia callaban, pero comprendieron muy pronto, desde los primeros versos, que se habían equivocado lamentablemente.

En efecto: a penas terminó el candidato de recitar su poema, Almotadid, que entendía mucho en achaques de poesía y conocía muy a fondo los poetas, le dice a éste:

- «¿Eres tú Benchaj?

- Ciertamente, Señor.

- Pues bien, siéntate. Y desde ahora te confiero la jefatura sobre los poetas.»

«En aquel día - añade el historiador árabe - [el sultán] no concedió ya la palabra a ningún otro.» (1)

La sesión de ingreso había terminado - Memorable sesión por las circunstancias del caso, que mereció la atención de los autores arábigos y el que nos transmitiesen su reseña; pero más notable aún porque, con esta reseña, ha podido llegar a nuestra noticia la existencia de aquella ilustre Academia sevillana.

Con ella se llega a la forma más acabada y definida de la corporación de los poetas. Conocemos ya los procedimientos que usaban los poetas profesionales para obtener de la poesía un beneficio pecuniario; hemos visto como se fué condensando en reglamentaciones precisas esta agrupación oficial de los poetas que vivían de pensiones y regalos; pero ahora, queda por examinar todavía un punto de interés en ese género de vida; su aspecto ético. Era una cuestión que no dejaba de preocupar a muchos varones de aquel tiempo, con exclusión, claro está, de los mismos interesados que solían desentenderse de bastantes preocupaciones. - Vamos pues, a estudiar la calificación moral de que era objeto la *chaiza*.

III Ética de la chaiza

1-Planteamiento de la cuestión

Los poetas bohemios, - ya lo hemos visto abundantemente, - vivían de las dádivas con que les obsequiaban los particulares y sobre todos los príncipes.

(1) Almacari, 2, 469; la misma anécdota recogida por Dozy en *Loci de Abbadián*, 2, 229.

Ahora bien, ¿se consideraba decente y lícito este plan de vida? (1) - No; no se trata de murmurar de los sentimientos religiosos, algo averiados, ni de la moralidad de costumbres de aquellos poetas profesionales, que bastante maltratada andaba ellas; no es momento de averiguar la opinión en que eran tenidos sobre estos puntos; de todo ello habría mucho que decir, y algo irá saliendo en otros lugares. El asunto que ahora se propone, es decir, el que se proponían, quizá con demasiados aspavientos, los hombres doctos y graves es más concreto. En términos precisos se formula de este modo: ¿es lícito vivir de las *chaizas*?

Pero, no; la cuestión no está aun bien planteada; hay que proceder como aquellos varones procedían, esto es, como tratadistas de moral, y por lo tanto proponer el asunto con palabras más medidas. Repito pues; ¿Se reputaba lícito solicitar o recibir dádivas de los particulares y de los príncipes? Vamos a ver lo que pensaban, o por lo menos lo que decían aquellos doctores.

Para poder obtener una conclusión lo más aproximada a la verdad tenemos que buscar los testimonios entre individuos de diversas opiniones, profesión y conducta, y recibir la defensa de los poetas profesionales.

Las declaraciones de unos y otros no faltaría. Este punto doctrinal que había criado escrúpulos en muchas conciencias desde los tiempos mismos de

(1) También en los pueblos cristianos de Europa se planteaba un problema semejante con respecto a los juglares; en este punto, el concepto en que eran tenidos por los doctores musulmanes los poetas cortesanos y panegiristas, aunque sin parentesco alguno con los juglares, era muy próximo al que éstos merecían en el resto de Europa, pues moralistas y legisladores los tachaban de infamia legal y aun hacían caer sobre ellos censuras canónicas. Así, nuestras *Partidas*—(VII.^a, 6.^o, 4.^a) declaran que «son enfiadas los juglares et los remedadores et los fazedores de los zaharrones que públicamente cantan o bailan por precio que les den». Según don Ramón Menéndez Pidal,—(*Poesía Juglaresca y Juglares*, p. 112) en este asunto, nuestro código, y con él otros extranjeros, no hace más que traducir las disposiciones del derecho romano. Desde luego, el calco es a veces casi literal; pero el criterio que reflejan no puede reducirse a la simple copia formalística de las antiguas leyes romanas, pues reconoce una motivación propia y actual, fundada en consideraciones de orden moral y religioso y aun social. Así, la diferencia de criterio que se observa entre teólogos moralistas y juriconsultos, es considerada por Menéndez Pidal como resultado del mayor cuidado y escrúpulo con que los doctores moralistas examinaban el caso, lo cual les llevaba a ciertas distinciones más amplias y benevólas. Pare mi—*pace tanti magistri*.—la razón de esa diferencia resulta más definida y más lógica si se tiene en cuenta, no la manera más o menos expeditiva de estudiar el asunto uno y otros, si no el punto de mira por el cual lo consideraban. Es cierto que teólogos como St.^o Tomás—(2.^a, 2.^a, 168.^a, 3.^o) reputaban el oficio como lícito en sí mismo, en tanto que algunos juriconsultos lo cesuraban de infamia legal directamente y sin hacer distinción; pero el criterio de los primeros se basaba tan sólo en ciertas circunstancias de orden moral que podían o no presentarse, y, por lo tanto, mientras ellas no lo calificaran torpemente, mientras esas circunstancias infamantes no se dieran, la profesión de jugar podía lícitamente ejercerse, como ordenada a un fin de suyo lícito y honesto. En cambio, los juriconsultos y legisladores tenían sobre todo a la vista cierta consideración de orden más bien social que envolvía necesariamente a todos los juglares: el cumplir con su oficio de manera interesada, por dinero.

Por eso *Las Partidas* explican la severidad y generalidad de la ley ya citada diciendo: «et esto es porque se envilecen ante todos por aquello que les dan; y añade luego para más aclaración: «Mas los que tanxiesen instrumentos o contasen por solazar a sí mismo, o por facer placer a sus amigos, o por dar alegría a los reyes o a los otros señores, non serien por ende enfiados.» También el *Digesto*—(III.^o, 2.^o, 2.^a, § 5.) hace la salvedad: *questas causas*. Pero quien más explícitamente lo declara es el ejurista de Bolonia, Ódofredo, en su *Interpretatio in undecim primos Pandectarum libros*, al decir, con referencia a los juglares: «si pro precio faciunt sunt infames ipso jure, quia mercedis causa ludibrium sui corporis faciunt.» Cfr. Menéndez Pidal, *op. cit.* p. 109—114.

Puestas así las cosas, las diferencias entre los juglares de los pueblos cristianos y los poetas panegiristas musulmanes se borran por un momento en este punto, pues unos y otros eran considerados de la misma manera y por los mismos motivos, lo cual no ocurría con los trovadores, por lo menos mientras éstos no se agulararon. La conducta de nuestros poetas podía ser recelada y aun censurada con reproches merecidos, pero lo que se censuraba o se discutía entre los fauques y doctores no era precisamente su oficio, es decir, el componer versos, ni aun a elogiar os príncipes y particulares, sino el hacerlo por dinero; lo mismo que consideraban infamemente en los juglares los juristas cristianos; la cuestión, pues, que se proponía, la que vamos a tratar es la licitud de la *chaiza*.

Mahoma, fué también debatido entre los musulmanes españoles, y de ordinario precisamente por aquello que a nosotros nos interesa, es decir, por la calificación moral que su resolución positiva o contraria hacía recaer sobre los hombres de letras que vivían a costa de los príncipes. Los poetas, por su parte, escuchaban más o menos buenamente lo que decían los doctores, sonreían, y seguían pidiendo dinero con imperturbable contumacia.

A pesar de todo, aunque los faquíes, los varones timoratos y otros muchos varones irremediamente privados de las *chaizas* sabían, así, en principio, a qué atenerse en este punto, al tratar de convertir en normas los principios, tropezaban con muchas vacilaciones.

Por de pronto, para obtener un acuerdo entre todos era preciso distinguir con cuidado entre la dádiva solicitada de manera más o menos directa y lo que procedía de voluntad primera y espontánea.

Si trataba del pedir, todos los doctores estaban conformes en reputarlo ilícito. En este punto, la doctrina de Mahoma, según la enseñanza tradicional más auténtica y general, era explícita del todo: no se debe pedir. Los personajes más compícuos del islam, desde sus primeros tiempos, confirman con su conducta y con sus dichos la autenticidad de esta doctrina. (1)

Con todo, tal criterio no podía ser entendido de manera absoluta, rígida, porque existe una ley anterior que impone ciertas derogaciones, y las impone con urgencia. Así, según ciertos doctores musulmanes, aquel que por no pedir se dejara morir de hambre sería merecedor del infierno como cooperador en su propia muerte. (2)

El Balaní, al citar esta opinión, parece vacilar un poco, pues añade prudentemente: - «¡Dios lo sabe!» Pero, de todos modos, si el parecer de esos doctores no es bantante para echar un hombre al infierno, así sin más ni más, con tan pocos miramientos, basta y sobra para mostrar que el pedir en casos extremos se reputaba no sólo lícito si no aun obligatorio.

Ello es evidente, y aparece contenido en la doctrina misma de Mahoma, según las tradiciones.

He citado a El Balaní. - Abulhachach Yusuf El Balaní, varón de gran piedad, guerrero, asceta, literato, hombre entusiasta y benigno, cuando se trata de un infeliz que se ve precisado a tender la mano, entonces su condescendencia con un poquito de picardía. Bien está todo eso de que «la limosna ensucia a la gente», y de que «el pedir es despellejarse el rostro», dichos atribuidos a Mahoma; pero él mismo había dicho: - «Cuando no hay más remedio que pedir, pide entonces a los varones santos.» Ahora bien, ¿quié-

(1) Véanse los casos y sentencias que aduce El Balaní, *Altfa*, I. 151—154; y Benabdelbar, *Bahcha*, ms. Acad. H.^a citado, fol. 22 y sigts.

(2) El Balaní, *Altfa*, I. 154

nes podían ser reconocidos como tales en este negocio? . . . Con tono íntimo, como de consejo al oído, El Balani lo insinúa al añadir inmediatamente esta otra sentencia, autorizada de la misma manera, y además comentada por unos versos: - «La comida del avaro es enfermedad; la del espléndido, vanidad.» - Así, aunque la concesión se hacía sólo en extremos apuros, estaba hecha con solieitud atenta, casi con cariño.

Por parte de El Balani, esta indulgencia tenía el mérito especial de estar limpia y fresca de todo interés porque Abulhachach Insul El Balani, asceta, guerrero, etc., era hombre muy adinerado. (1)

Pero además era faquí y «voluntario de la fe.» En España había combatido contra los cristianos al lado del sultán Almohade Jacob; en Siria, también voluntariamente, se había puesto a las órdenes de Saladino para luchar contra los cruzados; no es pues de extrañar que el hombre sincero y ardiente que había abandonado su vida regalada por defender al islam, comprometido se creyera con derecho para mostrarse exigente con toda aquella cofradía riente, perdida, borracha, que en días difíciles, se dedicaba a distraer al sultán de sus graves obligaciones, y a beneficiarse de esta distracción son-sacándole las *chaiizas*.

Después de todo, no hacía más que seguir la doctrina común, la que había asentado Mahoma, según la tradiciones, la que defendían también los propios maestros de El Balani: Abdelhac (2) Benabdelbar, Abruimrán El

(1) Ya quedó hecha mención de este individuo en otra nota que ahora completo con algunos datos. El Balani emprendió la peregrinación en 560=1166, probablemente en la segunda mitad de ese año pues, según dice él mismo, llegó a la Meca en 561=1166—(*Alifba*, 2, 194) y en todo ese viaje, tal como él lo hizo, es decir, embarcado, solían invertirse unos cinco meses.

Hecha la peregrinación se puso al servicio de Saladino como «voluntario de la fe» para luchar contra los cristianos de Siria. Al regresar a España parece ser que, a fin de entregarse por entero a la vida devota, abandonó su gran fortuna, por lo menos gran parte de ella, pues según Benalabar—(*Tecmila*, n.º 2089) levantó en Málaga a expensas suyas veinticinco mezquitas, y labró para el servicio público más de cincuenta pozos.

El hecho éste tengo para mí que debe referirse a tiempos inmediatos a su peregrinación pues entonces es cuando aparece más enteramente entregado a la piedad, hallándose en 603=1206—7 en Sevilla al lado de su admirado maestro el gran asceta Musa Benimrán—(*Alifba*, 1, 453). En ese mismo año llevaba ya escrita la mitad de su obra *Alifba*—(*Ibd.* 1, 453), que tuvo que terminar dentro del mismo año 603 o en los primeros meses del siguiente pues moría en el mes de *ramadán* del 604=1208.

El *Alifba* es una original obra filológica, literaria, e histórica, pues de todo tiene. El propósito del autor fué dejar documentos de instrucción edificación y doctrina a su hijo «para que al leerla—dice él—me tenga presente después de mi muerte.» El método que adopta es el de un filólogo pues la obra resulta una especie de léxico razonado en el que las palabras son consideradas y agrupadas según ciertas propiedades morfológicas. Sin embargo, la manera de tratar los asuntos no es la puramente filológica de un Bensedid en su *El Mojass* sino más bien la que corresponde a las enciclopedias literarias y obras de *adab*.

Brockelmann, que descuida a veces el servirse de la imprescindible *Biblioteca Arabico Hispana* de Codera—Ribera, dice en su *Geschichte*—(I, 310) que se ignora la fecha de defunción de El Balani. Benalabar, (*Tecmila*, n.º 2089) señala esa fecha con toda precisión: murió, como ya he dicho, en *ramadán* del año 604=1208.

(2) Abumohamed Abdelhac Beneljarrat, faquí, tradiconero célebre, literato también y poeta, nació en Sevilla en el mes de *rebia* 1.º de 510=julio de 1116. Cuando se produjeron en España los graves trastornos que dieron fin a la dinastía de los almoravides, Abdelhac pasó al Africa y se estableció en Bujía. Hombre de bien, sincero, piadoso, y además de gran renombre por su ciencia, se atrajo pronto la veneración de todos y fué nombrado predicador oficial de la mezquita aljama. Addabi, a su paso por Bujía, recibió enseñanza de Abdelhac, y dice que no llegaba a la ciudad hombre alguno de letras que no preguntara por el gran maestro y buscara su trato. Tal fué el caso de El Balani, que le tuvo por maestro en esa ciudad—(*Alifba*, 1, 155). Compuso varias obras muy elogiadas sobre tradiciones, jurisprudencia y gramática, algunas de las cuales se conservan manuscritas. En los últimos años de su vida se vió envuelto en sucesos políticos, y murió en Bujía, en *rebia* 2.º del año 581=julio de 1185.—A la bibliografía que recoge Brockelmann—(*Geschichte*, I, 371), añádase: Addabi, n.º 1104; Benalabar, *Tecmila*, n.º 1805; El Marracozi, edic. Dozy, p. 197; Ezzerquexi, pp. 7 y 11; El Balani, *Alifba*, 1, 152=155 y *passim*.

Mertolí . . . (1): No; pedir fuera del caso de extrema necesidad, eso nunca. - ¿Qué hacer entonces? Conservar bien lo que se posee. Es el consejo que recoge y traslada El Balaní: - «Antes es guardar lo que tengas en tus manos que pedir lo que está en manos de otro.» (2)

El consejo era sano, desde luego, y además expeditivo; pero, en algunos casos podría ofrecer ciertos inconvenientes. Por ejemplo: ¿a qué recursos acudir cuando nunca se ha tenido nada que guardar o lo que se tenía se ha perdido? Pues no había más remedio, salvo el caso ese de extrema necesidad, que resignarse buenamente. Por lo menos, esta es la solución que propone Abdelhac: - «Conténtate con cualquier alimento, aunque sea escaso; en eso te va la honra; ten paciencia en las adversidades de la vida, y evita la humillación y el envilecimiento [del pedir]. Después de todo, cuando obtengas [en el Paraíso] el objeto de tu esperanza, toda tu vida te será como una hora.» (3)

Lo mismo aconsejaba - y también en verso - el célebre Abuimrán. Por su parte, El Balaní concluía con estas nobilísimas palabras: - «En cualquier circunstancia, el pedir envilece. . . Si pides a los hombres e insistes, se irritan contra ti; en cambio, si diriges a Dios tu petición [cuanto más] porfías, [más] te ama. . . Es lo que ya dijo el poeta:

«Dios se irrita si abandonas la plegaria, y los hijos de Adán,
si les pides, se irritan.»

Así, pues, no pidas nunca a los hombres; lo que tengas que pedir, pídeselo al Señor.» (4)

Todo esto último era simplemente doctrina de consejo, y miraba más a la decencia, a la honorabilidad que a la licitud. Pero, de una manera o de otra nos permite reconocer la estima social de que gozarían unos poetas que, como estos de que aquí tratamos, no ejercían más profesión que el pedir.

Sin embargo, podría suceder - ¿por qué no? - que las dádivas fueran ofrecidas sin haber sido solicitadas; en este caso ¿sería lícito aceptarlas?

En principio, la respuesta de los doctores era afirmativa. Abdelhac y Benabdelbar aducían para confirmarla un hardíz según el cual Mahoma habría dicho: - «La dádiva que te hicieran sin haberla tú solicitado con elogios ni haberla pedido debes admitirla y no rechazarla pues, ciertamente, es un socorro que Dios te envía.» (5)

(1) Abúsuran Musa ben Hasain El Mertolí, natural de Mertolá pero avecindado en Sevilla, célebre místico y buen poeta, vivió entregado a la vida devota y a la enseñanza, conservándose en perpetuo celibato, según Benolabar. Murió en el año 604=1208. - *Tecmilá*, n.º 2147; Asín, *El Místico Murciano Abenarabi*, en «Bol. Acad. H.», t. LXXXVII, c. II, ocb.=dic. 1925, pp. 554-556.

(2) *Alifba*, 1, 156.

(3) *Alifba*, 1, 152.

(4) *Alifba*, 1, 156.

(5) *Alifba*, 1, 155.

Esta doctrina debió consolar muchas conciencias; pero no era bastante para consolar la de un poeta panegirista de corte, dado que el tal poeta necesitara de esa clase de consuelos.

Porque sucedía que esta cuestión, resuelta favorablemente en principio, resultaba complicada cuando, en la práctica, se planteaba en sus términos propios, en la forma precisa que podía interesar - seguramente, no les interesaba; pero, en fin, en la forma que hubiera debido interesar a nuestros poetas: - «Es lícito aceptar las *chaizas* de los príncipes.»

Visto el asunto así con franqueza, cara a cara, la solución parecía un poco turbia; de todos modos, la respuesta afirmativa que pudiera darse tenía que ser provisional, mientras no se examinasen de cerca las posibilidades éticas y legales que encerraba un caso, al parecer, tan simple.

La prueba de que el caso no era tan inocente, tan limpio de todo como se nos pudiera antojar está en el escándalo que producía en el pueblo el ver a un hombre, respetable hasta entonces, aceptar las dádivas de los sultanes.

Así, cuando Abderrahmán III llamó a Córdoba a un célebre faquí y lo aposentó a sus costas y le señaló una pensión, al saberlo los paisanos del faquí levantaron tal clamoreo que el buen hombre no tuvo más remedio que escribir todo un libro para defenderse. (1) En el caso éste es de creer que muchos de los paisanos del faquí procedían con sinceridad, por escrúpulos mal creados, hijos de la poca ilustración; pero otros muchos quizás hubieran perdonado a su paisano la transgresión si no tuvieran que perdonarle antes su gran triunfo en la corte del califa.

Lo mismo casi le ocurrió al gran doctor Benabdelbar. En Córdoba, la gente estaba ya por esas fechas bastante curtida para extrañarse de nada, pero en las provincias reclamaba aun, por decoro, el derecho a escandalizarse de vez en cuando. Por eso, cuando Benabdelbar, hallándose en Játiva, supo que le denigraban porque vivía a costa de los sultanes y recibía sus pensiones, tuvo que responder y defenderse con otro libro. En realidad, la obra ésta - *El Tamhid* -, muy alabada por Abenházam, no tenía el objeto directo de sincerarse, pero aprovechó la ocasión para hacerlo con abundancia, ahincadamente.

¿Escrúpulos de hombres desprendidos de las cosas del mundo? - «Nada más excelente - dice - que el ascetismo; pero el que uno haya renunciado a lo que Dios le concedía no le crea el derecho de vedar a los otros lo que el señor les permite. Es realmente extraño lo que ocurre con la gente de nuestro tiempo: condenan lo que es de suyo indiferente, y procuran legitimar

(1) Almacarí, 2, 161.

lo que es ilícito. Son como aquellos que preguntaron a Abdala, el hijo de Omar, si era pecado destruir la tiña y la polilla.

- ¿De donde sois? interrogó.

- De Cufa.

- ¿Y hacéis esa pregunta, vosotros que habéis matado a Alhosain el hijo de Ali?» (1)

Al escribir esto, Benabdelbar sabía bien lo que quería decir, aunque no insiste. - *Più non dirò, e oscuro so che parlo.*

Todavía tres siglos despues, uno de los más ilustres escritores del islam español, Beneljatib, tropezó también con la casta de hombres a la que alude Benabdelbar, casta terca y vivaz, y se vió precisado a escribir otro libro - y ya van tres - sobre un asunto muy parecido y que se roza en algo con estas cuestiones. (2)

2- Las chalzas de los príncipes. Circunstancias especiales que las califican.

Si el admitir donativos era de suyo lícito y honesto no habiendo precedido una petición, ¿de qué podían acusar a los que recibían las *chalzas* de los sultanes?

Los reproches que se les hacían eran de varia índole. Primeramente se les censuraba el vivir a costa de unos bienes que en parte se consideraban ilícitos por vicio en la adquisición.

La ley tradicional establecía los impuestos legales que el príncipe podía exigir a los pueblos; pero como las necesidades del Estado se fueron multiplicando y la tributación legal no era ya suficiente para levantar unas cargas que no se habían previsto, los gobernantes acudieron a la imposición de arbitrios que se reputaron ilegales. De esta manera, según los arrojados censores, aquellos que aceptaban las larguezas del sultán se hacían partícipes de unos bienes, en parte mal adquiridos, y por consiguiente resultaban culpables.

El argumento era espacioso pero endeble, porque, si de esos bienes sólo una parte era ilícita y la otra perfectamente legal ¿cómo sabían los censores que el dinero que recibía el acusado procedía precisamente de la porción viciada?

Era la respuesta que daba Benabdelbar. El ilustre doctor, para confundir a sus acusadores, comienza por exponer la solución dada en un caso semejante por Abdala Benmesaud. (3) - Se trata de un hombre que tenía por vecino y amigo a un prestamista usurario. El vecino le convida a co-

(1) Almacari, 2, 162.

(2) *Apud* Almacari, 4, 63.

(3) Abdala Benmesaud, sobrino de Mohoma y uno de los primeros y más fervorosos partidarios de la nueva creencia. Después de la muerte de su tío, fué, impensadamente por su parte, uno de los principales iniciadores de la *suna* o practica tradicional pues, como tan allegado a Mahoma por parentesco y con-

mer, pero como el buen hombre duda si le será lícito aceptar o si por el contrario, esa aceptación le hará partícipe de unos bienes mal adquiridos, consultaba el caso con Benmesaud.

- «¿Puedo aceptar?

- ¡Naturalmente! Para ti el provecho, y para él la culpa; siempre que no te conste que precisamente aquello mismo que él te ofrece ha sido mal adquirido.» (1)

No cabe duda de que este es el caso de los que reciben las *chaizas* de los sultanes. Por lo tanto, como no hay manera hábil de conocer la procedencia del dinero, si resulta que el que acepta, el agraciado procede precisamente de la parte viciada, ¿qué importa? el sultán solo es el responsable. Así, pues, Benabdelbar concluye con Benmesaud: - «Para ti el provecho y para él la culpa.»

La acusación esta quedaba refutada cumplidamente; pero los censores no cedían tan pronto, y acosaban por todas partes, a ver si hacían presa.

- Estaba bien - venían a decir - más, dado que esa réplica fuera de peso, con ella, los poetas y todos aquellos que recibían dádivas de los sultanes sólo se justificaban de participar en unos bienes que pudieran ser ilícitos por su origen, por el modo de adquisición; pero es que esos bienes pueden además ser ilícitos por razón de su empleo, y más aún, por carencia de dominio sobre ellos en aquel que los reparte.

Ahora el ataque era más cerrado, más de cerca. Para comprender la fuerza de este argumento hay que tener en cuenta que, teóricamente, el tesoro de que usaban los sultanes no les pertenecía a ellos si no a la comunidad musulmana que tenían bajo su gobierno; por consiguiente, si el príncipe lo desviaba de los fines legales y lo aplicaba a satisfacer sus caprichos, hacía de él un uso ilícito y disponía entonces de lo que no les pertenecía.

Esta, la teoría. Pero los príncipes la interpretaban a su modo, y el comentario que le daban con su conducta glosaba el texto con tal desenfado y libertad que un gran jurista español, Exxatibí, (2) integrista enconado, llega-

vivencia, era consultado en multitud de casos doctrinales y rituales no declarados en el Corán sobre la conducta seguida por Mahoma o la opinión que hubiera manifestado de algún modo en tales asuntos.

Murió en Medina en el año 33=653.

(1) Almacari, 2, 161.

(2) Abuishac Ibrahim ben Musa, conocido por Exxatibí, es como jurista una de las figuras interesantes del islam español. Residió en Granada, donde, requerido repetidamente por el sultán, expidió multitud de informes canónicos, algunos de ellos sobre asuntos de la mayor importancia. Murió en el año 790=1388, dejando varias obras jurídicas, gramaticales y literarias. Dos de las primeras, muy apreciadas hoy entre los musulmanes, han sido editadas en El Cairo: *El Itisam* y *El Mnaficat*.

Muy apegado a la enseñanza tradicional, según confiesa él mismo y se echa de ver en sus obras, Abuishac Exxatibí muestra en sus opiniones un cierto integrismo rigorista; pero su doctrina, siempre consecuente, está organizada con gran firmeza lógica.

Con referencia a estas dos obras, el editor musulmán de *El Itisam* recoge en su reseña estas palabras de un poeta:

«Un poco de ti me basta, pues siendo tuyo no podrá llamarse poco.»

Después de todo, y de considerar tan solo la extensión de estas dos obras, de ninguna manera podrían calificarse de poco; pero desde el punto de vista del islam, el valor formal de las mismas es innegable.

ba hasta tildarles de «innovadores», es decir, según el mismo explica en otro lugar, de hombres peligrosos para la ortodoxia.

«Muchos príncipes - dice él - destruyen el tesoro público en la persuasión de que les pertenece en propio, independientemente de la comunidad islámica; otros, entre tanto, se apropian el botín que es arrebatado a los infieles y después de privar de esa fortuna a los que la habían ganado, la ingresan en el Tesoro, interpretando la ley a su talante. En esto es evidente que obran como innovadores.» (1).

Para mostrar el alcance, que daban los juristas a esta doctrina sobre la naturaleza y fruición de la hacienda del Estado, traduzco aquí un caso ejemplar que refiere también Exxatibí.

Era en el mes de ramadán, durante el cual la práctica musulmánica, además de imponer la ley general del ayuno, interviene el trato de los conyuges con algunas restricciones. El que debidamente quebrantara esta prohibición quedaba obligado perentoriamente a satisfacer con la *cafara*. Para estos casos la *cafara*, obra de reparación y expiación legal, consistía, entre otras cosas, en dar una comida a sesenta pobres o a falta de bienes, en ayunar por entero los dos meses siguientes al del ramadán.

Pues bien: como en cierta ocasión el califa Alhaquem II se viera obligado a satisfacer con la *cafara*, quiso que el colegio de faquíes diera sobre el caso su decisión canónica.

«¿Cómo debo satisfacer?»

Todos respondieron que con la comida a los pobres. Es decir, todos, no. Uno de ellos permanecía callado, y este silencio fué lo que llamó sobre él la atención del califa.

- «¿Qué dice el doctor sobre el informe de sus colegas?»

- Que no pienso lo mismo; yo estoy por el ayuno.

- ¡Cómo! - exclamaron los otros - ¿No es doctrina de Malic el dar la comida?

- Perfectamente: guardad su doctrina. Pero vosotros opináis que el Príncipe de los creyentes debe satisfacer con la comida, y Malic sólo señala ese medio para los que poseen bienes de fortuna. Ahora bien, el califa no tiene bienes de fortuna porque el tesoro [de que dispone] es en realidad de todos los musulmanes.» (2)

Para el docto publicista y profeso egipcio a cuyos cuidados se debe la edición de *El Itisam* «de no haber sido compuesta esta obra en una época de postración científica, y religiosa entre los musulmanes, hubiera dado nuevo empuje a la restauración de la doctrina tradicional»—(*El Itisam*, prólogo, p. 7.) Es cierto que, en circunstancias más abonadas, la obra de Exxatibí, considerada únicamente en su valor inaugural, hubiera debido representar en el terreno jurídico religioso, en el terreno canónico, y desde luego a muy larga distancia, algo así como lo que fué entre nosotros para la dogmática escolástica el espléndido tratado *De locis theologicis* de nuestro Cano. El editor compara a Exxatibí, en cuanto a originalidad y poder de innovación con «el sabio polígrafo Abenaldún», y esto es ya mucho en su honor, y aun demasiado, dicho así, sin ninguna salvación.

(1) *El Itisam*, 2, 248.

(2) *El Itisam*, 2, 285.

Para doctores como éste bien se adivina el papel que harían los que ayudaban buenamente al sultán a gastarse con ellos el dinero de la comunidad musulmana. Pero no se trata de este doctor; se trata de todos aquellos que esgrimían esta doctrina contra los que aceptaban las dádivas y pensiones de los príncipes - ¿Cómo paraban el golpe los acusados?

Si el ataque iba dirigido contra un jurista, un hombre eminente en ciencias religiosas, como era el caso de Benabdelbar, la respuesta era fácil, era la que insinuaba Benaljatib (1): el sultán pensionaba a ese individuo, no por satisfacer un capricho personal, si no por aprovecharse de su ciencia para instruir a otros, para instruirse a sí mismo o para asesorarse; en todos estos casos, justo era que se le pagase del Tesoro público, puesto que, en última instancia, quien resultaba beneficiado era todo el pueblo, la comunidad.

Bien; pero sí, como ocurría perpetuamente, se hartaba de *chaizas* una multitud de individuos que, lejos de aprovechar o instruir, no hacían más que distraer al príncipe de sus ocupaciones para recrearle ociosamente con malicias versificadas o con desmesurados elogios, entonces. ¿qué se decía a esto? ¿qué decían los poetas? - ¿Los poetas? . . . Ordinariamente no contestaban.

3-La réplica de los poetas

Sin embargo, hubieran podido responder que también muy honrados faqués y piadosos ascetas habían aceptado las *chaizas* de la manera más gratuita; que también - escogiendo en muchos casos - el notable faquí Mohámed Benxoráih había recibido los mil dinares y los otros regalos de precio que le envió Almotadid por el sólo hecho de haber dado expresión a la lectura de un versículo coránico; (2) hubieran podido responder que un venerable varón de Ceuta recibía sin trabajo y sin escrúpulos la pensión que le pasaba el sultán; (3) y finalmente . . .

Pero, no; este testigo de descargo merece un trato de favor: se trata de Mohidin Abenarabí. Jamás poeta alguno mostró en esto la enorme intrepidez y fortuna del gran místico murciano:

«Hallándome [por entonces] - dice él - en relaciones con los reyes y sultanes, siempre que les pedía alguna cosa en favor de alguien, lo hacía mediante [la eficacia] de este estado místico, y nunca me negaron nada de lo

(1) - Almacari, 4, 65.

Beneljatib se refiere a los notarios que, según él, debieran percibir un sueldo del tesoro público en vez de recibir estipendios de los particulares que acuden a sus oficinas.

(2) Addabi, n.º 145; véase también, *ibid.*, pag. 87.

(3) Almacari, *ارهاار الرياض* ms. Acad. H.ª n.º 36, fol. 20 y 22.

El texto dice expresamente:

وكان عطاء هذا السيد الشريف المرسوم له من بيت المال ثلاثين دينار ذهباً في رأس كل شهر

que les pedía para la gente. Y esto porque, cuando deseaba obtener de ellos alguna cosa, de tal manera les preparaba el terreno que ellos mismos terminaban por pedir y desear vehementemente que aquello se realizara, por las ventajas que esperaban de ello. Así, de El Malic Edáhir, príncipe de Aleppo, solicitó la resolución de muchos negocios, y en un solo día me concedió cien, y dieciocho para la gente; y si el día aquel hubiera tenido más cosas que pedirle, me las hubiera concedido, tal era de eficaz la suavidad de espíritu con que le pedía.» (1)

Después de esta declaración, Abenarabi añade convencido:

«Si el hombre lograra esta facultad [de pedir con eficacia], mucho podría aprovecharse de ella la gente con los sultanes.»

Desde luego; pero quienes se hubieran aprovechado copiosamente hubieran sido los poetas. Por desgracia para ellos, la receta de Abenarabi debía resultar demasiado complicada, pues esa virtud tan eficaz era la dote de un elevado estado místico, y nuestros poetas solían considerar estas cosas con algo de alarma, y desde lejos. (2)

De momento, no les quedaba otro remedio que reducirse a sus procedimientos ordinarios, pasarlo como pudieran y defenderse de los reproches con que les perseguían. Y hay que confesar que, excepto esto último, lo demás solían hacerlo con infinita diligencia. Esto último, su propia defensa, era lo único que descuidaban. - ¿Desdén? ¿impotencia de recursos? ¿reconocimiento tácito de que obraban malamente?. No lo creo. Yo pienso que el motivo principal era la falta de urgencia.

No les urgía el defenderse: los príncipes se los disputaban con regalos, los grandes señores, les invitaban a sus tertulias y fiestas, el pueblo celebraba sus versos, ellos vivían... ¿qué les importaba que algunos faquies de mal humor rumiasen *hadices*³ y chismecillos contra ellos? Verdad es que el crédito moral de la mayor parte de los poetas que sólo vivían de serlo resultaba algo precario; así, cuando el visir de Abdebmunen inscribió en la corporación de los poetas a un individuo de elevada alcurnia y de profesión honorable, el sultán, al saberlo, mandó que borrarán su nombre de aquel registro y lo inscribieran en otro, «con el fin - decía el monarca - de que no le denigren con esa apelación [de poeta]» (3)

Pero precisamente por eso, en los poetas de este talante, hacían ya poca mella las murmuraciones de sus detractores; en este orden de cosas todo

(1) *Fotuhát*, 4, 472, de la edición del Cairo de 1330.

El Asin, en su admirable estudio sobre Abenarabi, traduce otra redacción de esta misma anécdota, referida también por el propio protagonista, —(t. 4, p. 539 de la edición ya citada)—Cfr. «Bol. Acad. H.^ª», t. LXXXVII, c. II, jul.—sept., 1925, p. 158.

(2) *Fotuhát*, 3, 472.

(3) Almacari, 2, 253.

lo que hubieran tenido que perder, ellos mismos lo habían arrojado por la borda mucho antes; con gesto aturdido. - Y, entonces, ¿para qué defenderse?

Lo más, lo más, en algunos momentos de irritación o despecho, - bastante frecuentes, por cierto - respondían atacando, lanzando contra los faquíes unos versitos que iban al bulto:

Para obtener provecho
Se aplican al estudio,
Pues, de alcanzar honores,
Es el medio seguro.
También se hacen ascetas,
Esperando el momento
De lograr las riquezas
De mezquitas y templos. (1)

Con harta frecuencia, estas invectivas de los poetas - bien lo sabían ellos - eran injustas, sobre todo cuando se formulaban en términos tan generales; pero eran también el único desahogo que les quedaba. Los faquíes, y los que no lo eran, todos aquellos varones prudentes y honrados con vista bastante para darse cuenta del cáncer que mordía la entraña de los estados islámicos en la Península, tenían que dolerse de tal estado de cosas, y abominar de los poetas que lo fomentaban; pero ¿qué hacer al oír semejantes versos?

Si eran nobles y discretos no les quedaba mas remedio que encogerse de hombros y expresar en ese gesto algo así como aquello que había de formular Espinosa: *Non flesc, non indignari, sed intelligere*.... Comprender que los poetas, aunque puestos donde estaban no podían defenderse legítimamente, todavía tenían algo que decir.

Alguno de ellos, sin embargo, no solo tenía algo que decir sino que pensaba poder defenderse con toda legitimidad. Quizá la defensa resulta espaciosa, casuística, pero hubo quien la intentó.

Y este que la intentó era poeta, célebre poeta, y también bohemio, aunque procurara disimularlo muy ladinamente porque, además, tenía grados, era faquí. - Ya se habrá adivinado que este individuo, capacitado de manera especial para esta empresa, era nuestro doctor Benabderrabih.

Pues bien; ¿dudan los leguleyos que sea lícito aceptar las *chaizas* de los príncipes? ¿niegan que sea lícito pedir las? Abuomar Benabderrabih toma enseguida aquella pluma infatigable y se apresta a demostrar las proposiciones adversas: no sólo es lícito aceptar las dádivas, vengan de donde vengan, sino el pedir las, sea a quien sea y en particular a los reyes.

(1) Benjafacha, *Divan*, edic. cit., 78; Almacari, 2, 196.

Su doctrina - ya lo hemos visto - no está razonada de manera directa sino expresada en citas, anécdotas y ejemplos que la contienen. Y los ejemplos dicen esto:

Primeramente, que es lícito recibir las *chaizas* y regalos de los príncipes porque el mismo Mahoma los había aceptado, así como también los había aceptado el gran doctor del rito seguido en España; Malic Benanás. Y no solo esto, sino que, precisamente, lo más honorable es no aceptar dádivas más que de los reyes.

Sin embargo, como pudiera ocurrir que los reyes padecieran distracciones, y que los poetas fieles a este principio de honorabilidad se vieron muy tentados, Benabderrabih les concede que acepten lo que venga, aunque no proceda de reyes, con tal que el obsequio les sea ofrecido por hombres de posición.

- «¿Eres rico o pobre?» - preguntaba un poeta al señor que quería obsequiarle.

- ¿Si; soy rico.

- ¿Cuanto tienes?

- Mil dinares.

- ¿Quisieras que fueran cuatro mil?

- ¡Naturalmente!

- Pues, anda; no acepto tu regalo; eres pobre.» (1)

Hay que saber respetarse, desde luego; pero en esto, como en todo, no conviene exagerar ni atormentarse en escrúpulos. Es una observación que se le olvidó a Benabderrabih en este lugar. De todos modos procuró desquitarse abundantemente de esta emisión al desarrollar la proposición segunda, a saber, que es lícito pedir.

En este punto, Benabderrabih se excede a sí mismo. Se necesitaba toda su desenvoltura para unir tan hermanadamente la docta formalidad de que hace gala y la truhanería que retoza por debajo de los textos y *hadices*. Se ve que en él es producto íntimo y natural de su temperamento inquieto y cambiante en el que se hallan el faquí, el cortesano, el poeta, el bohemio; y no ya en simple contacto o superpuesto, sino aglutinados--Dios sabe como-- en una suma de inconsciencia.

Ya hemos visto en otros lugares, como adoctrinaba a los príncipes en el ejercicio de la generosidad; con qué impaciencia y maestría les espoleaba para que derramasen el dinero entre los panegiristas; y cómo industriaba a estos en el arte de pedir. Ahora se trata de justificar este ejercicio, uno de los primarios en aquellos poetas.

(1) *El Icd*, I, 139.

Para ello, nuestro autor, en un alarde de osadía que desconcierta, se lanza a fondo con tal ímpetu que, en vez de retardarse al ahincar en el bulto del asunto aparece ya al otro lado como vencedor y plantea descaradamente una cuestión que supone la licitud y la supera.

En efecto; pedir, sobre todo pedir a la manera de los poetas, no es tal pedir, es dar; y no solamente dar, así, cualquier cosa, sino dar algo que siempre es superior a lo que se recibe.

A primera vista, esto parece complicado; por lo menos, parece una paradoja. Pues, si, perfectamente; una paradoja a la que ni siquiera faltan razones.

Benabderrabih las expone estableciendo una ecuación entre lo que da el príncipe y lo que da el poeta: cuando un sultán - o quien sea - da, por ejemplo, mil monedas de oro por una poesía nos parece haber obrado con exceso. Sin embargo, hay que enjuiciar el caso con detenimiento. Harím da cien camellos, y Zobeida, puñados de perlas; el poeta ha ofrecido una petición disimulada en unos versos; ¿quién dió más? ¿los príncipes o el poeta? - Indudablemente, el poeta, respondería Benabderrabih.

Y el caso es que parece demostrarlo con toda seriedad. Si en el haber del poeta pusiera el valor literario de los versos, se comprendería mejor esa seriedad; pero, no; es eso lo que vale tanto como las larguezas del monarca; es el hecho de pedir, es la petición misma lo que se cotiza en igual modo. - Vamos a ver cómo razona, aunque teniendo siempre en cuenta que su razonamiento no está rigurosamente articulado tal como voy a exponerlo, pero si contenido, y de manera expresa aun en sus términos, en el texto del autor.

Primeramente, - y esto es doctrina del mismo Mohoma - «para conocer la estima en que tiene el Señor aun Siervo suyo, no hay mas que considerar la calidad de los elogios que se le tributan;» es decir, según interpretación autorizadísima, que «la extimación ante Dios debe medirse por la reputación de que se goza ante los hombres.» (1)

Ahora bien; ¿cual es el modo más eficaz de adquirir entre los hombres buena fama? - Mostrarse generoso, pues «la generosidad es la mejor de las vestiduras, el más bello de los mantos para cubrir honoríficamente los vicios y defectos y hacer dulce la memoria del hombre generoso y espléndido.» (2)

La conclusión se impone: si el príncipe da dinero, por mucho que eso represente, tiene más valor lo que da el panegirista, pues le brinda con sus elogios esa reputación, esa alabanza que garantiza en igual medida su crédito ante el Señor.

(1) *El Icd*, 1, 115.

(2) *El Icd*, 1, 112.

Por lo demás, nuestro autor mismo se explica: «Los días son un campo de sementera donde solo recogerás lo que siembres». Hay, pues que sembrar; pero ¿sembrar qué?: dinero; ¿recoger qué?: elogios.

«Siembra en el campo de los días lo que quieras cosechar. ¿Qué es lo que sabes de los hombres que pasaron? Tan sólo lo que, adversa o amiga, nos cuenta su fama Por lo tanto, emplea bien tus riquezas si quieres que te aprovechen, de lo contrario, serán para tu mal.» (1)

Sin embargo no es esto todo lo que se le ocurre a Benabderrabih. Independientemente de las ventajas superiores que procura el panegirista al que le recompensa, todavía, el hecho sólo de pedir, es ya, de suyo, una merced superior siempre a la dádiva que se pueda obtener.

«Toda petición, aunque sea de escaso mérito, vale más que el mayor de los regalos.» - La explicación es ésta: «Cuando un hombre da la cara a pedir, su corazón se halla temeroso, se estremecen los lomos, la frente se perla en sudor, y el hombre aquél, no sabiendo si saldrá triunfante o con el dolor de la repulsa, muda de color y la Sangre se le retira del rostro.» Total, que ese individuo «te dió ya mucho más de lo que puedas darle.» Por eso pudo decir Habib - un poeta que entendía mucho de esto y de otras cosas:

«Por mucho que tu dieras
Valen más los elogios,
Puede, pues, el que pide
Alzar, digno, su rostro.» (2)

Es decir, que, prevalecido de esta teoría amañada con tal desenfado, el poeta más ramplón, el panegirista más vulgar tenía derecho a pedir sin la menor vergüenza. - En general, lo hacían bravamente.

«Vengo a ti con esta petición - decía a un príncipe cierto individuo--; si me la concedes los dos quedamos como hombres generosos: tú por concederla, y yo por haberla colocado tan bien; en cambio, si me la niegas, quedamos como dos miserables: tú por rechazarla, y yo por la torpeza de haberte escogido para mi demanda.» (3)

Todo esto se afirmaba en un tono que no admite observación ni réplica. ¿Quien le hubiera hablado ahora al intrépido Benabderrabih de la licitud o de la honorabilidad del pedir?

Pero lo peor de esta doctrina es el temible corolario que de ella se desprende y que, nuestro autor señala esbozadamente. (4)

Porque pudiera suceder que algún hombre ofuscado no se dejara per-

(1) *El lcd.* 1, 116.

(2) *El lcd.* 1, 129.

(3) *El lcd.* 1, 121.

(4) Claro está que Benabderrabih no afirma expresamente el carácter de corolario que tienen esos casos; pero no hay duda que son la consecuencia lógica de toda su anterior doctrina.

suadir por estos razonamientos, y se creyera con derecho para negar la *chaiza*. En este caso, es evidente que el poeta pedigüeño ya que no pudiera recobrar los anticipos aventurados con solo la petición y elogios, podía, al menos, esca-
rmentar a los recalcitrantes con el azote de la sátira. La sátira, entonces, cumplía una función penal del todo lícita, como autorizada por el mismo Mahoma. Quizá Mahoma no pensaba en estos casos, pero la autorizó en principio; no hay más que verlo:

Un hombre del Yemen que se hallaba en Cufa vió cómo uno de los Compañeros de Mahoma se complacía en oír recitar ciertas sátiras en versos.

- ¡Bendito sea Dios! ¿Es posible que hable de eso uno de los Compañeros?

- Mira, - les dice este - si quieres, te sientas [y me escuchas], y si no te largas.

- Pues me siento.

- Está bien . . . ¿Sabes tu lo que nos decía el Profeta de Dios cuando nos satirizaba con versos la gente de la Meca?

- No; no lo sé.

- Pues nos decía: «*Respondedles de la misma manera.*» (1)

Siendo esto así, no cabe duda de la legitimidad de la sátira, por lo menos en principio.

Resulta, pues, que el pedir no sólo es lícito, no sólo es un favor que concede el pedigüeño al que elige como blanco de sus simpatías, si no que el hecho mismo de haber formulado una petición creaba al pedigüeño la facultad de vindicar sus derechos por medio de la sátira si la petición era desatendida.

De esta manera, el procedimiento que así se legitima no es ya un simple corolario de la doctrina anterior si no además uno de sus argumentos más persuasivos, un argumento *ad hominem*. Ahora, el que todavía no se hallara convencido, no tenía más que repasar los casos bastante explícitos con que Benabderrabih, según su método de siempre, ilustra y autoriza este asunto, y meditar por ejemplo, el siguiente: (2)

Hace poco he mencionado al poeta Habib; pues bien, este individuo, después de haber colmado de elogios a un personaje, le pidió doscientas monedas de plata. El buen señor no quiso decidirse sin consultar con su mujer: - «Mira que es un poeta; - le dijo ella - hoy te llena de elogios, y mañana te satiriza.» Aquello bastó para que el marido negara al poeta los dineros que le pedía, - Esta fué su desgracia. Desde entonces, Habib le amargó a

(1) *El Icd*, 3, 395.

(2) *El Icd*, 1, 143 y sigts.; 3, 395—402.

fuerza de sátiras despiadadas todo el resto de su vida, y aún le persiguió sa-
ñudamente despues de la muerte.

Repito que Benabderrabih no formula su doctrina de manera directa;
pero es lo mismo: basta estudiar con algún cuidado esta parte de su extensi-
sima obra para poder coordinar y dar forma lógica a la enseñanza que con-
tiene. Con ella, el buen faquí, travieso y claudicante, defendía y educaba a
todos los poetas panegiristas que lo tuvieron por maestro a través de los si-
glós. Es el legislador de aquellos perpetúos censualistas de los versos; el her-
mano mayor, grave y pícaro, de aquella hermandad en harapos que reía,



MA-20089